



SEGUIMOS RESISTIENDO,
POR LORIEN

LA CAÍDA DE CINCO

PITTACUS LORE



se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

SEGUIMOS RESISTIENDO. Creía que las cosas iban a cambiar cuando encontré a los demás. Dejaríamos de huir. Nos enfrentaríamos a los mogadorianos. Y los venceríamos. Pero estaba equivocado. A pesar de estar juntos, apenas logramos escapar con vida de los mogadorianos. Y ahora estamos escondidos, tratando de decidir cuál debe ser nuestro siguiente movimiento. Los seis somos poderosos, pero no lo suficiente para enfrentarnos a todo su ejército. Todavía no hemos aprendido a trabajar juntos. Se nos acaba el tiempo, y lo único que sabemos a ciencia cierta es esto: tenemos que encontrar a Cinco antes de que lo hagan ellos.

L  **LIBROS**

Pittacus Lore

La caída de Cinco
Legados de Lorien - 4

ESTE LIBRO DESCRIBE HECHOS REALES.

**LOS NOMBRES Y LUGARES CITADOS
SE HAN CAMBIADO PARA PROTEGER
A LOS SEIS DE LORIEN,
QUE SIGUEN OCULTOS AL MUNDO.**

ÉSTA ES LA PRIMERA ADVERTENCIA.

EXISTEN OTRAS CIVILIZACIONES.

ALGUNAS DE ELLAS PLANEAN DESTRUIROS.

CAPÍTULO UNO



ESTA NOCHE ES SEIS QUIEN PROTAGONIZA MI FUGA Imaginaria. Hay una horda de mogadorianos plantada entre ella y mi celda, lo cual no es muy realista, porque hasta ahora los mogos no han destinado ni a uno de sus hombres a vigilarme. Pero, bueno, esto es un sueño, así que no importa. Los guerreros mogadorianos desenfundan sus dagas y las hunden en el aire tratando de alcanzarla, aullando. Seis responde echándose la melena hacia atrás y volviéndose invisible. Desde detrás de los barrotes de mi celda, la veo deslizarse entre los mogadorianos, apareciendo y desapareciendo de manera intermitente y arrebatándoles sus propias armas para atacarlos. Serpentea a toda velocidad a través de una nube creciente de cenizas, hasta que acaba con todos los mogos.

—Esto ha estado muy bien —le digo cuando se acerca a la puerta de mi celda.

Ella me sonríe, despreocupada, y me pregunta:

—¿Estás listo para marcharte?

Y entonces me despierto. O salgo de mi estado de ensoñación. A veces me resulta difícil saber si estoy despierto o dormido; cuando llevas semanas aislado, vives en un continuo estado de aletargamiento. Bueno, diría que han sido

semanas. La verdad es que me cuesta determinar cuánto tiempo ha transcurrido desde que me encerraron: la celda no tiene ni una triste ventana. De lo único de lo que estoy seguro es de que todas esas imágenes sobre fugas que me vienen a la cabeza no son reales. A veces ocurre como esta noche, y Seis acude a rescatarme; otras es John; y, en ocasiones, sueño que he desarrollado mis propios legados y que, una vez consigo salir de la celda, me cargo a todos los mogadorianos que se interponen en mi camino.

Pero todo es fruto de la imaginación. Debe de ser uno de los modos que mi mente ansiosa tiene de pasar el tiempo.

Y ¿qué hay del colchón empapado en sudor y de los muelles rotos que se me clavan en la espalda? Eso es real. ¿Y los calambres que me recorren las piernas y el dolor de espalda que me martiriza? Esos también son reales.

Alargo el brazo para coger el cubo de agua que hay en el suelo, al lado de la cama. Un vigilante me lo trae una vez al día, junto con un bocadillo de queso. No es precisamente como el servicio de habitaciones de un hotel, a pesar de que, por lo que yo sé, soy el único prisionero encerrado en este edificio: no estamos más que yo y un sinfín de celdas vacías dispuestas una tras otra y conectadas por una pasarela de hierro.

El vigilante siempre deja el cubo en el suelo, justo al lado del inodoro de acero inoxidable, y yo lo arrastro hasta tenerlo cerca de la cama: este es todo el ejercicio que hago. Y el bocadillo me lo zampo enseguida. Ya no recuerdo lo que se siente cuando no se pasa hambre.

Queso manufacturado con pan duro, un inodoro sin asiento y un estado de aislamiento absoluto. Esa es mi vida desde hace un tiempo.

Cuando llegué aquí, traté de controlar las visitas del vigilante para poder llevar la cuenta de los días que transcurrían, pero me temo que a veces se olvidaban de mí. O me ignoraban a propósito. El peor de mis miedos es que me abandonen en esta celda para que me consuma en ella, para que acabe perdiendo el conocimiento, víctima de la deshidratación, sin siquiera darme cuenta de que estoy viviendo mis últimos momentos. La verdad es que preferiría morir en libertad, luchando contra los mogadorianos.

Y aún me gustaría más no morir.

Tomo un trago de agua, este líquido tibio con sabor a óxido. Es asqueroso, pero al menos me permite volver a sentir algo de humedad en la boca. Estiro los brazos por encima de la cabeza y mis articulaciones crujen en señal de protesta. Siento además una punzada de dolor en las muñecas: al hacer este gesto, el tejido de mi tierna cicatriz se resiente. Y entonces mi mente se pone en marcha de nuevo; esta vez, sin embargo, no se aventura en el terreno de la fantasía, sino en el de los recuerdos.

Pienso en Virginia Occidental a diario. Lo revivo todo.

Me recuerdo recorriendo esos túneles sin aliento, agarrando con fuerza la

piedra roja que Nueve me había prestado e iluminando con su luz alienígena una celda tras otra. Cada vez que me acercaba a unos nuevos barrotes, albergaba la esperanza de encontrar allí a mi padre, pero me llevé una decepción en todos.

Entonces llegaron los mogadorianos y me impidieron reunirme con John y Nueve. Recuerdo que me atenazó el miedo cuando me vi separado de los demás: tal vez sus legados les habían permitido deshacerse de esa horda de mogadorianos y piken. Por desgracia, yo solo contaba con un cañón mogo.

Hice todo lo que pude y traté de encontrar el camino que me condujera junto a John y Nueve mientras disparaba a todos los mogos que se me acercaban demasiado.

A pesar del estruendo de la pelea, oí a John gritando mi nombre. Estaba cerca; el problema era que nos separaba una horda de bestias alienígenas.

La cola de un monstruo restalló entre mis piernas y mis pies saltaron hasta casi la altura de mis orejas. La piedra de Nueve se me escapó entre los dedos y rodó por el suelo. Caí de bruces y me hice un corte encima de la ceja. La sangre enseguida me empapó los ojos. Medio ciego, me arrastré en busca de un lugar donde cobijarme.

Teniendo en cuenta la suerte que había tenido desde mi llegada a Virginia Occidental, no es de extrañar que acabara a los pies de un guerrero mogadoriano. Me apuntó con el arma. Pudo haberme matado allí mismo, pero se lo pensó mejor y, en lugar de apretar el gatillo, me asestó un culatazo en la sien.

Todo se volvió negro.

Me desperté colgado del techo, sujeto por gruesas cadenas. Aún estaba en la cueva, pero tenía la sensación de que me habían trasladado a un lugar más profundo, a una zona más protegida. Se me encogió el corazón cuando me di cuenta de que la cueva aún estaba en pie y que me habían hecho prisionero: ¿qué implicaciones tenía eso para John y Nueve? ¿Habían escapado?

Casi no tenía fuerza en los miembros, pero, aun así, traté de librarme de las cadenas. No hubo modo. Estaba desesperado y una sensación de claustrofobia me atenazaba. Justo cuando iba a echarme a gritar, un mogadoriano entró en la sala. Era el más imponente que había visto hasta entonces: tenía una horrible cicatriz morada en el cuello y sus manos descomunales agarraban un extraño bastón dorado. Era un ser realmente espeluznante, como sacado de una pesadilla, pero me resultaba imposible apartar la mirada de él. De algún modo, sus ojos negros y vacíos me tenían atrapado.

—Hola, Samuel —me dijo mientras se me acercaba, acechante—. ¿Sabes quién soy?

Negué con la cabeza. De pronto, tenía la boca totalmente seca.

—Soy Setrákus Ra, comandante supremo del Imperio Mogadoriano, ingeniero de la Gran Expansión, líder querido y respetado. —Me enseñó los dientes, y entonces me di cuenta de que estaba tratando de esbozar una sonrisa—.

Etcétera.

El artífice de un genocidio planetario y la mente que estaba detrás de la inminente invasión de la Tierra acababa de dirigirse a mí y me había llamado por mi nombre. ¿Qué haría John en una situación como esa? Él nunca se habría amedrentado ante su mayor enemigo. Yo, en cambio, había empezado a temblar, y las cadenas que me sujetaban las muñecas repiqueteaban con un sonido metálico.

Creo que Setrákus percibió mi miedo.

—Esto no tendría por qué ser doloroso, Samuel. Has elegido el bando equivocado, pero, tranquilo, y o sé ser indulgente. Dime lo que quiero saber y te dejaré libre.

—¡Jamás! —tartamudeé, y me puse a temblar aún más, consciente de lo que me esperaba.

Oí un sonido siseante procedente de más arriba y levanté la cabeza: una sustancia negra y viscosa se deslizaba por las cadenas. Tenía un olor punzante y químico, como de plástico caliente. Seguro que ese pringue iba dejando marcas de óxido a su paso; pronto me alcanzó las muñecas y entonces me eché a gritar. El dolor era insoportable, y esa cosa era tan pegajosa que no hacía más que empeorarlo; era como si tuviera las muñecas cubiertas de savia hirviente.

Justo cuando estaba a punto de desmayarme de dolor, Setrákus me acercó su báculo al cuello y me levantó la barbilla con él. Un frío helado se apoderó de mi cuerpo y lo dejó totalmente adormecido; de pronto, me di cuenta de que el dolor que me abrasaba las muñecas se había aplacado. Ese alivio, sin embargo, tenía algo de perverso; el báculo de Setrákus producía un entumecimiento mortífero, como si me hubieran extraído la sangre del cuerpo.

—Tú límitate a responderme —gruñó Setrákus— y todo esto acabará.

Sus primeras preguntas fueron acerca de John y Nueve: adónde podían haber ido, qué harían a continuación. Me sentí aliviado al enterarme de que habían escapado, y aún más al recordar que no sabía dónde podían haberse ocultado. Yo era el que llevaba encima las instrucciones de Seis, lo que significaba que John y Nueve habrían tenido que idear un nuevo plan, uno del que yo no pudiera decir una palabra si me torturaban. Ya no tenía el papel encima, así que parecía razonable pensar que los mogos me habían registrado mientras estaba inconsciente y habían confiscado la dirección. Esperaba que Seis actuara con cautela.

—Estén donde estén, no tardarán en volver para patearte el culo —le dije a Setrákus.

Y ese fue mi gran momento heroico, porque el líder mogadoriano soltó un ronquido e inmediatamente apartó de mí su vara dorada. El dolor volvió a mis muñecas; era como si ese pringue mogadoriano me estuviera devorando la carne hasta los huesos.

Jadeaba y gritaba cuando Setrákus volvió a tocarme con su báculo y me concedió una prórroga. La lucha, por muy leve que hubiese sido hasta entonces, ya no estaba en mis manos.

—Y ¿qué me dices de España? —me preguntó—. ¿Qué puedes decirme de eso?

—Seis... —musité, y enseguida me arrepentí de haber dicho nada. Tenía que mantener la boca cerrada.

Siguió con las preguntas. Después de España, fue la India, y luego me interrogó acerca de la localización de las piedras de loralita, algo de lo que ni siquiera había oído hablar. Al final me preguntó por «el décimo», un tema en el que Setrákus parecía especialmente interesado. Recordé que, en la carta que le había escrito a John, Henri decía algo acerca de la existencia de un décimo guardián y explicaba que ese último miembro de la Guardia no había conseguido escapar de Lorient. Cuando le conté eso a Setrákus (una información que esperaba que no fuera a perjudicar a ese décimo), se puso como una furia.

—Me estás mintiendo, Samuel. Sé que está aquí. Dime dónde.

—No lo sé —seguí repitiendo.

La voz me temblaba cada vez más. Con cada respuesta, o falta de ella, Setrákus retiraba su báculo y dejaba que ese dolor abrasador me atenazara de nuevo.

Al final, se dio por vencido y se limitó a mirarme a los ojos, visiblemente disgustado. Yo deliraba. Como si tuviera mente propia, la masa pringosa fue remontando por la cadena hasta desaparecer en el agujero oscuro del que había salido.

—No sirves para nada, Samuel —me dijo con desprecio—. Está claro que los lóricos solo te valoran como chivo expiatorio; para ellos no eres más que una maniobra de distracción a la que recurrir en situaciones de fuga.

Una vez dicho esto, Setrákus salió de la sala como una exhalación. Más tarde, después de llevar ahí colgado un buen rato, durante el que perdí y recuperé la conciencia varias veces, uno de sus soldados vino a rescatarme y me arrojó a una celda oscura. Estaba seguro de que iban a abandonarme allí hasta que muriera.

Al cabo de unos días, los mogadorianos me sacaron de la celda y me entregaron a un par de tipos vestidos con un traje oscuro; llevaban el pelo cortado casi al ras y armas escondidas bajo el abrigo. Vaya, que tenían la misma pinta que los hombres del FBI, la CIA o algo así. No se me ocurre por qué razón un humano querría trabajar para los mogos. Me hierve la sangre con solo pensarlo: esos agentes traicionando la confianza de la humanidad... A pesar de ello, fueron más amables que los mogadorianos, e incluso hubo uno que musitó una disculpa al ponerme unas esposas sobre la piel quemada de las muñecas. Luego me cubrieron la cabeza con una capucha y ya no volví a verlos más.

Durante dos días permanecí encadenado a la parte trasera de una camioneta que no se detuvo ni un momento. Después, me arrojaron dentro de otra celda (mi nuevo hogar), alojada en un edificio carcelario de alguna base gigantesca cuyo único prisionero era yo.

Me echo a temblar cuando pienso en Setrákus Ra; es algo que, cada vez que veo las cicatrices y las ampollas que tengo en las muñecas, no puedo evitar, por mucho que me empeñe. He tratado de borrar de mi mente ese encuentro escalofriante, y me he repetido una y otra vez que lo que Setrákus dijo no era cierto. Sé muy bien que John no me utilizó como maniobra de distracción para poder escapar, y también sé que no soy un inútil que no sirve para nada. Puedo ayudar a John y a los demás guardianes, tal como lo estuvo haciendo mi padre antes de desaparecer. Tengo un papel que desempeñar en todo esto, aunque no esté del todo claro cuál va a ser.

Cuando salga de aquí —si es que salgo algún día—, mi objetivo en la vida será demostrarle a Setrákus Ra que estaba equivocado.

Me siento tan frustrado que descargo toda mi rabia contra el colchón en el que estoy echado. Al hacerlo, una nube de polvo se desprende del techo y un débil estruendo recorre el suelo. Es casi como si mi puñetazo hubiera sacudido la celda, como en un terremoto.

Bajo la mirada y me contemplo la mano, maravillado. Después de todo, puede que esos sueños en los que desarrollaba mi propio legado no fueran tan descabellados. Trato de recuperar el recuerdo del patio trasero de John, en Paradise, cuando Henri le enseñaba cómo concentrar su poder. Entorno los ojos y levanto el puño, apretándolo con fuerza.

A pesar de que me parece una locura y de que además me siento algo ridículo, golpeo el colchón de nuevo, solo para ver qué pasa.

Nada. Simplemente me duelen los brazos: hace demasiado tiempo que no uso estos músculos. No estoy desarrollando ningún legado. Eso es algo imposible cuando se es humano: lo sé perfectamente. Lo que ocurre es que empiezo a estar desesperado. Y también un poco loco.

—Muy bien, Sam —me digo a mí mismo con voz ronca—. No te desmorones.

En cuanto me acuesto, resignado a pasar otra siesta interminable solo con mis pensamientos, un segundo impacto sacude el suelo. Y este es mucho más violento que el anterior; lo siento en mis propios huesos. Más pedazos de yeso se desprenden del techo. Me cubren el rostro y alguno incluso se me mete en la boca: tiene un sabor amargo, como calcáreo. Al cabo de un instante, oigo el redoble amortiguado de un tiroteo.

No estoy soñando. En absoluto. Llegan a mis oídos los sonidos lejanos de una lucha que debe de estar librándose en algún lugar de la base, bajo tierra. El suelo sufre otra sacudida: otra explosión. Desde que estoy aquí, los mogos no han

hecho ningún tipo de entrenamiento. Pero ¡si lo único que he oído ha sido el eco de los pasos del vigilante que me traía la comida! ¿Y ahora este alboroto repentino? ¿Qué estará pasando?

Por primera vez (¿en días?, ¿en semanas?), me permito sentir un atisbo de esperanza. Son los miembros de la Guardia. Tienen que ser ellos. Han venido a rescatarme.

—Eso es, Sam —me digo a mí mismo, disponiéndome a moverme.

Me levanto y me dirijo con el cuerpo tembloroso hacia la puerta de la celda. Las piernas apenas me sostienen. No he tenido motivos para usarlas desde que me trajeron aquí. Con solo cruzar la corta distancia que me separa de la reja, ya empieza a rodarme la cabeza. Presiono la frente contra el metal frío de los barrotes con la esperanza de que se me pase el mareo. Siento las reverberaciones de los disparos a través del metal; son cada vez más fuertes y más intensas.

—¡John! —grito con voz ronca—. ¡Seis! ¿Hay alguien? ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

Una parte de mí piensa que es una tontería gritar: ¿cómo van a oír los miembros de la Guardia mis gritos en medio de la lucha encarnizada que están librando? Es la misma parte que me empujaba a tirar la toalla, a quedarme en esa celda hecho un ovillo y esperar a que llegara el destino final. Es esa parte que piensa que los guardianes serían estúpidos si trataran de venir a rescatarme.

Es la parte de mí que creyó a Setrákus Ra. No puedo rendirme a ese sentimiento de desesperación. Debo demostrar que ese desgraciado estaba equivocado.

Tengo que hacer algo de ruido.

—¡John! —grito de nuevo—. ¡Estoy aquí, John!

A pesar de lo débil que me siento, descargo los puños sobre los barrotes de hierro tan fuerte como puedo. El sonido resuena por todo el edificio, pero seguro que los disparos que retumban en las paredes impedirán que los miembros de la Guardia lo oigan. Es difícil saberlo con certeza, con el estruendo creciente de la lucha, pero me parece que oigo pasos avanzando sobre la pasarela de metal que comunica una celda con otra. Es una lástima que solo pueda ver lo que ocurre delante de los barrotes. Si hay alguien, tendré que captar su atención: solo espero que no sea un guardia mogadoriano.

Cojo el cubo de agua y vacío lo que me quedaba para el resto del día. Mi plan (el mejor que tengo) consiste en golpear con él los barrotes de mi celda.

Pero, cuando me vuelvo, veo a un tipo de pie delante de mi reja.

CAPÍTULO DOS



ES ALTO Y FLACO, TAL VEZ UNOS POCOS AÑOS MAYOR que yo, y un mechón de pelo negro le cae encima de la cara. Parece como si acabara de pelearse: tiene la piel del rostro cubierta de sudor y de mugre. Me lo quedo mirando con los ojos muy abiertos: hace una eternidad que no veo a nadie. Parece casi tan sorprendido de verme como yo a él.

Hay algo extraño en ese chico. Algo que no me cuadra.

Su piel es demasiado pálida. Y luego está esa sombra que le rodea los ojos. Es uno de ellos.

Me retiro al fondo de la celda, ocultando el cubo detrás de la espalda. Si entra, le voy a golpear con él con todas las fuerzas que me queden.

—¿Quién eres? —le pregunto, tratando de hablar con aplomo.

—Estamos aquí para ayudar —responde el tipo.

Parece algo incómodo, como si no supiera muy bien qué decir.

Antes de que me dé tiempo a preguntarle qué significa ese «estamos», un hombre lo empuja hacia un lado. Tiene las arrugas de la cara muy marcadas, y lleva una barba larga y desaliñada. Me quedo con la boca abierta, sin dar crédito, y retrocedo otro paso más, de nuevo sorprendido, pero esta vez por una razón

muy distinta. No sé por qué esperaba que tuviera el mismo aspecto que en las fotos que colgaban de las paredes del salón de casa, pero el momento es exactamente tal como me lo había imaginado siempre. Han pasado muchos años; sin embargo, bajo esas arrugas profundas aún reconozco a ese hombre, especialmente cuando me sonríe.

—¿Papá?

—Estoy aquí, Sam. He vuelto.

Me duele el rostro y tardo unos instantes en darme cuenta del porqué. Estoy sonriendo. De oreja a oreja. Es la primera vez que uso estos músculos desde hace semanas.

Nos abrazamos a través de los barrotes de hierro, que se nos clavan dolorosamente en las costillas. Pero no me importa. Está aquí. Está aquí de verdad. Había fantaseado un montón de veces con que los miembros de la Guardia venían a rescatarme, pero nunca, ni en el más descabellado de mis sueños, se me había ocurrido que fuera mi padre quien acudiera a sacarme de este lugar. Creo que siempre había pensado que iba a ser yo quien lo rescataría a él.

—Te... te he estado buscando —le digo.

Me paso el antebrazo por los ojos; ese extraño mogadoriano sigue merodeando por allí y no quiero que me vea llorar.

Mi padre me estrecha contra los barrotes.

—Cuánto has crecido —murmura con una nota de tristeza en la voz.

—Chicos —lo interrumpe el mogo—, tenemos compañía.

Los oigo acercarse. Varios soldados penetran en el edificio carcelario desde la parte de abajo, y la pasarela metálica resuena bajo el peso de sus botas a medida que van subiendo las escaleras hacia nosotros. Al final he encontrado a mi padre; está justo delante de mí: ¡todavía no me lo creo!

El mogadoriano lo aleja de delante de la reja, se vuelve hacia mí y me dice con voz autoritaria:

—Quédate de pie en el centro de la celda y cúbrete la cabeza.

Mi instinto me dice que no es de fiar. Es uno de ellos. Claro que ¿para qué uno de los mogadorianos habría traído a mi padre hasta aquí? ¿Por qué querría tratar de ayudarnos? Ahora no hay tiempo de pensar en eso: otros mogadorianos (unos que sin duda no están aquí para ayudar) nos están rodeando.

Hago lo que me ha ordenado.

El mogadoriano mete las manos entre los barrotes de mi celda y se concentra en la pared que tengo detrás. Tal vez sea porque he estado pensando en ello, pero, por alguna razón, me vienen a la cabeza esos primeros días en los que probábamos los legados de John en el patio trasero. Algo me resulta familiar en la actitud que adopta este mogadoriano a la hora de concentrarse: la determinación de sus ojos diezmada por el temblor de sus manos, como si no

supiera muy bien lo que hace.

Un temblor recorre rápidamente el suelo en el que estoy plantado, como una ola de energía. Y entonces, con un chasquido ensordecedor, la pared del fondo de la celda se viene abajo. También cede una parte del techo, que va a estrellarse encima del inodoro. El suelo tiembla, se agita bajo mis pies, y yo acabo cayendo al suelo. Es como si un pequeño terremoto hubiera sacudido el edificio entero. Todo está torcido. Tengo el estómago revuelto, y no es únicamente por el temblor del suelo. Es el miedo. Ese mogadoriano acaba de derribar una pared solo con la fuerza de su mente. Es como si hubiera empleado un legado.

Pero eso es imposible, ¿no?

Mi padre y el mogadoriano se han golpeado la espalda contra la barandilla de la pasarela que discurre delante de la celda. La puerta de la reja es ahora algo absurdo: el metal está retorcido y hay espacio suficiente para que cualquiera se cuele entre los barrotes.

Mientras empuja a mi padre hacia el interior de la celda, el mogadoriano me señala la abertura que ha hecho en la pared que tengo a mis espaldas.

—¡Vamos! —me grita—. ¡Corre!

Vacilo unos instantes, y le lanzo una mirada a mi padre, que ya está pasando entre los barrotes. Me tranquiliza pensar que viene detrás de mí.

Toso. Supongo que el polvo que ha levantado la pared al derrumbarse se me ha metido en los pulmones. A través del boquete de la pared, veo las entrañas de la base: tuberías, conductos de ventilación, puñados de cables y material de aislamiento.

Rodeo una de las tuberías más largas con las piernas y, poco a poco, voy dejándome caer. Siento como si alguien me clavara alfileres en mis piernas debilitadas y, por un momento, temo acabar soltándome y precipitándome en el vacío. Pero entonces la adrenalina me espolea y me agarro más fuerte. La salida está tan cerca que hago de tripas corazón.

Veo la sombra de mi padre en el boquete que tengo por encima. Está dudando.

—¿Qué haces? —le grita mi padre al mogo—. ¿Adam?

—Vete con tu hijo, ¡vamos! —Oigo que le responde el mogadoriano, ese tal Adam, con voz decidida.

Mi padre empieza a bajar por la tubería, detrás de mí. Yo, sin embargo, me he detenido. Pienso en lo que supondría que te abandonaran en un lugar como este. Mogadoriano o no, Adam me ha sacado de la celda y ha vuelto a reunirme con mi padre. No debería enfrentarse solo a esos soldados.

Levanto la cabeza y le grito a mi padre:

—¡Vamos a dejarlo ahí, sin más?

—Adam sabe muy bien lo que se hace —responde papá, pero detecto cierta inseguridad en su voz—. ¡Vamos, sigue bajando, Sam!

Otra vibración: he estado a punto de caer. Justo cuando levanto la mirada para comprobar que mi padre está bien, otra sacudida le hace perder el arma que llevaba metida en la parte de atrás de los pantalones. Estoy tan bien agarrado a la tubería que no soy capaz de cogerla, y la pistola acaba cayendo en picado hasta perderse en la oscuridad.

—¡Mierda! —Lo oigo gruñir.

Los mogos deben de haber rodeado a Adam y se está defendiendo. Poco después de la sacudida, se oye un sonido metálico estremecedor, un estruendo que solo puede ser una cosa: el derrumbe de la pasarela metálica. Me la imagino desprendiéndose de la parte exterior de las celdas y arrastrando con ella toda la estructura. Un par de ladrillos sueltos caen desde arriba, y papá y yo escondemos la cabeza hasta que volvemos a estar a salvo.

Al menos, Adam les está poniendo las cosas difíciles a los guardias mogadorianos. Pero tenemos que movernos deprisa si no queremos que, cuando acabe derrumbándose la planta, nos caigan todos los escombros encima.

Sigo deslizándome hacia abajo. El espacio que queda entre las paredes es escaso: es una pesadilla claustrofóbica, con tornillos y cables sueltos que me rasgan la ropa.

—Sam, sube aquí. Ayúdame con esto.

Mi padre se ha detenido delante de una salida de ventilación que se me había pasado por alto. Resbalo un poco cuando trato de escalar tubería arriba, pero papá alarga el brazo para sujetarme. Juntos, introducimos los dedos en la rejilla de metal y tiramos de ella hasta que se suelta.

—Por aquí deberíamos llegar al exterior.

En cuanto empezamos a arrastrarnos por el conducto de respiración, una violenta explosión nos sacude. Nos detenemos en seco mientras el tubo de metal rechina y chirría; ambos estamos convencidos de que cederá, pero finalmente aguant.

Oímos gritos y sirenas a través de las paredes de la base. El combate que habíamos oído antes no ha hecho más que intensificarse.

—Parece que se está librando una guerra ahí fuera —observa mi padre, arrastrándose de nuevo por el conducto.

—¿Has traído a los miembros de la Guardia? —le pregunto, esperanzado.

—No, Sam. Estamos solo Adam y yo.

—Qué oportuno, papá. ¿Tú y la Guardia siempre os las arregláis para aparecer al mismo tiempo?

—Creo que esta familia necesitaba un poco de buena suerte —repite mi padre—. ¡La verdad es que nos han servido de maniobra de distracción! Limitémonos a estar agradecidos y salgamos de aquí de una vez.

—Estoy seguro de que son ellos los que están luchando. Lo sé. Son los únicos lo bastante valientes como para atreverse a atacar una base mogadoriana. —

Hago una pausa y, olvidándome por un momento del peligro que corremos, caigo en la cuenta de que mi padre acaba de asaltar una base mogo y no puedo evitar sonreír—. Papá, estoy muy contento de verte y todo eso, pero tienes que explicarme muchas cosas.

CAPÍTULO TRES



UNA DESAGRADABLE NUBE DE HUMO NEGRO SE ELEVA hacia el cielo desde la base militar. El sonido agudo de las sirenas prácticamente ahoga el crepitar del fuego. Pasos contundentes avanzan con premura por el pavimento cercano, y voces humanas y mogadorianas gritan órdenes a diestro y siniestro. Es un auténtico caos. Y, a juzgar por las explosiones que se oyen a lo lejos, me atrevería a asegurar que la batalla no se limita únicamente a nuestra sección de la base. Algo muy gordo está sucediendo... y eso solo puede querer decir una cosa.

Es perfecto. Ahora mismo están demasiado distraídos para perseguirnos.

—¿Dónde demonios estamos? —pregunto soltando un suspiro.

—En Dulce —responde mi padre—. Una base secreta que el Gobierno tiene en Nuevo México y que comparte con los mogadorianos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Es una historia muy larga, Sam. Te la contaré cuando hayamos salido de aquí.

Poco a poco, avanzamos bordeando un muro por detrás, tratando de mantenernos apartados del tumulto. Caminamos por la sombra, por si a alguno de

los guardias se le ocurre alejarse de la locura que se está desatando en el interior de la base. Mi padre va delante, agarrando con la mano el acero retorcido de la rejilla del conducto de ventilación del que hemos salido. No es gran cosa como arma, pero algo es algo. De todos modos, lo mejor será evitar las peleas. No sé cuánta energía me queda después de lo que acabamos de pasar.

Mi padre señala un punto en la oscuridad, hacia el desierto, más allá del montón de ruinas de lo que antes era la torre de vigilancia.

—Nuestro vehículo está aparcado ahí —me dice.

—¿Quién ha echado abajo la torre de vigilancia?

—Nosotros —responde mi padre—. Bueno, Adam.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible? Se supone que no tienen poderes como este...

—No sé cómo es posible, Sam, pero puedo asegurarte que él es distinto de los demás. —Mi padre alarga la mano y, estrechándome cariñosamente el brazo, añade—: Me ha ayudado a encontrarte. Y bueno... Ya te contaré el resto cuando hayamos salido de aquí.

Me froto la cara: los ojos me escuecen por culpa del humo, y, además, me cuesta creer lo que está sucediendo. Mi padre y yo merodeando alrededor de una base del Gobierno, escapando de alienígenas hostiles. Es como un sueño hecho realidad. Seguimos avanzando con cautela, dirigiendo nuestros pasos hacia una zona de sombras desde la que solo tendremos que correr un último tramo para alcanzar la cerca y, finalmente, el desierto.

—No sé cómo os las habéis arreglado para llegar al mismo tiempo que los miembros de la Guardia.

—Nada nos asegura que se trate de la Guardia.

—Vamos, papá —digo levantando el pulgar hacia las llamas que se elevan al cielo—. Has dicho que esto es una base mogo y que el Gobierno está conchabado con los mogadorianos, así que sabemos que no se trata del ejército. ¿Quién sino la Guardia podría haber provocado todo esto?

Mi padre se me queda mirando fijamente, al parecer algo asombrado.

—Los conoces. No puedo creer que los conozcas —susurra sacudiendo la cabeza con una expresión de culpabilidad en el rostro—. Nunca quise meterte en todo esto.

—Y no lo has hecho, papá. No es culpa tuya que mi mejor amigo resultara ser un alienígena. En cualquier caso, ahora ya estoy metido y tenemos que ayudarlos.

A pesar de la oscuridad y el humo que nos envuelve, estoy casi seguro de que mi padre me está viendo tal como soy por primera vez. Diría que en nuestro encuentro apresurado en el interior de la base aún ha visto en mí al niño que era cuando él desapareció. Pero ya no soy ese niño. Y, a juzgar por su mirada (en la que adivino una mezcla de tristeza y orgullo), se acaba de dar cuenta de ello.

—Te has convertido en un muchacho muy valiente —me dice—, pero

supongo que te das cuenta de que no podemos volver ahí dentro, ¿verdad? Aunque los miembros de la Guardia estén aquí, no pienso arriesgarme: no voy a ponerte en peligro.

Y entonces emprende el camino de nuevo. Yo le sigo. Ambos avanzamos con la espalda bien pegada al muro, esperando alcanzar una esquina de la muralla exterior de la base. Mis pies se mueven perezosamente, pero no es por cansancio: el corazón me dice que no deberíamos huir, y mi cuerpo reacciona como protesta. El caos que reina en la base me recuerda a la cueva de Virginia Occidental y también a lo que ocurrió después (las cadenas, la tortura); y pienso que eso mismo podría sucederle a Adam si lo dejamos ahí, o a los miembros de la Guardia, si es que realmente están metidos en la pelea. Quiero hacer algo, algo que no sea huir.

—¡Podemos ayudarlos! —Le suelto a mi padre de pronto—. ¡Tenemos que hacerlo!

Él asiente con la cabeza.

—Y lo haremos. Pero no ayudaremos a nadie dejando que nos maten mientras regresamos a ciegas a una base militar fuertemente fortificada que, además, resulta que está en llamas.

El discurso me resulta familiar. Tardo solo un segundo en darme cuenta de que es exactamente el tipo de consejo que yo solía darle a John cada vez que pretendía hacer algo valiente y estúpido.

Mientras me esfuerzo para contraatacar con algún argumento sensato que lo convenza a volver a la base, mi padre asoma la cabeza por la esquina del muro con prudencia y la retira de inmediato. Al cabo de un segundo, oigo los pasos de dos personas que se acercan a la carrera.

—Mogos —susurra mientras se agacha—. Son dos. Probablemente están vigilando el perímetro.

Cuando el primer guardia mogadoriano aparece corriendo por la esquina, mi padre balancea la rejilla de metal cerca del suelo y la descarga directamente contra la espinilla de su víctima. El mogo se tambalea y acaba cayendo de bruces contra el suelo.

El segundo guardia trata de levantar el cañón, pero mi padre se abalanza sobre él y los dos empiezan a luchar por el arma; mi padre tiene la ventaja de la sorpresa y la adrenalina, pero el mogadoriano es más fuerte y lo arroja contra el muro de un empujón, sin soltar el arma. Con el impacto, papá deja escapar el aire de golpe.

Me apresuro a alcanzar el primer guardia antes de que tenga tiempo de recomponerse y le asesto una patada en la sien con tanta fuerza que enseguida siento que los dedos de los pies se me hinchan en el interior de las deportivas gastadas. Le arrebato el cañón mogadoriano, doy media vuelta y disparo.

El rayo perfora el muro con un ruido crepitante, muy cerca de la cabeza de

mi padre. Apunto de nuevo y vuelvo a disparar.

Mi padre escupe cenizas negras cuando el mogadoriano se desintegra delante de él. Para no correr ningún riesgo, disparo también al mogadoriano que yace a mis pies. Su cuerpo explota formando una nube de hollín que se esparce por el suelo. Es una visión bastante agradable.

Cuando levanto la mirada, descubro a mi padre contemplándome con una mezcla de orgullo y asombro en los ojos.

—Buen disparo —dice. Recoge el cañón del segundo mogadoriano y de nuevo asoma la cabeza por la esquina—. No hay moros en la costa, pero seguro que vendrán más mogos. Será mejor que nos movamos.

Le echo un vistazo a la base y me pregunto si mis amigos aún seguirán allí, luchando por sus vidas. Mi padre se da cuenta de que vacilo y me coge suavemente del hombro.

—Sam, ya sé que lo que voy a decirte no te servirá de mucho ahora, pero tienes mi palabra de que haremos todo lo que esté en nuestra mano por la Guardia. Salvarlos, proteger la Tierra... es el motivo por el que vivo.

—También el mío —respondo, y al hacerlo me doy cuenta de que esas palabras son ciertas.

Vuelve a asomar la cabeza y enseguida me hace señales para que me mueva. Corremos a toda prisa por el espacio abierto hacia lo que queda de la torre de vigilancia, donde, según dice mi padre, encontraremos un paso en la valla de la base. Tengo la sensación de que, de un momento a otro, algún arma abrirá fuego a nuestras espaldas, pero no es así. Contemplo por encima del hombro el humo que se arremolina hacia el cielo. Espero que los miembros de la Guardia y Adam salgan de esta con vida.



El viejo Chevy Rambler de mi padre está aparcado justo donde había dicho. Conducimos a través del desierto, hacia el este, hasta que entramos en Texas. No nos encontramos con ninguna barricada y tampoco nos persigue ninguno de esos lóbregos coches patrulla del Gobierno; las carreteras están oscuras y vacías hasta que nos acercamos a Odessa.

—Bueno —empieza a decir papá con aire relajado, como si fuera a preguntarme cómo me ha ido el día en la escuela—, ¿cómo acabaste haciéndote tan amigo de uno de los miembros de la Guardia?

—Se llama John —respondo—. En realidad, su cêpan fue a Paradise a buscarte a ti. Nos conocimos en la escuela y, bueno, teníamos amigos en común.

Miro por la ventana y veo pasar Texas. Hacia mucho tiempo que no pensaba en el instituto, en Mark James, en el estiércol que metieron en mi taquilla y en ese

paseo psicótico en el vagón de heno. Ahora me cuesta creer que considerara que Mark y su pandilla eran la gente más peligrosa del mundo. Se me escapa una sonrisa y papá me mira.

—Cuéntamelo todo, Sam. Tengo la sensación de que me he perdido tantas cosas...

Y así lo hago. Empiezo con mi primer encuentro con John en la escuela, luego le cuento lo de la pelea en el campo de fútbol, y acabo con la huida y mi captura. Tengo montones de cosas que preguntarle, pero la verdad es que me hace sentir muy bien conversar con él. No es solo que haya pasado semanas sin compañía alguna en esa celda; echaba de menos hablar de tú a tú con mis padres.

Es tarde cuando nos detenemos en un motel en las afueras de la ciudad. A pesar de que tanto papá como yo vamos hechos unos zorros (tenemos pinta de haber escapado de alguna cárcel arrastrándonos por un túnel, cosa que en realidad hemos hecho), el viejo de aspecto fatigado que alquila las habitaciones no nos hace preguntas.

Nuestra habitación está en el segundo piso y tiene vistas a la olvidada piscina del motel, llena a partes iguales de agua turbia y oscura, hojas secas y envoltorios de patatas fritas. Antes de subir las escaleras, volvemos un momento al coche para recoger algunas cosas. Mi padre saca una mochila del maletero y me la entrega.

—Esto era de Adam —me dice, algo incómodo—. Dentro debe de haber algo de ropa limpia.

—Gracias —respondo escrutándolo con la mirada. Descubro cierta preocupación en su rostro—. Se lo guardaré para cuando vuelva.

Papá asiente con la cabeza, pero me doy cuenta de que piensa lo peor. Está preocupado por ese muchacho mogadoriano y, de pronto, me pregunto si se habrá preocupado tanto por mí todos estos años que hemos estado separados.

Con un gruñido, me cuelgo la mochila de Adam a la espalda y me dirijo a la habitación del motel. Me doy cuenta de que entre mi padre y Adam había un vínculo que no acabo de entender, y una parte de mí empieza a sentirse algo celosa. Pero entonces, mientras caminamos juntos, me pone la mano en el hombro y recuerdo todo el tiempo que he estado buscándolo, así como el pequeño detalle de que ha venido a salvarme y ha dejado allí a Adam para conseguirlo. Ha abandonado al mogadoriano que ha desarrollado un legado para liberarme. Aparto de mi mente esos pensamientos sin importancia y trato de pensar racionalmente en lo que todo eso significa.

—¿Cómo conociste a Adam? —le pregunto mientras abre la puerta de la habitación.

—Me rescató. Los mogadorianos me tenían prisionero. Experimentaban conmigo.

La habitación del motel es pequeña y tan cutre como me esperaba. Al encender la luz, una cucaracha desaparece a toda prisa de nuestra vista. La estancia huele a moho. Hay un pequeño cuarto de baño y, a pesar de que la bañera está salpicada de islas de moho, me muero de ganas de pegarme una ducha. Comparado con tener que lavarme con el agua helada de ese cubo de metal, este lugar es el paraíso.

—¿Qué tipo de experimentos?

Mi padre se sienta a los pies de la cama. Yo me acomodo junto a él y ambos contemplamos nuestro reflejo en el espejo malogrado del motel. Formamos una pareja curiosa: ambos sucios y demacrados por nuestro reciente encarcelamiento. Padre e hijo.

—Trataban de penetrar en mi mente para conseguir cualquier información útil que pudiera tener acerca de la Guardia.

—Porque eras uno de los que entraron en contacto con los guardianes cuando llegaron a la Tierra, ¿verdad? Encontramos el búnker en el patio trasero. Encajé algunas piezas.

—Los anfitriones —dijo mi padre con voz triste—. Conocimos a los lóricos cuando aterrizaron, y los ayudamos a recuperarse del viaje y también a huir. Esos nueve niños estaban todos muy asustados. Y, sin embargo, debo reconocer que el aterrizaje de esa nave es una de las cosas más asombrosas que he visto nunca.

Sonríó al pensar en la primera vez que descubrí a John usando sus legados. Fue como correr una cortina detrás de la que se escondía un universo de posibilidades. Todos esos curiosos libros sobre extraterrestres que había leído durante años y que tanto había deseado que fuesen verdad... de pronto lo eran.

—Supongo que nosotros éramos más fáciles de atrapar que los miembros de la Guardia. Teníamos familias. Vidas que no podían desarraigarse así, sin más. Los mogadorianos nos encontraron.

—¿Qué les ocurrió a los demás?

Vi que a mi padre le temblaban un poco las manos.

—Los mataron a todos, Sam. Yo soy el último que queda —dijo con un suspiro.

Contemplo en el espejo la mirada asustada que tiene en el rostro. Encarcelado por los mogadorianos durante todos esos años... Me siento mal por hacerle revivir todos esos recuerdos horribles.

—Lo siento —digo—. No tenemos por qué hablar de ello.

—No —responde, resuelto—, te mereces saber por qué no... por qué no he estado en tu vida todo lo que debería.

Mi padre frunce el rostro, como si tratara de recordar algo. Le dejo que se tome su tiempo y me agacho para desabrocharme los zapatos. Después de darle a ese mogo esa patada en la cara, se me han puesto los dedos como chorizos. Me

los froto con suavidad, para asegurarme de que no me he roto ningún hueso.

—Trataban de conseguir información de nuestros recuerdos. Cualquier cosa que pudiera servirles de ayuda para atrapar a la Guardia. —Se pasa la mano por el cabello y luego se rasca la cabeza—. Lo que me hicieron... me dejó lagunas. Hay cosas que no consigo recuperar. Son cosas importantes..., cosas que sé que debería recordar, pero que no puedo.

Le doy una palmadita en la espalda.

—Encontraremos a los guardianes y tal vez ellos tengan, no sé, algún modo de reparar lo que te hicieron los mogos.

—Optimismo —dice mi padre, sonriéndome—. Hacía tanto tiempo que no lo sentía.

Se pone en pie y coge su mochila. Saca uno de esos teléfonos móviles de plástico de pinta barata que se venden en las estaciones de servicio y se queda mirando la pantalla tristemente.

—Adam tiene este número —me explica—. A estas alturas ya debería haber hecho la llamada de control.

—La base era un caos. Puede que haya perdido el teléfono.

Mi padre empieza a teclear un número. Sostiene el aparato junto al oído y escucha. Al cabo de unos segundos de silencio, cuelga.

—Nada —dice, sentándose de nuevo—. Creo que esta noche me han matado a ese chico, Sam.

CAPÍTULO CUATRO



EN ESE CUARTO DE BAÑO INMUNDO ME DOY LO QUE creo que será la mejor ducha de toda mi vida. Ni siquiera el moho oscuro que se extiende desde el desagüe hasta los extremos levantados de la moqueta de goma puede empañar esta experiencia. Es una sensación increíble la del agua caliente llevándose a su paso semanas de cautividad mogadoriana.

Después de desempañar el espejo agrietado del baño, me quedo contemplando mi propio reflejo durante un buen rato. Se me marcan las costillas, y el aspecto lamentable de mi estómago deja muy claro que he pasado hambre. Tengo ojeras oscuras y llevo el cabello más largo que nunca. Bueno, esta es la pinta de los que luchan por la libertad de la humanidad.

Me pongo una camiseta y unos tejanos que he encontrado en la mochila de Adam y, a pesar de que uso el último agujero del cinturón, los pantalones me quedan a la altura de las caderas. Mi estómago no para de quejarse, así que hago una pausa para preguntarme qué tipo de servicio de habitaciones tendrá un motel sórdido como este. Estoy convencido de que el viejo que se ocupa de la recepción estaría encantado de mandarnos un bocadillo de colillas y queso fundido.

Al salir del baño, veo que mi padre ha montado parte de su equipo. Hay un ordenador portátil abierto encima de la cama y un programa está repasando los titulares de las noticias: mi padre ya trata de decidir cuál será nuestro próximo movimiento. Yo, sin embargo, a pesar de lo mucho que deseo trabajar con la Guardia, querría que nuestro siguiente movimiento no fuera más que un montón de tortitas para cenar.

—¿Has encontrado algo? —pregunto, entornando los ojos ante la pantalla del ordenador.

Papá no presta atención al programa. Está sentado junto a la pared, con esa baratija de móvil en la mano y una expresión indecisa en el rostro.

—Aún no —responde tras dedicarle al ordenador una mirada lánguida—. Todavía tengo que hacer otra llamada. Llevo pensando qué decir desde que te has metido en la ducha, y aún no lo sé.

Su pulgar describe un recorrido familiar por encima del teclado del móvil, como si estuviera preparándose para marcar de verdad. Estoy tan obsesionado con la idea de encontrar a los miembros de la Guardia y luchar contra los mogadorianos que al principio no se me ocurre de quién está hablando. Cuando por fin me viene a la cabeza, me dejo caer en la cama y me quedo tan paralizado como él.

—Tenemos que llamar a tu madre, Sam.

Asiento con la cabeza. Estoy de acuerdo, pero la verdad es que no sé qué puedo decirle a mi madre a estas alturas. La última vez que me vio, yo acababa de tener un enfrentamiento con los mogadorianos, en Paradise, y huí a la carrera en plena noche con John y Seis. Creo que mientras me alejaba le grité por encima del hombro que la quería. Ya sé que no fue mi despedida más emotiva, pero lo cierto es que creía que estaría de vuelta muy pronto. Nunca me imaginé que una horda de extraterrestres hostiles pudiera hacerme prisionero.

—Estará muy enfadada, ¿verdad?

—Está enfadada conmigo —puntualiza mi padre—. No contigo. Se alegrará mucho de oír tu voz y saber que estás bien.

—Un momento... ¿La has visto?

—Nos detuvimos en Paradise antes de dirigirnos a Nuevo México. Así me enteré de que habías desaparecido.

—Y ¿está bien? ¿Los mogadorianos no fueron tras ella?

—Al parecer, no, pero eso no significa que esté bien. Fue muy duro para ella asumir que te habías ido. Me culpó a mí, y no estaba del todo equivocada. No me dejó entrar en la casa, cosa que entiendo, así que tuvimos que dormir en el búnker.

—¿Con el esqueleto?

—Sí. Es otra de las lagunas de mi memoria: no tengo ni idea de a quién pertenecen esos huesos. —Mi padre me mira entornando los ojos y añade—: No

me cambies de tema.

Una parte de mí teme que mi madre me eche la bronca y a la otra le preocupa que, al oír el sonido de su voz, me entren ganas de olvidarme de toda esta guerra y volver a casa inmediatamente. Trago saliva y le digo a mi padre:

—Ya es muy tarde. Tal vez deberíamos esperar a mañana...

Él niega con la cabeza.

—No. No podemos postergarlo más, Sam. ¡Quién sabe lo que va a sucedernos mañana!

Y entonces hace de tripas corazón y marca el número de casa. Sostiene el teléfono junto al oído, visiblemente nervioso, y espera. Tengo recuerdos de mis padres juntos, viejos recuerdos anteriores a la desaparición de papá. Eran felices. Me pregunto qué le estará pasando por la cabeza ahora que tiene que decirle a mi madre que aún no volvemos a casa. Probablemente se sentirá tan culpable como yo.

—Sale el contestador —me dice al cabo de un instante. Casi parece aliviado. Luego tapa el teléfono con la mano y me pregunta—: ¿Crees que debería...?

Se calla cuando oye el pitido. Mueve la boca en silencio mientras trata de encontrar las palabras.

—Beth, soy... —tartamudea pasándose la mano libre por el pelo—. Soy Malcolm. No sé por dónde empezar; supongo que dejarte el mensaje en el contestador no es lo mejor, pero estoy vivo. Estoy vivo, y te pido perdón, y te echo muchísimo de menos.

Mi padre levanta la mirada hacia mí, con los ojos empañados en lágrimas.

—Nuestro hijo está conmigo. Está... Te prometo que lo mantendré a salvo. Un día, si tú me lo permites, te lo explicaré todo. Te quiero.

Me tiende el teléfono con la mano temblorosa. Lo cojo.

—¿Mamá? —empiezo a decir, tratando de no pensar demasiado lo que le voy a explicar, dejando simplemente que las palabras fluyan—. Al... al final he encontrado a papá. O más bien él me ha encontrado a mí. Estamos haciendo algo asombroso, mamá. Algo para mantener el planeta a salvo, y, bueno, no es nada peligroso, te lo prometo. Te quiero. Pronto estaremos en casa.

Cuelgo el teléfono y me quedo contemplándolo durante unos instantes antes de levantar la mirada hacia mi padre. Aún le brillan los ojos. Entonces alarga el brazo para tocarme la rodilla con la mano y me dice:

—Eso ha estado muy bien.

—Me gustaría que fuera cierto —le respondo.

—Y a mí también.

CAPÍTULO CINCO



LOS PRIMEROS RAYOS DEL NUEVO DÍA SE CUELAN ENTRE los edificios ahuyentando el aire helado de la noche y tiñendo el cielo de Chicago primero de morado y luego de rosa. Desde el tejado del John Hancock Center, contemplo cómo el sol va elevándose lentamente por encima del lago Michigan.

Es la tercera noche seguida que subo aquí arriba, incapaz de pegar ojo.

Volvimos a Chicago hace unos días. Hicimos la primera parte del viaje en una camioneta del Gobierno robada y la segunda en un tren de carga. Es bastante fácil cruzar de incógnito el país cuando uno de tus compañeros es capaz de volverse invisible y el otro, de teletransportarse.

Cruzo con paso lento el tejado y, al llegar al borde, me detengo para contemplar una vez más la ciudad de Chicago, que poco a poco va volviendo a la vida. Las calles, las arterias de la ciudad, no tardan en colapsarse con un tráfico denso, mientras la gente recorre apresuradamente las aceras. Sacudo la cabeza mientras los miro.

—Ni se imaginan lo que les espera.

Bernie Kosar se me acerca con paso tranquilo en su forma de beagle. Se despereza, bosteza y luego me acaricia la mano con el hocico.

Debería alegrarme de estar vivo. Nos enfrentamos a Setrákus Ra en Nuevo México y no tuvimos ninguna baja. Todos los miembros supervivientes de la Guardia —a excepción del aún desaparecido Número Cinco— están abajo, sanos y salvos, y prácticamente repuestos de las heridas. Y Sarah también se encuentra con ellos. La salvé.

Me miro las manos. En Nuevo México, las tenía manchadas de sangre: sangre de Ella y Sarah.

—El fin de su mundo está tan cerca... Y ellos ni siquiera lo saben.

Bernie Kosar se transforma en un gorrión, levanta el vuelo, sobrevuela el vacío que separa el John Hancock Center del edificio vecino y finalmente se posa en mi hombro.

Sigo contemplando a los humanos que pululan ahí abajo, pero lo que realmente ocupa mis pensamientos son los miembros de la Guardia. Todos se han dedicado a relajarse desde que llegamos al fantástico ático de Nueve. Está bien descansar y recuperarse un poco; solo espero que no hayan olvidado lo cerca que estuvimos de la derrota definitiva en Nuevo México, porque yo no puedo pensar en otra cosa.

Si Ella no hubiera herido a Setrákus y esa explosión que tuvo lugar en el otro extremo de la base no hubiera ahuyentado al resto de los mogadorianos, dudo mucho que hubiéramos podido escapar. Y si yo no hubiera desarrollado un legado sanador, estoy seguro de que Sarah y Ella habrían muerto. No puedo sacarme de la cabeza la imagen de sus rostros chamuscados.

La próxima vez no tendremos tanta suerte. Si no acudimos debidamente preparados a nuestro siguiente enfrentamiento con Setrákus, no sobreviviremos.



Para cuando bajo del tejado, la mayoría de los demás ya se han despertado.

Marina está en la cocina, sirviéndose de la telequinesia para batir huevos y leche en un bol, mientras pasa una bayeta por lo que antes solía ser una encimera de azulejos impoluta. Desde que los siete (y BK) nos mudamos aquí, no nos hemos esforzado demasiado en cuidar el elegante apartamento de Nueve.

Marina se vuelve cuando percibe mi presencia.

—Buenos días. ¿Huevos?

—Buenos días. ¿No cocinaste ya anoche? Debería ocuparse otro.

—La verdad es que no me importa —me dice Marina mientras coge alegremente una licuadora de uno de los estantes—. Este lugar es increíble. Me da un poco de envidia que Nueve haya vivido aquí durante tanto tiempo. Es tan diferente de las casas a las que estoy acostumbrada... ¿Es raro que me apetezca probarlo todo?

—No, claro que no. —La ayudo a acabar de limpiar la encimera—. Mientras estemos aquí, al menos deberíamos hacer turnos para cocinar y limpiar.

—Sí... —Asiente con la cabeza, mirándome de soslayo—. Deberíamos arreglarlo.

—¿A qué viene esa mirada?

—No, no es nada... Es una buena idea repartirnos las tareas —responde, y enseguida aparta la mirada, algo nerviosa.

No cabe duda de que le preocupa algo.

—Vamos, Marina, ¿qué ocurre?

—Es solo que... —Coge una bayeta y se pone a escurrirla mientras habla—. Hace tiempo, vivía sin rumbo, no sabía exactamente lo que debía ser un miembro de la Guardia. Entonces, Seis vino a buscarme a España y me lo enseñó. Y luego nos encontramos contigo y con Nueve, justo antes de que nos condujeráis al enfrentamiento contra el mogadoriano más diabólico que existe. Fue como... ¡Oh! ¡Estos tres sí saben lo que se hacen! ¡Saben arreglárselas solos!

—Vaya, gracias.

—Pero ahora hace ya días que hemos vuelto, y estoy empezando a sentirme como antes, como si no supiéramos lo que estamos haciendo. Así que el caso es que me pregunto si tenemos algún plan, aparte del de repartirnos las tareas.

—Estoy en ello —murmuro.

No quiero confesarle a Marina que es precisamente nuestro siguiente movimiento —o la ausencia de él— lo que me ha estado quitando el sueño estas últimas noches. No tenemos ni idea de dónde fue a esconderse Setrákus Ra después del enfrentamiento en Nuevo México, y, aunque lo supiéramos, me temo que aún no estamos preparados para combatir de nuevo contra él. Podríamos ir en busca de Número Cinco; en la tableta-localizador que encontramos en el búnker subterráneo de Malcolm Goode aparecía un punto en la costa de Florida, un punto que probablemente debía de ser él. Y luego está Sam. Sarah jura que lo vio en Nuevo México, pero nunca nos lo encontramos en Dulce. Ahora que sabemos que Setrákus Ra puede adoptar la forma de otra persona, empiezo a pensar que en realidad Sarah lo vio a él, y que Sam está retenido en alguna otra parte. Eso suponiendo que esté vivo.

Hay que tomar tantas decisiones, sin mencionar que deberíamos estar sometiéndonos a un buen entrenamiento. A pesar de ello, estos últimos días lo he estado posponiendo todo; estoy demasiado preocupado por nuestro reciente enfrentamiento de Nuevo México como para idear un plan. ¡Al fin y al cabo, estuvieron a punto de derrotarnos! El caso es que todo el grupo se comporta como si necesitara un respiro, quizá porque el piso de Nueve nos brinda la oportunidad de llevar una vida confortable después de haber pasado por una experiencia cercana a la muerte, sin mencionar que todos nosotros llevamos años huyendo. Además, si alguno de los miembros de la Guardia se ha estado

comiendo la cabeza porque no tenemos un plan adecuado, no lo ha demostrado.

Ah, y aún hay otra cosa que me distrae. Creo que es algo parecido al deseo de Marina de probar todos los electrodomésticos de la moderna cocina de Nueve: me muero de ganas de pasar algún tiempo a solas con Sarah. Me pregunto qué pensaría Henri al respecto. Le decepcionaría mi falta de concentración, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Y justo entonces Sarah me abraza por detrás, acariciándome la nuca con su rostro. Estaba tan absorto en mis pensamientos que ni siquiera la he oído entrar en la cocina.

—Buenos días, guapo —me dice.

Me vuelvo y le doy un beso lento y dulce.

Después de lo estresado que he estado, estoy empezando a acostumbrarme a mañanas como esta. Mañanas en las que me despierto y beso a Sarah, y luego comparto con ella un día normal, y me voy a la cama sabiendo que estará ahí cuando me despierte.

Sarah acerca su rostro al mío y me susurra:

—Esta mañana te has levantado temprano.

Hago una mueca; creía que había sido de lo más silencioso cuando he salido de la cama para subirme al tejado a pensar.

—¿Todo va bien? —me pregunta Sarah.

—Sí, claro —le digo tratando de distraerla con otro beso—. Estás aquí. ¿Cómo no iba a ir bien?

Marina se aclara la garganta, probablemente preocupada por que empecemos a liarnos ahí mismo. Sarah me guiña un ojo y se da la vuelta; luego agarra el batidor que Marina sostenía en el aire y la releva en la labor de batir los huevos.

—Ah —dice Sarah, mirándome de nuevo—. Nueve te está buscando.

—Genial —respondo—. ¿Qué quiere?

—No se lo he preguntado —me dice encogiéndose de hombros—. Puede que necesite que le den algunos consejos de moda. —Se lleva un dedo a los labios con actitud pensativa, y, estudiándome bien, añade—: Bien pensado, a ti tampoco te vendrían mal.

—¿Qué quieres decir?

Sarah me guiña un ojo.

—Ha perdido la camisa. Otra vez.

Suelto un gemido y salgo de la cocina en busca de Nueve. Ya sé que esta es su casa y que tiene derecho a ir a sus anchas, pero se pasea por ahí sin camisa cada vez que tiene la oportunidad. No estoy seguro de si espera conseguir la admiración de las chicas, o si monta todo ese espectáculo solo para molestarme. Probablemente ambas cosas.

Encuentro a Seis en el espacioso salón. Está sentada en un cojín blanco, con

las piernas dobladas, sosteniendo una taza de café con ambas manos. No hemos hablado mucho desde que volvimos de Nuevo México, y aún no me siento del todo cómodo cuando estoy con ella y con Sarah al mismo tiempo. Creo que a Seis debe de ocurrirle lo mismo, porque tengo la sensación de que me está evitando. Levanta la mirada cuando entro en el salón. Tiene los ojos soñolientos y ni siquiera los abre del todo. Parece tan cansada como lo estoy yo.

—Eh —le digo—. ¿Cómo ha pasado la noche?

Seis sacude la cabeza.

—Ha estado despierta hasta hace poco. Ahora parece que por fin descansa.

Hay que añadir las pesadillas de Ella a la lista de problemas con los que tenemos que lidiar. Han venido repitiéndose noche tras noche desde que salimos de Nuevo México, y son tan terribles que Seis y Marina se han ido turnando para dormir con ella y asegurarse de que no pierda demasiado los nervios.

—¿Te ha dicho lo que ve? —le pregunto bajando la voz.

—Me ha contado fragmentos —dice Seis—. No está muy habladora, ¿sabes?

—Antes de Nuevo México, Nueve y yo habíamos tenido visiones que parecían pesadillas —le digo, con aire reflexivo.

—Ocho mencionó algo similar.

—Al principio creímos que era Setrákus Ra burlándose de nosotros, pero también podía tratarse de una especie de aviso. Al menos así lo interpretaba yo. Tal vez deberíamos intentar descubrir lo que significan las visiones de Ella.

—Claro... Yo diría que son una especie de mensaje codificado —opina Seis, secamente—, pero ¿no crees que puede haber una explicación más simple?

—¿Cómo qué?

Seis levanta la mirada, exasperada.

—Pues que aún no es más que una niña, John. Su cêpan justo acaba de morir, hace solo dos días estuvo a punto de suicidarse, y quién sabe lo que pasará la próxima vez. Por Dios, lo sorprendente es que no tengamos todos pesadillas cada puta noche.

—Es un pensamiento tranquilizador.

—Estos no son tiempos precisamente tranquilizadores.

Antes de que tenga tiempo de contestarle, Ocho se materializa de pronto en el sofá, justo al lado de Seis, y ella da un respingo y a punto está de derramar el café. Seis le clava a Ocho una mirada gélida.

—Vale, vale, perdona —protesta él levantando las manos en actitud defensiva—. No me mates.

—Tienes que dejar de hacer esto —lo regaña ella dejando la taza de café sobre la mesa.

Ocho lleva ropa deportiva, y el pelo sujeto con una banda de tela de toalla. Me mira asintiendo con la cabeza y, a continuación, le ofrece a Seis su sonrisa más cautivadora.

—Vamos —le dice—, puedes desquitarte conmigo en la sala de entrenamiento.

Seis se pone en pie, complacida con la idea.

—Te voy a dar una paliza.

—¿En qué estás trabajando? —pregunto.

—Cuerpo a cuerpo —responde Ocho—. He pensado que, ya que Seis estuvo a punto de matarme en Nuevo México...

—Te lo he dicho mil veces: esa no era yo —lo interrumpe Seis, visiblemente molesta.

—... lo menos que podría hacer es enseñarme algunos movimientos para que pueda defenderme la próxima vez que decida atacarme.

Seis trata de golpear a Ocho en el brazo, pero él se teletransporta junto al sofá antes de que ella pueda tocarlo.

—¿Lo ves? —repite Ocho con una sonrisita—. ¡Ya soy demasiado rápido para ti!

Seis salta por encima del sofá tratando de abalanzarse sobre Ocho, y él huye a la carrera hacia la sala de entrenamiento. Antes de salir tras él, Seis se vuelve hacia mí y me dice:

—Quizá deberías tratar de hablar con Ella.

—¿Yo?

—Sí —responde—. Tal vez tú puedas determinar si sus visiones significan algo o si solo está traumatizada.

En cuanto Seis ha salido de la habitación, oigo un fuerte golpe en el suelo, justo detrás de mí. Al volverme, me encuentro a Nueve sonriéndome, con el torso desnudo, tal como Sarah me había dicho que estaría. Sujeta un bloc de dibujo con esas manotas suyas.

—¿Cuánto llevas ahí? —le pregunto, mirando hacia el techo.

Nueve se encoge de hombros.

—Pienso mejor de cabeza para abajo, tío.

—Vaya, no me había dado cuenta de que pensaras.

—Está bien, tienes razón: tú acostumbras a pensar lo bastante por todos nosotros... —Empuja el bloc de dibujo hacia mí—. Pero échale un vistazo a esto.

Cojo el bloc y empiezo a hojearlo. Las páginas están llenas de planos trazados por la mano precisa de Nueve. Parece alguna base militar que me resulta curiosamente familiar.

—¿Esto es...?

—Virginia Occidental —declara Nueve, orgulloso—. Todos los detalles que he podido recordar. Estos planos podrían sernos de utilidad cuando vayamos a atacar el lugar... Porque estoy convencido de que es ahí donde se esconde ese jodido gordo de Setrákus.

Me siento en el sofá y arrojo el bloc de dibujo en el cojín que tengo al lado.

—Cuando yo quería atacar la cueva, tú estabas totalmente en contra de hacerlo.

—Eso era después de que te hubieras lanzado a un campo de fuerza como un tonto —responde—. Te dije que necesitábamos datos. Y ahora los tenemos.

—Hablando de datos, ¿has comprobado la tableta esta mañana?

Nueve asiente.

—De momento, Cinco no se ha movido.

No hemos dejado de comprobar la tableta desde que hemos vuelto de Chicago. Cinco (el miembro de la Guardia con el que aún no hemos establecido contacto) lleva unos días en una isla de la costa de Florida. Antes de que saliéramos camino de Nuevo México, estaba en Jamaica. Sus desplazamientos responden al protocolo que seguimos los lóricos para ocultarnos. Así que, aunque la tableta no indique la dirección correcta, es muy posible que no vaya a ser fácil encontrarlo.

—Ahora que hemos tenido la oportunidad de darnos un descanso, creo que encontrar a Cinco debería ser una prioridad. Cuantos más seamos, mejor, ¿no?

—Y puede que mientras nosotros nos dedicamos a buscar a Cinco, Setrákus Ra se dedique a dirigir una invasión de la Tierra a gran escala. —Nueve descarga la mano sobre el bloc de dibujo para poner énfasis a sus palabras—. Logramos que huyera de nosotros. Deberíamos poner fin a esto.

—¿Que huyera de nosotros? —le pregunto a Nueve, mirándolo a la cara—. No es exactamente como yo lo recuerdo.

—¿Qué? Se batió en retirada, ¿no?

Sacudo la cabeza.

—¿Crees que estamos listos para otro enfrentamiento?

—Dímelo tú.

Nueve se lleva un brazo a la espalda y hace sobresalir el otro por encima de la cabeza, reproduciendo una pose de culturista. No puedo evitar echarme a reír.

—Estoy seguro de que lo intimidarán estas demostraciones de fuerza.

—Es más intimidante que quedarse sentado —contraataca Nueve, dejándose caer en el sofá, justo a mi lado.

—¿De verdad piensas que deberíamos ir a asaltar Virginia Occidental? ¿Después de la paliza que nos dieron en Dulce?

Nueve se contempla los puños, apretándolos y relajándolos, probablemente recordando lo cerca que estuvo de morir en manos de Setrákus. Lo cerca que estuvimos todos.

—No lo sé —reconoce, después de hacer una pausa—. Yo solo quería entregarte esto, para que supieras que tenías una opción, ¿vale? Supongo que no me crees capaz de, no sé, de saber cuáles son mis limitaciones y mierdas de estas... Pero volviendo a Nuevo México: tal vez me excedí un poco al tratar de luchar solo contra Setrákus. Seis también se fue sola, a Ocho lo destruyeron y a

los demás les dispararon. Pero tú mantuviste la compostura. Nos mantuviste juntos. Todo el mundo lo sabe. Aún no me trago eso de que eras la reencarnación de Pittacus, pero la verdad es que tienes lo que necesita tener un capitán de equipo. Así que tú encárgate de dirigir el cotarro, que yo me ocuparé de patearles a esos el culo. En eso somos los mejores.

—¿Los mejores? Pues no sé... A Seis también se le da muy bien eso de patear culos.

Nueve resopla.

—Sí, estuvo genial cuando ese desgraciado la sepultó en esa carcasa de piedra negra. Pero esa no es la cuestión, Johnny. La cuestión es que necesito que me digas contra qué tengo que luchar, ¿vale? Y necesito que me lo digas pronto, porque voy a volverme loco aquí encerrado.

Le echo otro vistazo al bloc de dibujo de Nueve. A juzgar por lo que veo, se puso a trabajar en él en cuanto volvimos de Nuevo México. A pesar de sus fanfarronadas, al menos está haciendo todo lo que puede para encontrar el modo de emprender la lucha contra los mogadorianos. Yo, en cambio, me he quedado bloqueado, incapaz de dormir, dándole vueltas y más vueltas al asunto en el tejado, a solas.

—Me gustaría que Henri estuviera aquí —digo—, o Sandor. Cualquiera de los cêpan. Alguien que pudiera decirnos qué hacer.

—Ya... Pero están muertos —repite Nueve, crudamente—. Ahora depende de nosotros, y a ti siempre se te ocurre algo. Joder, la última vez que no estuve de acuerdo con tu plan, casi tuve que arrojarte desde lo alto de un tejado.

—Yo no soy un cêpan.

—No, pero eres un puto sabelotodo. —Nueve me da una palmada en la espalda, un gesto que, por lo que he visto hasta ahora, es la demostración de afecto más efusiva de la que es capaz—. Deja de lamentarte, déjate de tantas carantoñas con tu noviecita humana y piensa en alguno de tus planes brillantes.

Hace solo una semana le hubiera dicho de todo por llamarme «quejica» y utilizar a Sarah para pincharme. Ahora simplemente me doy cuenta de que trata de motivarme. Es su modo de echarme la bronca y, a pesar de ser embarazoso, la verdad es que lo necesitaba.

—¿Qué pasa si no se me ocurre un plan? —le pregunto en un susurro.

—Esto, amigo mío, simplemente no es una opción.

CAPÍTULO SEIS



YA VUELVO A ESTAR EN EL TEJADO DEL JOHN HANCOCK Center. Esta vez, sin embargo, tengo compañía.

—No hay por qué hablar de ello si no te sientes preparada —digo cariñosamente, mirando cómo se acurruca junto a mí, sentada con las piernas cruzadas.

A pesar de que no hace demasiado frío, Ella lleva una manta por encima de los hombros. Parece más pequeña de lo habitual. Me pregunto si el estrés la está devolviendo a una edad más temprana. Debajo de la manta, lleva una de las viejas camisas de franela de Nueve. Le llega hasta las rodillas. Últimamente parece que solo consigue dormir bien por las tardes. Es probable que hoy ni siquiera habría salido de la cama si Marina no le hubiera insistido para que subiera al tejado a hablar conmigo.

—Lo intentaré —dice. Su voz casi queda ahogada por el soplido del viento—. Marina me ha dicho que tú tal vez puedas ayudarme.

«Gracias, Marina», pienso. Apenas he hablado a solas con Ella desde que nos conocimos en Nuevo México. Supongo que esta es una buena oportunidad para estrechar más nuestra relación, aunque la verdad es que me hubiera gustado

que las circunstancias fueran distintas. Me encantaría poder ayudarla, pero no creo que sepa cómo hacerlo. No soy un especialista en esas visiones, ni tampoco un psiquiatra, suponiendo que sea eso lo que necesita. Es el tipo de conversación del que normalmente se ocuparía un cêpan, pero, tal como Nueve acaba de recordarme, ya no nos queda ninguno.

—Marina tiene razón —le digo tratando de inspirar seguridad—. He tenido sueños parecidos en el pasado.

—¿Has soñado con él? —me pregunta Ella; el tono sombrío de su voz me deja muy claro de quién me está hablando.

—Sí —respondo—. Ese ser repugnante se ha pasado tanto tiempo dentro de mi cabeza que debería haberle cobrado un alquiler.

Ella esboza una sonrisa. Se levanta y empieza a jugar con la gravilla suelta del tejado con el pie. Vacilo un instante, y le pongo la mano en el hombro. Ella deja escapar un suspiro, como si se sintiera aliviada.

—Siempre empieza igual. Estamos en la base, luchando contra Setrákus y sus secuaces. Bueno, ya sabes, estamos perdiendo.

—Sí, recuerdo muy bien esa parte —digo, asintiendo con la cabeza.

—Recojo un pedazo de metal del suelo. No sé muy bien lo que es, tal vez el fragmento de alguna espada. Cuando lo toco, empieza a brillar en mi mano.

—Espera un momento —la interrumpo, tratando de comprender—. ¿Esto es lo que pasó o lo que soñaste?

—Es lo que pasó —me dice—. Estaba asustada y cogí lo primero que encontré. Mi gran plan era arrojarle cosas a Setrákus hasta que dejara de golpear a Nueve.

—Desde donde yo estaba, parecía una especie de dardo —digo recordando la lucha, un auténtico caos envuelto en humo—. Un dardo brillante. Creía que era algo que habías encontrado en tu Cofre.

—Yo nunca he tenido Cofre —responde Ella, taciturna—. Supongo que se olvidaron de prepararme uno.

—Ella, ¿sabes lo que creo? —Mi intención es tranquilizarla, pero me resulta difícil impedir que mi estado de excitación se refleje en mi voz—. Creo que allí desarrollaste un nuevo legado, pero la situación era tan crítica que ninguno de nosotros se dio cuenta.

Ella baja la mirada y se queda unos instantes contemplando sus manos.

—No lo entiendo —dice al fin.

Cojo un puñado de piedras sueltas del suelo y se las ofrezco.

—Creo que le hiciste algo a ese pedazo de espada. Y cuando atacaste a Setrákus Ra con él, lo heriste.

—Oh —responde, al parecer nada entusiasmada.

—¿Crees que podrías hacerlo de nuevo?

Le ofrezco las piedrecitas.

—No quiero —responde bruscamente—. Me pareció... mal.

—Estabas asustada... —empiezo a decir, tratando de animarla, pero cuando se aleja un paso de mí, me doy cuenta de que he cometido un error. Aún está afectada por ese enfrentamiento, por esos sueños, por sus legados. Dejo caer las piedrecitas al suelo—. Todos lo estábamos. No pasa nada. Ya nos preocuparemos de eso más tarde. Acaba de contarme tus sueños.

Se queda en silencio durante unos instantes. Temo que se haya replegado en sí misma por completo. Sin embargo, al cabo de un momento, reemprende su relato.

—Le arrojo la pieza de metal —me dice—, y se le clava. Como ocurrió en la base. Excepto que en el sueño, en lugar de retirarse, Setrákus se vuelve para enfrentarse a mí. Todos los demás, incluidos vosotros, desaparecen, y él y yo nos quedamos solos en la sala infestada de humo.

Ella se frota los brazos con las manos; está temblando.

—Se arranca el dardo y me sonrío. Me sonrío mostrándome esos dientes horribles que tiene. Yo me quedo de pie ante él, como una idiota, incapaz de moverme, mientras se me acerca y me toca la cara. Me la acaricia con el reverso de la mano. Tiene un tacto helado. Y entonces me habla.

De hecho, yo también me he echado a temblar. La imagen de Setrákus Ra plantado delante de Ella, poniéndole encima sus manos asquerosas, me revuelve el estómago.

—Y ¿qué te dice?

—Um... —Hace una pausa y responde, bajando la voz—: Dice: «Aquí estás». Y luego añade: «Te he estado buscando».

—Y entonces ¿qué pasa?

—Se... se arrodilla. —Su voz es ahora un suspiro glacial—. Me toma una mano entre las suyas y me pregunta si he leído la carta.

—¿Qué carta? ¿Sabes a qué se refiere?

Ella se ajusta bien la manta a los hombros y, sin mirarme, responde:

—No.

Por el modo en que me ha respondido, sospecho que no ha sido del todo sincera. Hay algo acerca de esa carta (sea lo que sea) que la afecta casi tanto como las visiones de Setrákus Ra. Con lo que me ha contado, no puedo saber si sus sueños son como los que yo había tenido, como aquel en el que Setrákus torturaba a Sam para persuadirme de que luchara con él, ni tampoco si Seis tiene razón y esas pesadillas no son más que el resultado de todas las cosas terribles por las que Ella ha tenido que pasar. No quiero presionarla más: creo que está a punto de echarse a llorar.

—Me gustaría poder decirte que sé cómo ahuyentar esos sueños —le digo, y entonces me doy cuenta de que estoy tratando de imitar al mejor Henri—, pero no es así. No sé qué los provoca. Lo único que sé es lo dolorosos que pueden

llegar a resultar.

Ella asiente con la cabeza, visiblemente decepcionada.

—Vale.

—Si vuelves a verlo en sueños, recuerda que no puede hacerte daño. Y cuando trate de cogerte de la mano, le das un puñetazo en toda la cara.

Ella esboza una leve sonrisa.

—Lo intentaré.



No sé si nada de lo que he dicho ha ayudado a Ella, pero no puedo dejar de pensar en un detalle de su relato. Estoy convencido de que aquello con lo que atacó a Setrákus Ra, fuera lo que fuera, estaba relacionado con el nuevo legado que desarrolló. Cargó ese proyectil y, de algún modo, hirió a nuestro enemigo, o al menos lo distrajo lo suficiente como para que nosotros pudiéramos recuperar nuestros legados. Ahora solo tengo que convencerla para que lo repita; y espero que podamos descubrir qué puede hacer ese nuevo legado suyo. Si funcionó una vez, tal vez vuelva a funcionar. Tengo que idear un plan para matar por fin a Setrákus Ra y voy a necesitar todas las armas que pueda tener a mi disposición.

Me dirijo a la sala de entrenamiento con la esperanza de encontrar algo que pueda ayudar a desencadenar el legado de Ella, ya sea dentro de mi Cofre o en el arsenal de Nueve. Recuerdo cuando Henri usaba conmigo una piedra especial para ayudarme a aprender a controlar el lumen. Me pregunto si algo así podría servirle de ayuda también a Ella.

Mientras estoy absorto en mis pensamientos, oigo el ruido amortiguado de disparos.

Me encojo automáticamente, encorvándome; noto que se me calientan las manos: mi lumen se está encendiendo. Es instintivo. Conozco la diferencia entre los cañones mogadorianos y la colección de armas de Nueve con la que algunos de los demás se han dedicado a practicar. También sé que aquí estamos a salvo, al menos de momento; si los mogos supieran dónde estamos, todos juntos, su ataque sería bastante más escandaloso que el disparo aislado de un arma. A pesar de todo, tengo el corazón desbocado y estoy preparado para luchar. Me temo que Ella no es la única que está alterable desde el enfrentamiento de Nuevo México.

Abro las pesadas puertas dobles de la sala de entrenamiento con las manos aún resplandecientes: todavía estoy en guardia. Espero encontrarme a Nueve enfundándose el arma con una pirueta, como los bandidos, o apuntando a objetivos de papel para matar el tiempo.

En lugar de eso, veo a Sarah vaciando las últimas balas de un pequeño revólver. El proyectil atraviesa el hombro de un mogadoriano de papel que está

colgado al fondo de la habitación.

—No está mal —opina Seis, mientras se quita el protector de los oídos.

Está de pie junto a Sarah, mirando por encima de su hombro.

Seis usa la telequinesia para acercar la silueta mogadoriana de papel. La mayoría de los disparos de Sarah han rasgado el borde del papel, o han herido al mogadoriano en los brazos o en las piernas. Uno, sin embargo, se ha alojado justo entre sus ojos. Sarah introduce el dedo en el agujero.

—Puedo hacerlo mejor —asegura.

—No es tan fácil como hacer de animadora, ¿verdad? —pregunta Seis con toda naturalidad.

Sarah saca los cartuchos vacíos y carga el arma de nuevo.

—Cómo se nota que nunca has intentado hacer un mortal agrupado.

—Ni siquiera sé qué es eso.

Al presenciar esta escena, de pronto y de manera inexplicable me siento nervioso. No puedo negar que la imagen de Sarah manejando un arma tiene algo peligrosamente excitante de lo que nunca me había dado cuenta. Pero también me hace sentir culpable, como si yo fuera la razón de que ella estuviera allí, haciendo prácticas de tiro, en lugar de haber vuelto a Paradise, donde podría llevar una vida normal. Además, está el detalle de que no le he mencionado a Sarah que besé a Seis, y ahora las dos están juntas, pasando el rato. Sé que debería sincerarme con Sarah. Al final lo haré. Tal vez cuando no tenga un arma cargada en la mano.

Me aclaro la garganta y trato de parecer relajado.

—Eh, ¿cómo va eso?

Las dos se vuelven hacia mí. Sarah me sonríe de oreja a oreja y levanta la mano con la que no sostiene la pistola para saludarme.

—Eh, cariño —me dice—. Seis me estaba enseñando a disparar.

—Genial. No sabía que querías aprender.

Seis me mira con una expresión extraña, como diciendo: «¿Quién demonios no querría aprender a disparar?». Se produce un momento incómodo: casi me enfado con ella por darle a Sarah esas clases sin mi permiso. Bueno, no es que Sarah necesite mi permiso para hacer nada... No sé, esta situación me pone nervioso, y debe de notárseme, porque Seis retira la pistola de la mano de mi novia, coloca el seguro y la mete en la funda.

—Creo que ya es suficiente por ahora —decide—. Ya seguiremos mañana.

—Oh —responde Sarah, algo decepcionada—. Está bien.

Seis le da un par de palmaditas en el brazo y le dice:

—Buen disparo. —Luego me dedica una sonrisa tensa que no sé muy bien cómo interpretar—. Hasta luego, chicos —se despide, y pasa como una exhalación junto a mí, camino de la puerta.

Sarah y yo nos quedamos en silencio durante unos instantes, acompañados

del zumbido de las luces que cuelgan del techo.

—Bueno —empiezo a decir, algo incómodo.

—Estás raro —opina mirándome con la cabeza inclinada hacia un lado.

Recojo el perfil del mogadoriano y me dedico a examinar la obra de Sarah mientras trato de pensar en qué decir.

—Lo sé. Perdona. Es que nunca había creído que eras de ese tipo de mujeres peligrosas a las que les gustan las armas.

Sarah frunce el ceño sin dejar de mirarme.

—Si voy a estar contigo, no quiero ser siempre una damisela en apuros.

—No lo eres.

—Por favor... —resopla—. A saber cuánto tiempo habría estado pudriéndome en Nuevo México si no hubierais aparecido. Y además, John, me devolviste la vida.

Le paso el brazo por la cintura, tratando de no recordarla a mis pies, casi muerta.

—Nunca habría dejado que te ocurriera nada.

Se zafa de mí.

—De eso no puedes estar seguro. No puedes conseguirlo todo, John.

—Sí —le digo—. Estoy empezando a darme cuenta.

Sarah levanta la mirada hacia mí y me dice:

—Sabes, hoy he estado pensando en llamar a mis padres. Han pasado semanas. Quería decirles que estoy bien.

—La verdad es que no es muy buena idea. Puede que los mogadorianos o el Gobierno hayan pinchado el teléfono de tu casa. Tal vez nos estén buscando.

Le he hablado tan fríamente que enseguida me arrepiento de haber pronunciado esas palabras: qué deprisa adopto los modos de líder paranoico y práctico.

—Ya lo sé —me dice, asintiendo con la cabeza—. Es exactamente lo que he pensado, y por eso no lo he hecho. No quiero ir a casa. Quiero quedarme aquí con vosotros y luchar. Pero no tengo superpoderes lóricos. No soy más que un peso muerto. Por eso quiero aprender a disparar, para servir de algo.

—Tú sirves de mucho... —le aseguro cogiéndole la mano—. Te necesito aquí, conmigo. En realidad, eres lo único que impide que me vuelva loco.

—Entiendo —me dice—. Tú vas a salvar el mundo y yo voy a ayudarte. ¿Tiene algo que ver con eso de que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer? Puedo ser eso para ti, John. Es solo que me gustaría ser una gran mujer con puntería.

No puedo evitar echarme a reír: la tensión entre nosotros ha desaparecido. Levanto la mano de Sarah y se la beso. Ella me rodea la cintura con los brazos y nos abrazamos. No sé por qué estaba tan confuso; tener a Sarah a mi lado lo hace todo más fácil. ¿Que tengo que pensar un plan para acabar con los

mogadorianos? No hay problema. Y ese beso con Seis simplemente ya no parece tener ninguna importancia.

Ocho se teletransporta en la habitación levantando una ráfaga de aire. Tiene los ojos muy abiertos y se lo ve muy exaltado, pero, al vernos, de repente adopta una actitud tímida.

—Vaya —nos dice—. Lo siento, no esperaba contemplar besuqueros.

Sarah se ríe y yo miro a Ocho con aire bromista.

—Será mejor que valga la pena —le digo.

—Deberías ir a la sala de vigilancia y verlo con tus propios ojos. Yo tengo que ir a buscar a los demás.

Tras darme este mensaje críptico, Ocho se teletransporta a otra parte. Sarah y yo intercambiamos una mirada y, a continuación, salimos a toda prisa de la sala de entrenamiento y entramos en el viejo taller de Sandor.

Nueve ya está allí, contemplando con los brazos cruzados el conjunto de monitores que recubren la pared. Todos muestran la misma imagen: el telediario de una cadena local de Carolina del Sur. Nueve aprieta el botón de pausa en cuanto nos ve entrar y congela la imagen de un presentador de cabello cano.

—El otro día me puse a ejecutar algunos de los programas informáticos de Sandor —explica Nueve—. Hay uno que repasa retransmisiones de noticias curiosas que podrían estar relacionadas con los lóricos.

—Sí, Henri también lo tenía.

—Ya... El típico material aburrido de los cêpan, ¿no? Excepto que esto ha aparecido esta noche.

Nueve vuelve a poner la retransmisión y el presentador continúa leyendo.

«Las autoridades no se explican el vandalismo de que ha sido víctima el campo de un granjero local esta mañana. La teoría que prevalece es que se trata de una broma de estudiantes de instituto, pero otros sugieren que...».

Bajo el volumen cuando aparece en imagen el plano elevado de un campo de maíz parcialmente quemado, cuya zona calcinada tiene la forma de un emblema tortuoso y laberíntico. Tal vez al presentador del telediario le parezca una broma juvenil, pero nosotros lo reconocemos enseguida. Ese campo está marcado con el símbolo lórico de Cinco.

CAPÍTULO SIETE



—**SI CINCO ESTÁ TRATANDO DE LOCALIZARNOS, NO PODRÍA** haber encontrado un modo peor de hacerlo —dice Nueve.

—Tal vez esté asustada y sola —argumenta Marina, suavemente—. Siempre pendiente de no ser descubierta.

—Ningún cêpan en su sano juicio se dedicaría a prenderle fuego a un campo de cultivo, así que debe de estar sola. Aun así... —La voz de Nueve se va apagando y su frente se llena de arrugas—. Un momento... ¿Cómo que asustada y sola? ¿Acaso Cinco es una pava?

Marina levanta la mirada hacia el cielo al oír lo de «pava», y a continuación sacude la cabeza.

—No lo sé. ¿A ti qué te parece?

—Pegarle fuego a un campo parece algo más propio de chicos —observa Seis.

—Recuerdo que una vez Henri me leyó una historia acerca de una chica que le sacó un coche de encima a alguien en Argentina —comento—. Siempre pensamos que podría tratarse de Cinco.

—A mí me parece una de esas historias que publica la prensa amarilla —

opina Seis.

—¿Qué más da que sea chico o chica? —interrumpe Nueve, agitando la mano hacia los monitores—. Estar asustado no es sinónimo de ser estúpido.

Estoy de acuerdo con Nueve. Suponiendo que esto sea un mensaje de Cinco y no alguna elaborada trampa mogadoriana, es una forma pésima de captar nuestra atención. Porque si nosotros nos hemos dado cuenta, también lo habrán hecho los mogadorianos.

Nos hemos reunido todos en el antiguo taller de Sandor. Nueve ha detenido la grabación justo en el plano elevado del símbolo lórico y, mientras, los demás tratamos de pensar qué hacer a continuación. Tengo el macrocosmos de mi Cofre abierto, y el sistema solar lórico holográfico flota tranquilamente en el espacio, encima de la mesa.

—No debe de tener su Cofre abierto —digo—. Si así fuera, esto se convertiría en un globo.

Ocho está de pie junto a mí, con el cristal comunicador rojo que sacó de su Cofre en la mano. Es como el que encontramos en el de Nueve; solíamos emplearlo para tratar de enviarle mensajes a Seis cuando estaba en la India.

—¿Estás ahí, Cinco? —Ocho le habla al cristal—. Si estás ahí, tal vez deberías dejar de prenderle fuego a las cosas.

—Me parece que solo te puede oír si tiene su Cofre abierto —explico—. Y, en ese caso, aparecería en el macrocosmos.

—Ah —dice Ocho, bajando el cristal—. ¿Por qué no nos metieron teléfonos móviles en esos cofres?

Mientras tanto, Nueve ha conectado nuestra tableta localizadora a uno de los ordenadores de Sandor. La imagen del telediario desaparece de la pantalla y es sustituida por un mapa de la Tierra. En Chicago se observa un conjunto de puntos azules intermitentes: somos nosotros. Más al sur, hay otro punto que se desplaza a gran velocidad desde los dos estados de Carolina hacia el centro del país. Nueve se vuelve para mirarme.

—Ha recorrido muchos kilómetros desde que lo he visto esta mañana. Además, es la primera vez que sale de las islas.

Seis señala la pantalla y traza una línea hacia el lugar donde ardió esa cosecha.

—Tiene sentido. Sea quien sea, está huyendo.

—Pero se mueve realmente deprisa —observa Sarah—. ¿Es posible que haya tomado un avión en algún lugar?

De pronto, el punto que parpadea en la pantalla gira abruptamente hacia el norte, a través de Tennessee.

—Me temo que los aviones no se mueven así —dice Seis, frunciendo el ceño.

—¿Supervelocidad? —pregunta Ocho.

El punto azul avanza a través de Nashville, sin reducir la velocidad ni cambiar

de rumbo en ningún momento.

—No me explico cómo ha podido cruzar una ciudad a esta velocidad y además en línea recta —confiesa Seis.

—Hijo de puta —gruñe Nueve—. Creo que ese o esa idiota puede volar.

—Tendremos que esperar a que se detenga —digo—. Tal vez entonces abra el Cofre y podamos mandarle un mensaje. Haremos turnos para vigilar. Tenemos que encontrar a Cinco antes de que lo hagan los mogadorianos.



Marina se ofrece voluntaria para hacer el primer turno. Me quedo en la sala de vigilancia cuando los demás ya se han ido. A pesar de esta noticia excitante acerca de Cinco, no me he olvidado de nuestros demás problemas, sobre todo de Ella y sus pesadillas.

—Hoy he hablado con Ella —empiezo a decir—. En sus pesadillas, Setrákus Ra le pregunta si ha abierto no sé qué carta. ¿Tienes idea de lo que puede ser?

Marina aparta la mirada de la trayectoria que está describiendo la señal intermitente de Cinco a través de Oklahoma.

—¿Tal vez la carta de Crayton?

—¿Su cêpan?

—En la India, justo antes de morir, Crayton le entregó a Ella una carta. —Marina frunce el ceño y añade—: Con todo lo que ha ocurrido, casi lo había olvidado.

—¿No la leyó? —pregunto, algo exasperado—. Oye, ¡que estamos librando una guerra! ¡Podría ser importante!

—No creo que para ella sea tan fácil, John —me dice Marina, sin alterarse—. Esa carta contiene las últimas palabras de Crayton. Leerla sería como admitir que realmente se ha ido y que ya no volverá.

—Es que se ha ido —replico, rápidamente; tal vez demasiado.

Hago una pausa y pienso en cuando Henri fue asesinado. Había sido como un padre para mí, incluso más que eso: era la única constante en una vida en la que no hacía más que huir. Para mí, la idea de Henri era casi como la idea de hogar; estuviera donde estuviera, con él me sentía a salvo. Al perderlo tuve la sensación de que el mundo se abría bajo mis pies. Y era mayor que Ella cuando eso sucedió. No debería esperar de ella que no le diese importancia.

Me siento al lado de Marina y dejo escapar un largo suspiro.

—Henri, mi cêpan, también me dejó una carta. Me la dio cuando se estaba muriendo. No fui capaz de reunir el valor necesario para leerla hasta al cabo de días de viaje por carretera.

—¿Lo ves? No es tan fácil. Además, si Setrákus Ra se me apareciera en

sueños y me dijera que hiciera algo, seguro que haría exactamente lo contrario.

Asiento con la cabeza.

—Sí, es verdad. Necesita superar el duelo. No quiero parecer insensible. Cuando todo esto haya terminado, cuando hayamos ganado, todos tendremos tiempo de llorar a la gente que hemos perdido. Pero, hasta entonces, debemos recabar toda la información que podamos para encontrar algo que nos dé ventaja. —Alargo la mano hacia la pantalla que muestra la localización de Cinco—. Tenemos que dejar de esperar a que se produzca la próxima crisis y empezar a actuar.

Marina piensa en lo que acabo de decirle mientras contempla el macrocosmos holográfico de la Tierra que hemos dejado activado por si Cinco abre su Cofre. Probablemente esto es lo que esperaba que le dijera esta mañana, cuando me ha preguntado de forma sutil si tenía algún plan para nosotros. Entonces no lo tenía —y tampoco acabo de tenerlo ahora—, pero no me cabe la menor duda de que el primer paso es saber con qué debemos trabajar, y Ella es la clave para eso.

—Hablaré con Ella —digo—. Pero no la forzaré a hacer nada.

Entonces levanto ambas manos y añado:

—Tampoco te pido que lo hagas tú. Pero vosotras estáis muy unidas. Tal vez podrías darle un empujoncito...

—Lo intentaré —responde, al rato.

Ocho aparece en la puerta de la sala de vigilancia, con una taza de té en cada mano. El rostro de Marina se ilumina cuando lo ve, pero enseguida aparta la mirada, mostrándose de pronto muy interesada en el macrocosmos. Veo que el rubor asciende por sus mejillas.

—¡Eh! —exclama Ocho, dejando las tazas—. Lo siento... Esto... Solo he preparado dos.

—Tranquilo —respondo viendo en sus ojos una mirada significativa que me está diciendo que sobro—. Yo ya me iba.

Me levanto y Ocho se sienta justo donde estaba yo, delante del macrocosmos. Incluso antes de que me haya dado tiempo de cruzar la puerta, le susurra a Marina algún chiste al oído, y ella se echa a reír con ganas. He estado tan concentrado en Sarah y en mi agonizante batalla para encontrar algún plan que no me he fijado en el tiempo que Marina y Ocho han estado compartiendo juntos. Está muy bien. Todos merecemos un poco de felicidad, teniendo en cuenta a lo que nos enfrentamos.



Cuando ya casi está amaneciendo, Ocho entra en nuestra habitación y nos

despierta a mí y a Sarah. Todos los demás ya esperan reunidos en la sala de vigilancia. Seis está sentada delante de los monitores, junto a Marina.

—Otra maniobra descerebrada de nuestro compañero desaparecido —dice Nueve a modo de saludo.

Está de pie encima de la pared, usando su legado de antigravedad. Ella se ha sentado en su espalda, con las piernas cruzadas, y va envuelta en una manta. Levanto la ceja al mirarla y le pregunto:

—¿Has dormido algo?

—No quería —responde Ella.

—Me ha estado ayudando a mejorar mi fuerza —anuncia Nueve. Y entonces encorva los hombros y hace saltar a Ella, que está a punto de caerse de bruces. A pesar de ello, la muchacha suelta una risa (algo excepcional) y aguanta, dándole una palmada en la espalda como reprimenda—. Ni siquiera lo he notado.

Haciendo caso omiso de los demás, Seis se vuelve hacia mí y me dice:

—Hace una hora, Cinco ha dejado de moverse. Luego ha empezado de nuevo.

Le echo un vistazo a la pantalla de la tableta. Desde la última vez que consulté su posición, la señal de Cinco ha seguido su camino hacia el oeste. Ahora se encuentra cerca de la frontera oriental de Arkansas.

—El genio se ha detenido el tiempo suficiente para mandarnos otro mensaje —protesta Nueve.

Marina lo mira entornando los ojos.

—¿Realmente tenemos que andar criticando todo lo que hace Cinco? Ya sea chica o chico, lo más seguro es que esté cansado o asustado.

—Oye, yo me he pasado meses en una celda mogadoriana por culpa de mi estupidez. Me he ganado el derecho de poner algo de chispa a mis comentarios... ¡Au!

Ella azota a Nueve en la espalda de nuevo y él se calla. Yo sigo concentrado en Seis y en la pantalla del ordenador.

—Dime lo que ha ocurrido.

—Hace una hora, han colgado esto en la sección de comentarios dedicada a la noticia sobre el campo incendiado —me informa Seis, hablando con toda naturalidad.

A continuación, abre una ventana y la desplaza allí donde todos podamos verla, en pantalla completa.

Anónimo escribe: Cinco buscando a 5. ¿Estáis ahí? Estaré con los monstruos en Arkansas. Encontradme.

—Y eso ¿qué significa? —pregunta Sarah—. Parece un acertijo.

Seis abre un explorador de Internet y en la pantalla aparece una página web de algo llamado Boggy Creek Monster, es decir, «monstruo del arroyo cenagoso».

—Hemos encontrado esto en Google. Es una atracción turística chorra llamada Monster Mart, el mercado de los monstruos. Se encuentra en Arkansas.

—¿Crees que Cinco se dirige hacia allí?

—No lo sabremos hasta que se detenga —responde Seis señalando el punto azul que parpadea en la tableta—. Pero yo diría que sí.

—¿Acaso cree que los mogadorianos no tienen Google? —Salta Nueve.

—De acuerdo con mi experiencia —interviene Seis—, los mogadorianos vigilan Internet como lince. Si nosotros estamos viendo esto, podéis apostar los que queráis a que ellos también lo han visto y están tratando de descifrarlo. Probablemente primero rastrearán su dirección IP e invertirán algún tiempo buscando su localización, lo cual es positivo, porque sabemos que se ha movido desde que mandó el mensaje. De todos modos, ellos también acabarán descubriéndolo.

—Entonces será mejor que nos movamos deprisa —digo.

—¡Sí, joder! —exclama Nueve, saltando de la pared y atrapando a Ella al vuelo, que ha caído tras él. La deposita en el suelo y, haciendo sonar los nudillos, exclama: ¡Por fin algo de acción!

De pronto, tengo la sensación de que una luz se enciende en mi cabeza y, después de días dándole vueltas a nuestra posición, se me ocurre un plan.

—Aquí lo bueno es que nosotros conocemos exactamente la localización de Cinco. Esperemos que esto nos dé cierta ventaja con respecto a los mogadorianos. Tenemos que ser rápidos y astutos. Seis y yo iremos a Arkansas. Gracias a su capacidad para volverse invisible, tal vez podamos encontrar a Cinco sin levantar la liebre. También nos llevaremos a Bernie Kosar.

—Oh, ¿el perro también va? —dice Nueve, inexpresivo.

—Nos resultará más fácil explorar el terreno con su capacidad por cambiar de forma —argumento—. Y puede venir a buscaros si algo va mal. Si nos capturan, Ocho, espero que, en menos de veinticuatro horas, teletransportes a mi celda a nuestro violento amigo Nueve. Y, si ocurre lo imaginable...

—No ocurrirá —me interrumpe Seis—. Hagámoslo.

Miro a los demás.

—¿Estáis todos de acuerdo?

Ocho y Marina asienten con la cabeza. Tienen en el rostro una expresión sombría, pero resuelta. Ella me dedica una sonrisa incipiente desde el lugar que ocupa junto a Marina. Nueve no parece muy emocionado con la idea de quedar fuera de la misión, pero suelta un gruñido para expresar su aprobación. Sarah no dice nada y mira hacia otro lado.

—Bien —digo—. Deberíamos estar de vuelta como muy tarde dentro de dos

días. Seis, coge todo lo necesario y pongámonos en camino.

He necesitado unos cuantos días, pero por primera vez me siento como un líder.



Por supuesto, esta sensación no dura mucho. Estoy en mi habitación, metiendo en una mochila una muda y algunos objetos de mi Cofre: la daga, el brazalete, una piedra sanadora. Sarah entra con una pistola de la colección de Nueve metida en una funda y, sin decir palabra, la guarda en una mochila y la cubre luego con algo de ropa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Voy contigo —responde mirándome, desafiante, como quien espera tener una pelea.

—Eso no estaba en el plan —digo sacudiendo la cabeza, sin dar crédito.

Sarah se cuelga la mochila a la espalda y se me queda mirando con los brazos en jarras.

—Sí, bueno, tampoco estaba en mis planes enamorarme de un extraterrestre, pero a veces los planes cambian.

—Podría ser peligroso —le advierto—. Trataremos de encontrar a Cinco antes que los mogadorianos, pero no sé si lo conseguiremos. Tendremos que ser muy cautos, y Seis solo puede volver invisibles a dos personas a la vez.

Sarah se encoge de hombros.

—Seis me ha dicho que podemos llevarnos a la Xithi-no-sé-qué. La piedra. Puede utilizarla para reproducir sus poderes.

Levanto las cejas, sorprendido. Es una buena idea. Pero estoy más interesado en otro detalle.

—¿Ya has hablado con Seis?

—Sí, y a ella le parece bien —responde Sarah—. Lo comprende. En esta vida ya no hay nada que no sea peligroso. Ya me estoy acostumbrando a la idea de que mi novio tenga que librar una guerra intergaláctica, pero nunca me acostumbraré a limitarme a observar desde la barrera y esperar a que todo vaya bien.

—Pero estar detrás de la barrera es más seguro —le respondo sin mucho entusiasmo, convencido de que no voy a ganar esta discusión.

—Me sentiré aún más segura estando contigo. Después de todo lo que ha pasado, no quiero volver a separarme de ti, John. Sean cuales sean los peligros a los que tengas que enfrentarte, quiero estar a tu lado.

—Yo tampoco quiero separarme de ti, pero...

Antes de poder plantear otra protesta, Sarah da un paso hacia delante y me

hace callar con un beso rápido. No es justo que pueda hacer eso en medio de una discusión.

—No sigas —me dice con una sonrisa—. Ya has hecho el número del caballero, ¿vale? Es genial, me encanta, pero no voy a cambiar de opinión.

Dejo escapar un suspiro. Supongo que una parte de ser un buen líder es saber aceptar las derrotas. Será mejor que también coja la piedra Xitharis del Cofre.



Nueve sube al ascensor con nosotros, y, juntos, bajamos al parking. Es evidente que aún está enfadado, incluso más que antes ahora que sabe que Sarah participa en la misión.

—Dejaremos la tableta aquí, por si algo anda mal y tienes que venir a buscarnos —le digo a Nueve—. Espero que Cinco se quede quieto durante un tiempo. Si no podemos encontrarlo en cuanto lleguemos a Arkansas, nos pondremos en contacto con vosotros para que nos informéis de sus movimientos.

—Vale, vale —repone Nueve, mirando a Sarah de reojo—. En lugar de una misión de rescate, esto se parece cada vez más a un viaje de placer con dos tías buenorras —protesta.

Sarah mira al cielo, exasperada.

—No es nada de eso —le digo a Nueve, fulminándolo con la mirada—. Sabes que necesitamos que te quedes aquí, por si ocurre algo.

—Sí, soy el plan de apoyo —gruñe—. Johnny, ¿tengo que empezar a salir contigo para vivir algo de acción?

—Podría ayudar —repone Sarah, guiñándole el ojo.

Nueve me echa una mirada y opina:

—No sé si lo vale.

Seis y Bernie Kosar nos están esperando al pie de las escaleras. Nueve nos muestra el montón de plazas reservadas para la extensa colección de coches de Sandor y, finalmente, levanta la lona que protegía un Honda Civic plateado. Es el vehículo menos vistoso: no queremos atraer la atención mientras estamos en la carretera. BK enseguida salta al asiento de pasajeros, excitado por la partida.

—Es rápido —explica Nueve—. Sandor tuneó todos los vehículos por si, en algún momento, teníamos que mover el culo deprisa.

—¿Tiene sistema de óxido nítrico? —pregunta Sarah.

—¿Qué sabes tú del óxido nítrico, cariño? —repone Nueve.

Sarah se encoge de hombros y responde:

—Siempre me han gustado los programas de coches. Vamos, enséñame cómo funciona. Siempre he querido conducir uno de estos coches superrápidos.

—Vale, está bien —dice Nueve, mostrándome una sonrisa—. Después de

todo, puede que tu novia sirva de algo, John.

Mientras Nueve le enseña a Sarah los mandos del Civic, yo me reúno con Seis junto al maletero y empezamos a cargar nuestras cosas. Aún no acabo de creerme que Sarah vaya a venir con nosotros y, por lo visto, tengo que culpar de ello a Seis.

—Estás enfadado conmigo —me dice antes de que haya tenido tiempo de abrir la boca.

—Te agradecería que me avisaras la próxima vez que invites a mi novia a acompañarnos en una misión peligrosa.

Seis suelta un gruñido y cierra el maletero de un portazo. Luego se vuelve hacia mí y me suelta:

—Por favor, John. Ella quería venir. ¡Me parece que sabe pensar por sí sola!

—Ya lo sé —susurro para que Sarah no me oiga—. Nueve también quería venir. Tenemos que considerar lo que es mejor para el grupo.

—No querrás que se sienta como un peso muerto, ¿no? Esta es una buena manera de enseñarle que no lo es.

—Un momento: ¿un peso muerto? —Pienso en la conversación que hemos mantenido con Sarah en la sala de entreno. Esas son exactamente las palabras que ha empleado ella—. ¿Nos has estado escuchando a escondidas?

Seis parece sentirse algo culpable de que la haya descubierto, pero ante todo se la ve enfadada. Casi le salen chipas de los ojos al mirarme.

—¿Y qué? Creía que al final tendrías lo que hay que tener y le dirías que nos besamos.

—Y ¿por qué habría de hacer tal cosa? —Le suelto, esforzándome para no levantar la voz.

—Porque cuanto más lo postergas más raro resulta, y estoy empezando a hartarme. Porque Sarah se merece...

Antes de que Seis pueda terminar la frase, el Civic se pone en marcha. Sarah aprieta varias veces el acelerador y Nueve se aleja unos pasos de la ventanilla del conductor, visiblemente complacido por la actitud de mi novia al volante. Sarah asoma la cabeza por la ventanilla y, volviéndose hacia nosotros, grita:

—Y vosotros dos qué: ¿venís o no?

CAPÍTULO OCHO



EL ÁTICO PARECE MAYOR EN CUANTO JOHN, SEIS Y SARAH SE han marchado. Aún no me he acostumbrado a las dimensiones de este lugar; es casi tan grande como para contener todo el Monasterio de Santa Teresa. Ya sé que es una tontería, pero aquí siempre voy de puntillas, como si tuviera miedo de estropear todas estas riquezas que Nueve y su cêpan han amasado.

El baño de Nueve tiene calefacción bajo el suelo: en realidad, las baldosas te calientan y te secan los pies cuando sales de la ducha. Me acuerdo de la cantidad de veces que me senté en mi colchón para sacarme las astillas que se me habían clavado en los pies después de caminar por los suelos de madera maltrechos de Santa Teresa. Pienso en lo que Héctor opinaría de este lugar, y sonrío. Luego me pregunto qué tipo de persona habría sido yo si, en lugar de a Adelina, hubiera tenido a Sandor de cêpan, un guardián ostentoso, pero entregado, frívolo a la hora de comprar, pero incapaz de abandonar sus obligaciones. No sirve de nada tener estos pensamientos, pero no puedo evitarlo.

Claro que si no hubiera estado tanto tiempo en Santa Teresa, mi camino y el de Ella no se habrían cruzado. Nunca habría viajado a las montañas con Seis, y no habría conocido a Ocho.

Al final, tantas dificultades valieron la pena.

Reprimo un bostezo con el reverso de la mano. Ninguno de nosotros descansó demasiado la noche pasada: eso de haber encontrado a Cinco nos exaltó los ánimos. Se suponía que era la noche que me tocaba dormir en la habitación de Ella para poder despertarla en caso de que las pesadillas llegaran demasiado lejos. En realidad, no creo que Ella pegara ojo entre la reunión y el rato que estuvo con Nueve vigilando la evolución de la señal de Cinco. Por lo que parece, prefiere pasar tiempo con Nueve antes que descansar. La verdad es que me gustaría poder ayudarla, pero me temo que mi legado sanador no es extensible al mundo de los sueños.

Me encuentro a Ella acurrucada en una silla, en el salón. Nueve está echado en el sofá de al lado, roncando escandalosamente, agarrando con las manos un tubo de metal que resulta ser la vara que le había visto emplear con una eficacia letal. Debe de haberla sacado de su Cofre cuando aún creía que tenía alguna posibilidad de que John se lo llevara con él a la misión. Nueve tiene cogida el arma como si se tratara de un osito de peluche, y probablemente sueña que se está cargando a un montón de mogadorianos.

—Tú también deberías dormir un poco —susurro.

Ella aparta de mí la mirada para posarla en Nueve, que sigue durmiendo.

—Ha dicho que solo quería descansar un poco los ojos y que luego me enseñaría algunas de sus técnicas rompeculos.

Me echo a reír. Es cómico ver a Ella repitiendo como un loro las palabras que emplea Nueve.

—Vamos, ya habrá tiempo para entrenar más tarde.

Nueve refunfuña algo en sueños y se da la vuelta, enterrando la cara en los cojines del sofá. Ella se levanta poco a poco y salimos de puntillas de la habitación.

—Me gusta Nueve —me anuncia mientras recorremos el corredor—. Pasa de rollos.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, frunciendo el ceño.

—Nunca quiere saber si estoy o no estoy bien, ni se preocupa por mí. Se limita a contarme chistes groseros y me deja caminar sobre sus hombros por el techo.

Me río, pero la verdad es que me siento un poco herida. Todos hemos estado muy preocupados por Ella: siempre hemos tratado de que se abriera y hablara con tranquilidad de Crayton (aún se supone que debo hacer lo que me pidió John y descubrir lo que dice esa carta), y entonces aparece Nueve y le hace olvidar momentáneamente sus problemas con sus animaladas.

—Es solo que estamos preocupados por ti —le digo.

—Ya lo sé —repite Ella—. Pero es que a veces es mejor no pensar en ello.

Puede que sea un buen momento de darle a Ella ese empujoncito del que me

habló John.

—Mi cêpan, Adelina, se pasó mucho tiempo tratando de no pensar en su destino... en nuestro destino. Pero al final no le quedó otro remedio. Tuvo que enfrentarse a ello.

Ella no dice nada, pero, a juzgar por el modo como frunce el ceño, diría que está sopesando mis palabras.

Me doy cuenta de que, en lugar de dirigirme hacia las habitaciones, he vuelto a la sala de vigilancia. Me quedo de pie delante de la tableta, que sigue encendida, y contemplo los puntos que representan a Cuatro y a Seis y que poco a poco van acercándose al punto inmóvil de Cinco, en Arkansas.

—¿Estás preocupada por ellos? —pregunta Ella.

—Un poco —respondo, aunque la verdad es que sé que estarán bien.

Insisto después de conocer a Nueve, sigo pensando que Seis es la persona más dura y valiente con la que me he topado jamás. Y Cuatro es exactamente tal como Seis dijo que sería: un buen tío, el líder que necesitamos, aunque a veces sienta que todo esto lo supera.

—Espero que Cinco sea un chico —me confiesa Ella—. No hay bastantes para todas.

Me quedo con la boca abierta durante unos instantes, y luego me echo a reír.

—¿Ya nos estás emparejando, Ella?

Asiente mientras me mira con picardía.

—Por supuesto, están John y Sarah, y también tú y Ocho.

—Un momento —la interrumpo—. Entre Ocho y yo no hay nada.

—Pfffff —me corta Ella. Y entonces añade—: Y si crezco y me caso con Nueve, ¿quién le quedará a Seis?

—¿Quién decís que se casa?

Ocho está de pie en la puerta, justo detrás de nosotras, con esa sonrisa suya de suficiencia iluminándole el rostro. ¿Cuánto tiempo debe de llevar ahí? Ella y yo intercambiamos una mirada de sorpresa y nos echamos a reír.

—Vale —dice Ocho, acercándose para echarle un vistazo a la tableta—. No me lo digáis.

Nuestros hombros se rozan, pero yo no me aparto. Aún pienso en ese beso apasionado que nos dimos en Nuevo México. Probablemente fue el paso más atrevido que he dado en toda mi vida. Aunque me habría encantado, no hemos vuelto a besarnos desde entonces. Hemos hablado mucho, hemos compartido historias de nuestros días de fugitivos en la Tierra y comparado fragmentos de nuestros recuerdos de Lorien. Simplemente no ha llegado el momento adecuado para nada más.

—Se están tomando su tiempo, ¿eh? —comenta Ocho mientras contempla a Cuatro y a Seis avanzando hacia el sur.

—Es un viaje largo —respondo.

—Perfecto —repone él con una sonrisa—. Eso nos dará más margen a nosotros.

Ocho lleva unos tejanos y una camiseta roja y negra de algo llamado Chicago Bulls. Da un paso atrás y nos muestra su conjunto con las manos, como si quisiera que Ella y yo le diéramos nuestra aprobación.

—¿Parezco lo bastante americano con esta ropa?



—¿Estás seguro de que lo que estamos haciendo es una buena idea?

El ascensor desciende hacia el vestíbulo del edificio, y yo estoy muy nerviosa. Tengo a Ocho junto a mí, prácticamente brincando de excitación.

—Llevamos días aquí y aún no hemos visto la ciudad —me dice—. Me gustaría conocer otras cosas de Estados Unidos, aparte de bases militares y apartamentos.

—Pero ¿y si pasa algo mientras estamos fuera?

—Habremos vuelto antes de que ellos hayan llegado a Arkansas. No les pasará nada de camino hacia allí. Y, si algo ocurriera, Ella puede avisarnos con su telepatía.

Pienso en Nueve, que aún estaba dormido en el sofá cuando Ocho y yo hemos pasado con sigilo junto a él. Ella se ha limitado a observarnos mientras nos marchábamos, mostrándome una sonrisa conspiratoria desde la silla en la que se ha acomodado junto a Nueve.

—¿No crees que Nueve se enfadará si se despierta y no estamos ahí?

—¿Qué es? ¿Nuestra niñera? —Ocho rompe a reír alegre, alargando los brazos para zarandearme ligeramente por los hombros—. Vamos, relájate. ¡Seamos turistas por un par de horas!

Desde las ventanas del ático de Nueve, nunca he tenido una auténtica sensación de lo atiborradas que están las calles de Chicago. Salimos bajo el sol de mediodía e inmediatamente chocamos con un muro de ruido: gente hablando, bocinas de coches sonando... Me recuerda al mercado que había en España, pero multiplicado por mil. Ocho y yo levantamos la cabeza, tratando de hacernos una idea de los edificios que se elevan hacia el cielo. Caminamos despacio, y la gente nos lanza miradas de irritación cada vez que se ve obligada a esquivarnos.

Me resulta un poco agobiante estar aquí fuera. Todo este gentío, el ruido, es mucho más de lo que estoy acostumbrada. Sin siquiera proponérmelo, cojo a Ocho del brazo, solo para asegurarme de que no nos separemos por accidente y acabemos perdidos en la multitud. Él me sonríe.

—¿Hacia dónde? —me pregunta.

—Por allí —le digo señalando una dirección elegida al azar.

Acabamos en la orilla del lago Michigan. Aquí todo está mucho más tranquilo. Los humanos que pasean junto al agua son como nosotros: no tienen prisa por llegar a ninguna parte. Algunos se sientan en un banco y comen allí su almuerzo, mientras otros corren o pasan en bicicleta, haciendo ejercicio. De pronto, me siento triste por esta gente. Tanto en juego y ellos sin saberlo.

Ocho me toca el brazo con delicadeza.

—Estás frunciendo el ceño.

—Lo siento —respondo, forzando una sonrisa—. Solo pensaba.

—Pues no pienses tanto —me dice con dureza fingida—. Hemos salido a dar una vuelta. Nada más.

Trato de apartar de mi mente los pensamientos sombríos y actuar como una turista, como ha dicho Ocho. El lago está transparente y hermoso; unos cuantos botes surcan perezosamente su superficie. Paseamos sin ninguna prisa junto a esculturas y terrazas de cafés. Ocho se muestra interesado por todo; trata de embeberse de toda la cultura local posible y se esfuerza para que yo me anime y aprenda a disfrutarlo todo.

Nos detenemos delante de una enorme escultura plateada que parece una mezcla de platillo volador y patata a medio pelar.

—Creo que esta obra humana estuvo secretamente influenciada por el gran artista lórico Hugo Von Lore —dice Ocho, acariciándose pensativo la barbilla.

—Te lo estás inventando.

—Solo trato de ser mejor guía turístico —dice encogiéndose de hombros.

Su entusiasmo despreocupado es contagioso, y pronto me veo metida en su juego: nos inventamos historias descabelladas para cada lugar emblemático por el que pasamos. Cuando por fin me doy cuenta de que hemos estado más de una hora a orillas del lago, me siento culpable.

—Tal vez deberíamos volver —le sugiero; tengo la sensación de que estamos eludiendo nuestras responsabilidades, aun sabiendo que no podemos hacer nada más que esperar.

—Un momento —me dice, señalando algo con el dedo—. Mira eso.

Me habla tan bajo que espero ver algún espía mogadoriano en nuestro camino. Sin embargo, al seguir su mirada, descubro a un viejo regordete detrás de un carrito de comida que vende lo que anuncia como «Chicago-Style Hot Dog». Le entrega uno a un cliente; el perrito caliente está cubierto de trocitos de pepinillo, rodajas de tomate y cebolla picada, y apenas cabe en el panecillo que lo contiene.

—Es la cosa más monstruosa que he visto en mi vida —dice Ocho.

Se me escapa una risa contenida y, cuando, de pronto, mi estómago se queja, esa risa se convierte en una carcajada en toda regla.

—Pues a mí me parece que tiene bastante buena pinta —consigo articular.

—¿Te había dicho alguna vez que soy vegetariano? —me pregunta Ocho,

mirándome con repugnancia fingida—. Pero si lo que te apetece es comerte ese espeluznante perrito caliente al estilo de Chicago, que así sea. Nunca te he dado las gracias como es debido.

Cuando Ocho se dispone a dirigirse hacia el vendedor, lo agarro del brazo y lo acerco hacia mí.

—¿Has cambiado de opinión? —me pregunta con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir con que nunca me has dado las gracias como es debido? —le pregunto—. ¿Darme las gracias por qué?

—Por haberme salvado la vida en Nuevo México. Rompiste la profecía, Marina. Setrákus Ra me atravesó con su espada y tú... tú me devolviste la vida.

No puedo evitar sonrojarme.

—No fue nada —susurro, mirándome los pies.

—Para mí lo fue todo, literalmente.

Levanto la mirada, tratando de ofrecerle mi mejor versión de la sonrisa provocativa de Ocho.

—En este caso, creo que me merezco algo más que un vulgar perrito caliente.

Ocho se lleva las manos al pecho, como si lo hubiera herido.

—¡Tienes razón! ¿Cómo he podido pensar que mi vida podía cambiarse por un perrito caliente? —Me coge la mano y se arrodilla ante mí—. Salvadora mía, ¿qué puedo hacer para pagarte tu favor?

Me siento algo cohibida, pero no puedo evitar echarme a reír. Dedico miradas de disculpa a la gente que tenemos alrededor; la mayoría observa el número de Ocho con una sonrisa curiosa. Debemos de parecer dos adolescentes normales, haciendo el tonto y flirteando.

Tiro de Ocho para que se ponga en pie y, sin soltarle la mano, continúo el paseo hasta la orilla del lago. La luz del sol titila sobre la superficie del agua. No es el mar al que debo mi nombre, pero aun así es muy hermoso.

—Puedes prometerme más días como este —le digo a Ocho.

Me estrecha la mano con fuerza.

—Dalo por hecho.



Ocho y yo volvemos por fin al ático, con el estómago lleno de la grasienta pizza típica de Chicago. Aún faltan horas para que Cuatro y Seis lleguen a Arkansas, y Ella no nos ha mandado ningún aviso telepáticamente. Todo está tal como lo habíamos dejado.

Excepto que Nueve se ha despertado y nos espera plantado tan cerca de la puerta del ascensor que casi chocamos con él al entrar.

No se mueve ni un milímetro cuando nos ve llegar: se limita a quedarse allí de pie, con los brazos cruzados, fulminándonos con la mirada.

—¡Dios! —exclama Ocho, rodeando lentamente la mole de Nueve—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, esperándonos? ¿No te duelen los pies?

—Solo hemos salido un momento —explico. La presencia de Nueve me intimida. Me recuerda a cuando me pillaban merodeando por el orfanato después del toque de queda y, por un momento, me lo imagino tratando de azotarme en los nudillos con una regla—. ¿Todo va bien?

—Todo va bien —espeta Nueve, dirigiéndose más a Ocho que a mí—. No podéis salir a pasearos por las calles de la ciudad sin decirme nada.

—¿Por qué no? —pregunta Ocho.

—Porque es una mierda —gruñe Nueve. Puedo ver cómo trabaja su mente: trata de pensar en algo mejor que decir—. Es irresponsable y negligente. Es una estupidez.

—Solo han sido un par de horas —protesta Ocho, levantando la mirada, exasperado—. Ahórrame el discursito de cêpan.

Tiene su gracia ver a Nueve tan enfadado con nosotros, perdiendo los papeles, sobre todo cuando pienso en las historias que le he oído contar a Cuatro acerca de los días que pasaron juntos en la carretera. Y lo curioso es que, al mismo tiempo, me parece adorable. Siempre va de duro, de potro desbocado, y luego resulta que, cuando al despertarse no nos encuentra, se preocupa realmente por nosotros.

Le pongo la mano en el brazo con la intención de calmar un poco la situación y le digo:

—Siento haberte preocupado.

—Da igual, no estaba preocupado —gruñe Nueve, zafándose de mí y volviéndose de nuevo en contra de Ocho—. ¿Crees que esto era un discursito? Tal vez debería enseñarte el tipo de discursos a los que yo estaba acostumbrado cuando era un tonto del culo presuntuoso.

Ocho agita los dedos delante de Nueve, azuzándolo aún más. La mayoría de las veces, sus bromas son agradables, pero este es uno de esos momentos en los que preferiría que se contuviera. Nueve se le acerca; sus narices se tocarían si Ocho fuera solo un poquito más alto. Ocho no retrocede y sigue sonriendo, como si todo fuera una broma.

—Vamos —le dice Nueve, casi con un susurro—. Te he visto con Seis en la sala de entrenamiento, pasando el rato con vuestros jueguecitos de niños. Aún no te has entrenado conmigo.

Ocho dirige la mirada a su muñeca para consultar un reloj imaginario.

—Claro, tío. Ahora mismo tengo un ratito libre.

Nueve sonríe. Se vuelve y me mira por encima del hombro.

—Tú también, enfermera Marina. Tu novio te va a necesitar.

CAPÍTULO NUEVE



—TE VOY A PONER EN FORMA —DECLARA NUEVE—. ASÍ, EN LA próxima misión, no nos dejarán aquí, sin hacer nada.

Ocho y yo estamos plantados en medio de la sala de entrenamiento, uno junto al otro, mientras Nueve va describiendo círculos a nuestro alrededor, evaluándonos como si fuera un instructor militar. La verdad es que no doy crédito, y Ocho apenas es capaz de reprimir la risa. De todos modos, me siento un poco culpable de que hayamos salido a hurtadillas, y un poco de ejercicio tampoco nos vendrá mal. Además, me parece que Nueve aún está algo afectado por haber quedado fuera de la misión de rescate que ha organizado Cuatro, y es evidente que se entrega en cuerpo y alma en eso de los entrenamientos, así que decido seguirle la corriente.

—¿O es que preferís ser de los que se quedan siempre en el banquillo? ¿Queréis ir de paseo y atiborraros de pizza mientras los demás nos encargamos de acabar con Setrákus Ra?

Nueve se detiene justo delante de nosotros con un gruñido, y nos mira de arriba abajo.

—No, señor —respondo, tratando de mantener la compostura.

Ocho estalla en una carcajada.

Por el momento, Nueve lo ignora y se concentra en mí.

—Sanación y visión nocturna. Es eso, ¿verdad?

—Y también puedo respirar bajo el agua —añado amablemente.

—Está bien —dice Nueve, considerando mis legados—, tal vez algún día desarrolles un buen legado de lucha, o tal vez no. Supongo que ahora mismo todos nosotros estaríamos muertos de no haber sido por ti. Ya sé que se supone que Johnny también es capaz de sanar, pero creo que solo cura a las chicas con las que sale, así que los demás aún te necesitamos. Bueno, tendremos que mejorar tu velocidad y tu agilidad para que puedas atendernos enseguida cuando uno de nosotros caiga. Y quizá tu capacidad curativa, no sé, evolucione hacia otra cosa si la ejercitamos lo bastante.

Me sorpendo al darme cuenta de que casi todo lo que ha dicho Nueve tiene sentido. Solo hay una cosa que me inquieta.

—¿Cómo vamos a ejercitar mis dotes curativas?

La sonrisa de Nueve es siniestra: me asustaría verla en pleno campo de batalla.

—Oh, ya lo verás. En cuanto a ti —prosigue, dirigiéndose a Ocho—, me pareciste un tío de puta madre cuando te conocí, y entonces dejaste que te clavaran una espada en el pecho a la primera de cambio. Buen trabajo.

La expresión de Ocho se ensombrece al recordar su encuentro con Setrákus Ra.

—Me engañó.

—Ajá —dice Nueve—. Creo que lo recuerdo... Estabas tan ocupado yendo detrás de la falsa Seis (bueno, abrazándote con ella) que te acabaron hiriendo. ¿Qué pasa, tío, que te dedicas a dar abrazos a la gente en plena batalla? Por favor, ¡usa un poco la cabeza!

—Pues a mí me parece que ahora mismo te vendría bien que te dieran uno —dice Ocho, con una sonrisa pícaro en el rostro.

Antes de que Nueve sepa lo que está ocurriendo, Ocho adopta la forma del Visnú de cuatro brazos, pega un salto hacia delante y envuelve a Nueve en un abrazo, un abrazo que va estrechando cada vez más. Los hombros y los músculos del cuello de su oponente se tensan.

—Suéltame —le advierte Nueve con los dientes apretados.

—Tú mandas.

Ocho se teletransporta, llevándose a Nueve con él, y reaparece a solo unos centímetros del techo, desde donde deja caer a su presa. Nueve, desorientado, no tiene tiempo de reaccionar y se precipita de espaldas al suelo. Cuando impacta contra el pavimento, Ocho ya se ha teletransportado junto a mí.

—¡Tachán! —exclama, adoptando de nuevo su forma normal.

—Solo conseguirás que se enfade más —le susurro, pero él se limita a

encogerse de hombros.

Nueve se planta sobre sus pies de un salto y sacude la cabeza de un lado a otro, haciendo sonar el cuello.

—Buen movimiento —reconoce, asintiendo, casi impresionado.

—Tal vez soy yo quien debería entrenarte a ti —bromea Ocho.

—Inténtalo otra vez.

Ocho levanta los hombros y cambia de forma de nuevo. Envuelve a Nueve en el mismo abrazo, esta vez acercándose a él con cautela, como si temiera que contraatacara. Yo también pienso lo mismo, y me encojo, temerosa de que Nueve le aseste un codazo en la cara. Sin embargo, sorprendentemente, no se defiende.

Ocho vuelve a teletransportarse con él, pero, esta vez, cuando lo suelta, Nueve levanta rápidamente la mano para tocar el techo. Me entra mareo solo de verlo; ha cambiado su gravedad, de modo que, en lugar de caer, se ha quedado arriba, haciendo el pino. Todo ha ocurrido en menos de un segundo.

Ocho ya se ha teletransportado de nuevo, y ha aparecido justo a mi lado, tal como su adversario esperaba. Un segundo antes, Nueve se ha dejado caer del techo y, en cuanto Ocho se ha materializado, ha caído en picado contra él. Ocho solo ha tenido un instante para darse cuenta de que Nueve no estaba echado en el suelo, donde se suponía que debía estar, y, al cabo de menos de un segundo, el pie de Nueve ha impactado contra su esternón y lo ha mandado directo al suelo.

Ocho se incorpora, apoyándose en los codos, respirando ruidosamente, resoplando, mientras Nueve está de pie delante de él, con las manos en las caderas.

—Predecible —le dice—. ¿Por qué te has teletransportado al mismo lugar?

Como respuesta, Ocho tose, frotándose el pecho, y Nueve se agacha y lo ayuda a ponerse en pie.

—Tienes que utilizar siempre el efecto sorpresa, tío —le explica—. Hay que tenerlos en ascuas.

Ocho se levanta la camiseta. Ya se le ha empezado a formar un cardenal en forma de huella de zapato encima de las costillas.

—Mierda. Ha sido como recibir un mazazo.

—Gracias —dice Nueve y, mirándome, añade—: Así podrás practicar un poco.

Coloco delicadamente las manos sobre el pecho de Ocho y siento en los dedos el hormigueo helado de mi legado, que fluye de mí hacia él. Es solo un moratón, así que no resulta difícil curarlo; ni siquiera tengo que concentrarme. Y menos mal, porque me cuesta un montón hacerlo cuando le estoy tocando el pecho a Ocho. Si en esto consiste el entreno, me será la mar de fácil acostumbrarme.

—Gracias —dice Ocho cuando retiro las manos.

Nueve está ahora en el otro extremo de la habitación, con uno de esos muñecos en forma de mogadoriano que empleamos para entrenar. Lo arroja al suelo, se planta junto a él y, mirándonos, dice:

—Muy bien: este es el juego. Vamos a fingir que este muñeco es, no sé, Número Cuatro. Lo han atacado varias veces, ¿vale? Así que está herido y, Marina, tú tienes que llegar hasta él y aplicarle tu magia. Ocho, tú la ayudarás.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —pregunto.

—Yo voy a ser el mogadoriano sorprendentemente guapo que se va a interponer en vuestro camino.

Ocho y yo intercambiamos una mirada.

—¿Dos contra uno? —pregunta él—. Parece fácil.

—Genial —repite Nueve extendiendo su vara y haciéndola girar por encima de la cabeza con aire amenazador—. A ver qué sabéis hacer.

Ocho me rodea con el brazo y me acerca a él.

—Espera que lo ataquemos directamente —susurra.

Asiento con la cabeza, captando enseguida el plan.

—Tú teletransporta el cuerpo hasta donde yo estoy, y listo.

Ocho sostiene la mano en alto para chocar los cinco conmigo y luego se vuelve para dirigirse a Nueve.

—¿Preparado? —le pregunta.

—¡Adelante!

Ocho se pone en marcha y Nueve se acerca al centro de la habitación para interceptarlo. En cuanto ha conseguido alejar al supuesto mogadoriano del muñeco, Ocho desaparece y vuelve a materializarse junto al falso herido. No es que Nueve no se haya dado cuenta de las intenciones de Ocho, es solo que no le importan. De pronto, lo veo correr directamente hacia mí. Me pillan con la guardia baja, y me pongo más que nerviosa al darme cuenta de que su objetivo soy yo, así que trato de retroceder a toda velocidad. Pero Nueve es demasiado rápido para mí.

Cuando Ocho reaparece con el muñeco, Nueve tiene el extremo de su vara pegado al lateral de mi cuello.

—Buen trabajo —le dice a Ocho—. Ahora tienes a un amigo herido y a una sanadora muerta.

Nunca me había entrenado así hasta ahora: ver a Nueve cargando directamente contra mí es realmente intimidante. Tengo que superar este sentimiento. Seguro que Seis no habría permitido que le pusiera esa cosa en el cuello. Debo demostrarles que, aun sin tener su capacidad ofensiva, puedo contraatacar.

Aprovecho que Nueve está distraído con Ocho y aparto de mi cuello su vara.

—Aún no está muerta —digo mientras arremeto contra él dándole un puñetazo en la boca: una descarga de dolor me recorre la mano y la muñeca.

Nueve se tambalea hacia atrás mientras Ocho suelta un hurra, alegremente sorprendido. Mi contrincante vuelve la cabeza hacia mí y me ofrece una sonrisa; un hilo de sangre se escapa entre sus dientes.

—¡Bien! —grita, encantado—. ¡Ya empiezas a pillarlo!

—Creo que me he roto el pulgar —respondo, examinándome los nudillos hinchados.

—La próxima vez, no te lo cojas con los dedos cuando des el puñetazo —me aconseja Ocho, levantando el puño para enseñármelo.

Asiento con la cabeza, sintiéndome por un lado algo idiota por haber cometido un error tan básico y, por el otro, emocionada de haberle dado un puñetazo a Nueve. Al parecer, él también ha sabido apreciarlo, porque me mira con un respeto inédito mientras se limpia la sangre de la cara. Me toco la mano herida y siento de nuevo el frío sanador de mi legado, esta vez con mayor intensidad; siempre ocurre así cuando actúa sobre mí misma.

Nueve ha recogido el muñeco y lo ha arrojado al otro extremo de la habitación.

—¿Listos para intentarlo de nuevo? —Nos pregunta.

Ocho y yo volvemos a reunirnos.

—Tal vez debería presentarle a mi viejo amigo Narasimha.

—¿Y ese quién es?

—Montones de brazos y garras.

—Suena muy bien —digo—. Tú entreténle y yo lo adelantaré por el costado.

Nos separamos y, de inmediato, Ocho se transforma en uno de sus devastadores avatares. Sus rasgos atractivos se desvanecen y son sustituidos por el rostro gruñón y la melena dorada de un león. Se hace treinta centímetros mayor y le crecen diez brazos a cada costado, todos ellos acabados con una garra de uñas afiladas. Nueve suelta un silbido.

—Esto ya es otra cosa —dice—. Uno de tus padres debe de haber sido una quimera. Probablemente tu madre.

—Muy gracioso —responde Ocho, que tiene una voz realmente grave cuando adopta esta forma.

Me quedo detrás de él mientras se acerca con actitud peligrosa a Nueve, y espero a encontrar un hueco por el que colarme y llegar hasta el muñeco. Ocho avanza despreocupado, cortándole el camino a Nueve con todos sus brazos, obligándolo a agacharse y a retroceder, mientras para algunos de los golpes de su vara. Nueve lo espolea con su arma, tratando de mantenerlo a raya, al tiempo que busca una apertura por donde escapar.

Nueve está totalmente pendiente de Ocho, y, cuando hace girar su vara, listo para contraatacar, veo mi oportunidad y le arrebató el arma sirviéndome de la telequinesia. Como no se lo esperaba, el tirón le hace perder el equilibrio y acaba cayendo justo en las garras de Ocho, que lo estaba esperando. Nueve recibe un

zarpazo en el pecho: su camiseta queda hecha trizas y la piel de debajo, cubierta de cortes lo bastante profundos como para necesitar varios puntos. Tanto Ocho como yo vacilamos al ver las heridas.

—No pretendía hacerte tanto daño —se disculpa Ocho, pero su rugido de león no transmite mucha compasión.

Los ojos de Nueve, sin embargo, se han iluminado.

—¡No es nada! —grita—. ¡Vamos, sigue!

No había visto nunca a nadie tan emocionado ante la visión de su propia sangre.

Y, de repente, se da a la fuga. Ocho corre tras él, pero la forma que ha adoptado le impide moverse con agilidad. Nueve, en cambio, es asombrosamente rápido gracias a su legado de supervelocidad, así que, en un abrir y cerrar de ojos, se encarama a la pared más cercana, salta encima de Ocho y se las arregla para aterrizar en su espalda y rodearle el cuello con un brazo. Al ser tan ancho de hombros, Ocho no consigue alcanzarlo con ninguna de sus garras, cosa con la que probablemente ya contaba el falso mogadoriano. Aprovechando la mano que le queda libre, Nueve empieza a darle puñetazos a su adversario, concentrándose especialmente en esas orejas puntiagudas que sobresalen entre los mechones de su melena.

Ocho ruge de dolor y recupera su forma normal, cayendo redondo bajo el peso de Nueve.

Mientras, aprovechando que Nueve está distraído, corro tan deprisa como puedo hacia el muñeco.

—¡Cuidado, Marina! —grita Ocho.

Oigo retumbar las pisadas de Nueve detrás de mí. Detrás de mí y por encima de mí. Me lanzo a un lado justo cuando se descuelga del techo, dispuesto a repetir el mismo salto con que ha sorprendido a Ocho. Al no lograr alcanzarme, opta por rodar por el suelo y colocarse entre el muñeco y yo.

Tengo su vara a solo unos centímetros de mí. Cuando Nueve empieza a acercarse, le arrebató el arma con mi telequinesia y se la arrojo a la cabeza con todas mis fuerzas.

Nueve recibe el golpe en la parte trasera del cráneo y no puede evitar tambalearse. Esto me proporciona la oportunidad de salir a la carrera y dejarlo atrás. Él, sin embargo, no tarda en recuperarse, y enseguida lo tengo pisándome los talones.

Con el raballo del ojo, veo que Ocho se ha levantado con dificultad.

—¡Deslízate por el suelo! —me grita.

Me limito a obedecerlo, sin perder ni un segundo. Me lanzo al suelo y me deslizo por el parquet como lo haría un jugador de básquet. Ocho da un puñetazo en el aire y, cuando su brazo aún está en movimiento, se teletransporta y reaparece justo delante de mí. Yo sigo mi camino entre sus piernas y veo que su

puño pasa volando por encima de mi cabeza para ir a aterrizar en la mandíbula de Nueve, que, al correr a toda velocidad y ser detenido de pronto por un rechazazo, queda extendido en el suelo.

Me pongo en pie de un salto y alargo los brazos para coger al muñeco. En cuanto le he puesto las manos sobre la herida imaginaria, grito:

—¡Curado!

La habitación queda en absoluto silencio excepto por la respiración agitada de los tres. Ocho se deja caer en un asiento mientras se frota suavemente el rostro. Me doy cuenta de que tiene la oreja y el cuello hinchados, justo allí donde Nueve le ha asestado los golpes; al parecer, los daños que recibe al adoptar sus otras formas se mantienen cuando recupera su aspecto habitual.

Nueve está echado sobre su espalda, gimiendo. El zarpazo de Ocho le ha dejado el pecho hecho trizas; tiene uno de los ojos morado y le sale un hilito de sangre allí donde le he dado con la vara. De pronto, sus gemidos se convierten en una carcajada.

—¡Ha sido genial! —grita.

A pesar de que su devoción por la violencia me parece psicótica, me sorprende a mí misma riendo. La verdad es que estoy de acuerdo con él: ¡ha sido un entrenamiento fantástico! Me he sentido muy bien al descubrir que soy capaz de tener tanto arrojo en una situación que no era de vida o muerte.

—Caray —dice Nueve, recomponiéndose para levantarse del suelo—, era imposible esquivar este último revés. ¡Bien hecho, tío!

Ocho vuelve su rostro magullado hacia Nueve.

—Sí. Te debía una. O tal vez diez.

Me arrodillo junto a Ocho y empiezo a curarle las heridas. La sensación helada ya no me desconcierta tanto; de hecho, cada vez me parece más natural.

—¿Por qué has vuelto a tu forma habitual? —pregunta Nueve, tocándose los cortes que tiene en el pecho—. El león ese me estaba machacando.

—Tengo que concentrarme mucho para mantener una forma —explica Ocho—. Y que te golpeen en la cabeza no ayuda mucho.

—Vale —repite Nueve, dando vueltas a las palabras de Ocho—. Sandor tenía armas no letales guardadas en alguna parte. Deberías dejarme que te disparara con ellas para ayudarte a mejorar la concentración.

—Sí, claro —dice Ocho, secamente—. Genial.

En cuanto las magulladuras desaparecen del rostro de Ocho y él recupera su aspecto habitual y mucho más atractivo, empiezo a trabajar con las heridas de Nueve.

—¿Sabes una cosa? —le digo—, eres realmente bueno en esto.

—¿Luchando? Bueno, sí, ya lo sé.

—No solo luchando, sino también pensando el mejor modo de hacerlo.

—Creando estrategia —interviene Ocho—. Marina tiene razón. No creo que

se me hubiera ocurrido teletransportarme para asestarte ese puñetazo si tú no me hubieras presionado. Y, a pesar de que eso de que te disparen no suena muy bien, creo que no estaría nada mal practicar un poco.

Nueve se hincha como un pavo, incluso más de lo habitual.

—Bueno, muchas gracias.

—Pero no dejes que se te suba a la cabeza —le advierto, concentrada en el último corte de su pecho, que poco a poco se cierra bajo mis dedos.

Al levantar la mirada, veo que Nueve está pendiente de la puerta.

—Eh, Ella —dice—. ¿Te hemos despertado?

Me vuelvo, y veo a Ella allí de pie, a punto de entrar en la sala de entrenamiento. Lleva ropa de calle: es la primera vez desde hace días que no va en pijama o vestida con alguna de las enormes prendas de franela de Nueve. Habría pensado que era un progreso, de no ser porque tiene los ojos rojos de tanto llorar. No nos mira a ninguno de los tres: tiene la mirada fija en el suelo.

—¿Qué ocurre, Ella? —le pregunto, acercándome unos pasos.

—So... solo quería despedirme —responde—. Me voy.

—De eso nada —dice Nueve—. Ya está bien de paseitos por hoy.

Ella sacude la cabeza y su cabellera flota en el aire, de un lado al otro.

—No, tengo que irme. Y no voy a volver.

—¿Qué mosca te ha picado? —le pregunto.

Entonces me doy cuenta. Tiene en las manos un pedazo de papel, prácticamente arrugado por la fuerza con que lo agarra: es la carta de Crayton.

—No soy una de vosotros —suspira Ella, con lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO DIEZ



QUERIDA ELLA:

Si estás leyendo esto, entonces me temo que ha ocurrido lo peor. Por favor; quiero que sepas que te he querido como si fueras mi propia hija. No se suponía que tuviera que ser tu cêpan. El papel se me asignó la noche en que cayó nuestro planeta, y no era algo para lo que estuviera preparado ni para lo que hubiera sido entrenado. A pesar de ello, no cambiaría los años que he pasado contigo por nada del mundo. Espero haber hecho lo bastante por ti. Sé que estás destinada a hacer grandes cosas.

Espero que algún día puedas entender todo lo que he hecho, las mentiras que te he contado, y encuentres en tu corazón lo necesario para perdonarme. Cuando eras pequeña, te dije una mentira. Y esa mentira no tardó en acarrear otras muchas que se convirtieron en nuestra vida. Lo siento, Ella. Soy un cobarde.

Sois diez, y solo diez fueron los miembros de la Guardia que sobrevivieron al ataque de Lorien. Sin embargo, tú no eres el décimo. No formabas parte del plan de los Ancianos para preservar

la raza de los lóricos, de ahí que no te mandaran a la Tierra con los demás. Por eso no tienes las mismas cicatrices que Marina y que Seis. Nunca has estado bajo la protección del hechizo lórico.

Los Ancianos no te seleccionaron. Fue tu padre.

Procedes de una de las familias más antiguas y prestigiosas de Lorien. Tu bisabuelo fue uno de los diez Ancianos que gobernaban nuestro mundo. Esto fue antes de que nuestro planeta natal alcanzara todo su potencial, antes de que nuestra gente liberara el poder de Lorien y recibiera los legados a cambio de haber sabido vivir en armonía con él. Nuestro joven planeta estaba en una encrucijada: tenía al mismo tiempo el deseo de desarrollarse rápidamente y la necesidad de proteger lo que es natural, lo que preserva la vida.

Eran días de muerte, días envueltos en un halo de misterio incluso para nuestros mayores historiadores. Durante esas épocas oscuras, la guerra se propagó entre nuestra gente. Muchos murieron en conflictos superfluos, pero al final las fuerzas de la paz prevalecieron. Una nueva era amaneció en Lorien: la época dorada en la que tú naciste y a la que los mogadorianos pusieron fin tan brutalmente.

Tu abuelo fue una de las bajas de las Guerras Secretas, un conflicto entre mogadorianos y lóricos que nuestro Gobierno encubrió para preservar las ilusiones de un Lorien utópico.

Cuando era joven, tu padre, Raylan, se obsesionó con esa guerra. Sabes, después del conflicto, cuando los Ancianos volvieron a reunirse, limitaron su número a nueve en lugar de seguir siendo diez, como al principio. Tu padre creía que la plaza vacante pertenecía a tu familia. Nuestros Ancianos nunca fueron elegidos por linaje o herencia; tu padre, sin embargo, seguía creyendo que, en cierto modo, la historia había perjudicado a tu familia.

Estas obsesiones lo convirtieron en un hombre amargado y receloso que acabó siendo una especie de recluso. Se construyó una casa para él, en las montañas (más que un hogar, parecía una fortaleza), y su única compañía era una colección de quimeras.

A mí me contrataron para ocuparme de los animales de tu padre. Lo único que le interesaba eran sus historias secretas y sus animales.

Hasta que conoció a tu madre.

Erina era un miembro de la Guardia, y los Ancianos le encomendaron la tarea de vigilar a tu padre, que algunos consideraban un peligro para nuestra gente. Erina, sin embargo, vio

algo más en él. Vio a un hombre que podía ser rescatado de sí mismo.

Tu madre era muy hermosa. Tú me recuerdas a ella cada día más. Tenía los legados del vuelo y del Elecomun, el poder de manipular la corriente de la electricidad. Así que sobrevolaba la casa de tu padre y creaba esos hermosos espectáculos, como fuegos artificiales hechos de luz.

Tu padre desconfiaba de Erina y ponía abiertamente en duda sus razones para ir a las montañas. Sin embargo, noche tras noche, él aparecía en el patio trasero para ver a tu madre volando con la quimera.

Uno de los legados de tu padre le permitía manipular el espectro de la luz. Parece una tontería (como tu Aeturnus), pero tiene muchas aplicaciones. Podía oscurecer la zona donde se encontraba un enemigo para dificultarle así la visión. O, en el caso del cortejo de tu madre, podía cambiar los colores de sus rayos luminosos. Rosas y naranjas brillantes cruzaban el cielo nocturno. Tu padre, por primera vez en muchos años, se lo estaba pasando bien.

Se enamoraron y no tardaron en casarse. Y entonces llegaste tú.

Erina había hecho amigos durante su servicio en la Guardia, amigos que iban a visitarlos y que eran bienvenidos por tus padres. Ahora ya no están entre nosotros.

Llegaron los mogadorianos y nuestro planeta fue pasto de las llamas.

Durante sus días como recluso, tu padre amasó una colección considerable de reliquias que habían pertenecido a tu familia. Incluso se gastó una cantidad de dinero nada despreciable en restaurar una vieja nave espacial que creía que había utilizado tu bisabuelo en la última guerra lórica. Cuando Erina se trasladó a vivir con él, convenció a tu padre para que donara muchos de esos objetos a un museo, incluida la nave. Cuando llegaron los mogadorianos, lo primero que hicieron fue destruir nuestros aeropuertos, eliminando así cualquier medio convencional para escapar. Tu padre enseguida pensó en la vieja nave que esperaba dormida en el museo.

Mientras otros habitantes de nuestro planeta luchaban contra la invasión, tu padre planeaba escapar. De algún modo, sabía que nuestra gente estaba condenada.

Tu madre no quería huir e insistió en que se unieran a la lucha. Discutieron: fue la peor discusión que habían tenido nunca.

Tú fuiste el motivo del acuerdo. Raylan prometió quedarse solo si se te permitía escapar. Aún recuerdo el rostro empañado en lágrimas de tu madre cuando te dio el beso de despedida. Tu padre te colocó entre mis brazos y me ordenó que preparara una huida desde el museo. La colección de quimeras de Raylan nos acompañó e hizo las veces de guardaespaldas. Muchas murieron por el camino.

Y así fue como me convertí en tu cêpan.

Contemplé la muerte de nuestro planeta desde las ventanillas de una nave espacial. Me sentí como un cobarde. Ella, solo recupero mi dignidad cuando te miro y me doy cuenta de lo que salvó mi actitud cobarde.

Lo que está hecho, hecho está. No formabas parte de los planes de los Ancianos. Sin embargo, esto no te hace menos lórica, ni menos digna de ser miembro de la Guardia. Los números no importan. Tú eres capaz de grandes cosas, Ella. Eres una superviviente. Un día, sé que serás el orgullo de nuestra gente.

Te quiero.

*Tu eterno y fiel servidor,
Crayton*

DEJO DE LEER EN VOZ ALTA Y APARTO LA CARTA DE Crayton de delante de mi rostro con manos temblorosas. Tengo lágrimas en los ojos. Ni siquiera puedo llegar a imaginar cómo me sentiría si me hubieran arrancado una parte tan importante de mi identidad. Todo el mundo está en silencio, incluso Nueve. Ella resopla débilmente, mientras se abraza con fuerza.

—Sigues siendo uno de los nuestros —le susurro—. Eres un lórico.

Ella se echa a llorar, y un torrente de palabras entrecortadas empieza a salir de sus labios.

—So... Soy un fraude. No soy como vosotros. Soy solo la hija de un tipo rico y si salí del planeta es porque mi padre era un sinvergüenza.

—Eso no es cierto —interviene Ocho, cogiéndola del hombro.

—A mí no me eligieron —repite Ella, entre lágrimas—. No me eligieron... Eran todo mentiras.

Nueve me arrebató la carta de las manos sin dejar de mirar a Ella.

—¿Y qué? —dice con desdén.

—¿Y qué? —repite Ella, con los ojos muy abiertos.

—Se ha roto el encanto —prosigue Nueve—. Los números no significan nada. Puedes ser Diez o Cincuenta y cuatro: no importa. ¿Qué más da?

Nueve suena tan insensible... No le da la menor importancia a una situación que para Ella es un golpe terrible. Parece anonadada. Ni siquiera estoy segura de que haya oído a Nueve.

—Lo que trata de decirte con tan poca delicadeza —interviene Ocho— es que no importa de qué modo hayas llegado hasta aquí. El hecho de que viniéramos en naves distintas no quiere decir que no seamos lo mismo.

—Joder —protesta Nueve—, me habría gustado que hubiera habido más gente egoísta como tus padres. ¡Así podríamos ser un ejército entero!

Lo fulmino con la mirada, y Nueve levanta las manos y finge cerrar la boca con una cremallera imaginaria. A pesar de su falta absoluta de tacto, parece que entre los tres hemos conseguido calmar a Ella. Sus sollozos se están sosegando y, al cabo de un instante, suelta en el suelo la bolsa que ha preparado con tantas prisas.

—Es que me siento tan perdida sin Crayton —me susurra con voz ronca—. Murió pensando que era un cobarde por no haberme contado nunca la verdad y... y no lo era. Era bueno. Me habría gustado poder decírselo.

Se viene abajo y, cuando se echa a llorar, una nueva remesa de lágrimas me humedece el cuello. Así que este es el auténtico problema: no tanto lo que Ella ha descubierto sobre sí misma, que sin duda habrá sido impactante, sino lo que ha descubierto sobre Crayton. Le acaricio el cabello, dejando simplemente que se desahogue.

—Cada día me asalta el deseo de tener aunque solo sea una conversación más con mi cêpan —dice Ocho casi para sí.

—A mí también —coincide Nueve.

—No es fácil —prosigue Ocho—. Simplemente tenemos que seguir adelante. Estar a la altura de lo que ellos esperaban que fuéramos. Crayton tenía razón, Ella. Un día, serás el orgullo de nuestra gente.

Ella nos envuelve a mí y a Ocho en un abrazo. Nos quedamos así un buen rato, hasta que Nueve se adelanta para darle una palmadita en la espalda. Ella se queda mirando.

—¿Esto es todo lo que sabes hacer? —le pregunta.

Nueve suspira dramáticamente y susurra:

—Vale.

Y entonces deposita sus enormes brazos sobre nosotros y nos estrecha a los tres con fuerza, prácticamente levantándonos del suelo. Ocho gruñe y Ella deja escapar un sonido que tiene parte de risa y parte de jadeo. A mí también me están estrujando, pero no puedo evitar sonreír. Miro a Ella a los ojos y, de pronto, me doy cuenta de que este es el único lugar en el que ella querría estar.

CAPÍTULO ONCE



HACIA MEDIODÍA YA ESTAMOS CRUZANDO EL RÍO MISURI, a pocas horas de Arkansas. Nos ha costado más de lo que esperábamos salir de Chicago: al fin y al cabo, el vehículo de Nueve no tiene uno de esos dispositivos especiales de coche de superespía que nos permita volatilizar el tráfico. Al principio estoy un poco nervioso: Sarah está detrás del volante, zigzaguea de un carril al otro y se pega al vehículo de delante cada vez que tiene oportunidad. Pero luego me doy cuenta de que los demás conductores hacen exactamente lo mismo. Supongo que es el modo como se conduce en las grandes ciudades.

Después de dejar Chicago a nuestras espaldas, la autopista se abre ante nosotros. No hay más que terrenos de cultivo a ambos lados de la carretera. Adelantamos varias camionetas mientras sus motores retumban a nuestro paso; ahora hacemos un buen tiempo, sin recurrir no obstante al sistema de óxido nítrico que instaló Sandor. Lo último que necesitamos es que nos detengan. Estoy convencido de que aún aparezco en rojo en la mayoría de las bases de datos del Gobierno, y ninguno de nosotros tiene siquiera permiso de conducir, lo cual es otro problema potencial. Cuando volvamos a Chicago, veré si Sandor dejó alguna documentación falsa por ahí. Necesitamos nuevos carnés de identidad

falsificados.

—¿Has tratado alguna vez de hacer invisible un coche entero? —le pregunta Sarah a Seis, que prácticamente no ha abierto la boca desde que salimos. Seis se acomoda en el asiento trasero con Bernie Kosar en el regazo—. Me refiero a que lo estás tocando.

—Esto... —responde—. Nunca lo he intentado.

—Pues no lo intentes —le digo, tal vez con demasiada aspereza—. Alguien podría chocar contra nosotros.

—Gracias, John. Si no hubieras dicho nada, probablemente nos habría vuelto invisibles a todos aquí mismo, delante de todo el mundo, yendo a unos ciento veinte kilómetros por hora. Menos mal que estás aquí para controlarme y controlar también que Sarah no conduzca demasiado rápido.

Abro la boca, dispuesto a soltarle una respuesta ingeniosa, algo acerca de que es una atolondrada y que nunca se sabe qué locura puede llegar a hacer (como invitar a mi novia a que nos acompañe en una misión peligrosa), pero me lo pienso mejor cuando veo que Sarah me está mirando. Tiene una ceja levantada, como si el tono de Seis la hubiera desconcertado. Probablemente se ha percatado de las malas vibraciones que hay entre ella y yo desde que salimos de Chicago. Es algo que no me apetece explicarle, así que me limito a encogerme de hombros y trato de pasar por alto toda la historia.

Seis tiene razón: he estado controlando nuestra velocidad de forma obsesiva. Cada vez que Sarah pisa el acelerador, le doy un golpecito en la pierna. Ella desacelera y me dedica una mirada de disculpa, como si no hubiera sido culpa suya, como si el coche le rogara que fuera deprisa. Tal vez no debería ser tan obsesivo y tendría que dejar que corriera un poco más, sin importarme las consecuencias. Probablemente es lo que harían Seis o Nueve.

Me asalta todo el tiempo el temor de sentir arder en el interior de mi pierna una nueva cicatriz. ¿Y si los mogadorianos encuentran a Cinco antes que nosotros, solo porque no he dejado que Sarah pisara el acelerador a fondo?

Este es el tipo de pensamientos que me ha hecho perder el sueño estas últimas noches... Me refiero no tanto a pensamientos acerca de Cinco, sino sobre cómo dirigir nuestro grupo. No hay modo de planear todas las eventualidades, por mucho que te rompas la cabeza. Todo sería mucho más fácil si tuviera una actitud como la de Nueve, si pudiera simplemente salir y enfrentarme a las cosas tal como vienen.

Y, encima, aparece de nuevo este drama con Seis. Y todo por un dichoso beso.

Ahora mismo no hay ni un solo aspecto de mi vida que no me supere.

Acabamos deteniéndonos en una estación de servicio en Misuri. Seis se encarga de poner gasolina al coche. Bernie Kosar ronda por el parking de la gasolinera, olfateando el pavimento y estirando las piernas. Mientras, Sarah y yo

vamos a la tienda a comprar algunas botellas de agua y a pagar la gasolina. Cuando estamos a medio camino, Sarah se detiene en seco.

—Bueno —me dice—, tal vez deberías ir a hablar con Seis.

Parpadeo, atónito: me ha pillado totalmente por sorpresa. Me vuelvo para mirar a Seis. No sé si es posible poner gasolina violentamente, pero es justo lo que parece que está haciendo. Introduce la boca de la manguera en el depósito de gasolina con la misma rabia con que acuchillaría a un mogadoriano.

—¿Por qué?

—Está claro que vosotros dos estáis enfadados por algo —dice Sarah—. Ve a arreglarlo.

No sé qué decir, así que me quedo ahí de pie, sintiéndome algo incómodo. No puedo contarle a Sarah la razón por la que Seis y yo hemos discutido. En primer lugar, porque ni siquiera estoy del todo seguro de cuál es y, en segundo lugar, porque de algún modo tiene que ver con nuestra relación. Ahora mismo no quiero sacar a relucir todo esto, especialmente teniendo cosas más importantes de las que preocuparnos.

Sarah se muestra indiferente ante mi protesta silenciosa y me sonrío levemente mientras me empuja hacia Seis.

—Vamos, tenéis que ser capaces de trabajar juntos.

Por supuesto, tiene toda la razón. No podemos dejar que esta sensación de extrañeza que existe entre nosotros estropee nuestra misión.

Seis me contempla entornando los ojos mientras me acerco a ella. Devuelve la manguera a su sitio con más fuerza de la necesaria, y nos quedamos mirándonos el uno al otro desde lados opuestos del coche.

—Deberíamos hablar —le digo.

—Te ha hecho venir Sarah, ¿verdad?

—Mira, y a sé que no te acaba de caer bien...

—No, John —me interrumpe—. A mí Sarah me cae bien. Y ella te quiere.

Me quedo mirando fijamente a Seis, mientras trato de entender lo que acaba de decirme.

—Está bien; comprendo que estés enfadada conmigo porque no hemos hablado de lo ocurrido desde que nos fuimos a Chicago. Pero teniendo a Sarah por allí me parecía... raro.

—John, no estoy enfadada contigo porque nos hubiéramos besado y ahora hayas vuelto con tu novia. Creía que me gustabas, John. Ya sabes, como algo más que un amigo. Pero entonces me abandonaron en esa celda con Sarah y vi el modo en que ella hablaba de ti. Y ahora os veo cada día juntos. Hubiera lo que hubiera entre nosotros, no era como lo que tenéis tú y ella. Al veros juntos me resulta casi inevitable crearme ese rollo de Henri sobre que los lóricos solo se enamoran una vez.

Asiento con la cabeza; estoy de acuerdo con Seis. Lo que dice es totalmente

cierto, pero ¿qué se supone que tengo que responder? ¿« Sí, tienes razón; Sarah me gusta mucho más que tú »? Me parece que es mejor mantener la boca cerrada.

—Supongo —prosigue Seis— que me siento como una mierda por haberte besado cuando se suponía que debías estar con ella.

—En nuestra defensa puedo decir que creíamos que nos había vendido al Gobierno.

—También era la primera vez que nos encontrábamos con otros miembros de la Guardia. En cuanto hubo pasado la emoción del principio, siempre esperaste volver con Sarah, ¿verdad?

—No fue así en absoluto, Seis. No lo planeé, ni tampoco estaba haciendo tiempo ni nada parecido. —Mi mente retrocede hacia ese paseo a la luz de la luna en el que Seis y yo nos cogimos de la mano para volvernos invisibles—. Cuando estábamos juntos... Creo que nunca me había sentido tan bien con nadie. Como si pudiera ser yo mismo.

Por un momento, la voz dura de Seis se tiñe de melancolía.

—Sí... Yo también.

—Pero con Sarah es distinto —digo suavemente—. La quiero. Nunca hasta ahora había estado tan seguro de eso.

Seis da una palmada, como si la cuestión estuviera zanjada.

—Bien. Pues vamos a olvidarnos de eso. Tú y yo somos solo amigos, y tú y Sarah, una feliz pareja. Me parece genial. Con todo ese rollo del triángulo amoroso, me entraban ganas de vomitar.

—Seis... —empiezo a decirle sin estar muy seguro de cómo seguir.

Tengo la sensación de que me libera de toda obligación, o de que está tratando de apartarme de ella.

—No, escucha —me dice, cortándome—. Siento haberme metido en tu relación con Sarah. Es asunto tuyo decidir si quieres o no contarle lo del beso. A mí no me importa. Yo solo... —Vuelve la mirada hacia la tienda de la gasolinera, de la que finalmente sale Sarah—. Cuando me encerraron en esa celda con ella, hablaba de ti de un modo... Ha dejado tantas cosas para estar contigo, John. Está prácticamente jugándose la vida por ti. No quiero entrometerme, y tal vez no sea cosa mía, pero solo quiero estar segura de que vas a aprovechar la oportunidad.

—Lo estoy intentando —le digo a Seis, y me vuelvo para ver a Sarah aproximándose.

Lo que dice Seis es verdad. Sé que Sarah ha renunciado a una vida normal para estar aquí conmigo, que está enfrentándose al peligro por mí. La quiero, pero aún no he descubierto cómo dar con el equilibrio entre mantenerla a salvo y permitir que se involucre en mi vida caótica. Tal vez nunca lo descubra. Por ahora me basta con que esté aquí conmigo.

Seis llama a Bernie Kosar y los dos suben al coche. Sarah se detiene justo

delante de mí, levantando las cejas.

—¿Todo va bien?

Tengo la necesidad repentina de estrecharla entre mis brazos, así que lo hago. Ella suelta un ruidito de sorpresa, y entonces la beso en la mejilla y me devuelve el abrazo.

—Todo va bien —digo.

Me pongo al volante y salimos de la gasolinera. BK se queda hecho un ovillo en el regazo de Sarah y araña la ventanilla hasta que ella la baja. El aire fresco de la primavera llena el interior del coche. BK asoma la cabeza fuera, dejando que su lengua de beagle le cuelgue de la boca. Supongo que, ya seas quimera o perro, resulta agradable sentir el aire en el rostro mientras recorres la autopista.

A mí también me va bien que la brisa fresca me acaricie la cara. No sé si las cosas acabarán de arreglarse alguna vez entre Seis y yo, pero me siento mucho mejor después de nuestra charla. La atmósfera en el interior del coche ha cambiado; no hay tanta tensión entre los tres. Me relajo un poco, apoyo la espalda en el asiento y voy viendo pasar los indicadores de los kilómetros.

Sarah me toca la pierna con delicadeza.

—Demasiado deprisa.

Le sonrío con aire culpable y reduzco la velocidad. Sarah ha sacado el brazo por la ventanilla y deja que se meza por las corrientes de aire, con la mano bien abierta. Sus cabellos rubios se agitan salvajemente en su rostro. Está muy hermosa. Por un momento, imagino que viajamos por carretera hacia algún lugar divertido y normal, nosotros dos solos. Aún pienso que algún día viviremos esta experiencia. Si no fuera así, no habría razón para seguir luchando.

Sarah me mira a los ojos: estoy convencido de que puede leerme la mente. Deposita la mano en mi pierna y me dice:

—Sé que esta es una misión muy importante, pero ¿y si estuviéramos haciendo un viaje por carretera normal, como la gente normal? ¿Adónde iríamos?

—Mmm... —respondo, pensando en ello. Mi fantasía con Sarah no tiene necesariamente un destino. Me basta con estar con ella en un coche—. Hay tantas opciones...

Antes de que pueda decidirme, Seis se inclina hacia delante desde el asiento de atrás.

—No pude ver gran cosa cuando estuvimos allí, por culpa de las luchas continuas y tener que estar siempre huyendo, pero España parecía muy interesante.

Sarah sonríe.

—Yo siempre he querido ir a Europa. Mis padres se colgaron la mochila a la espalda y viajaron hasta allí después de la universidad. Así se conocieron.

—¿Europa también es tu respuesta? —le pregunto a Sarah.

—Sí —responde—. Aunque supongo que aún hay lugares de América que me gustaría ver. Claro que, después de que el Gobierno me haya encerrado bajo llave, me ha quedado mal sabor de boca, la verdad.

—Esto es un inconveniente —coincido, riéndome por lo bajo.

Sarah se vuelve para mirar a Seis.

—Podríamos ir juntos a Europa. Bueno, si no estáis demasiado ocupados arreglando vuestro planeta y todo eso.

Está tan entusiasmada que Seis no puede sino devolverle la sonrisa.

—Podría ser divertido.

—Es a donde me gustaría ir —le digo a Sarah, poniendo mi mano sobre las suyas.

—¿A Europa?

—A Lorient.

—Oh —repite Sarah; descubro en su voz una nota de tristeza que me sorprende. Trato de explicarme.

—Me gustaría enseñarte Lorient tal como lo he visto en mis visiones, tal como Henri solía describírmelo.

Veo el reflejo de Seis en el espejo retrovisor, levantando la mirada con exasperación.

—Eh, que el juego no es así —dice—. Tienes que elegir algún lugar al que puedas ir sin tener que fabricar una nave espacial.

Me lo pienso durante unos instantes.

—No sé, ¿Disney World?

Seis y Sarah intercambian una mirada y se echan a reír.

—¿Disney World? —exclama Seis—. Eres tan cursi, John.

—No, es dulce —corrige Sarah, dándome unas palmaditas en la mano—. Es el lugar más mágico de la Tierra.

—Es que nunca me he subido a una montaña rusa, ¿sabéis? Henri no era muy aficionado a los parques temáticos. Yo veía los anuncios en la tele y nunca podía ir.

—¡Qué triste! —exclama Sarah—. Decidido: te vamos a llevar a Disney World. O al menos a una montaña rusa. Son alucinantes.

Seis hace chasquear los dedos.

—¿Cómo se llama esa atracción? La que se supone que es un cohete espacial...

—Space Mountain —responde Sarah.

—Eso —dice Seis, y entonces vacila, como si le preocupara revelar demasiado—. En realidad, recuerdo haberlo buscado *on-line* de pequeña. Le insistía a Katarina que tenía algo que ver con nosotras.

El pensamiento de una joven Seis investigando Disney World no tiene precio. Los tres nos echamos a reír a coro.

—Alienígenas —susurra Sarah, en broma—. Tenéis que salir más.

CAPÍTULO DOCE



YA ES DE NOCHE CUANDO CRUZAMOS LA FRONTERA DEL estado de Arkansas. Por suerte, sabemos exactamente adónde vamos. Las vallas publicitarias han empezado a aparecer hace ya treinta kilómetros: la cara peluda y descomunal del Boggy Creek Monster nos invita a visitar el incomparable Monster Mart. Ya estamos cerca y apenas hay un alma en la autopista de tres carriles, de modo que rompo mis propias reglas y piso el acelerador.

Sarah mira por la ventanilla y estira el cuello al pasar junto a una de las señales descoloridas de Monster Mart.

—Solo un par de kilómetros más —dice en voz baja.

—¿Estás lista? —le pregunto al detectar cierta aprensión en su voz.

—Supongo que sí —responde.

Aparco el coche justo antes de alcanzar la salida hacia Fouke. No es lo que se diría un destino turístico muy solicitado. Se parece más bien a uno de esos pueblecitos del montón en los que las familias suelen detenerse para hacer un par de fotos e ir un momento al baño cuando están cansadas del viaje.

—Creo que lo mejor será que a partir de aquí vayamos andando —digo, mirando a Seis—. Nos haremos invisibles.

—Sí —coincide Seis, asintiendo con la cabeza.

Salimos todos del coche y nos adentramos en los bosques oscuros que separan la autopista del pueblo. Bernie Kosar se detiene un momento para estirar las patas y, a continuación, adopta la forma de gorrión y aterrizo en mi hombro a la espera de instrucciones.

—Vamos, ve a explorar el terreno, BK —le digo—. Ve a ver qué hay ahí fuera.

En cuanto BK ha desaparecido en la oscuridad de la noche, Sarah, Seis y yo nos preparamos. Me coloco la pulsera en la muñeca; la verdad es que no echaba nada de menos ese doloroso hormigueo que me recorre el brazo cada vez que me la pongo, pero me sentiré más protegido llevándola. Sarah me mira, se saca la pistola de la mochila y se la mete en la cinturilla del pantalón. Todas esas historias de viajes con las que fantaseábamos hace solo unas horas se han desvanecido. Ha llegado el momento de la acción. Nos adentramos en el bosque, adivinando entre los árboles las luces de Fouke, que brillan débilmente a un kilómetro de distancia. Sarah me coge del brazo con fuerza.

—¿Crees que veremos al Boggy Creek Monster? —me pregunta con los ojos abiertos como platos, fingiendo ser presa del terror—. A juzgar por las imágenes, se parece mucho a Bigfoot. Tal vez nos podamos hacer amigos de él.

Seis escudriña con cautela los bosques que nos rodean.

—No es precisamente el monstruo de esa estúpida leyenda el que me preocupa —comenta.

—Además —añado, tratando de sacarle hierro a la situación para que Sarah se sienta más cómoda—, ¿quién necesita a Bigfoot teniendo a Nueve esperándonos en Chicago?

Como Seis, yo también me concentro en los bosques en busca de alguna señal de una posible emboscada de los mogadorianos. Reina un silencio siniestro ahí fuera, y el sonido de las ramas secas que se rompen bajo nuestros pies resulta tan escandaloso como el de los fuegos artificiales. Espero que lleguemos a localizar a Cinco antes que los mogos, que hayan tardado más que nosotros en descifrar su extraño acertijo. De momento, no me ha salido una nueva cicatriz en el tobillo, y el pueblecito que tenemos delante no está siendo pasto de las llamas de una batalla reciente; ambas cosas me parecen una buena señal. A pesar de ello, no podemos bajar la guardia. No sabemos lo que nos espera en ese pueblo.

Cuando ya estamos más cerca, Seis nos coge a los dos de la mano y Sarah tiene que soltarme el brazo. Me gustaría tener tiempo para darnos un último abrazo, aunque fuera breve, solo para tranquilizarla. Mientras le estrechamos cada uno una mano, Seis nos vuelve invisibles, y seguimos avanzando.

Cuando ya estamos en el corazón del bosque, lejos de la autopista, percibo a BK volando en círculos entre los árboles.

—Aquí abajo —lo llamo.

Suelto la mano de Seis para que BK pueda vernos. Aletea hacia nosotros y se convierte en una ardilla en cuanto llega al suelo.

—BK dice que hay un tipo algo más adelante —les cuento—. No parece peligroso.

—Genial. Vamos allá.

Vuelvo a coger a Seis de la mano y retomamos el camino: no tardamos en dejar atrás los bosques y adentrarnos en el pueblecito de Fouke. La verdad es que es poco más que un lugar en el que repostar. La carretera que lleva a la salida de la autopista prosigue hacia el este. Veo algunas casitas diseminadas en esa dirección y doy por supuesto que deben de constituir el pueblo propiamente dicho. Hay una gasolinera con dos surtidores junto a nosotros y, al otro lado de la calle, está correos. No se ve luz en ninguna de las ventanas; ya es de noche y todo está cerrado.

Y entonces nos fijamos en Monster Mart.

No cabe duda de que las vallas publicitarias que lo anunciaban de camino al pueblo exageraban. En realidad, no es más que una tienda con el escaparate lleno de camisetas y sombreros de Boggy Creek Monster en oferta. La mayor atracción es la estatua de madera de Boggy Creek Monster de tres metros y medio de alto, una bestia peluda que tiene parte de humano, parte de oso y parte de gorila. Incluso a esta distancia, puedo ver que está prácticamente cubierta de caca de pájaro.

—¡Ahí! —susurra Sarah, con entusiasmo.

Yo también lo veo. Unos pasos más adelante, hay un chico sentado con las piernas cruzadas al pie de la estatua. Está desenvolviendo un sándwich con aire aburrido. Junto a él, en el suelo, descansa una mochila, pero no veo ni rastro de un Cofre lórico. Había esperado que al menos tuviese eso. Claro que, de haber sido así, le habría puesto las cosas aún más fáciles a los mogadorianos.

Doy un paso hacia delante, pero Seis se queda plantada, sin soltarme de la mano.

—¿Qué pasa? —susurro.

—No lo sé —responde tranquilamente—. ¿Está ahí solo? Me parece demasiado fácil. Como una trampa.

—Tal vez —le digo, escudriñando de nuevo los alrededores.

No hay señales de vida, salvo por nosotros y el chico que sigue sentado al pie de la estatua. Si los mogadorianos están al acecho, han hecho un trabajo excelente escondiéndose.

—Puede que haya tenido suerte —susurra Sarah—. Me refiero a que se las ha arreglado para mantenerse oculto más tiempo que los demás.

—¿Cómo sabemos que es quien dice que es? —prosigue Seis.

—Solo hay un modo de averiguarlo —digo yo.

Le suelto la mano a Seis y me dispongo a cruzar la calle.

No trato de ocultarme cuando me acerco. Se da cuenta de mi presencia en cuanto me alejo un paso de Seis y penetro en el cerco iluminado por la luz amarillenta de las farolas de la calle. El muchacho suelta el sándwich que tenía en la mano y se pone en pie de un salto, metiéndose las manos en los bolsillos. Por un momento, tengo la sensación de que va a apuntarme con algún arma y noto que mi lumen empieza a calentarse anticipando mi defensa. Sin embargo, en lugar de un arma, se saca dos bolitas de los bolsillos: una es una pelotita de goma y la otra, una bola de metal, como un cojinete. Se las pasea hábilmente por los nudillos, observándome, ansioso, mientras me acerco. Debe de ser como una especie de tic nervioso.

Me detengo a un par de metros de él.

—Hola.

—Eh... Hola —me responde.

A esa distancia por fin puedo echarle un buen vistazo a nuestro supuesto Cinco. Tiene más o menos mi edad, y es más bajito y más fornido; no es que esté gordo, pero recuerda un poco a un tonel. Tiene el cabello castaño y lo lleva corto, al estilo de los militares. Va vestido con una de esas camisetas de Boggy Creek Monster y unos tejanos holgados.

—¿Me esperabas a mí? —le digo.

No quiero preguntarle directamente si es lórico. Supongo que también podría ser un chico de pueblo algo raro que se estaba comiendo un bocadillo a solas en plena noche.

—No lo sé —responde—. Déjame ver tu pierna.

Dudo unos instantes y, a continuación, me agacho y me arremango los pantalones. El chico deja escapar un suspiro de alivio al ver mis cicatrices. Luego se levanta la pernera del pantalón y me enseña las suyas. Con un gesto hábil, hace desaparecer las dos bolas en los bolsillos; después, Cinco avanza hacia mí extendiendo la mano con la que había jugueteado con una de las bolas.

—Soy Cinco —dice.

—Cuatro —respondo yo—. Pero mis amigos me llaman John.

—Un nombre humano —observa—. Tío, he tenido tantos de esos que ni siquiera los recuerdo.

Nos estrechamos la mano. Me la agarra con la fuerza de un torniquete. Por un momento, temo que no vaya a soltarme nunca. Me aclaro la garganta y trato de retirar la mano discretamente.

—Lo siento —dice, soltándose con torpeza—. Es que estoy fuera de mí. He esperado tanto este momento... No estaba seguro de que nadie llegara a ver mi mensaje. No es fácil hacer un círculo en medio de un campo, ¿sabes?, y no quería tener que repetirlo.

—Ya. No ha sido muy buena idea, la verdad —le digo.

Vuelvo a mirar alrededor, aún preocupado por que los mogadorianos

aparezcan en cualquier momento. Se oyen grillos cercanos y, a lo lejos, el ruido de los coches de la autopista. Nada por lo que ponerse nervioso, pero, aun así, no puedo quitarme de encima la sensación de que estamos expuestos.

—¿Que no ha sido muy buena idea? —repite Cinco, con entusiasmo—. ¡Pero si me habéis encontrado! Ha funcionado. ¿He hecho algo mal?

Parece muy ansioso por caerme bien, como si estuviera esperando que lo felicitara por esa trepa suya del campo quemado. Es como si en ningún momento hubiera considerado la posibilidad de que podía atraer una atención indeseada, y esa actitud me parece muy ingenua. Tal vez lo esté juzgando con excesiva dureza, pero tengo la sensación de que es un poco blando. Como si estuviera sobreprotegido. Claro que quizás es que he pasado demasiado tiempo con casos extremos como Seis y Nueve.

—No te preocupes —le digo—; todo va bien. Deberíamos irnos.

—Oh —murmura, con la cara desencajada. Mira detrás de mí, escudriñando el área—. ¿Solo estás tú? Esperaba que hubieses venido con alguno de los demás.

Al oírlo, Seis y Sarah se hacen visibles junto a mí. Cinco retrocede al instante y a punto está de tropezar con su mochila y caerse al suelo.

Seis da un paso adelante.

—Soy Seis —dice, más cortante que nunca—. John es demasiado amable al decirte que tu numerito del círculo quemado podría haberte costado la vida. Ha sido una estupidez. Has tenido suerte de que hayamos sido los primeros en encontrarte.

Cinco frunce el ceño y aparta la mirada de Seis para posarla en mí.

—Vaya. Lo siento. No era mi intención causar problemas. Es que... es que no sabía qué otra cosa hacer.

—No te preocupes —lo tranquilizo y, señalando su mochila, añado—: Recoge tus cosas. Ya hablaremos de todo por el camino.

—¿Adónde vamos?

—Te llevaremos con los otros —le explico—. Ahora y a estamos todos juntos. Es hora de empezar la pelea.

—¿Estáis todos juntos?

Asiento con la cabeza.

—Tú eres el último.

—¡Oh! —exclama Cinco, casi avergonzado—. Siento llegar tarde a la fiesta.

—Vamos —le digo, señalando de nuevo su mochila—. Tenemos que irnos ya.

Cinco se inclina para coger sus cosas y entonces se vuelve hacia Sarah, que se ha quedado allí de pie, en silencio.

—¿Qué número eres tú?

Sarah niega con la cabeza.

—Yo solo soy Sarah —responde con una sonrisa.

—Una aliada humana —suspira Cinco, sacudiendo la cabeza—. Tíos, estoy

alucinando.

Seis me lanza una mirada de desconcierto. Yo tengo la misma sensación. Tal vez hayamos pasado por demasiadas peleas y vivido momentos realmente difíciles, pero la verdad es que Cinco parece excesivamente tranquilo. Ya deberíamos estar en camino, lejos de este lugar, y él parece empeñado en quedarse ahí plantado, de cháchara.

—Oye —le suelta Seis—, no podemos estar aquí, charlando. Podrían lle...

Seis es interrumpida por un ruido repentino procedente de algún lugar por encima de nuestras cabezas, un ruido que no está producido por ninguna maquinaria terrestre. Todos levantamos la mirada justo cuando la nave plateada de los mogadorianos nos ilumina con sus faros, cegándonos momentáneamente. Cinco se vuelve hacia mí, protegiéndose los ojos con las manos.

—¿Es esta vuestra nave? —pregunta.

—¡Son mogadorianos! —le grito.

Ya veo las siluetas oscuras que descienden de la nave: son la primera oleada de guerreros mogadorianos, listos para el ataque.

—Oh —dice Cinco, parpadeando con aire confuso sin dejar de mirar la nave—. Así que ese es el aspecto que tienen.

CAPÍTULO TRECE



—**¡LA PIEDRA XITHARIS! —LE GRITO A SEIS—. SI NOS HACEMOS** todos invisibles, podremos escapar antes de que nos atrapen.

Seis empieza a rebuscar en su bolso y finalmente la saca, pero ya es demasiado tarde. Antes de que tenga tiempo de hacer nada, el aire que nos rodea empieza a crepitar: la primera oleada de mogadorianos ha disparado sus cañones.

Mi brazalete se expande justo a tiempo de interceptar dos disparos que habrían ido a alojarse en mi pecho.

En lugar de eso, el fuego aterriza en el suelo, lo bastante cerca de Seis como para hacerla trastabillar hacia atrás. Mientras está cayendo, le lanza a Cinco la piedra Xitharis, pero él se queda contemplándola, sin saber qué es. No hay tiempo para enseñárselo. Detrás del primer grupo de mogadorianos, veo a muchos más deslizándose por cuerdas que cuelgan de las entrañas de la nave. Pronto serán demasiados para nosotros.

Sarah ya se ha escondido detrás de un coche que hay ahí aparcado. Echada en el suelo, aprieta el gatillo de su pistola. Los primeros dos disparos levantan tierra a los pies del mogadoriano más cercano, pero el tercero le da de pleno en

el esternón. El mogo se desintegra y Sarah busca un segundo objetivo.

Seis se vuelve invisible en cuanto toca el suelo. No estoy seguro de dónde se encuentra, pero, de pronto, veo agitarse nubes de tormenta allí donde, hace solo unos instantes, el cielo nocturno estaba claro y despejado. No cabe duda de que se prepara para atacar.

Cinco está junto a mí, ahí plantado, contemplando aún la roca que sostiene en la mano. Mi escudo sigue recibiendo el impacto de muchos disparos. De no haber estado a mi lado, probablemente Cinco ya habría resultado herido.

—¿Qué haces? —le grito, agarrándolo del brazo con violencia—. ¡Tenemos que irnos!

Tiene los ojos muy abiertos y su mirada es inexpresiva. Tiro de él, sin que oponga resistencia alguna, y lo arrojo al suelo, justo detrás de la estatua de Boggy Creek Monster. La figura de madera no tarda en saltar en mil pedazos carbonizados, pero, de momento, la base de cemento resiste el envite de las llamas. Dejo que mi lumen se encienda en la mano que no sostiene el escudo y formo una bola de fuego del tamaño de la palma. Cinco me observa, mirando conmocionado el remolino de llamas. De momento, no le hago caso y asomo la cabeza por encima de la base de cemento para arrojarles la bola de fuego al grupo más cercano de mogos. Se traga a tres de ellos y los convierte en cenizas al instante. Los demás se dispersan.

Empieza a llover, pero ni una de las gotas me toca. De hecho, parece que la lluvia está localizada justo encima de la nave mogadoriana. De pronto retumba un trueno. No sé qué habrá planeado Seis, pero confío en ella.

—¿Estás bien? —le grito a Sarah.

El coche tras el que se ha ocultado se encuentra a unos pocos metros, pero es como si estuviera al otro extremo de un campo de batalla.

—¡Estoy bien! —me responde—. ¿Y tú?

—Bien, pero creo que Cinco está conmocionado o algo así.

Descubro a tres mogadorianos que atajan por una calle para rodear a Sarah. Antes de que lo consigan, los alcanzo con mis poderes telequinésicos y les arrebató las armas. Al verlos, Sarah dispara al que tiene más cerca justo en medio de los ojos. Antes de que los demás tengan tiempo de desenvainar sus espadas, una silueta los embiste ágilmente desde las sombras.

Es Bernie Kosar en su forma de pantera. Su pelaje negro apenas se distingue en la oscuridad de la noche. Le arranca el cuello a un mogadoriano que tiene arrinconado y le cruza a otro el rostro con su garra. Una vez eliminado ese grupo, BK se escabulle tras el coche y se queda cerca de Sarah.

«Mantenla a salvo», le digo mentalmente a BK.

Los mogadorianos que he dispersado antes ya se están reagrupando, o tal vez se trate de otro grupo que ha bajado a tierra desde la nave. Les lanzo otras dos bolas de fuego. Eso debería tenerlos entretenidos durante un rato.

Agarro a Cinco y lo sacudo por los hombros hasta que me mira. Una parte de mi mano aún está caliente por el efecto del lumen, y su camiseta se chamusca ligeramente. Él se encoge, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios te pasa? —le grito.

—Lo... lo siento —tartamudea—. Nunca había visto a un mogadoriano.

Me lo quedo mirando sin dar crédito.

—¿Me tomas el pelo?

—¡No! Albert, mi cêpan, me habló de ellos. Nos entrenamos para... para luchar. Pero en realidad nunca lo he hecho.

—Genial —gruñe Seis, apareciendo de pronto—. Tenemos con nosotros a un novato total.

—Pue... puedo ayudar —masculla Cinco—. Es solo que me han pillado con la guardia baja.

No acaba de convencerme, la verdad, y, aunque nos hemos sacado de encima la primera oleada de mogadorianos, distingo nuevas siluetas moviéndose en la oscuridad cercana.

—¿Se acabó? —grita Sarah desde su posición—. ¡Porque ya casi no me quedan balas!

—¡Vienen más! —le respondo, y entonces me vuelvo hacia Seis y le pregunto—: ¿Crees que podrías derribar la nave?

Seis se concentra durante unos instantes. Un relámpago recorta el cielo nocturno justo donde se encuentra la nave mogadoriana, que empieza a balancearse hacia delante y hacia atrás. Algunos de los soldados mogos no consiguen sostenerse de las cuerdas y caen en picado quince metros hasta impactar contra el suelo. Seis ha generado una tormenta y está esperando a desatar toda su furia.

—Puede que hayan llegado hasta aquí —dice Seis—, pero te aseguro que no conseguirán regresar.

Bajo la mirada hacia Cinco. Sus manos temblorosas han vuelto a sacar esas dos bolas de sus bolsillos. La verdad es que no inspira precisamente confianza.

Le echo un vistazo a Sarah y la veo apuntando con la pistola y disparando a un mogadoriano que avanzaba de manera insidiosa hacia nosotros. Hace solo un tiempo, habríamos huido de una batalla de este tipo, orgullosos de poder escapar con vida. Ahora, sin embargo, estoy convencido de que es una lucha que podemos ganar.

—Mandémosle un mensaje a Setrákus Ra —le digo a Seis—. Si quiere llevarse a uno de los nuestros, tendrá que enviar a más de una nave.

—¡Por supuesto! —responde Seis, y levanta ambas manos hacia el cielo.

Las nubes negras que rodean la nave empiezan a agitarse y a arremolinarse, y tres descargas de rayos se abren paso a través del cielo tumultuoso para acabar impactando una tras otra en el lateral de la nave. Del casco, se desprenden

pedazos de metal que acaban precipitándose hacia el suelo en barrena.

Los mogos, probablemente conscientes de que tienen problemas, tratan de ganar altitud para alejarse de esa tormenta local, mientras los que ya están en tierra redoblan sus esfuerzos para atraparnos. El fuego de sus armas crepita en el aire y yo me acerco más a Seis para protegerla con mi escudo. Sarah sigue agachada detrás del coche, disparando a ciegas por encima del capó.

—¡Tienes que darte prisa! —le grito a Seis con los dientes apretados.

—Ya casi está —me suelta frunciendo el ceño, muy concentrada.

Una lluvia de granizo descarga piedras como puños sobre la nave, que se agita erráticamente. Justo cuando parece lista para elevarse de nuevo, Seis hace girar las manos por encima de su cabeza y, de repente, todas las nubes se funden en una (nota la fuerza de los vientos desde donde estoy) y un tornado se arremolina justo debajo de la nave. La gran masa de metal se tambalea y luego se ladea peligrosamente: el piloto ha perdido el control.

La nave impacta contra el suelo, aterrizando en los bosques cercanos a la autopista con un ruido atronador. Al cabo de unos segundos, una torre de fuego se eleva en el cielo nocturno y, a continuación, se produce una gran explosión. Luego viene el silencio. La tormenta que se cernía sobre nuestras cabezas aclara y la noche recupera de nuevo la calma.

—¡Oh! —murmura Cinco.

—Buen trabajo —le digo a Seis.

Sus ojos ya están pendientes de su siguiente objetivo. Tal vez hayamos derribado la nave, pero aún hay por allí un montón de mogadorianos dispuestos a darnos caza. Al menos serán un par de docenas, con sus cañones mogos y sus espadas preparadas.

—Acabemos con ellos —dice Seis, volviéndose invisible.

Estoy impaciente por participar en la batalla. Primero, le echo un vistazo a Cinco, que contempla indeciso a los mogadorianos que se nos acercan.

—No te preocupes si no te sientes preparado —le digo—. Quédate aquí.

Cinco asiente sin decir nada. Me alejo de los restos de la estatua Boggy Creek Monster, y enseguida me topo con un mogadoriano que levanta su arma contra mí. Antes de que pueda disparar, algo le golpea en la parte trasera de las rodillas, desde detrás. Unas manos invisibles liberan la espada que llevaba sujeta entre los hombros y se la clavan en la columna. El mogo se desintegra al instante y, por un momento, a través de la nube de cenizas, adivino la silueta de Seis.

Me dirijo a la carrera hacia el coche tras el que Sarah sigue aún escondida. La parte del vehículo expuesta a los mogadorianos está fundida en algunos lugares, pero ella se encuentra bien. En cuanto me deslizo por el suelo para reunirme con mi novia, BK despliega sus alas, levanta el vuelo y se arroja de inmediato contra un par de mogos. Los mogadorianos que quedan en pie parecen más bien confusos. Su nave ha sido destruida y la mitad de los suyos están

mueritos: dudo que se esperaran una lucha así. Bueno, ¡tampoco está mal que, por una vez, sean ellos los que pasan miedo!

—¿Estás bien? —le pregunto a Sarah.

—Sí —responde casi sin aliento. Levanta el arma y me dice—: Me he quedado sin balas.

Empleo la telequinesia para levantar uno de los cañones mogadorianos que han quedado olvidados en el suelo y acercarlo a nosotros. Sarah lo recoge del aire.

—Cúbreme —le digo—. Vamos a terminar con esto.

Salgo de detrás del coche, prácticamente retando a los mogadorianos a que vengan a por mí. Un par de mogos que están agachados frente la gasolinera aprietan el gatillo. Despliego inmediatamente mi escudo y absorbo sus disparos. Considero la posibilidad de lanzarles una bola de fuego, pero no quiero volar la gasolinera. Ya hemos causado bastantes destrozos en este pobre pueblo de Arkansas.

Me hago con sus armas empleando de nuevo la telequinesia y las destruyo, aplastándolas contra el suelo. A continuación, levanto la mano hacia los mogos y les indico que se acerquen. Me sonríen, y veo sus dienteillos brillando bajo la luz de la luna, mientras desenvainan poco a poco sus espadas. Y entonces corren hacia mí.

En cuanto se encuentran a una distancia prudencial de la gasolinera, les lanzo una bola de fuego que se los traga a los dos. ¡Idiotas!

Otro grupo de mogos se ha reorganizado lo bastante como para lanzar un ataque focalizado. Cargan contra mí todos a la vez, tratando de rodearme. Antes de que puedan conseguirlo, siento que algo elástico me rodea con fuerza la cintura y me arroja hacia atrás, lejos de los mogos. Desconcertado, bajo la mirada. Tengo un brazo enrollado en la cintura. Un brazo muy largo, muy estirado.

En cuanto estoy a salvo, Sarah empieza a disparar al grupo de mogadorianos con el cañón.

Me vuelvo justo a tiempo para ver cómo el brazo de Cinco recupera su longitud normal y regresa a su camiseta. El chico me mira, avergonzado.

—Perdona si te he interrumpido —dice—. Me ha parecido que podían rodearte.

—¿Qué has hecho exactamente? —le pregunto, con curiosidad y al mismo tiempo cierta repugnancia.

—Mi cêpan lo llamaba Externa —explica Cinco. Me enseña la bolita de goma con la que ha estado jugueteando desde que hemos aparecido—. Es uno de mis legados. Puedo adoptar las cualidades de cualquier cosa que toque.

—Genial —respondo.

Tal vez el nuevo no sea tan inútil como parecía.

Uno de los mogadorianos se las apaña para esquivar el fuego de Sarah y se abalanza contra nosotros. Cinco se me adelanta. De pronto, su piel resplandece bajo la luz de la luna: la tiene brillante y plateada. Me acuerdo de la otra de las bolitas que tenía en la mano: era un cojinete de metal. El mogo describe con la espada un arco que debería haberle partido a Cinco la frente, pero, en lugar de eso, el filo rebota en la cabeza del muchacho con un sonido metálico. El mogo se queda desconcertado, y Cinco termina el trabajo asestándole con su mano de hierro un revés que le parte el cráneo.

Cinco se vuelve hacia mí y me dice:

—Nunca lo había probado hasta ahora... —Y se echa a reír, aliviado.

—¿En serio? —No puedo evitar reírme yo también. La energía de Cinco es contagiosa—. ¿Y si no hubiera funcionado?

Nos volvemos y vemos a dos mogadorianos huyendo hacia el bosque mientras Bernie Kosar les pisa los talones sin dejar de gruñir. Antes de que alcancen la primera línea de árboles, Seis aparece delante de ellos y los atraviesa con la espada mogadoriana que ha tomado prestada de alguna de sus víctimas.

Miro alrededor. Parece que está todo despejado. Monster Mart está cubierto de agujeros causados por los disparos de los cañones, y en los bosques aún se observa una columna de humo elevándose hacia el cielo. Dejando a un lado las manchas oscuras que los mogadorianos muertos han dejado en el suelo al convertirse en cenizas, ya no hay rastro de nuestros atacantes. Los hemos barrido del lugar.

Sarah se nos acerca, con el cañón mogadoriano apoyado en el hombro.

—¿Ya está?

—Creo que sí —respondo, controlando la voz. Tengo ganas de levantar el puño y chocar los cinco con los demás, pero trato de contenerme—. Por una vez, creo que los hemos pillado por sorpresa.

—¿Siempre es tan fácil? —pregunta Cinco.

—No —le respondo—. Pero ahora que estamos todos...

Me callo para no tentar a la mala suerte.

La batalla no podría haber ido mejor. De acuerdo, aquí solo había una nave mogadoriana, y en Virginia Occidental tenían apostado a todo un ejército, por no hablar de Setrákus Ra. A pesar de ello, los masacramos en un tiempo récord, y creo que ninguno de nosotros resultó herido. Ayer, cuando Nueve estaba tan exaltado por volver a Virginia Occidental y desquitarnos con Setrákus Ra, traté de transmitirle que no creía que estuviéramos preparados para eso. En cambio, ahora, después de nuestra actuación aquí, empiezo a pensar que tal vez sea hora de reconsiderar nuestras posibilidades.

—¿Dónde está Seis? —pregunto, mirando a un lado y a otro—. Seguro que alguien habrá oído estrellarse esa nave. Tenemos que salir de aquí antes de que aparezca la policía.

Me responde un ruido sordo procedente del bosque, de la zona donde ha caído la nave mogadoriana. Enciendo mi lumen hacia esa dirección justo a tiempo de ver a Seis corriendo hacia nosotros, agitando las manos.

—¡Que viene! —Nos grita.

—¿Qué viene? —pregunta Cinco, tragando saliva.

—Parece un piken —respondo.

Se oye un chasquido: el sonido que podría producirse al arrancar un árbol y partirlo por la mitad. Algo enorme se acerca a nosotros.

—Retrocede —le digo a Sarah poniéndole la mano en el hombro—. Es mejor que te quedes detrás de nosotros.

Ella me mira cogiendo con fuerza el cañón mogadoriano. Por un momento, temo que empiece a discutir, aun sabiendo perfectamente que enfrentarse a un piken no tiene nada que ver con mantener una lucha armada contra un grupo de mogadorianos. Disparar estando a cubierto es una cosa, y luchar codo con codo con un monstruo al que los impactos de bala no le hacen más que cosquillas, otra muy distinta. Sarah me acaricia la mano, mantiene el contacto por unos instantes y luego se separa y corre a buscar refugio cerca del edificio de correos.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta Cinco, aún de pie junto a mí, extendiendo el dedo hacia la masa boscosa.

Los dos vemos aparecer el monstruo a la vez, irrumpiendo entre los árboles y cerniéndose sobre Seis. Pero no le doy a Cinco una respuesta. La verdad es que no puedo responderle, porque, sea esa cosa lo que sea, no tengo un nombre para ella. Es como un ciempiés del tamaño de un camión cisterna, cuyo cuerpo, similar al de un enorme gusano, está cubierto de una piel parecida a un cuero agrietado. Cientos de bracitos retorcidos sobresalen de su cuerpo y remueven la tierra mientras avanza pesadamente con una rapidez sorprendente. En la parte delantera, tiene un rostro que recuerda al de un pit bull: chato, con un hocico húmedo y una boca babeante que, al abrirse, descubre varias hileras de dientes afilados. En el centro del rostro tiene un solo ojo inyectado en sangre y lleno de malicia que no parpadea jamás. Recuerdo la horda de criaturas que los mogadorianos encarcelaron en Virginia Occidental; de todas las bestias repugnantes que vi, esta es la peor.

A pesar de ser muy veloz, Seis no consigue correr más que esa cosa. El ciempiés la alcanza y se propulsa a un lado. Su mitad trasera (la cola) se levanta y, después de mantenerse por encima de Seis como una torre, descarga todo su peso en el suelo.

Seis se echa a un lado justo antes de que esa cosa pueda aplastarla. Pedazos de roca salen disparados allí donde aterriza la cola: ha hecho una enorme hendidura en el suelo. Seis vuelve a ponerse en pie enseguida y hunde la espada en el cuerpo del ciempiés. El bicho apenas parece notarlo, y su cuerpo recula lo bastante deprisa como para arrancarle el arma a Seis de las manos.

—¿Cómo se supone que vamos a matarlo? —pregunta Seis, dando un paso atrás.

Mi cerebro se acelera tratando de encontrar una respuesta. ¿Qué ventajas tenemos sobre ese gusano de un solo ojo? Es rápido, pero gigantesco, y está condenado a arrastrarse por el suelo...

—Puedes volar, ¿verdad? —le pregunto a Cinco.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta, sin apartar la mirada de la bestia—. Sí, sé volar.

—Cógeme —le digo—. Tenemos que mantenernos por encima de esta cosa.

Cuando el ciempiés arremete de nuevo contra Seis, Bernie Kosar se planta de un salto encima de su espalda. Ha vuelto a adoptar la forma de pantera y hunde sus garras en la piel del monstruo. El bicho suelta un grito de irritación y se revuelca por el polvo, forzando a BK a saltar al suelo para no acabar aplastado bajo su cuerpo. Esa distracción basta para que Seis pueda alejarse cierta distancia de la bestia y volverse invisible.

—Será más fácil si te cuelgas de mi espalda —dice Cinco, arrodillándose delante de mí.

Ir a caballito a lomos de Cinco me hará sentir como un tonto, pero es una situación de vida o muerte. En cuanto me monto en su espalda, Cinco se eleva en el aire. No es como la levitación temblorosa que conseguimos al usar la telequinesia; él vuela deprisa, con precisión y control. Cinco se eleva unos diez metros, justo por encima del ciempiés. Empiezo a bombardear la criatura con bolas de fuego, arrojándoselas tan pronto como las genero. Se le abren llagas carbonizadas en la espalda, y una peste insoportable infesta el aire.

—Es asqueroso —susurra Cinco.

El ciempiés ruge de dolor, retorciéndose sobre sí mismo, mientras su enorme ojo barre el campo de batalla frenéticamente. Su cerebro diminuto no consigue comprender de dónde procede el dolor. Yo prosigo con mi ataque, con la esperanza de poder matar a esa cosa desde arriba antes de que se dé cuenta de lo que está ocurriendo.

Mi siguiente bola de fuego se desvía de su objetivo: de pronto, Cinco ha caído unos metros hacia el suelo. Con la sacudida, me agarro con fuerza de él hasta que recupera el control del vuelo. Tiene la camiseta empapada en sudor.

—¿Estás bien? —pregunto, gritando para que me oiga a pesar del ruido del viento y los aullidos del ciempiés.

—No es fácil ir cargado con un lanzador de bolas de fuego a la espalda —me dice, tratando de bromear; la fatiga, no obstante, se percibe en su voz.

—Solo un minuto más. ¡Aguanta un poco!

El ciempiés voltea la cabeza hacia atrás tratando de localizarnos con su único ojo. Vuelve a gruñir, esta vez casi con alegría, y entonces arroja el cuerpo hacia delante, acariciando el aire con sus bracitos diminutos. Su rostro abominable se

lanza hacia nosotros, haciendo rechinar los dientes. Cinco suelta un grito y da un salto hacia atrás mientras la bestia se traga el espacio vacío que ocupábamos hace solo un instante.

Con la sacudida del cambio repentino de dirección, me suelto de la espalda de Cinco y me precipito al vacío, no sin agarrar con la mano un pedazo de su camiseta.

Gracias a la telequinesis, consigo amortiguar la caída. De no haber sido por eso, probablemente me habría roto una pierna al impactar contra el suelo. A pesar de todo, el golpe casi me deja sin aire en los pulmones. Y, para empeorar aún más las cosas, aterrizo justo delante del monstruo.

Oigo a Seis y a Sarah a lo lejos, diciéndome a gritos que eche a correr. Ya es demasiado tarde para eso. Solo me separan unos treinta metros del ciempiés y ya se está acercando a mí. Tiene la boca muy abierta y de la oscuridad de su garganta emana un hedor nauseabundo.

Hago de tripas corazón y enciendo mi lumen por todo mi cuerpo. Si esa cosa quiere convertirme en su comida, me aseguraré de arder como un rescoldo mientras recorro su esófago. Si consigo saltar esas hileras de dientes, probablemente podré abrirme camino a través de esa cosa. Debo admitir que acabar siendo pasto de un ciempiés mogadoriano no es mi mejor plan, pero solo dispongo de unos segundos antes de que ese bicho se me trague y no se me ocurre nada más.

A medida que el monstruo se me va acercando, distingo una mancha roja reflejada en su único ojo, como el rayo de un puntero láser. ¿Y eso de dónde sale?

Un único disparo procede de algún lugar detrás de mí.

El ojo del monstruo explota y, al estar solo a unos metros, acaba recubriéndome de una sustancia pringosa. El bicho chilla como un poseso y retrocede a toda prisa, sin acordarse ya de mí. Aprovecho la oportunidad para huir, no sin lanzarle bolas de fuego al estómago mientras me alejo. El bicho empieza a tener convulsiones y agita la cola con tanta fuerza que hace vibrar el suelo bajo mis pies. Después de un último espasmo descomunal, el ciempiés se desploma y empieza a desintegrarse poco a poco.

Cinco aterrizo junto a mí, con las dos manos en la cabeza.

—Tío, siento mucho que te hayas caído.

—No te preocupes —respondo con aire distraído, empujándolo a un lado y saliendo a la carrera hacia Monster Mart.

Ninguno de nosotros llevaba un rifle de precisión consigo, así que ¿de dónde habrá salido ese disparo?

Seis y Sarah se acercan a toda prisa a un hombre alto y barbudo de mediana edad que se baja de lo alto de una vieja cafetera de coche. En una mano, lleva un rifle con mira láser. Al principio pienso que tal vez se trate de un buen

samaritano (¿quién no le dispararía a un gusano gigante que estuviera desmandado por nuestro barrio?). Pero hay algo en él que me resulta francamente familiar.

Y entonces me fijo en que no está solo: alguien lo está ayudando a bajar de su posición de francotirador. Seis se acerca algo más y casi le da un abrazo a ese segundo personaje. Yo me quedo con la boca abierta y, al cabo de un segundo, echo a correr hacia él. Es Sam.

CAPÍTULO CATORCE



SEIS ME ABRAZA TAN FUERTE QUE CASI ME HACE TRAStabillar. Me ha rodeado el cuello con sus brazos y yo he extendido mis manos en su espalda. Acaban de librar una batalla y tiene la camiseta sudada, pero me da lo mismo. Estoy más concentrado sintiendo la suavidad de sus cabellos rubios en mi mejilla. ¿Esos sueños con los que fantaseaba siendo prisionero? Muchos de ellos incluían una escena como esta.

—Sam —suspira Seis, estupefacta, agarrándome como si yo fuera a desaparecer—, estás aquí.

Le respondo estrechándola entre mis brazos aún más fuerte. Nos quedamos así abrazados más tiempo del que probablemente es apropiado, teniendo en cuenta que no estamos solos. Oigo que mi padre se aclara la garganta, justo a mi lado.

—Eh, Seis, ¿por qué no dejas que los demás lo abracemos también?

Es Sarah, acercándose a nosotros. De repente, Seis me suelta con timidez. No recuerdo haber visto nunca que su dura máscara exterior se viniera abajo hasta este punto. Siento que me sonrojo. ¡Menos mal que está todo muy oscuro!

—Hola, Sam —me dice Sarah, dándome también un abrazo.

—Hola —respondo yo—. Es curioso encontrarte aquí. Estamos muy lejos de Paradise.

—¿No me digas? —bromea Sarah.

Por encima de su hombro, veo a John corriendo hacia nosotros. Lo acompaña un tipo bajo de cabello castaño que supongo que debe de ser Número Cinco, el que colgó ese mensaje *on-line*. Es lo que nos llevó a papá y a mí a Arkansas: ese programa suyo que busca en Internet seleccionó la noticia. Condujimos sin parar desde Texas para llegar aquí a tiempo de asistir al final de la batalla.

Mientras Cinco se queda rezagado, visiblemente incómodo de encontrarse de pronto con tanta gente, John se acerca a mí. Una gran sonrisa me ilumina la cara: no es solo que me encuentre de nuevo con mi mejor amigo, sino que además me embarga la sensación de que juntos formaremos parte de algo grande. Vamos a salvar el mundo.

John me devuelve la sonrisa, claramente emocionado de verme aquí; sin embargo, hay algo en sus ojos que no consigo descifrar.

—Solo respóndeme una pregunta —me dice, agarrándome la mano con fuerza, sin soltarme—. ¿Recuerdas ese día en tu habitación, ese en el que pensaste que yo podía ser un extraterrestre?

—Oh, sí.

—¿Qué hiciste?

Miro a John entornando los ojos, sin saber muy bien por qué me hace esa pregunta. Me vuelvo hacia mi padre, que está contemplando este intercambio de miradas con curiosidad, esperando que le presente a los lóricos.

—Bueno, te apunté con una pistola. ¿Te refieres a eso?

—Oh, Samuel —susurra mi padre con cierto reproche, pero al oír mi respuesta John me ofrece una sonrisa, e inmediatamente me estrecha en un abrazo.

—Lo siento, Sam. Es que tenía que asegurarme de que no eras Setrákus Ra camuflado —me explica—. ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

—Lo mismo digo —repongo—. Echaba de menos luchar contra gusanos gigantes.

John se ríe alejándose un paso de mí.

Cinco levanta la mano, indeciso, y se nos acerca.

—Estoy un poco perdido. ¿Setrákus Ra puede cambiar de forma?

Eso también es una novedad para mí. Sin darme cuenta, me toco las cicatrices que me dejaron las quemaduras en las muñecas. Sé de primera mano lo depravado que puede llegar a ser Setrákus Ra.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te has enfrentado a él? —insiste Cinco.

John asiente solemnemente.

—Sí. Yo diría que la pelea acabó en tablas. Enseguida os pongo al día, pero antes... —John mira a mi padre y añade—: Sam, ¿es quien creo que es?

Le sonrío de nuevo. Parece que haga años que espero presentar mi padre a mis amigos.

—Chicos —les digo con orgullo—, este es mi padre, Malcolm. Puedo aseguraros que tampoco es Setrákus Ra, si es eso lo que os preocupa.

Papá da un paso adelante y les estrecha la mano a todos los miembros de la Guardia allí presentes, así como también a Sarah.

—Gracias por su ayuda —dice John, señalando el rifle de mi padre—. Me alegro de que haya traído herramientas.

—Me ha parecido que lo tenías todo bajo control —le responde papá—. Pero la verdad es que llevo tiempo deseando dispararle a algo mogadoriano.

—Bajo control —murmura Seis entre risas, estrechándole la mano—. Pues yo habría jurado que ese bicho se te estaba a punto de tragar, John.

—Vale, no era mi mejor plan —repone mi amigo con una sonrisa mientras se encoge de hombros.

Sarah le da una palmadita en la espalda con aire alentador.

Mientras, Cinco no deja de estudiarnos a mi padre y a mí.

—Vosotros no sois lóricos —observa con total naturalidad, como si acabara de deducirlo—. Había dado por sentado que al ser tan mayor, y eso, eras un cêpan.

Mi padre se echa a reír.

—Siento decepcionarte. No soy más que un viejo humano que espera poder ayudar en algo.

Cinco se vuelve hacia John, asintiendo con la cabeza, y dice:

—Ya veo que tienes aquí formado un auténtico ejército.

Seis y yo intercambiamos miradas. No sé muy bien si el chico nuevo está siendo sarcástico o si simplemente es un poco estúpido. A juzgar por la cara que pone Seis, ella tampoco está muy segura.

—Estamos nosotros seis, y luego cuatro más que nos esperan en Chicago —dice John pacientemente—. No creo que diez personas puedan calificarse de ejército, pero gracias de todos modos.

—Supongo que no —masculla Cinco.

—Quiero que me cuentes cómo os encontrasteis, hasta el último detalle —me dice John. Y luego mira a mi padre con cautela, como si hubiera llamado a la puerta de nuestra casa y le hubiera preguntado si yo podía salir a jugar a la invasión alienígena—. Antes que nada, señor Goode, quería que supiera que nunca pretendí mezclar a Sam en todo esto. Siento mucho haberlo puesto en peligro, pero no creo que hubiéramos llegado tan lejos sin él.

—Puedes estar seguro de que no —coincide Seis, sonriéndome.

Aparto la mirada: siento que las mejillas empiezan a arderme.

Mi padre parece conmovido.

—Ponernos en peligro para salvar la Tierra es una tradición de la familia Goode. Pero gracias por tus palabras. —Luego posa la mano en mi hombro y

añade—: Me alegro de que os encontrarais el uno al otro. Y no me llames «señor Goode»; con Malcolm basta.

Se oye el sonido de sirenas acercándose. Puede que estemos en una zona rural de Arkansas, pero a las autoridades locales no se les habrá pasado por alto que una nave espacial se ha estrellado en pleno bosque. No tardarán en estar aquí.

—Deberíamos marcharnos —se impacienta Seis.

John asiente y arranca a correr hacia los árboles mientras grita:

—Tenemos el coche aparcado cerca de la autopista.

John, Sarah y Cinco se dirigen a la autopista. Las calles de Fouke no tardan en iluminarse con luces intermitentes, y mi padre, Seis y yo corremos hacia el Rambler. Cuando papá se encarama al asiento del conductor, Seis me acerca la mano al brazo.

—Oye, perdona si antes te he incomodado con ese abrazo. Delante de tu padre y eso. Espero que no haya sido muy raro.

—En absoluto —me apresuro a decirle con la esperanza de hacerle entender que ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo—. Me ha gustado mucho.

—No te acostumbres a verme tan emocional —me advierte Seis, mirándome a los ojos. Creo que me está tomando el pelo—. Tu aparición me ha pillado con la guardia baja.

—¿Quieres decir que tendré que desaparecer de nuevo si quiero otro de esos abrazos?

—Exacto —responde, disponiéndose a acomodarse en el asiento trasero. Pero entonces se detiene, como si estuviera pensando algo, y de pronto me estrecha entre sus brazos de nuevo—. Está bien. Uno más.

La aprieto con fuerza contra mí mientras mi padre pone en marcha el coche. Su cara se ilumina con las luces del salpicadero y, aunque finge no vernos, estoy convencido de que nos está mirando. Si de mí dependiera, no la soltaría jamás: nos quedaríamos así abrazados hasta que la policía local viniera a detenernos.

Seis se separa de mí y me mira directamente a los ojos. Trato de controlar la expresión de mi rostro, pero creo que no lo consigo.

—Por cierto —me dice—, no he creído ni por un momento que fueras Setrákus Ra. He sabido que eras tú desde el primer momento.

—Gracias —respondo débilmente, tratando de encontrar algo mejor que decir, como lo mucho que la he echado de menos o lo maravilloso que es volver a verla.

Antes de que se me ocurra nada, Seis ya se ha sentado en el asiento de atrás.

Cuando se está abrochando el cinturón de seguridad, Cinco se aclara la garganta y dice:

—Esto... ¿Qué era esa piedra que me has dado?

Todos nos volvemos para mirarlo.

—¿Te refieres a la piedra Xitharis? —pregunta Seis.

—Sí —responde Cinco—. Eso. Creo que la he..., bueno, tirado.

CAPÍTULO QUINCE



—**VAYA, JOHNNY. OS MANDO A POR REFUERZOS Y VOLVÉIS** con un viejo, un tío raro y un tipo parecido a un hobbit. Genial.

Nueve ha esperado en el vestíbulo de su ridículo ático de Chicago para poder recibir con sarcasmo a nuestro grupo. Ya veo que la primera impresión que tuve de él durante nuestro breve encuentro en Virginia Occidental no estaba equivocada: es un gilipollas rematado.

Hemos llegado mucho más tarde de lo que nadie creía. Hemos estado buscando la piedra Xitharis como locos, pero había desaparecido, y no podíamos quedarnos allí más tiempo del necesario. La verdad es que nadie parece muy satisfecho, pero todos intentan evitar culpar a Cinco por haberla perdido. Al menos por ahora.

Una vez ha quedado claro que no había modo de recuperarla, una vez Cinco se ha disculpado por centésima vez, Seis se ha echado el pelo hacia atrás y se ha encogido de hombros.

—Vamos, no era más que un pedrusco —le ha dicho, como si intentara convencerse a sí misma—. Vale, se trataba de una piedra con poderes, pero ya somos lo bastante poderosos por nosotros mismos.

A pesar de todo, no cabe duda de que este incidente no ha ayudado a que Cinco le cayera bien a nadie. Y mucho menos a Nueve.

—Sé amable —le advierte Sarah.

Los demás ya se han acostumbrado a su modo de hablar con pretensiones de ingenioso. Y, a juzgar por cómo se han dado la mano con John, casi me atrevería a decir que incluso se han hecho amigos. Cinco, en cambio, parece herido. Está justo a mi lado y no para de tratar de esconder sutilmente la barriga mientras repite para sí:

—Un hobbit...

—Es de un libro —empiezo a explicarle, pero me corta al instante.

—Ya lo he pillado —me espeta—. Y no es muy amable, que digamos.

—Así es Nueve —interviene John, que estaba escuchando—. Acabará cayéndote bien, ya lo verás... O al menos te acostumbrarás.

Cinco me mira con cara de póquer, como si lo dudara, y no puedo evitar mostrarle una sonrisa. Creo que los dos nos sentimos algo fuera de lugar en este piso. Seis ha tratado de aprovechar el camino de vuelta para ponerme al día, pero aquí en Chicago hay muchas caras y muchas historias nuevas, por no hablar del escondite más increíble que había visto en mi vida. Aún no puedo creer que los miembros de la Guardia estén viviendo en un lugar como este. Es como esos apartamentos de cine que solían salir en ese programa de MTV, ese sobre celebridades ricas y sus estilos de vida envidiables. Es impresionante que Nueve y su cêpan consiguieran montarse un escondrijo como este y lo mantuvieran fuera del alcance del radar mogadoriano.

John presenta a todos los nuevos a Nueve, que ha dejado de contar chistes malos el tiempo suficiente para saludar a Cinco y a mi padre.

—Y supongo que recordarás a Sam, ¿no? —concluye John.

—Por supuesto —responde Nueve, dando un paso adelante con la mano tendida. Me la estrecha con fuerza. Es tan alto que me veo obligado a levantar la cabeza. Luego, bajando la voz para que los demás no le oigan, añade—: Oye, siento haberte dejado en la cueva. En parte fue culpa mía.

—No pasa nada —respondo, sorprendido por la disculpa.

Nueve le da la vuelta a mi mano antes de soltarla, y se fija en las cicatrices recientes que tengo en la muñeca.

—¿Así que también te hicieron pasar por eso, eh? —me pregunta solemnemente.

A juzgar por el tono de su voz, se da cuenta de que tenemos algo en común. Creo que acabo de unirme a la fraternidad secreta de las víctimas de las torturas mogadorianas.

No sé qué decir, así que me limito a asentir con la cabeza.

—Conseguiste escapar —me dice, dándome una buena palmada en el hombro—. ¡Bien hecho, tío!

John trata de guiarnos hacia el interior del piso, pero Nueve se ha quedado plantado en nuestro camino. De algún modo, me recuerda a esos perros enormes que se abalanzan sobre los visitantes en cuanto entran por la puerta. Cuando por fin se hace a un lado, veo a los otros tres miembros de la Guardia de los que Seis nos había hablado: Siete, Ocho y Diez, la más joven. Están esperando en la entrada del salón; son algo más pacientes que Nueve, o al menos nos dejan pasar dentro.

—Si os estáis preguntando de dónde viene esta peste insoportable, os diré que es el plato vegetariano que Marina está preparando para la cena —ironiza Nueve.

—Eh —protesta la morena Siete (Marina) en tono amistoso—. Estará bien, y a veréis.

—Eso de cena... —resopla Nueve—. Lo que tú digas. Bueno, da igual. ¡Ahora ya estamos todos juntos! Son más regordetes y más estúpidos de lo que esperaba, pero no pasa nada. ¡Vamos a cargarnos a esas mierdas!

—Tómalo con calma, tío. Hemos conducido al menos doce horas —le dice Seis, arrojándole una de las bolsas del equipo en el pecho—. Toma. Sé útil.

Sarah sigue el ejemplo de Seis y le lanza a Nueve su bolsa de equipaje. Al cabo de nada, ya está cargando con casi todo lo que llevábamos en los coches.

—Genial. Voy a guardar todo esto —murmura, saliendo tranquilamente de la habitación con nuestras cosas—. Pero luego al menos hablaremos de cargarnos a alguien.

Veo que Cinco se queda mirando a Nueve mientras este sale por la puerta.

—No vamos a ponernos a luchar de nuevo ahora mismo, ¿verdad? —pregunta, volviéndose hacia John.

—Es solo que está emocionado —le responde él, sacudiendo la cabeza—. Es un gran paso que por fin nos hayamos reunido todos. Ahora tenemos que pensar en lo que haremos a continuación.

—Entiendo —susurra Cinco, mirándose las manos—. Supongo que nunca me había planteado la violencia como algo por lo que emocionarse.

—No todos somos como Nueve —le dice Marina en tono de disculpa mientras se acerca a nosotros.

Nos saluda calurosamente e incluso le da un abrazo a Cinco, cosa que lo pilla por sorpresa y también lo distiende un poco. La verdad es que, después del brusco despliegue de Nueve, a mí me hace sentir más a gusto.

El siguiente en presentarse es Ocho. Me da la sensación de que es una persona de trato fácil, un cambio agradable después de la actitud de macho alfa que ha tenido Nueve desde que hemos llegado. Sin embargo, aseguraría que está tan emocionado como él, solo que es más delicado.

—Tengo tantas preguntas que haceros. A todos vosotros —nos dice—. Cinco, me muero de ganas de saber dónde has estado, de oír todo lo que te ha ocurrido.

—Bueno —gruñe el nuevo—. Está bien.

—Estoy convencido de que has tenido que pasar por mucho para llegar hasta aquí —prosigue Ocho, alentándolo.

—No ha parado de gruñir en todo el viaje; John y yo hemos estado a punto de echarlo del coche —me susurra Sarah.

Puedo entender que se sienta un poco abrumado en esta situación; conoces a los últimos supervivientes de tu pueblo por primera vez y resulta que ellos ya llevan juntos un montón de tiempo. De algún modo, está bien tener a Cinco conmigo, aunque no hablemos demasiado; está bien tener a mi lado a alguien tan raro como yo en una situación social como esta.

—Antes vivías en Jamaica, ¿verdad? —le pregunta Ocho.

—Exacto —responde—. Pero solo una temporada corta.

Ocho parece esperar a que Cinco elabore más la respuesta y, cuando resulta evidente que no tiene intención de hacerlo, interviene John.

—Ha sido un viaje muy largo y creo que todos debemos de estar algo cansados. Tal vez podríamos compartir nuestras historias a la hora de la cena —sugiere.

Ocho asiente y deja de presionar a Cinco para que nos dé más detalles. John intenta tratar al nuevo miembro con guantes de seda, para que vaya acostumbrándose a los demás a su ritmo. Me sorprende que Cinco no haga más preguntas acerca de los otros guardianes, pero sospecho que parte de esta actitud responde a su reticencia a hablar de su propio pasado. Teniendo en cuenta que ha aparecido sin cêpan ni Cofre, estoy seguro de que tendrá una historia triste, como los demás miembros de la Guardia.

Una vez Ocho ha desistido de sonsacarle a Cinco información, el décimo miembro de la Guardia tiene la oportunidad de presentarse. A pesar de que Seis ya me había advertido que Ella era más joven que los demás, resulta sorprendente lo diminuta que se la ve en persona. No me imagino a esa chica enfrentándose a Setrákus Ra, y mucho menos provocando su huida, pero eso es exactamente lo que Seis me ha contado que ocurrió.

—No sabía que hubiese un décimo miembro de la Guardia —dice Cinco al estrecharle a Ella la mano.

Es lo más parecido a una pregunta sobre los demás que ha hecho desde su llegada.

—Y no lo hay. Fue una especie de accidente.

John le lanza a Marina una mirada extraña. Ella levanta las cejas como respuesta y, moviendo los labios en silencio, le dice: « Luego te lo cuento ».

Cinco asiente tras oír la respuesta de Ella y se queda estudiándola un rato hasta que al final baja la mirada hacia el suelo.

—Ajá —susurra, tratando de encontrar las palabras correctas—. De hecho, yo también me he sentido así. Nuestros números, nuestros legados, toda la misión en la Tierra. Quiero decir que... ¿Realmente le dieron muchas vueltas a esto los

Ancianos? ¿Creéis que se sacaron nuestros nombres de la manga?

Por un momento, todo el mundo se queda en silencio, mirándolo fijamente. Ha sido un discurso un poco extraño, sobre todo teniendo en cuenta que esta es la primera vez que los miembros supervivientes de la Guardia están juntos. Debería ser un momento de celebración, pero Cinco parece empeñado en estropearlo.

—Hum, sí —interviene Ocho, rompiendo alegremente el silencio—. Visto de este modo, es algo curioso.

Mi padre se aclara la garganta y dice con su voz suave:

—Estoy seguro de que en tu selección tuvo que ver algo más que el azar. —Se vuelve hacia Ella y, dedicándole la misma mirada tranquilizadora que me ofrecía a mí cuando volvía de la escuela tras haber sido víctima de algún niño abusón, añade—: Y el hecho de que tú lograses escapar de Lorien fue más que un accidente. Yo diría más bien que fue una bendición.

—Ya —dice Cinco, dirigiéndose a mi padre sin apartar la mirada del suelo—. Supongo que el viejo humano es un experto en Lorien. —De pronto, nos mira forzando una sonrisa y nos descubre a todos observándolo, extrañados—. Lo siento —se apresura a añadir—, solo estaba pensando en voz alta. Yo tampoco sé de lo que estoy hablando.

—Yo no me considero un experto —confiesa mi padre con diplomacia—. Siento si te he ofendido. Pero creo en el trabajo de los Ancianos. Si y o no...

Se detiene, probablemente pensando en la temporada que pasó siendo prisionero de los mogadorianos.

Ahora Cinco parece avergonzado.

—Cuatro... Esto... John, estoy un poco cansado. ¿Hay algún lugar en el que pueda echarme un rato?

—¡Claro! —responde John, dándole a Cinco un par de palmaditas en la espalda—. ¿Queréis que os enseñe a todos dónde están vuestras habitaciones?

Hace solo unos minutos, me he sentido cerca de Cinco: entiendo lo que debe de haber sido para él esta extraña situación. Pero, no sé, hay algo en el modo en que le ha hablado a mi padre que me ha molestado. Había una nota de desdén en su voz, como si pensara que papá no puede tener ninguna información útil acerca de la Guardia.

Todo el grupo (salvo Nueve) nos conduce por un corredor repleto de obras de arte que probablemente reportarían una pequeña fortuna en la subasta de un museo. Aún me cuesta creer que un tipo como Nueve viva en un sitio así. Tengo la sensación de que debería ponerme un esmoquin para pasearme por aquí. Mientras recorremos el ático, Sarah y Seis nos dejan para asearse un poco después del viaje, y Ella se excusa y se va a ayudar a Nueve a ordenar las cosas que le hemos dado. Al final, John se detiene en medio del pasillo.

—Aquí hay una libre —nos dice, abriendo la puerta para Cinco—. Si te apetece cambiarte, encontrarás ropa limpia en los cajones.

—Gracias —repone él, entrando fatigosamente en la habitación. Cuando ya está a punto de cerrar la puerta, se da cuenta de que todos estamos fuera, mirándolo—. Esto... Os veo en la cena, supongo —murmura, antes de encerrarse en el dormitorio.

—Un tío genial —concluye Ocho, secamente.

Marina le da con el codo en las costillas y le hace callar. Yo me quedo mirando la puerta cerrada; estoy convencido de que Cinco aún está detrás, escuchando. En el fondo, me sabe mal por él: no es fácil ser un extraño.

—¿Vosotros también estáis cansados? —Nos pregunta John a mi padre y a mí —. ¿O queréis el gran tour?

—Vamos —digo yo—, adelante. Este es mi primer ático.

—Y el mío también —repone mi padre, con una sonrisa.

—¡Genial! —exclama John, visiblemente aliviado de que no seamos un par de antisociales como Cinco—. Me parece que os va a encantar la siguiente parada.

Mi padre se queda unos pasos rezagado del grupo, contemplando una de las obras de arte. Después de recorrer el pasillo y alejarnos lo bastante de la puerta de Cinco como para que no nos oiga, Ocho plantea la pregunta que creo que todos teníamos en mente.

—¿Qué le pasa al tío nuevo? No me refiero a ti —me dice, mirándome—. Tú pareces perfectamente normal.

—Gracias.

John sacude la cabeza, un poco desconcertado.

—Sinceramente, no lo sé. Es un poco raro, ¿verdad? Me esperaba otra cosa.

—Quizá solo esté un poco nervioso —observa Marina—. Ya se adaptará.

—¿Dónde está su cêpan? —pregunto—. ¿Qué ha estado haciendo todos estos años?

—Casi no ha abierto la boca durante el viaje de vuelta —responde John—. Ni siquiera Sarah le ha podido sacar nada, y ya sabéis cómo es.

—Sí. Es lo bastante sociable como para sonsacarte secretos lóricos hablando de cualquier cosa.

John se ríe: ha pillado la broma enseguida.

—Sarah es tan encantadora que podría convencer a un prófugo extraterrestre de que se saque una foto para el periódico de la escuela.

—Tan encantadora que ese mismo extraterrestre podría incluso arrojar piedrecitas a su ventana en plena noche, aunque los federales estuvieran apostados fuera de su casa.

Ocho y Marina intercambian una mirada de confusión cuando John y yo nos echamos a reír.

—¿Lanzaste piedras a la ventana de Sarah? —le pregunta Marina, arqueando una ceja con aire divertido—. ¿Como Romeo y Julieta?

—Supuestamente, según el FBI... Oh, mira, ya hemos llegado —añade John, ansioso por cambiar de tema.

Sonrí a Marina y asiento con la cabeza.

Al final del corredor, John nos hace pasar a una sala que, por lo que parece, han estado empleando de base de operaciones. La pared está recubierta de enormes pantallas de ordenador, una de las cuales muestra un programa parecido al que mi padre empleaba para revisar páginas web. Ahí guardan los cofres lóricos, así como también la tableta que recuperamos del laboratorio de papá. El resto de la habitación está totalmente abarrotada con piezas de tecnología diversas: algunas son nuevas y acaban de desembalarlas; otras, en cambio, parecen sacadas de algún contenedor. Junto a las paredes, los artefactos y las piezas sueltas están apilados a montones que se elevan hasta el techo. A mi padre enseguida se le ilumina la cara.

—¡Menuda colección! —exclama, escaneando la sala con los ojos como platos, como un niño el día de Navidad.

—Esto era el taller de Sandor, el cêpan de Nueve —explica John—. Hemos puesto en funcionamiento parte del material, pero ninguno de nosotros es un genio de la tecnología. —John se vuelve hacia mi padre y añade—: Espero que usted pueda ver si por aquí hay algo de utilidad, señor Goode, quiero decir, Malcolm.

Mi padre se frota las manos y responde:

—Con mucho gusto, John. Hace siglos que no tengo un lugar como este a mi disposición. Tendré que ponerme al día.

—También me preguntaba si podría usted echarle un vistazo a esto —prosigue John, conduciéndonos a través de una puerta doble—. Nueve lo llama «la sala de entrenamientos».

Entramos en una sala blanca enorme, de techos altísimos, y pasamos junto a un expositor de armas junto al que los rifles que mi padre adquirió en Texas parecen juguetes para niños. La estancia debe de tener las dimensiones del gimnasio del instituto: no deja de maravillarme lo enorme que es este piso. A un extremo de la sala, construido en la misma pared, hay un aparato parecido a una cabina de mando rodeada de un montón de consolas. La silla está un poco destartalada, como si algo enorme le hubiera caído encima.

—Alucinante —observa mi padre.

—Hemos estado empleando esta sala para entrenar. Nueve dice que Sandor tenía instalados un montón de trampas y obstáculos. —Presiona un panel que hay en la pared, como si fuera a activar algo, pero no sucede nada—. El caso es que Nueve tuvo uno de sus berrinches y aplastó los mandos. Ahora no acaba de funcionar bien.

—Parece guay —digo.

No me resulta difícil imaginar a Nueve perdiendo los papeles.

—Eso —dice, señalando la silla— es la Lectern. Si pudiéramos conseguir que volviera a funcionar, seguro que les sacaríamos más provecho a los entrenamientos.

Mi padre ya está arrodillado delante, con un cable deshilachado en una mano y una placa de acero torcida en la otra.

—Esto requiere un trabajo impresionante —observa.

Asomo la cabeza por encima de su hombro para examinar la maquinaria, aunque no tengo ni idea de lo que estoy mirando.

—¿Puedes arreglarlo?

—Puedo intentarlo —me dice y, dirigiéndose a John, añade—: Intentaré ser tan útil como sea posible.

—Yo también —agrego, dedicándole a John un saludo rápido. Él se ríe.

—Ya sé que acabáis de llegar —reconoce John—. Espero no avasallaros. La verdad es que es genial teneros aquí. Y no quiero ser sensiblero, pero me alegro de que os hayáis reencontrado.

Cuando John habla sobre mí y mi padre, detecto cierto anhelo en su voz. Me pregunto si estará pensando en que, de haber ido las cosas de otro modo, tal vez habríamos podido mantener esta misma conversación en Paradise, mientras mi padre y Henri se divertían con la tecnología.

Papá le estrecha de nuevo la mano a John, al tiempo que le da una palmadita en el brazo.

—Estamos muy contentos de haberte encontrado, John. Sé que ha sido muy difícil para todos vosotros, pero no estáis solos. Ya no.

CAPÍTULO DIECISÉIS



REALMENTE MARINA SE HA EXCEDIDO CON LA CENA. HAY bandejas repletas de arroz y judías, tortillas recién hechas, boles de gazpacho bien frío, una receta de berenjena caramelizada y como una docena más de platos españoles que ni siquiera sé cómo se llaman. Me había olvidado de lo buena que es la comida casera, así que me lo zampo todo e incluso vuelvo a por más.

Estamos todos sentados bajo la araña de cristal del salón de banquetes del comedor de Nueve. John se encuentra en un extremo de la mesa; mi padre, en el otro, y los demás, en medio. Yo me he acomodado entre papá y Nueve.

—Esto es una locura —masculla Nueve, metiéndose un trozo de tortilla en la boca—. Nunca había tenido a tanta gente sentada a esta mesa.

Todo el mundo está relajado, charlando y pasándoselo bien. Cinco come mucho, pero no dice demasiado. Ella, que está sentada a su lado, picotea su comida; parece cansada, pero sonríe e incluso suelta alguna que otra carcajada cuando alguien cuenta un chiste. Tengo a Seis justo delante de mí. Trato de controlarme y no mirarla demasiado. Cuando hemos terminado de comer, John se levanta y reclama la atención de todo el mundo. Le dirige a Sarah una mirada y ella le devuelve una sonrisa alentadora. John se aclara la garganta. No cabe

duda de que le ha dado muchas vueltas a lo que está a punto de decirnos.

—Es realmente increíble que estemos aquí todos juntos. Hemos venido de muy lejos y hemos pasado por mucho. Estar aquí... me da esperanzas, me hace pensar que podemos llegar a ganar esta guerra.

Nueve suelta un fuerte «hurra» que hace reír a todo el mundo e incluso transfigura por unos momentos la expresión seria que ha acompañado el rostro de John durante su discurso. Cinco mira a todo el mundo con una sonrisa discreta en la cara, como si empezara a sentirse más a gusto.

—Algunos de nosotros acabamos de conocernos —prosigue John—. Así que he pensado que podría ayudar que nos sentáramos alrededor de una mesa y nos contáramos nuestras historias.

—Un tema para mondar —murmura Seis.

Pero John está decidido.

—Ya sé que algunas de las historias (vale, probablemente todas) no son muy alegres. Pero creo que es importante que recordemos cómo llegamos hasta aquí y contra qué estamos luchando.

Le echo una ojeada a Cinco y me doy cuenta de lo que pretende John. Espera que, al oír la trayectoria de los demás, el miembro más reciente de la Guardia empiece a abrirse un poco.

—Como recién llegado, la verdad es que me gustaría conocer todo por lo que habéis pasado —reconoce mi padre.

—Sí —interviene Cinco, sorprendiéndonos a todos—. A mí también.

—Vale —dice John—. Empezaré yo.

John se pone a contar una historia que me resulta más que familiar. Empieza con su llegada a Paradise, después de haber pasado años en la carretera. Habla de cuando nos conoció a Sarah y a mí, y de que cada vez le resultó más difícil mantener sus legados en secreto.

John concluye su relato con la batalla que tuvo lugar en nuestro instituto, la oportuna llegada de Seis y la muerte de Henri. Después de eso, nos quedamos todos en silencio, sin saber muy bien qué decir.

—Oh, mierda —murmura Nueve—. Casi me olvido.

Mete la mano debajo de la silla y extrae una botella de champán bien fría de un cubo lleno de hielo. Le lanzo una mirada rápida a mi padre, pero no parece que esté de humor para hacer el papel de adulto responsable: simplemente se limita a levantar su copa. Nueve no tarda en pasarse alrededor de la mesa, sirviendo champán a todo el mundo. Incluso Ella tomará un poco.

—¿De dónde ha salido eso? —pregunta Ocho.

—De mi reserva secreta. No te preocupes. —En cuanto acaba de servir a todo el mundo, Nueve levanta su copa y dice—: Por Henri.

Todos lo imitan. John mantiene la compostura, pero está claro que el gesto de Nueve lo ha conmovido. Baja la mirada e inclina ligeramente la cabeza para

darle las gracias. Vaya, Nueve me ha sorprendido incluso a mí: entre esto y la pequeña charla que hemos mantenido antes, en la entrada, tal vez deba ascenderlo de chulo integral a cretino a secas.

—Quizá deberíais haber reclutado a todo el pueblo de Paradise para que luchase por nosotros —sugiere Cinco—. Parece un lugar amistoso con los extraterrestres.

—Deberíamos adornar el coche con una pegatina que dijera: «El primero de mi clase luchó contra los alienígenas en el instituto de Paradise».

—Ahora me toca a mí —dice Seis.

Cuenta su historia deprisa. Empieza con su captura con Katarina, luego prosigue con su encarcelamiento y enseguida pasa a su huida.

—Por Katarina.

Esta vez es John quien dirige el brindis. Todos levantamos nuestras copas de nuevo y bebemos en honor de la difunta cêpan de Seis.

—Y por eso no te dedicas a colgar mierdas en Internet —comenta Nueve, haciendo referencia a la historia de Seis, pero mirando a Cinco con aire burlón.

El último miembro de la Guardia le devuelve la mirada sin hablar.

—Vosotros dos teníais una relación bastante cercana con vuestros cêpan —observa Marina—. Mi historia es un poco diferente.

Marina nos cuenta que creció en España y que Adelina, su cêpan, prácticamente no le hizo ningún caso y no se preocupó de que tuviera ni el entrenamiento ni los conocimientos que recibieron los otros miembros de la Guardia. Me choca un poco que un lórico se comportara así. Nunca se me había ocurrido que pudieran eludir sus responsabilidades. Tal vez sea una historia amarga, pero, tal como la cuenta Marina, resulta sobre todo triste. Detecto más calidez en su voz cuando nos habla de Héctor, el humano que la tomó bajo su protección. Es extraño, pero la historia casi tiene un final feliz: Adelina acaba aceptando sus obligaciones, aunque el precio sea la muerte. Ya sé que eso no sería precisamente el modelo de felicidad, pero, tal como Marina lo relata, al menos parece heroico.

Ocho levanta su copa y dice:

—Por Héctor y Adelina.

El siguiente es Nueve. Al parecer, fue culpa suya que todo fuera mal en su vida. Se enamoró de una muchacha humana que trabajaba secretamente para los mogadorianos y que acabó tendiéndoles a él y a su cêpan una trampa. Nueve relata por encima lo que les pasó en cuanto los capturaron. Después de haber vivido en mi propia piel las aberraciones que ocurrieron en Virginia Occidental, no me sorprende en absoluto la mirada sombría que veo en sus ojos al fin de su relato.

—Por Sandor —dice John.

—Por Sandor y su champán —añade Ocho, arrancándole así a Nueve una

sonrisa.

—Supongo que tú has tenido suerte —le dice Cinco a John, lanzando su pulgar hacia Sarah—. También podría haber sido una espía de los mogos.

—Eh —repite Sarah—. No tiene gracia.

—La obligaron —gruñó Nueve, refiriéndose a la chica de la que se enamoró—. Ningún humano en su sano juicio trabajaría voluntariamente para esos hijos de puta.

—Excepto el Gobierno que... —digo, recordando a los agentes que me llevaron de Virginia Occidental a Dulce.

Nueve se vuelve hacia mí y me dice:

—Bueno, ningún humano que trabaje con esos monstruos albinos de las cenizas puede estar bien de la cabeza.

—O tal vez no lo hagan por voluntad propia —sugiere John—. Quiero creer que, si supieran la verdad, la mayoría de los humanos estarían de nuestra parte.

—Yo solía desconfiar de los humanos —confiesa Ocho—. A Reynolds, mi cêpan, lo traicionó una mujer de la que se enamoró. Me costó un tiempo superarlo, pero al final terminé creyendo en la bondad inherente de la humanidad.

Ocho prosigue contándonos cómo aprendió a controlar sus legados y diciéndonos que al final acabó contactando con las gentes del pueblo, que le creían la reencarnación del dios hindú Visnú. A pesar de que los mogadorianos conocían su localización, no fueron capaces de atraparlo, porque tenía la protección de todo un ejército humano.

Cinco estudia a Ocho, asintiendo con la cabeza, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo nuevo y asombroso.

—Eso es genial —dice—. Los engañaste, les hiciste creer que eras uno de sus dioses.

—Yo no pretendía engañarlos —salta Ocho, con actitud defensiva—. Solo me arrepiento de no haber sido más sincero.

—No tenías por qué —prosigue Cinco—. Quiero decir que es genial poder hacerse amigo de los humanos, como le ha ocurrido a John con Sarah, pero, si eso no es posible, mejor tenerlos luchando por ti que intrigando contra ti, ¿no? —Y, mirando a Nueve, añade—: Es preferible tener el control que andar persiguiendo ciegamente a las chicas humanas de por ahí.

Nueve se echa hacia delante, como si estuviera a punto de saltar de la silla, y le espeta:

—¿Se puede saber qué estás tratando de decir?

—Hemos cometido errores —interviene John, prudente—, pero tenemos que recordar que los humanos combaten el mismo enemigo que nosotros, aunque no todos se hayan dado cuenta de ello. No podemos lidiar solos esta batalla.

—Por la humanidad —digo, bromeando, con la copa en alto.

Todos me miran y yo bajo mi copa, algo mareado.

Se respira la tensión durante unos instantes. Nueve aún sigue sin apartar la mirada de Cinco. Entonces Ella levanta la mano y dice:

—Me gustaría compartir mi historia con vosotros.

Su relato no tiene nada que ver con ninguno de los que he oído. No la enviaron a la Tierra con los demás miembros de la Guardia; su padre, un tipo rico y más bien raro, la metió en una nave espacial junto con el mayordomo de la familia y un montón de quimeras. Al mirar a los demás, me doy cuenta de que muchos de los guardianes no estaban al corriente de esa historia. John parece especialmente desconcertado, y Seis escucha, toda oídos.

—Oh, Ella —suspira John—. ¿Cuándo te has enterado de esto?

—Ayer —responde ella con total naturalidad—. Estaba en la carta de Crayton.

—Por Crayton. Un gran cêpan —dice Marina levantando la copa.

Todos la imitan. Ella se queda en silencio: no cabe duda de que ese Crayton significó mucho para ella.

—Piensa un momento —cavila Cinco—. Si nuestra nave no hubiese llegado a la Tierra, tendrías que haber salvado el planeta tú sola.

Ella abre los ojos como platos.

—No había pensado en eso.

—Lo habrías conseguido —opina Nueve con una sonrisa.

—Bueno... —dice John mirando a Cinco—. Todos hemos contado cómo llegamos hasta aquí. Te toca: ¿cómo te las apañaste para mantenerte oculto durante tanto tiempo?

—Sí, tío —interviene Ocho—. Escúpelo.

Cinco se encoge en la silla. Por un momento, creo que se limitará a quedarse ahí, en silencio, esperando que todos se olviden de él, como si fuera uno de esos niños que se esconden al fondo de la clase. Es un experto interrumpiendo los relatos de los demás con sus comentarios incisivos, pero se muestra más que reacio cuando le llega el momento de contar su propia historia.

—No es, bueno..., emocionante como vuestras historias —empieza a decir Cinco al cabo de unos instantes—. No hicimos nada especial para ocultarnos. Supongo que simplemente tuvimos suerte. Encontramos lugares en los que los mogadorianos no vinieron a buscarnos.

—¿Exactamente dónde estuvisteis? —pregunta John.

—En islas —responde Cinco—. Islas pequeñas en las que a nadie se le ocurriría mirar. Algunas ni siquiera aparecen en los mapas. Fuimos de una isla a otra, del mismo modo que vosotros os trasladasteis de pueblo en pueblo. Cada pocos meses íbamos a alguno de los lugares más poblados (a veces a Jamaica o a Puerto Rico) e intercambiábamos nuestras gemas por provisiones. El resto del tiempo estábamos solos.

—¿Qué le ocurrió a tu cêpan? —pregunta Marina, suavemente.

—Oh, supongo que esta es la parte que tenemos en común: murió. Se llamaba Albert.

—¿Mogadorianos? —pregunta Nueve, con dureza en la voz.

—No, no, no fue así —responde Cinco, titubeante—. No hubo ninguna gran batalla ni tampoco un valiente sacrificio. Simplemente enfermó y, al cabo de un tiempo, murió. Creo que era mayor que vuestros cêpan, a juzgar por cómo los habéis descrito. Podría haber sido mi abuelo. Me parece que no lo benefició el viaje hasta la Tierra. Siempre estaba enfermo. Supongo que los climas cálidos lo ayudaban. Estábamos en una isla muy pequeña, al sur del Caribe, cuando se puso tan mal. No sabía cómo ayudarlo...

Cinco se detiene. Los demás nos quedamos en silencio, dejando que se tome su tiempo.

—No... No me dejó que fuera a buscar a un médico. Creía que, si lo examinaban, tal vez encontrarían algo que podría poner sobre aviso a los mogadorianos. Yo ni siquiera había llegado a ver a ninguno. Casi me parecían una invención. —Cinco se ríe con amargura, como si estuviera enfadado consigo mismo—. Durante un tiempo, incluso me convencí a mí mismo de que Albert era un loco que me había secuestrado. Que me había hecho esas cicatrices en las piernas mientras dormía.

Trato de imaginarme cómo debe de haber sido la vida para ese chico, relacionándose únicamente con un hombre viejo y enfermo. Empiezo a comprender que se comporte de manera tan extraña con nosotros.

—No empecé a creer a Albert hasta que se manifestó mi capacidad telequinésica. Y eso ocurrió cuando se puso realmente enfermo. En su lecho de muerte, me hizo prometerle que cuando todos mis legados se hubieran desarrollado por completo, trataría de encontrarlos. Hasta entonces, me dijo que siguiera ocultándome.

—Hiciste un buen trabajo —opina Seis.

—Siento lo de Albert —añade Ella.

—Gracias —dice Cinco—. Era un buen hombre, y me hubiera gustado escucharlo más. Después de que se fuera, seguí mecánicamente con la vida que habíamos llevado hasta entonces. Fui saltando de una isla a otra, manteniéndome siempre alejado de los demás. Supongo que me sentí... solo. Los días pasaron como en una nebulosa. Al final, mis otros legados se desarrollaron, y me vine a América con la esperanza de encontrarlos.

—¿Qué le ocurrió a tu Cofre? —pregunta John.

—Ah, sí, eso —repite Cinco, visiblemente nervioso. Y prosigue, rascándose la cabeza—. Viajé sobre todo en barco. Albert me había enseñado a encontrar el tipo de embarcaciones que levantaban menos sospechas. Cuando llegué a Florida, había mucha más gente de la que estaba acostumbrado. Un niño solo cargado

con ese dichoso Cofre... Sentí que la gente me miraba. Como si hubiera encontrado un tesoro escondido en alguna de las islas, o algo así. Tal vez estuviera paranoico, pero tenía la sensación de que todo el mundo quería robármelo.

—Y ¿qué hiciste con él? —Le presiona John.

—No me pareció muy buena idea ir a todos lados con ese Cofre. Encontré un lugar apartado en los Everglades y lo enterré allí. —Cinco nos mira a todos—. ¿Fue una mala idea?

—Yo enterré el mío más o menos por la misma razón —responde Seis—. Y cuando volví a por él, alguien se lo había llevado.

—Oh —balbucea Cinco—. Mierda.

—Si eres tan bueno escondiendo cofres como ocultándote, seguro que aún estará allí —asegura Ocho con optimismo.

—Tendremos que ir a buscarlo cuanto antes mejor —dice John.

—Sí, por supuesto —responde Cinco, asintiendo, efusivo—. Recuerdo exactamente dónde lo puse.

—Los cofres son imprescindibles —suelta mi padre, y entonces se pellizca el puente de la nariz, un gesto que he notado que hace cuando se esfuerza por recordar algo—. Cada uno de los cofres contiene algo... No sé exactamente qué ni cómo funciona..., pero en esos cofres hay cosas que os servirán para entrar en contacto con Lorien en cuanto llegue el momento.

Todos lo miramos, extasiados.

—¿Cómo sabe eso? —pregunta John.

—Lo... lo acabo de recordar —responde mi padre.

Nueve me mira a mí, y luego vuelve a centrarse en papá.

—¿Cómo?

—Supongo que ha llegado el momento de contaros mi historia —dice, contemplando sus rostros expectantes—. Debo advertiros de que hay lagunas en mi memoria. Los mogadorianos me hicieron algo. Trataron de arrancar de mi cerebro todo lo que sabía. Ahora los recuerdos van volviendo poco a poco, en pedacitos. Os diré todo lo que pueda.

—Pero ¿cómo descubriste eso de los cofres? —pregunta Ocho—. Nosotros ni siquiera entendemos lo que contienen.

Mi padre hace una pausa y mira uno a uno a todos los miembros del grupo.

—Lo sé porque me lo dijo Pittacus Lore.

CAPÍTULO DIECISIETE



PODRÍA OÍRSE CAER UN ALFILER.

John es el primero en hablar.

—¿Cómo te lo dijo? ¿Qué quieres decir? —le pregunta a mi padre.

—Me lo dijo en persona.

—¿Estás diciendo que conociste a Pittacus Lore? —exclama un escéptico Nueve.

—¿Cómo es posible? —interviene Marina.

—En tu estudio encontramos un esqueleto que llevaba un colgante lórico... — John traga saliva y añade—: ¿Era él?

Mi padre baja la mirada.

—Me temo que sí. Cuando llegó, sus heridas eran tan graves que ya no pudimos hacer nada.

Y entonces se produce una lluvia de preguntas.

—¿Qué te dijo?

—¿Cómo llegó a la Tierra?

—¿Por qué te eligió a ti?

—¿Sabías que Johnny se cree que es Pittacus resucitado?

Mi padre intenta calmar los ánimos con las manos, tal como haría un director de orquesta para silenciar a los músicos. Parece entusiasmado de que le hagan tantas preguntas, pero, al mismo tiempo, le cuesta recordar las respuestas.

—No sé por qué se me eligió entre toda la población de la Tierra —explica mi padre—. Yo era astrónomo. Mi área de interés era el espacio... Más concretamente, establecer contacto con formas de vida alienígenas. Creía que en la Tierra había indicios de la presencia de extraterrestres, cosa que no me hacía precisamente popular entre algunos de mis colegas menos imaginativos.

—Pero tenías razón —dice Ocho—. La loralita está aquí. Y las pinturas que encontramos en esa cueva de la India.

—Exacto —prosigue mi padre—. La mayoría de mis colegas de la comunidad científica me tildaron de loco. Supongo que debí de parecerlo, proclamando a voces la presencia de visitantes extraterrestres. —Mira a todos los presentes y concluye—: Pero el caso es que estáis aquí.

—Gracias por el currículum —lo interrumpe Nueve—, pero ¿podríamos ir directamente a la parte de Pittacus Lore?

Mi padre sonríe.

—Empecé a mandar mensajes al espacio desde mi laboratorio, empleando ondas de radio. Creía que tenía algo. Lo hacía en mi tiempo libre. Me..., bueno, me despidieron de mi puesto en la universidad.

—Eso lo recuerdo vagamente —digo—. Mamá se enfadó mucho.

—No sé qué esperaba conseguir con esos experimentos. Desde luego, una respuesta. Tal vez señales de música alienígena o imágenes de una extraña galaxia. —Mi padre resopló y sacudió la cabeza al pensar en lo poco preparado que estaba—. Conseguí más de lo que esperaba. Una noche, un hombre apareció en mi puerta. Estaba herido y parecía extraviado: al principio, lo tomé por un chiflado o un vagabundo. Y entonces, justo delante de mis ojos, creció.

—¿Se hizo más alto? —pregunta Seis, levantando las cejas.

Mi padre se ríe.

—En efecto. Ahora, después de todo lo que he vivido, no me parece gran cosa, pero era la primera vez que veía un legado en acción. Me gustaría poder decir que hice gala de la debida curiosidad científica, pero la verdad es que me eché a gritar.

Asiento con la cabeza: típico de los Goode, por lo que parece.

—Un miembro de la Guardia en la Tierra —suspira Marina—. ¿Quién era?

—Me dijo que se llamaba Pittacus Lore.

Nueve se burla y, mirándome a mí, exclama:

—¡Todo el mundo se cree Pittacus!

—¿Estás diciendo que conociste a uno de los Ancianos? —pregunta John, sin hacerle caso a Nueve—. ¿O a alguien que decía ser uno de ellos?

—¿Qué aspecto tenía? ¿Qué dijo? —pregunta Ella.

—En primer lugar, me contó que esas heridas se las había hecho una raza alienígena hostil que no tardaría en llegar a la Tierra. También me aseguró que no sobreviviría a esa noche y... estaba en lo cierto. —Mi padre cierra los ojos, tratando de hacer funcionar su cerebro—. Pittacus me desveló más cosas en ese corto tiempo que le quedaba de vida, pero me temo que los detalles están borrosos. Me pidió que preparara a un grupo de humanos para que os recibiera, para que ayudara a vuestros cêpan a huir, para aconsejarlos. Yo era el primero de los anfitriones.

—¿Qué más te dijo? —lo instiga John, echándose hacia delante con impaciencia.

—Una de las cosas que recuerdo es lo que dijo sobre vuestros cofres. Las herencias. Me contó que cada uno contendría algo (creo que lo llamó Piedras Fénix) procedente del corazón de Lorien. A pesar de que lo llamó «piedras», no creo que debamos tomárnoslo literalmente. Las Piedras Fénix podían presentarse en cualquier forma. Y, una vez devueltas a vuestro planeta, deberían ayudar a recuperar el ecosistema. Creo que estáis en posesión de las herramientas para devolver vuestro mundo a la vida.

Marina y Ocho se miran, emocionados, quizá pensando en el Lorien exuberante del que John no para nunca de hablar.

—Pero ¿y qué pasa con los cofres que ya hemos perdido? —pregunta Seis—. Creía que su contenido quedaba destruido cuando el miembro de la Guardia a quien pertenecían moría.

Mi padre sacude la cabeza.

—Lo siento, no tengo respuesta para eso. Solo espero que las herencias que quedan sean suficientes.

—Muy bien, eso de recuperar Lorien es genial y todo eso —dice Nueve—, pero aún no he oído nada que pueda ayudarnos a acabar con los mogadorianos, a proteger la Tierra.

—Mi cêpan me dijo que cada uno de nosotros heredaría los legados de un Anciano —explica Ocho—. Yo siempre he pensado que era Pittacus, pero... —Mira a John y se encoge de hombros; entonces añade—: ¿Te dijo algo de eso?

—No —responde mi padre—. Al menos, no que yo recuerde. Tal vez cuando tu cêpan te dijo que heredarías los legados de un Anciano, no lo decía en sentido literal. Puede que fuera una metáfora acerca de los papeles que acabaréis desempeñando en la sociedad del nuevo Lorien. No puede ser tan simple como que os convirtáis en los Ancianos, porque ya habéis perdido a tres de los miembros. Y la presencia de Ella aquí parece indicar que las cosas no cuadran tan bien.

—Así que estamos tan a oscuras como antes —concluye Seis, secamente. Luego me mira y añade—: Aunque admito que la historia es interesante.

—Un momento —interviene John, dándole vueltas todavía a lo que ha dicho

mi padre—. No cabe duda de que al menos parte de la información puede sernos útil. Los cofres, por ejemplo. Tenemos que hacer un inventario, ver si podemos averiguar cuál de los objetos que contienen son esas Piedras Fénix o como se llamen.

—Probablemente todo lo que no sirva para acuchillar, disparar o hacer volar algo por los aires —sugiere Nueve.

—Trataré de ayudaros a descubrirlo, si puedo —se ofrece mi padre—. Tal vez ver el contenido de los cofres me ayude a recuperar algunos recuerdos.

—¿Qué les pasó a los otros anfitriones? —pregunta Cinco—. ¿Aún siguen con vida?

La expresión de mi padre se ensombrece. Ahora llegamos a la parte de la historia que conozco. Y muy pronto abordará el capítulo «Un mogadoriano bueno nos salvó de la muerte». Mi padre todavía no ha perdido la esperanza con Adam; de hecho, ha tratado de llamarlo de nuevo justo antes de la cena. Pero hace ya tanto tiempo que no se ha puesto en contacto con nosotros que estoy empezando a pensar que no logró escapar. Además, ya esté vivo o muerto, no sé muy bien cómo se tomarán los miembros de la Guardia su existencia y nuestro vínculo con él.

—Yo mismo reunía a los anfitriones. Eran gente en la que podía confiar (científicos de ideas afines a las mías que trabajaban al margen de lo establecido). Pero no puedo recordar sus rostros ni tampoco sus nombres. Los mogadorianos se ocuparon de que así fuera.

Mi padre coge una copa de champán con mano temblorosa y toma un sorbo. Hace una mueca, como si no le hubiera ayudado a aliviar el dolor de sus recuerdos. O de la ausencia de ellos.

—Todos éramos conscientes de los riesgos —prosigue, al rato—. Los asumimos felizmente. Nos parecía una gran oportunidad formar parte de algo tan asombroso. Y sigo creyendo que lo era —dice con una nota de orgullo, mirando a todos los miembros de la Guardia allí presentes—. Los mogadorianos no solo iban detrás de vosotros: también nos perseguían a nosotros. Obviamente les resultaba más fácil encontrarlos, porque llevábamos toda la vida viviendo en la Tierra, ¿sabéis? Teníamos familias. Nos fueron localizando uno a uno. Nos conectaron a máquinas, trataron de arrebatarnos nuestros recuerdos en busca de algo que pudiera ayudarlos a encontrarlos. Por eso tengo tantas cosas en una nebulosa. No sé si el daño que me hicieron podrá repararse nunca.

Ella le lanza una mirada a Marina, y luego a John.

—¿Podría curarlo? —les pregunta.

—Podemos intentarlo —responde Marina, estudiando a mi padre—. La verdad es que nunca he tratado de curar la mente de nadie.

Mi padre se pasa la mano por la barba, frunciendo el ceño.

—Fui el único que sobrevivió. He perdido años con esos bastardos. —Y,

mirándome a mí, añade—: Esta pienso devolvérsela.

—¿Cómo lograste escapar? —pregunta John.

—Alguien me ayudó. Los mogadorianos me tuvieron años sedado, en un estado catatónico, y solo me despertaban cuando tenían que hacerme alguno de sus experimentos mentales. Al final, no obstante, un chico me liberó.

—¿Un chico? —pregunta Marina, levantando las cejas.

—No lo entiendo —confiesa Ocho—. ¿Quién podría apañárselas para colarse en una base mogadoriana? ¿Era uno de los agentes del Gobierno? Y ¿por qué te ayudó?

Antes de que mi padre pueda responder, Cinco interviene. A juzgar por el modo como escruta a mi padre, ya se ha hecho una composición de toda la historia.

—No era humano, ¿verdad?

Mi padre mira primero a Cinco, luego a John y, finalmente, a mí.

—Se hacía llamar Adam, pero su auténtico nombre era Adamus. Era mogadoriano.

—¿Te ayudó un mogadoriano? —pregunta Marina casi en un susurro, mientras los demás contemplan a mi padre en silencio, estupefactos.

Nueve se pone en pie de repente y, mirando a John, le espeta:

—Tío, esto lleva el nombre de trampa escrito por todas partes. Tenemos que cerrar este sitio a cal y canto.

John levanta la mano, tratando de calmarlo. Todos los demás han seguido sentados, lo cual es un alivio. A pesar de ello, se miran unos a otros con una expresión de angustia en el rostro. Pondría la mano en el fuego por los miembros de la Guardia, pero, de pronto, me da miedo que no confíen en mi padre.

—Tranquilo —le dice John a Nueve—. Necesitamos conocer toda la historia. Malcolm, lo que acabas de contarnos es una locura.

—Lo sé, créeme —responde mi padre—. Hay dos tipos de mogadorianos, de eso sí me acuerdo. Algunos son hijos de la ingeniería genética: los llaman « los probetas ». Creo que son como los soldados desechables con los que os habéis encontrado tan a menudo, esos bichos horribles que nunca podrían pasar por humanos. Han sido creados solo para matar. Y luego están aquellos a los que llaman « los auténticos ». Son la clase dirigente. Adam era uno de ellos: era hijo de un general mogadoriano.

—Interesante —dice Ocho—. Nunca me había preguntado cómo funciona su sociedad.

—Y ¿a quién le importa eso? —gruñe Nueve. Sigue de pie, con las manos en el respaldo de la silla, como si estuviera a punto de arrojársela a alguien—. Vayamos a la parte que demuestra que esto no es una especie de ardid mogadoriano.

—Experimentaban con Adam empleando las mismas máquinas que habían

usado con mi memoria —prosigue mi padre, nada afectado por la creciente tensión—. Tenían el cuerpo de uno de los miembros de la Guardia (creo que Número Uno) y trataban de descargar todos sus recuerdos en Adam, con la esperanza de que eso los ayudase a encontrarlos a los demás.

—Su cuerpo —murmura Marina—. Es horrible.

Mi padre asiente con la cabeza.

—No funcionó tal como los mogos esperaban. Después de estar expuesto a los recuerdos de Uno, Adam empezó a albergar dudas acerca de su gente. Y se rebeló. En el proceso, me ayudó a escapar y a encontrar a Sam.

Nueve sacude la cabeza e insiste:

—Es justo la típica mierda de doble agente que tanto les gusta.

—¿Conociste a ese chico mogadoriano? —me pregunta Seis.

Ahora todos me escrutan con la mirada con el mismo detenimiento con que acaban de hacerlo con mi padre. Me aclaro la garganta. La verdad es que me siento incómodo.

—Sí —respondo—. Estaba en la base Dulce. Se enfrentó a un escuadrón de mogos mientras mi padre y yo escapábamos.

Papá frunce el ceño y baja la mirada.

—Me temo que no sobrevivió a la batalla.

—Bueno, eso sería un alivio —refunfuña Nueve, por fin tomando asiento de nuevo.

—Hay otra cosa... —confieso mirando dubitativo a mi padre, mientras me pregunto exactamente cómo debería exponer esta siguiente revelación.

—¿Qué ocurre, Sam? —pregunta John.

—Durante la batalla, él... hizo temblar el suelo. Es como si tuviera un legado.

—¡Y una mierda! —rugió Nueve.

—Es verdad —confirma mi padre—. Me había olvidado de eso. Algo le ocurrió durante el experimento.

Ella interviene con una sombra de miedo en la voz.

—¿Es eso cierto? ¿Pueden robarnos nuestros poderes?

—No creo que robara el legado —aclaro mi padre—. Me dijo que era un regalo de los lóricos.

Ocho mira alrededor y pregunta a sus compañeros:

—¿Recordáis haberle hecho algún regalo a un mogadoriano?

John se cruza de brazos.

—No parece que eso sea posible.

—Siento que estas noticias os inquieten —dice mi padre—. He querido contaroslo todo, incluso los detalles desagradables.

—¿Tan malo es? —pregunta Marina—. Quiero decir que, si uno de los mogadorianos es capaz de comprender que están actuando mal, tal vez los demás...

—¿Ahora quieres esperar que sean comprensivos? —le espeta Nueve, y Marina se muerde la lengua.

Y entonces, de repente, se me ocurre algo. Tal vez porque hemos estado hablando largo y tendido del modo en que los miembros de la Guardia desarrollaron sus legados, tal vez porque mi padre ha desvelado nuevos detalles acerca de su mundo natal.

—Vuestros legados proceden de Lorien, ¿verdad? —pregunto.

—Eso es lo que me dijo Henri —responde John.

—Y también Katarina —añade Seis.

—Entonces, si es así, no parece algo que pueda arrebatarse mediante un poco de tecnología mogadoriana. Quiero decir que, si pudieran hacer eso, a estas alturas habrían robado más poderes de Lorien, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —pregunta John, levantando las cejas.

—Bueno, supongo que digo que... ¿Y si Adam heredó ese legado porque Uno lo quiso?

Nueve resopla con aire burlón a mi derecha, mientras, a mi izquierda, mi padre hace un ruido cortés con la garganta.

—Interesante historia —dice, acariciándose la barbilla.

—Sí, claro —protesta Nueve inclinándose hacia delante para mirar a mi padre más de cerca—. ¿Estás seguro de que esto no es algún tipo rebuscado de trampa mogadoriana? ¿Estás seguro de que no os han seguido?

—Completamente —responde mi padre con autoridad.

Cinco se ríe desde el otro extremo de la mesa. Ha estado en silencio durante casi toda la discusión acerca de Adam, y ahora nos mira a todos sin dar crédito.

—Perdonad, pero la mitad de las historias que acabáis de contarme tenían que ver con humanos que os traicionaban y se ponían al lado de los mogadorianos. —Extiende la mano hacia nosotros y añade—: Estos dos, de hecho, han estado en contacto con los mogos hasta hace solo unas semanas. Y ¿vais a confiar en ellos?

John no duda ni un momento.

—Sí —asegura, mirando a Cinco directamente a los ojos—. Confío en ellos totalmente. Y si ese desertor mogadoriano está vivo, lo vamos a encontrar.

CAPÍTULO DIECIOCHO



ESTA NOCHE NO HE PODIDO PEGAR OJO. Y DEBERÍA HABER dormido como un bebé en ese fantástico sofá del salón de revista de Nueve. Hay una distancia abismal entre eso y las camas de motel duras y decrépitas a las que mi padre y yo estamos acostumbrados, por no hablar de los magníficos aposentos con que me agasajó Setrákus Ra.

Tengo demasiado en lo que pensar. Por fin me he reunido con los miembros de la Guardia y con mi padre, y ya estoy listo para empezar la lucha contra los mogadorianos, pero me siento intranquilo. Intranquilo por lo que pueda depararnos el futuro. Intranquilo ante la posibilidad de no encajar entre los lóricos.

Me pregunto cómo estará durmiendo papá. Parecía exhausto después de la cena: responder las preguntas de los guardianes con su memoria fracturada sin duda supuso un esfuerzo adicional para él.

Tal vez solo me sienta algo raro después de conocer a tantos nuevos miembros de la Guardia. En su momento, dispuse de tiempo suficiente para forjar amistad con John y Seis, y acostumbrarme a todo el rollo alienígena. Pero estar con los demás en cierto modo me ha desestabilizado. Me veo capaz de

manejar las bravatas de Nueve, y Marina y Ella parecen bastante normales. Pero luego está Ocho, con esa historia acerca de engañar a los humanos para que lucharan por él. Y Cinco... Bueno, supongo que nadie ha acabado de entender de qué va. A veces, parece la persona socialmente más inepta del mundo, y otras se rie de forma astuta de los demás.

¿Cuál va a ser mi papel en ese grupo? ¿El colega del instituto de John y su valiente secuaz? Me gustaría que mi contribución fuera algo más allá. Pero no estoy seguro de que pueda conseguirlo.

Un poco sí debo de haber dormido, dando vueltas y revolviéndome en el sofá. Las recargadas manecillas del reloj de pie del rincón, una pieza antigua y sin duda escandalosamente cara, marcan que es realmente temprano. Debería levantarme y hacer algo: no puedo dejar de mover las manos nervioso. ¿Y si voy a la sala de entrenamiento y empiezo el trabajo del que mi padre quería encargarse? No puedo reconstruir un ordenador central ni nada por el estilo, pero estoy bastante seguro de que seré capaz de conectar algunos de los cables cortados.

Avanzo por el ático envuelto en un silencio espeluznante. En cuanto el suelo de madera del pasillo chirría bajo mis pies, se abre la puerta de la habitación de Cinco. La verdad es que me llevo un buen susto. Aún está vestido, cosa que me extraña. Es como si hubiera estado agazapado tras la puerta, esperando saltar ante la primera señal de problemas. Una de sus manos se mueve con gesto nervioso, jugueteando con un par de bolas del tamaño de una canica.

—Hola —susurro—. No pasa nada, soy yo. Siento haberte despertado.

—¿Qué haces levantado? —me responde con actitud sospechosa, también susurrando.

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondo.

Cinco deja escapar un suspiro y parece recular un poco, como si quisiera evitar una confrontación.

—Sí, lo siento. No podía dormir. Este lugar me intranquiliza. Es demasiado grande. —Hace una pausa y se frota el rostro, como si estuviera abochornado—. Desde lo de Arkansas no puedo dejar de pensar que uno de esos monstruos aparecerá en cualquier momento y me atacará.

—Ya, conozco esa sensación. No te preocupes. Creo que aquí estamos a salvo. —Me dispongo a proseguir mi camino pasillo abajo, pero antes le propongo—: Me voy a trabajar en la sala de entrenamientos. ¿Quieres venir?

Cinco sacude la cabeza y me dice:

—No, gracias. —Empieza a cerrar la puerta de su habitación y de pronto se detiene—. Sabes, la verdad es que no creo que tú y tu padre seáis espías mogadorianos ni nada de eso. En la cena solo estaba haciendo..., bueno, de abogado del diablo.

—Ah. Gracias.

—Quiero decir que, si yo fuera mogadoriano y tuviera que encargarme de reclutar a espías, elegiría a humanos que parecieran más duros de pelar, ¿entiendes?

—Ya —le respondo, cruzándome de brazos—. No sabes cuándo conviene dejar de hablar a la hora de disculparte, ¿verdad?

—Vaya, lo siento. Ha sonado muy mal —responde Cinco, llevándose los nudillos a la frente—. No tengo muchas habilidades sociales. ¿Crees que los demás lo habrán notado?

—Bueno...

Cinco sonríe.

—Era broma, Sam. ¡Por supuesto que lo han notado! Sé perfectamente que soy un capullo rematado. Tal como has dicho, a veces no sé mantener la boca cerrada.

—Si se han acostumbrado a Nueve, podrán acostumbrarse a ti también —le aseguro.

—Ya... Supongo que eso es, bueno, tranquilizador —suspira Cinco—. Buenas noches, Sam. No hagas ningún plan diabólico en la sala de entreno.

Cinco cierra la puerta. Yo me quedo de pie en el pasillo, escuchando el crujir de sus pasos en su habitación. Está claro que es un poco irritante, pero entiendo muy bien que se sienta algo angustiado en compañía de los demás miembros de la Guardia. A mí me ocurre lo mismo.

Me sorprendo al ver que las luces de la sala de entrenamiento están encendidas. Sarah está ahí de pie, en la zona de tiro. Lleva una camiseta sin mangas y unos pantalones de chándal. Además tiene una ballesta en las manos y está lista para disparar. Es una de las visiones más extrañas que he tenido jamás.

—¿Puedo hacerte una foto para el anuario? —le pregunto.

Mi voz resuena en ese espacio vacío.

Sarah da un respingo, y la flecha pasa zumbando sin tocar el perfil mogadoriano que está colgado al fondo de la habitación. Sarah se vuelve con una sonrisa en los labios, blandiendo la ballesta y apretando los dientes con aire amenazador. Disparo la foto con una cámara imaginaria.

—Los niños de Paradise no se lo van a creer —digo—. Pero eres la favorita para el premio a la Mutilada más probable.

Sarah se ríe.

—Dios, qué lejos quedan ahora las reuniones de los anuarios, ¿verdad?

—Sí, y que lo digas.

Sarah deposita la ballesta en el suelo y me sorprende con un abrazo.

—¿A qué ha venido eso?

—Me ha parecido que necesitabas uno —responde, encogiéndose de hombros—. Oye, no les digas nada a los demás, pero es muy agradable tener a otro humano cerca.

Me doy cuenta de que, aparte de mí, Sarah es la única adolescente de la Tierra que sabe lo que significa ser amigo de un hatajo de alienígenas que están librando una guerra intergaláctica. Nunca hemos hablado de ello, pero ambos hemos vivido el mismo tipo de experiencias terribles.

—Deberíamos formar un grupo de apoyo de dos personas —sugiero.

—Sabes, si me lo hubieras preguntado el año pasado, te habría dicho que la cosa más terrible por la que había pasado era un examen final de química —dice Sarah, con una sonrisa—. Y ayer vi a mi novio luchando con una especie de gusano gigante.

Me río.

—En poco tiempo la vida se ha convertido en una locura.

—No me extraña que no podamos dormir por las noches.

Me acerco a la Lectern y empiezo a examinar algunos de los cables en los que mi padre estaba trabajando ayer. Sarah se sienta junto a mí con las piernas cruzadas y se pone a observar lo que hago.

—¿Así que, cuando no puedes dormir, vienes aquí a practicar con la ballesta?

—Me va tan bien como tomarme un vaso de leche caliente —responde ella—. En realidad, estoy aprendiendo a disparar, pero no quiero despertar a nadie con el ruido de los disparos.

—Sí, no sería muy buena idea. Todo el mundo está un poco nervioso, ¿verdad?

—Decir eso es quedarse muy corto.

Miro a Sarah. Cuesta creer que sea la misma muchacha con la que iba al instituto. Lo que más me desconcierta es que estemos aquí manteniendo una conversación sobre prácticas de tiro y cosas así.

—En realidad, vengo mucho por aquí —prosigue Sarah—. John no duerme demasiado. Y, cuando lo hace, no para de dar vueltas en la cama. Y luego se escapa a primera hora de la mañana para subir al tejado a meditar. Se cree que no lo noto, pero no es así.

Sonríó a Sarah con suficiencia, levantando una ceja.

—¿O sea, que compartís cama?

Ella me da una patadita, alegremente.

—Vamos, Sam. Tampoco hay tantas habitaciones. No es lo que piensas. No veo que haya mucho de romántico en ocultarse de unos invasores alienígenas asesinos, ¿no te parece? Sin mencionar que no me gusta la idea de que Ocho se teletransporte a nuestro dormitorio o algo así. —Ahora entorna los ojos y añade—: Pero aun así no se lo digas a mis padres.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le aseguro—. Los humanos tenemos que apoyarnos.

Consigo conectar de nuevo los cables y, de pronto, oigo un zumbido en el interior de la Lectern. Uno de los paneles de la pared sobresale de repente, como

un pistón, y luego se retrotrae.

—¿Para qué será? —pregunta Sarah.

—Supongo que debe de ser algo para la simulación de combates. Nueve me dijo que su cêpan tenía todo tipo de obstáculos y trampas preparados para eso.

Sarah golpea el suelo con la mano, justo delante de ella. Algo metálico tintinea bajo sus dedos y ella se echa hacia atrás de un tirón.

—Tal vez debería vigilar dónde me siento.

Dejo de manosear los cables: prefiero esperar a mi padre antes de seguir adelante y acabar activando por accidente algún tipo de trampa punzante oculta debajo de Sarah.

—Oye, y tú, ¿por qué no estás durmiendo? —me pregunta tocándome el brazo con delicadeza.

Me doy cuenta de que, sin pretenderlo, me estoy frotando las cicatrices que tengo en las muñecas.

—Tuve mucho tiempo para pensar cuando estuve prisionero —le digo.

—Ya te entiendo.

Bueno, he ahí otra cosa que Sarah y yo tenemos en común.

—Me pasé mucho tiempo pensando en John y los demás. En cómo ayudarlos.

—¿Y?

Extiendo las manos y le muestro a Sarah todo lo que saqué: un montón de nada.

—Oh —murmura—. Bueno, siempre tienes la ballesta.

—Me da miedo no ser capaz de ayudar. Como si, más tarde o más temprano, fuera a acabar prisionero de nuevo, o algo peor, y eso terminara perjudicando a los demás. Y entonces oigo una historia como la que Ocho contó anoche, y me pregunto si no hubiera sido mejor que John me hubiera dejado en Paradise, del mismo modo que Ocho dejó a esos soldados. Tal vez las cosas le hubieran resultado más fáciles si no hubiera tenido que preocuparse por mí.

—O por mí —añade Sarah, frunciendo el ceño.

—No quería decir eso —me apresuro a puntualizar.

—No pasa nada —me tranquiliza Sarah poniéndome la mano en el brazo—. No pasa nada, porque te equivocas, Sam. John y los demás nos necesitan. Y hay cosas que podemos hacer.

Asiento con la cabeza, esforzándome por creerla, pero entonces bajo la mirada hacia las cicatrices de mis muñecas y recuerdo lo que me dijo Setrákus Ra en Virginia Occidental. Me quedo en silencio. Sarah se pone en pie de un salto, levantando la mano.

—Para empezar —propone—, podríamos preparar el desayuno. Probablemente no nos nombrarán lóricos de honor por eso, pero es un comienzo.

Fuerzo una sonrisa y me levanto. Sarah no me suelta la mano: está mirando

las cicatrices moradas de mis muñecas.

—No sé lo que te habrá ocurrido, Sam —me dice, aguantándose la mirada—, pero ahora ya pasó. Estás a salvo.

Antes de que pueda responder, un grito lacerante surge de una de las habitaciones.

CAPÍTULO DIECINUEVE



ME LEVANTO DE UN SALTO DE LA CAMA EN CUANTO ELLA EMpieza a gritar. Esta noche me tocaba dormir con ella y todo ha transcurrido con tranquilidad. Nos quedamos despiertas hasta tarde hablando de los recién llegados, de lo que Malcolm Goode nos contó acerca de Pittacus Lore y de la posibilidad de que existan buenos mogadorianos. Al final, Ella se quedó dormida, y yo pensé que tal vez las pesadillas que habían estado acosándola desde Nuevo México habían desaparecido para siempre: después de leer la carta de Crayton, no había vuelto a tener ninguna. Al fin y al cabo, tal vez fueran producto del estrés, y ahora que se había librado de la angustia que le producía esa carta sin abrir, quizá las cosas habían vuelto a la normalidad.

Debería haberme dado cuenta de que no era así.

—Ella. ¡Ella, despierta! —le grito, sin decidirme a zarandearla.

Estoy empezando a asustarme... Tarda demasiado en despertarse. Ella hunde los dedos en las mantas y aprieta los puños, mientras golpea el colchón con los talones, soltando gritos cada vez más roncós. Se mueve tanto que casi se cae de la cama. Alargo los brazos para sujetarla.

En cuanto le toco el hombro, una imagen asalta mi mente. No estoy segura

de dónde procede. Es algo parecido a cuando me habla telepáticamente, excepto que hasta el momento nunca había recibido información visual junto a su voz mental.

Lo que veo es algo horrible. Es Chicago, la misma zona costera por la que Ocho y yo nos paseamos el otro día. Hay cuerpos desparramados por todas partes. Cuerpos humanos. El cielo está repleto de columnas de humo procedentes de fuegos cercanos y algo viscoso y negro parecido al aceite recubre la superficie del lago. Oigo gritos y huele a quemado. Se producen explosiones en la distancia.

Aparto la mano de Ella con un grito ahogado y la visión desaparece al instante. Estoy sin aliento, tiritando y tengo el estómago revuelto.

Ella ha dejado de gritar. Ahora está despierta, mirándome con los ojos asustados y muy abiertos. Me vuelvo hacia el reloj y me doy cuenta de que ha transcurrido menos de un minuto desde que había empezado a gritar.

—¿Tú también lo has visto? —susurra.

Asiento con la cabeza, sin saber muy bien qué contestar, y aún menos cómo describir lo que acabo de ver. ¿Cómo es posible que haya entrado en el sueño de Ella?

Alguien llama a la puerta y, sin esperar respuesta, asoma la cabeza: es Sarah. Veo a Sam en el pasillo, de pie detrás de ella. Los dos parecen preocupados.

—¿Va todo...?

Antes de que Sarah pueda terminar, Ella hace un movimiento repentino con la mano y cierra la puerta de golpe usando la telequinesia.

—¡Ella! ¿Por qué has hecho esto?

—No deberían estar cerca de mí —responde, abriendo los ojos con expresión frenética.

Alguien trata de abrir la puerta, pero no lo consigue. Ahora oigo la voz de John, que probablemente ha venido atraído por los gritos y el bullo.

—¿Marina? ¿Va todo bien ahí dentro?

—¡Estamos bien! —grito para que me oiga desde el otro lado de la puerta—. Déjanos solo un minuto.

Ella se tapa con una manta y se queda hecha un ovillo encima de la cama, con la espalda pegada a la pared. Todavía tiene los ojos muy abiertos y tiembla como una hoja. Cuando trato de tocarla, se encoge para apartarse de mí.

—¡No! ¿Y si te devuelvo ahí de nuevo?

—Cálmate, Ella —le digo suavemente—. Ya ha pasado. Los sueños no pueden hacerte daño, y aún menos cuando estás despierta.

Al final permite que la coja de la mano. Esta vez, por suerte, no hay sacudida telepática. No sé qué extraño efecto habrá tenido esa pesadilla en la capacidad telepática de Ella, pero ahora ya ha pasado.

—¿Cu... cuánto has visto? —me pregunta, examinando nerviosa la habitación,

como si aún pudiera haber algún remanente de la pesadilla acechando en la oscuridad.

—Ni siquiera sé qué he visto exactamente —respondo—. Era la ciudad. Parecía que había ocurrido algo terrible.

Ella asiente con la cabeza.

—Es después de que hayan venido.

—¿Quiénes? —pregunto, pero enseguida me hago una idea de a quién se refiere.

—Los mogadorianos. Me muestra lo que ocurre después de su llegada. Me... me obliga a cogerle de la mano y a pasearme en medio de esa desgracia.

Ella se estremece y se aparta de pronto de la pared para arrojarle a mis brazos. Creo que yo también estoy temblando. La sola idea de tener que avanzar entre esa carnicería de la mano de Setrákus Ra me perturba.

—Chist —susurro, tratando de ponerle buena cara—. Ya está. Ya ha pasado.

—¡Va a ocurrir! —grita—. No podemos detenerlo.

—Eso no es verdad —respondo, estrechándola con fuerza entre mis brazos. Trato de pensar en lo que John o Seis dirían en una situación como esta—. Estas pesadillas no son más que mentiras, Ella.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas esas pinturas que Ocho nos enseñó en las cuevas de la India? ¿Esas en las que Ocho moría? Se suponía que eran una profecía, pero nosotros la rompimos. El futuro no está fijado: lo trazamos nosotros.

Ella se libera de mi abrazo e inspira profundamente, tratando de recomponerse.

—Solo quiero que esas pesadillas se terminen —me dice—. No sé por qué tiene que ocurrirme esto.

—Setrákus Ra está tratando de asustarte —le explico—. Trata de asustarte porque nosotros lo asustamos a él.

Me alegro de poder tranquilizarla, de transmitirle seguridad, porque la verdad es que estoy muerta de miedo. Los rayos del sol están empezando a colarse entre las cortinas y, al otro lado de la ventana, se extiende una hermosa ciudad llena de gente inocente, una ciudad que acabo de ver devastada. Ese sueño parecía tan real que no puedo quitármelo de la cabeza. ¿Y si no somos capaces de impedir lo que nos espera?

CAPÍTULO VEINTE



YA ENTRADA LA MAÑANA, REÚNO A TODO EL MUNDO EN el salón para poder celebrar lo que esperaba que fuera una sesión estratégica. La noche pasada, durante la cena, salieron a relucir cosas importantes, y ya va siendo hora de que planifiquemos nuestro siguiente movimiento. Sin embargo, lo primero en el orden del día de nuestro fatigado grupo, la mayoría de cuyos miembros se han despertado con los gritos de Ella hace solo unas horas, es la cuestión de las pesadillas de nuestra compañera más joven.

Malcolm se acaricia la barba con aire pensativo.

—Supongamos que es Setrákus Ra quien provoca esas pesadillas. Me parece muy preocupante que sea capaz de metérselas en la cabeza sin saber nuestra localización exacta. Debe de servirse de algún tipo de telepatía mogadoriana. De hecho, dices que has visto Chicago en llamas, ¿verdad?

Ella asiente con la cabeza, no muy satisfecha de tener que revivir su última pesadilla. Bernie Kosar, hecho un ovillo a sus pies, la acaricia con el hocico.

—Era Chicago después de una gran batalla —aclara Marina.

—¿Se está burlando de nosotros? —pregunta Seis—. ¿O es más bien como una profecía?

—Creía que ya habíamos tenido bastantes profecías —protesta Ocho, levantando la mirada al cielo, visiblemente exasperado.

—A veces hay algo de verdad en esas pesadillas —digo.

—Como cuando tuvimos esa visión acerca de Nuevo México —interviene Nueve.

—Sí, pero otras veces lo que parece es que quiere fastidiarnos.

—El contenido de las pesadillas me preocupa menos que el hecho de que Setrákus Ra sea capaz de provocarlas —advierte Malcolm, con el rostro surcado de arrugas por la preocupación—. ¿Creéis que es posible que pueda estar rastreando nuestra posición a través de los sueños?

—¿No os parece que, si pudiera hacer eso, ya estaríamos luchando contra ellos? —responde Ocho—. ¿Por qué molestarse entonces en atraer a John y a Nueve a Nuevo México?

Asiento, recordando las visiones que Nueve y yo compartimos.

—A pesar de que las pesadillas pueden ser concretas de forma inquietante, dudo mucho que sepa dónde estamos. Más bien me parece que está tratando de desconcertarnos para que acabemos metiendo la pata.

—Entonces la cuestión es cómo poner fin a esos sueños —expone Malcolm.

—Tengo una solución —anuncia Seis. Todos nos volvemos hacia ella. Toma un sorbo de café con aire pensativo y añade—: Vayamos a matar a Setrákus Ra.

Nueve da una palmada y señala a Seis, entusiasmado.

—¡Me gusta cómo piensa esta chica! —exclama.

—Ah, ¿así de fácil? —pregunta Cinco, interviniendo por primera vez—. Hablas como si fuera algo tan simple como sacar la basura.

—Me encantaría que fuera así de sencillo —digo—. Pero no sabemos dónde está, y, aunque pudiéramos localizarlo, la lucha tampoco sería coser y cantar. La última vez que nos enfrentamos a él estuvo a punto de matarnos.

—Podríamos tratar de que fuera él quien viniera a nosotros —propone Nueve y, mirando a Cinco, añade—: Quemando parte de algún campo para formar un círculo.

—¿No hablarás en serio? —exclama Sam.

Le he visto volverse desde su asiento al oír el nombre de Setrákus Ra.

—No lo dice en serio —responde Cinco, pendiente de Nueve—. Me está tomando el pelo.

Nueve se encoge de hombros y finge un bostezo.

—Sea como sea, creo que deberíamos luchar.

—Eso es lo único que quieres hacer siempre —observa Ocho metiendo baza.

—Sí, es lo mío.

—Estamos juntos por primera vez —digo, tratando de transmitir tranquilidad—. Tenemos la ventaja del elemento sorpresa, así que podemos prepararnos y elegir nuestra nueva batalla. No nos precipitemos, ¿ok?

—John tiene razón —reconoce Marina—. Tenemos aún muchas cosas por descubrir acerca de nosotros, nuestros poderes, nuestros cofres...

—Sería conveniente saber con qué estamos trabajando —sugiere Ocho—. El otro día estuvimos entrenando con Nueve en la sala de entrenamiento. Resultó muy útil. Sorprendentemente.

Nueve se ríe con sorna.

—Agradezco el cumplido e ignoro el insulto.

—Sí —interviene Sarah—. Creo que hablo en nombre de todos los humanos cuando digo que no nos vendría mal entrenarnos un poco, prepararnos mejor para luchar.

—También estaría bien descubrir lo que contienen nuestros cofres —opino—. Tal vez podríamos tratar de identificar cuáles de los objetos son esas Piedras Fénix de las que nos habló Malcolm.

—Deberíamos hacer un inventario —propone Malcolm.

—Lo cual significa que encontrar tu Cofre se convierte en nuestra mayor prioridad —digo, dirigiéndome a Cinco.

—Estoy de acuerdo —responde él más seguro de lo que le he visto nunca hasta ahora—. Sé exactamente adónde hay que ir. Podemos hacerlo en cuanto queráis.

—Esta podría ser nuestra primera misión —dice Ocho—. Especialmente si pudiéramos hacerlo bajo el radar mogadoriano.

—Yo sigo creyendo que deberíamos volar su puto radar —gruñe Nueve.

—Lo haremos muy pronto —respondo—. De momento, tenemos que mantenernos a salvo. Hacernos más fuertes. Malcolm, ¿qué hay de ese chico mogadoriano? ¿Adam?

Malcolm sacude la cabeza, con el rostro desencajado.

—Instalé un busca para saber cuándo conectaba su teléfono móvil, pero de momento nada. Me temo lo peor.

—Quizá se ha deshecho del móvil —sugiere Sam en un intento de animar a su abatido padre.

—Me parece que nos hemos alejado un poco del tema, ¿no creéis? —opina Seis—. ¿Qué pasa con las pesadillas de Ella?

Ella, que hasta ahora ha estado escuchando en silencio, responde:

—Yo me encargo de ellas. La próxima vez que ese chalado se meta en mi cabeza, le voy a dar un puñetazo en las pelotas.

—¡Oh!

—Está bien —digo, sin poder contener la risa—. Se aplaza la sesión.

CAPÍTULO VEINTIUNO



MÁS TARDE, LOS CUATRO MIEMBROS DE LA GUARDIA QUE AÚN

conservamos nuestro Cofre nos reunimos con Malcolm en la sala de vigilancia. Me alegro de poder ayudar, pero no sé hasta qué punto seré útil. Adelina no estuvo conmigo lo suficiente como para poder explicarme para qué servían los objetos que tenía en el Cofre.

Un sonido sordo procede de la sala de entrenamiento: es Seis, que está trabajando con Sam, Sarah y Ella para mejorar su puntería. Creo que Cinco también está con ellos, aunque no parece muy emocionado ante la idea de aprender a disparar. Nueve contempla con nostalgia la puerta de la sala de entrenos y luego empieza a rebuscar en su Cofre, suspirando teatralmente.

—Mira esto —dice. Extrae del interior una piedrecita violeta y se la coloca en el reverso de la mano. La piedra se hunde en la carne, y Nueve vuelve la mano hacia arriba justo a tiempo de que la veamos reaparecer en su palma—. Es guay, ¿verdad? —me pregunta meneando las cejas.

—Vale, pero ¿para qué se supone que sirve? —pregunta Ocho, levantando la mirada de su propio Cofre.

—No lo sé. ¿Para impresionar a las chicas? —Nueve me mira—. ¿Ha

funcionado?

—Hum... —Dudo unos instantes, tratando de disimular mi exasperación—. No demasiado. Claro que yo he visto a chicos teletransportándose, así que no debo de ser muy fácil de impresionar.

—Un público difícil.

—¿Qué sientes cuando la piedra te atraviesa la mano? —pregunta Malcolm.

Tiene cogido un bolígrafo que está atado a una tabla sujetapapeles.

—Bueno, supongo que es una sensación un poco rara. Se me duerme la mano hasta que la piedra aparece al otro lado. —Nueve se encoge de hombros y mira alrededor—. ¿Queréis probar?

—Pues la verdad es que sí —responde Malcolm, pero cuando se coloca la piedra encima de la mano, no ocurre nada—. Bueno... Supongo que solo debe de funcionar con los lóricos.

Malcolm le devuelve la piedra a su dueño, y, en lugar de meterla de nuevo en el Cofre, Nueve se la guarda en el bolsillo. Tal vez más tarde quiera salir a impresionar a alguna chica.

John nos muestra un manojo de hojas de aspecto frágil, sujeto con un cordel amarillento. Lo sostiene con cuidado con ambas manos, sin saber muy bien qué hacer con él.

—Esto debe de tener algo que ver con Lorien, ¿no?

—Quizás Henri ha querido simplemente recordarte que te toca pasar el rastrillo por el césped —bromea Nueve, rebuscando de nuevo en su propio Cofre—. Yo no tengo hojas de esas aquí dentro.

Malcolm se queda contemplando el haz que John aún sostiene en las manos, y pasa el índice con delicadeza por el borde de una de las hojas. Tengo la sensación de que esa cosita tan delicada se desintegrará al tocarla. Pero entonces el sonido de una brisa suave se apodera de la habitación y se silencia de pronto cuando Malcolm retira el dedo de la hoja.

—¿Habéis oído eso? —pregunta.

—Ha sonado como si alguien se hubiera dejado una ventana abierta —dice Ocho, examinando las cuatro paredes recubiertas de equipamiento de la sala.

No se filtra ni un triste rayo de luz por ningún lado.

—Era el sonido del viento en Lorien —susurra John, con la mirada distante—. No sé cómo, pero sé que es eso.

—Hazo otra vez —propone Nueve, y me quedo sorprendida ante la sinceridad que desprende su voz.

Y entonces yo también deseo volver a oír esa brisa. Había algo reconfortante en ella.

John acaricia las hojas con las manos, y, en esta ocasión, el sonido es más intenso. Se me pone la piel de gallina; casi puedo sentir el aire fresco de Lorien en el rostro. Es hermoso.

—¡Increíble! —exclama Ocho.

—Pero ¿para qué sirve? —pregunta Nueve, recuperando su habitual aspereza.

—Es un recordatorio —responde John en voz baja, como si estuviera conmovido y quisiera ocultarlo—. Un recordatorio de lo que hemos dejado atrás. De aquello por lo que estamos luchando.

—Interesante. —Malcolm anota algo en su sujetapapeles—. Habrá que estudiarlo en profundidad.

Se queda detrás de nosotros vigilando lo que vamos sacando de nuestros cofres y apunta todo lo que contienen: hace anotaciones junto al nombre de los objetos que sabemos cómo funcionan y subraya aquellos de los que no sabemos nada. Prácticamente todo lo que hay en mi herencia, desde los guantes oscuros que brillan cuando los toco hasta el artefacto circular similar a una brújula, está subrayado.

—¿Para qué crees que servirá? —pregunta Ocho, sacando de dentro del Cofre un cuerno curvado que parece arrancado de la cabeza de un cervatillo—. Es lo único que no sé cómo funciona.

Cuando no han transcurrido ni cinco segundos desde que Ocho ha extraído ese cuerno, Bernie Kosar aparece por la puerta como un rayo, con el hocico en el aire. No cabe duda de que está entusiasmado: su cola no para de agitarse. Y entonces se abalanza sobre Ocho con las patas por delante.

—Quiere el cuerno —observa John—. Por si no lo habías captado.

Ocho se encoge de hombros y se lo entrega. BK lo agarra de inmediato con sus dos patas delanteras, se echa de espaldas y empieza a revolcarse de un lado a otro. Emite un ronroneo de satisfacción que no encaja con su forma de perro. De hecho, su cuerpo empieza a desdibujarse de forma descontrolada, como si BK estuviera perturbado.

—¡Mira que es raro! —Nueve se ríe histérico—. Si no estuviéramos ocultándonos, os aseguro que colgaría estas imágenes en Internet.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclama John, frotándose las sienes—. ¡Cálmate, BK! Malcolm mira primero a BK y luego a John.

—¿Puedes comunicarte con él? —le pregunta.

—Sí —responde John—. Telepáticamente. Y Nueve también puede. Está bastante nervioso. Dice que el cuerno es... No sé cómo decirlo, me está hablando en un lenguaje extraño... Es como un tótem o algo así. De una quimera.

—Bueno, él es nuestra única quimera, así que puede quedárselo —concluye Ocho con una sonrisa, mientras se agacha para acariciarle a BK la barriga.

—Ella llegó a la Tierra en una nave llena de quimeras —digo—. ¿Creéis que podríamos usar eso para atraerlas hacia nosotros? Tal vez estén perdidas y necesiten saber dónde encontrarnos.

Malcolm enseguida se pone a anotar algo en su sujetapapeles.

—Muy bien pensado, Marina.

Sonrí, sintiendo una oleada de orgullo. Ahora solo me falta adivinar para qué sirve todo lo que tengo en el Cofre.

—Si lo que buscas son cosas aburridas que tengan que ver con la naturaleza y todo ese rollo, y o he encontrado esto —dice Nueve sosteniendo con la mano una bolsita de piel. Nos la pasa y, uno a uno, vamos examinando su contenido. En su interior hay un puñado de tierra húmeda—. Cuando Sandor me explicó mi herencia, me dijo que servía para hacer crecer cosas, pero que no la necesitaríamos hasta mucho más adelante.

Nueve anuda de nuevo las tiras de piel que cierran la bolsa y la devuelve a su Cofre con desdén. Supongo que no le interesan demasiado las cosas que no sirven para cargarse a los mogadorianos. Rebusco en el interior del mío, dejando a un lado el surtido de gemas que podrían haber servido para montarme mi versión española del ático de Nueve si Adelina se hubiera preocupado por mí. Busco cualquier cosa que tenga pinta de poder resucitar a nuestro Lorien.

—¿Y esto? —pregunto, sosteniendo un pequeño frasco de agua cristalina.

Siento el tacto frío del cristal bajo mis dedos.

—Bébetelo —sugiere Nueve.

Malcolm sacude la cabeza.

—Yo os aconsejaría que no ingirierais nada de lo que encontréis en los cofres hasta que sepamos exactamente para qué sirve.

—¿Has oído? —pregunta Ocho dándole suavemente con el codo a Nueve—. No te comas ninguna de las piedras.

Destapo el frasco. En cuanto el aire entra en contacto con el líquido, este adquiere una tonalidad azul idéntica a la de las piedras loralitas. La reacción dura solo un instante y el agua enseguida recupera su color natural. Paso el dedo por el lateral del frasco, y un rastro de un azul brillante aparece en el líquido para desaparecer de nuevo cuando aparto la mano. Descubro unos pequeños tirabuzones azules arremolinándose bajo la punta de mis dedos al sostener el frasco.

—¿Habéis visto esto? —exclamo.

—Es como si el líquido percibiera tu tacto a través del cristal —dice John.

—¿Me permites? —me pregunta Malcolm.

Le entrego el frasco. Cuando lo sostiene, el color del líquido no cambia.

—Mmm —murmura, y, tendiéndole el frasco a John, añade—: Ahora prueba tú.

En cuanto John coge el tarro, el líquido vuelve a exhibir el brillante tono cobalto de la loralita. Todos nos quedamos contemplando cómo el color se va desvaneciendo, salvo en el lugar en que John está tocando el cristal. A juzgar por la reacción del líquido, me atrevería a decir que desea salir del frasco, que está impaciente por entrar en contacto con nosotros.

—Así que detecta a los lóricos —deduce Ocho—. Pero ¿para qué sirve eso si

somos los únicos que hemos quedado con vida?

—Voy a probar una cosa —anuncio, cogiendo de nuevo el frasco que está sosteniendo John.

Con mucho cuidado, lo inclino ligeramente para que solo me caiga una gotita en la palma de la mano. Y entonces, la diminuta gota solitaria se estremece y se expande, ganando masa y densidad hasta que me encuentro sosteniendo en la mano una suave avellana de loralita.

—¡Oh! —exclama Ocho, cogiendo la piedra para examinarla.

—Exacto: ¡oh! —añade Malcolm, inclinándose hacia delante para contemplar extasiado la piedra—. Sea cual sea este material, desafía todas las leyes de la física.

—Así que con esto podemos crear loralita —deduce John—. Nueve y yo tenemos algo que parece que podría emplearse para cultivar o plantar cosas, y Ocho, un objeto que puede convocar a una quimera. ¿No os parece que es el tipo de cosa que puede ayudarnos a reconstruir Lorien de nuevo?

—Y que lo digas —repone Malcolm.

Vuelvo a tapar el frasco para no perder ni una sola gota más de nuestra preciosa loralita líquida.

Seguimos haciendo inventario durante un rato más, mientras Malcolm va tomando nota de todo de forma meticulosa. Todos estamos ansiosos por aprender tanto como podamos sobre nuestras herencias... Bueno, todos excepto Nueve. Él sigue pendiente de la puerta de la sala de entrenamiento. Nos hace prometerle que nos entrenaremos con él en cuanto hayamos terminado con todo «ese rollo». La verdad es que yo también estoy impaciente por asistir a una de esas sesiones de entreno. Tengo la sensación de que aún me falta mucho camino por recorrer antes de alcanzar el mismo nivel de los demás.

Cuando todos se van, Ocho y yo nos quedamos solos mientras acabamos de devolver los últimos objetos a nuestros cofres. Guardo también la piedra de loralita que acabo de crear, pero Ocho vuelve a sacarla. La estruja con fuerza dentro de su puño, concentrándose.

—¿Qué haces?

Abre los ojos y deja escapar un suspiro.

—Quería ver si podía usarla para teletransportarnos a otras piedras loralitas. Ya lo he intentado otras veces con mi colgante y tampoco ha funcionado. No deben de ser lo bastante grandes.

—¿Qué? ¿Querías hacer una pequeña excursión hasta Stonhenge? ¿Tal vez hasta Somalia?

Le arrebató la piedra de la mano, la meto en el Cofre y lo cierro con llave.

—Ahora todo irá muy deprisa, eso es todo. Solo me gustaría que tuviéramos más tiempo para investigar a fondo todo esto.

—¿Que tuviéramos? ¿Tú y yo? —le pregunto, sintiendo de pronto que

empiezan a arderme las mejillas—. ¿Ibas a teletransportarme contigo?

Ocho me ofrece una de sus sonrisas cautivadoras.

—Solo para tomarnos un respiro. No me dirás que no te vendría bien...

Por supuesto, Ocho tiene toda la razón. Después de despertarme con los gritos de Ella incluso antes de que amaneciera y de haber tenido esa horrible visión sobre Chicago, sería un alivio olvidarme por un rato de los asuntos lóricos. Pero ahora no hay tiempo para eso.

—Lo siento —le digo, poniéndole la mano en el brazo—. Tenemos que ser serios. Tal como dijo Nueve, no es momento de callejear ni por tierras lejanas ni tampoco por la orilla del lago.

Ocho deja escapar un suspiro de decepción.

—Bueno —susurra—, siempre nos quedará la pizza.

Hace una pausa, como si fuera a añadir algo más, pero entonces Nueve irrumpe en la habitación vestido con la ropa de entreno.

—Bueno, mamones, ¿listos para sudar?

CAPÍTULO VEINTIDÓS



—**VAMOS A BUSCAR A CINCO —NOS DICE NUEVE BRUSCA**mente, en cuanto Ocho y yo nos hemos cambiado—. Creo que ese necesita algo de entreno.

Lo encontramos echado en uno de los sofás del salón. Se ha puesto uno de los videojuegos de la colección de Nueve en la pantalla de televisión gigante. No estoy nada acostumbrada a estas cosas, y al verlo jugar me siento algo tonta. El videojuego está diseñado en primera persona, y el personaje de Cinco corre por un campo de batalla con una ametralladora, cargándose a todos los soldados que se le ponen a tiro. Cinco no se percata de nuestra presencia hasta que Ocho se aclara la garganta de forma escandalosa.

—Ah, eh, chicos —dice, sin molestarse en detener el juego—. Esto es genial. Nunca tuvimos nada parecido en las islas. Fijaos.

En la pantalla, el personaje de Cinco lanza una granada. Un grupo de soldados enemigos que se escondía detrás de un montón de sacos de arena salta por los aires provocando una lluvia de piernas y brazos desmembrados. Aparto la mirada. Después de haber presenciado el sueño de Ella, el videojuego me parece demasiado realista.

—Guay —dice Ocho, con un tono de voz educado.

Nueve bosteza. Se planta justo delante del televisor para que Cinco se vea obligado a detener el juego.

—Es el tipo de cosa que solía gustarme de niño —comenta Nueve—. Ahora me interesa más la versión real. ¿Quieres unirme a nosotros?

Cinco levanta una ceja.

—¿La versión real? ¿Vamos a cargarnos a algunos soldados en...? —Entorna los ojos, tratando de leer lo que pone en la caja del videojuego—. ¿En la Segunda Guerra Mundial? Ya veo que debo de tener algunas lagunas en historia de la Tierra, porque creía que esa guerra ya había terminado.

—Vamos a entrenar —explica Nueve con cara larga—. Por lo que me han contado sobre Arkansas, parece que no te vendría nada mal entrenar un poco.

Descubro una oleada de rabia en la mirada de Cinco y, por un momento, creo que va a levantarse de un salto del sofá. Pero entonces se relaja, se cruza de brazos y hace un esfuerzo para mantener una expresión neutral.

—Ahora mismo no me apetece —concluye Cinco. Monta todo un número acomodándose aún más en los cojines y añade—: Además, este videojuego me va de coña para ejercitar mi coordinación mano-ojo. Probablemente es el mejor entreno que puedo encontrar por aquí.

Está claro que esto ha sido una mala idea: Nueve es la persona menos diplomática que he conocido en mi vida. Después de tenerlo cerca algún tiempo, he aprendido a no tomármelo demasiado en serio, pero Cinco todavía no ha desarrollado ese nivel de tolerancia.

—Ya verás, aunque no lo parezca, es muy divertido —le aseguro, tratando de suavizar el ambiente. Tal vez Cinco se anime a venir a entrenar con nosotros si no tiene la sensación de que lo estamos presionando—. Nos brinda la oportunidad de trabajar juntos como equipo. Además, nos encantaría poder conocerte mejor.

Por un momento, parece que se relaja. Tal como me figuraba: si eres amable con él, baja la guardia. A nadie le gusta que le digan lo que tiene que hacer, sobre todo cuando uno ha estado solo tanto tiempo como él. Diría que está a punto de claudicar; le falta muy poco para decidirse a venir a entrenar con nosotros.

Por desgracia, Nueve no está muy dotado para captar señales, o quizá solo es impaciente: camina con aire despreocupado hasta situarse detrás del sofá y lo vuelca levantándolo solo con una mano. Cinco cae al suelo bruscamente.

Ocho sacude la cabeza, pero descubro una sonrisa solapada en las comisuras de sus labios. Sé que Cinco no le causó muy buena impresión cuando sacó a relucir todos esos recuerdos de lo que Ocho había hecho en la India. Aun así, ese no es modo de tratar al último miembro de la Guardia.

—Vamos, Nueve —le digo, con ese tono de decepción relajada que aprendí de las monjas—. Lo estás intimidando.

Pero no me hace ni caso. Cinco ya se ha puesto en pie y ahora lo fulmina con

la mirada.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunta.

—El sofá es mío —responde Nueve—. Puedo hacer lo que quiera con él.

Cinco suelta un resoplido, asqueado.

—Esto es muy infantil. Eres ridículo.

—Tal vez —repite Nueve, encogiéndose de hombros de forma despreocupada—. Puedes demostrarme lo ridículo que soy en el entreno.

O sea que está echando mano de una de sus herramientas motivadoras: trata de provocar a Cinco para que vaya a pelear con él en la sala de entrenamiento. Típico plan de tío. ¿No podíamos habernos limitado a pedirselo con amabilidad? Cinco sigue mirando fijamente a Nueve, evaluándolo. Sonríe con suficiencia y los ojos le brillan con pillería: tengo la sensación de que acaba de descubrir las intenciones de su adversario.

—¿Sabes qué? —le dice—. Te daré una oportunidad aquí mismo. Si consigues herirme, vendré a entrenar contigo. De lo contrario, ya puedes llevarte esta chulería de macho a otra parte.

Una sonrisa de lobo ilumina el rostro de Nueve.

—¿En serio quieres que te dé una paliza, retaco?

—Por supuesto —responde Cinco con las manos en los bolsillos y el mentón levantado—. A ver si puedes.

—Vamos, chicos. ¡Esto es de locos! —exclamo, tratando de distender lo que ha acabado convirtiéndose en una situación absurda.

Cinco y Nueve absorben en este dichoso enfrentamiento cuando lo que deberíamos estar haciendo es aprender a trabajar juntos. Miro a Ocho en busca de apoyo. Las comisuras de sus labios insinúan una sonrisa, como si toda esta historia lo divirtiera. Sin embargo, cuando descubre mi mirada de desaprobación, adopta una aptitud tímida y deposita una mano en el hombro de Nueve.

—Venga, vamos a entrenar —le dice, con voz suave—. Cinco ya vendrá cuando esté listo.

Nueve se zafa de él y, con el puño en alza y las cejas levantadas, le dice a Cinco:

—¿Estás seguro de que quieres probarme, Frodo?

—Espero que tus puños sean mejores que tus insultos —le espeta Cinco como respuesta.

Debo admitir que, en cierto modo, admiro su presencia de ánimo. Claro que todo esto podría haberse evitado si se hubiera tragado su orgullo desde el principio. Es patético cómo están actuando... Tanto el uno como el otro. Está claro que dos de los últimos lóricos del universo necesitan un descanso.

Como yo, Ocho se ha resignado a dejar que las cosas sigan su curso. Los dos damos un paso atrás.

La verdad es que Nueve se toma su tiempo; no parece tener ninguna prisa.

Hace sonar los nudillos, gira el cuello a un lado y a otro, y se asegura de tener los hombros bien colocados. Creo que estoy más nerviosa yo que Cinco; él se ha limitado a quedarse ahí de pie, tranquilamente, esperando a que su oponente dé su primer revés.

Por fin, Nueve empieza el combate y le asesta a Cinco un puñetazo directamente en la cara. No cabe duda de que el golpe bastaría para noquear a cualquiera, pero he visto puñetazos de Nueve más rápidos y más contundentes. Supongo que se ha contenido un poco para no lastimar demasiado a Cinco.

Sin embargo, a mitad del gancho, la piel de Cinco se transforma en acero brillante y el puño de Nueve choca contra una mandíbula metálica. Nuestro compañero más duro suelta un grito descomunal. Es como si hubiera golpeado una viga de metal. Me llevo la mano a la boca para ahogar un grito de sorpresa, y Ocho, a mi lado, interrumpa una carcajada al darse cuenta de que Nueve se ha roto la mano y la aparta rápidamente de su oponente para acercársela al pecho.

La piel de Cinco recupera su estado normal.

—¿Eso era todo?

Nueve suelta varios tacos entre dientes, y yo corro a echarle un vistazo a su mano. Él, sin embargo, me da un empujón y sale de la habitación camino de la sala de entrenamiento. Estoy segura de que querrá que le cure esa mano en cuanto se haya calmado un poco. Qué demonios, después de haberse comportado como un capullo se merece sufrir un poco.

—Si realmente hubiera prestado atención cuando Cuatro habló de nuestra batalla en Arkansas, lo habría visto venir —dice Cinco sin entonación en la voz, casi con aburrimiento, al ver a Nueve saliendo de la sala como una exhalación.

—No es precisamente un experto —responde Ocho con frialdad—. Bueno, bienvenido al equipo. Pásatelo bien con el videojuego.

Ocho sigue a Nueve fuera de la habitación, y Cinco se queda mirándolo mientras se va, al parecer un poco desconcertado de que no le haya dado importancia a su actuación. Lo ayudo a colocar bien el sofá que Nueve ha volcado.

—No entiendo muy bien lo que he hecho mal —dice Cinco, en voz baja—. ¿Por qué soy el malo?

—No lo eres —respondo—. Las cosas se han ido un poco de madre. La verdad es que los dos os habéis comportado como un par de estúpidos.

—Me ha estado provocando desde que entré por la puerta —prosigue Cinco—. He pensado que, si no le paraba los pies, siempre se comportaría igual.

Me siento en el sofá, junto a él.

—Entiendo —le digo—. Mira, Nueve es especialista en irritar a la gente. John me contó que, en una ocasión, él y Nueve estuvieron a punto de despedazarse el uno al otro. Ya te acostumbrarás.

—Esta es la cuestión: que no quiero acostumbrarme a eso. —Cinco coge de

nuevo el mando, pero no sigue jugando. Aprieta un par de botones y la pantalla se queda a oscuras—. Y el caso es que me apetecía entrenarme con vosotros. No quiero quedarme aparte. Quiero ver lo que sois capaces de hacer y aprender a trabajar en equipo. Ha sido el modo en que me lo ha pedido. No he podido evitar reaccionar así.

—¿Sabes una cosa? —le digo, dándole una palmadita en el hombro—. Que tú y Nueve no sois tan distintos.

Baja la mirada hacia la alfombra, como si meditase mis palabras.

—No, supongo que no lo somos. ¿Debería disculparme por haberle hecho daño en la mano?

Sacudo la cabeza y, sin poder evitar reírme, le digo:

—Probablemente lo que más le duele ahora mismo es el orgullo. Pero tampoco deberías disculparte por eso. —Me pongo en pie y, cogiendo a Cinco del brazo, lo animo a levantarse—. Venga, vamos a entrenar.

Cinco duda unos instantes.

—¿Realmente crees que voy a ser bienvenido después de lo que ha ocurrido?

—Eres uno de los nuestros, ¿no? —digo con firmeza—. ¿Qué mejor momento de aprender a trabajar en equipo que después de haberle pegado a uno de los miembros del grupo un puñetazo en la cara?

Cinco casi se permite echarse a reír. Asiente y, juntos, nos dirigimos hacia la sala de entrenamientos.

—Gracias, Marina —me dice—. Sabes, eres la primera persona que realmente me ha hecho sentir que soy bienvenido aquí.

Bueno, algo es algo. No soy capaz de ayudar a Ella con sus sueños, ni de identificar los objetos de mi herencia, ni tampoco de dominar el arte de la lucha como los demás. Pero al menos se me da bien persuadir a los capullos para que sean más responsables. Me pregunto si esto será un legado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



JOHN ACERCA A LA LUZ EL CARNÉ DE IDENTIDAD DE ILLInois. Lo dobla ligeramente con los dedos y toca la fotografía con la uña del pulgar. Luego vuelve la cabeza hacia mí y me sonríe de oreja a oreja.

—Es un trabajo genial, Sam. Tan bueno como los que solía hacernos Henri.

—Por fin —suspiro, aliviado.

Tengo una docena de carnés parecidos, cada uno con algún que otro defecto, amontonados junto al ordenador central de Sandor. Todos llevan la foto de John al lado del nombre John Kent.

—Deberías hacerte uno para ti —me sugiere John—. Tal vez tu alias podría ser Sam Wayne.

—¿Sam Wayne?

—Sí, como Bruce Wayne, Superman cuando no tenía poderes. Por eso elegiste para mí el apellido de Kent, ¿no? Es una referencia al superhéroe.

—No creía que fueras a pillarlo —respondo—. Ni siquiera sabía que te interesaran los cómics.

—Y no me interesan, pero a los extraterrestres nos gusta tenernos controlados los unos a los otros.

John rodea el escritorio al que estoy sentado y, tras esquivar uno de los muchos montones de material electrónico que llenan el taller, se queda mirando la pantalla por encima de mi hombro.

—¿Todo esto estaba en el ordenador de Sandor?

—Sí —respondo, guiando el cursor por encima de los programas de falsificación de documentos y las bases de datos piratas del Gobierno que hay instalados en el ordenador del que fue cêpan de Nueve—. Solo era cuestión de abrirlos. Y..., bueno, claro, también descubrir cómo usarlos bien —añado señalando el montón de carnés defectuosos.

—Genial —dice John—. Vamos, preparemos identidades nuevas para todo el mundo. Así nos resultará más fácil viajar cuando vayamos a buscar el Cofre de Cinco.

—Pero ¿no podría Ocho simplemente teletransportaros hasta allí?

John menea la cabeza.

—Solo puede hacer desplazamientos de largo alcance entre esas grandes piedras de loralita que mencionó anoche. Y, si hacemos tramos cortos, nos arriesgamos demasiado a que alguien nos vea aparecer de la nada, o a acabar teletransportados dentro de una pared.

—Ya... Eso debe de doler.

Ajusto la webcam que está sujeta en la parte superior del ordenador para que apunte bien hacia mí. Cuando mi imagen aparece en la pantalla, me tomo unos segundos para peinarme un poco y luego exhibo mi sonrisa más cursi.

—Perfecto —aprueba John, aún pendiente de la pantalla.

—¡Qué puedo decir! Soy fotogénico.

—Siempre me había preguntado por qué el día dedicado a hacernos las fotos en el instituto de Paradise era conocido como la Jornada de Agradecimiento a Sam Goode.

—Pues ahora ya lo sabes.

Arrastro la foto por la pantalla y la descargo en uno de los programas que Sandor instaló en el ordenador. Inmediatamente, la imagen empieza a cambiar de dimensiones hasta que encuentra las adecuadas para un carné de conducir.

—Bueno —empiezo a decirle a John no muy convencido, sin encontrar otra palabra que me sirva de pie para lo que quiero preguntarle—. Me gustaría que me aclarases una cosa.

—Dime.

—¿Qué pasa contigo y con Seis ahora que se sabe que Sarah no es una traidora?

John se echa a reír.

—La verdad es que hablamos de ello camino de Arkansas. Creo que ahora estamos bien. Durante un tiempo, me sentí algo raro. Pero estoy con Sarah. Al cien por cien.

—Vale, genial —respondo, tratando de mostrar indiferencia.

Pero no debo de hacerlo muy bien, porque John me da con el codo y me dice:

—Es toda tuya.

Con solo oírlo, ya me arde la cara.

—No te lo preguntaba por eso.

—No, claro que no —exclama John, arrojándome un tornillo suelto que ha recogido de encima del escritorio—. ¿Ya te has olvidado de lo que ocurrió antes de que se fuera a España? ¡Te dije que le gustabas de verdad! ¡Y te besó!

Me encojo de hombros y le devuelvo a John el tornillo.

—Mmm, ahora que lo dices... La verdad es que algo me suena, pero apenas he pensado en ello.

Al decir eso, me acuerdo del abrazo que Seis me dio cuando nos encontramos de nuevo en Arkansas y me sonrojo aún más.

Por suerte, antes de que John pueda pitorrearse más de mí, aparece mi padre. Nos sonríe mientras se limpia la grasa de las manos con un trapo viejo. Se le ve cansado. Ha trabajado muchas horas en la maquinaria de la sala de entrenamiento, pero lleva una sonrisa satisfecha en el rostro. No cabe duda de que rebuscar entre piezas de tecnología lórica es mucho mejor que consumirse en una prisión mogadoriana.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto.

—La mente humana es algo asombroso, Sam —reflexiona mi padre—. Cuando se tienen lagunas en la memoria, como me pasa a mí, se aprende a apreciar lo que se recuerda. Si has realizado una labor el tiempo suficiente para haberla interiorizado, tus manos la repiten sin que tengas siquiera que pensar. ¿Quién necesita legados cuando se dispone del poder infinito de la mente humana?

—Pues a mí no me importaría tener alguno, la verdad —admito. Luego me vuelvo hacia John y le digo—: Perdona, a veces se pone filosófico con los temas relacionados con la ciencia.

—No pasa nada —responde John con una sonrisa melancólica, mirándonos alternativamente a mi padre y a mí.

—No me resulta fácil reparar todo eso —prosigue papá—. Sandor hizo un trabajo impresionante, y yo he estado fuera de juego durante mucho tiempo. Todo funciona tal como yo recordaba, pero es más reducido. Me parece que la Lectern es demasiado complicada para mí... No sé si podré conseguir que funcione al cien por cien. He logrado reparar los controles, y algunas de las trampas deberían funcionar también. No cabe duda de que no está todo perfecto, pero algo es algo.

—Estoy seguro de que irá genial —dice John—. Todo lo que pueda mejorar nuestros entrenamientos será bienvenido. Me gustaría poder celebrar una sesión

de grupo antes de ir a Flo...

Nueve abre la puerta del taller de Sandor con tanto ímpetu que casi la saca de sus goznes. Avanza a grandes zancadas y, de pronto, le arrea una patada a un montón de piezas y cables sueltos: circuitos electrónicos y trozos de metal vuelan hacia nosotros. Me protejo la cara con las manos, pero John detiene la metralla de la rabieta con su telequinesis.

—¡Por el amor de Dios! —le grita a Nueve—. ¡Cálmate!

Nueve levanta la mirada, sorprendido, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estábamos aquí.

—Lo siento —murmura, y se acerca a John pisando fuerte. Luego le tiende una mano derecha terriblemente hinchada—. Cúrame esto.

—Vaya —digo—. ¿Qué te ha pasado?

—Le he dado a Cinco un puñetazo en la cara —responde Nueve, como si fuera la cosa más normal del mundo—. Y no ha ido bien.

«Bueno, han tardado menos de lo que esperaba», pienso. Nueve ha estado chinchando a Cinco desde que llegamos. La verdad es que estoy más que sorprendido de que sea Nueve el que necesite una cura. No me imaginaba que la pelea fuera a terminar así. Me muerdo la lengua y dejo que John se las arregle con su perro de pelea herido. Lo coge del brazo, tal vez con más fuerza de la necesaria, y deposita la mano encima del puño destrozado del guardián herido. Pero no lo cura.

—Tienes que calmarlo —le aconseja John, mirándole a los ojos—. No debes atacar a nuestros amigos ni tampoco retarlos a pelear contigo en el tejado. Basta de tonterías, ¿vale?

Nueve fulmina a John con la mirada y, por un momento, temo que le vaya a asestar un puñetazo también a él. Pero no lo hace. En lugar de eso, le sonríe de oreja a oreja, como si todo hubiese sido una broma.

—Soy el peor comité de bienvenida que habías visto nunca, ¿a que sí?

—En Paradise, la madre de Sarah solía hacer galletas para los vecinos que acababan de mudarse al barrio. Tal vez tú deberías hacer lo mismo cada vez que le arrees a alguien —sugiero.

John se echa a reír y, mientras se dispone a curar la mano de Nueve, me dice:

—Me encanta la idea, Sam.

—Yo no hago galletas —gruñe Nueve, dedicándome una mirada mortífera.

Mi padre se aclara la garganta y todos nos volvemos hacia él. Está ahí plantado, de pie, con las manos a la espalda, y nos mira como debía de mirar a sus alumnos de la universidad.

—Nueve, me preguntaba si querías ayudarme en la sala de entreno.

—¿Con qué?

—Fue tu cêpan quien instaló todo este equipo. He pensado que tal vez tendrías

alguna idea de cómo funciona.

Nueve se ríe, sin dar crédito.

—Ya, pues lo siento, tío. Yo le dejaba este tipo de chorradas a él.

—Entiendo —responde mi padre; no ha dejado que la actitud fanfarrona de Nueve lo afecte lo más mínimo—. En este caso, tal vez podríamos tratar de descubrir juntos cómo funciona. ¿O estás demasiado ocupado dando puñetazos a diestro y siniestro?

Ante mi sorpresa, Nueve toma en consideración las palabras de mi padre. Veo en su rostro la misma mirada nostálgica que tenía John hace un momento y se me ocurre que ambos deben de haber pensado en sus cêpan. Y entonces me doy cuenta de la intención de mi padre: llegar al muchacho rabioso tratando de involucrarlo en un proyecto. Es una táctica típica de los padres, pero la admiro.

—Está bien, sí —accede Nueve—. Es mi mierda. Debería saber cómo funciona. Vamos.

Mientras Nueve y papá se dirigen a la sala de entreno, John se vuelve hacia mí y me dice:

—Tu padre es un buen tío. Deberíamos nombrarlo cêpan honorario.

—Gracias —respondo, con una sonrisa frágil.

Se me forma un nudo frío en el estómago: sé lo que les ha pasado a los cêpan de los miembros de la Guardia, lo que les pasa a los adultos. Es un pensamiento oscuro, soy consciente de ello, pero no puedo evitarlo. Acabo de recuperar a mi padre... y no quiero perderlo. Sin darme cuenta, he empezado a frotarme las cicatrices que tengo en las muñecas. John debe de haber intuido lo que estoy sintiendo, porque me pone la mano en el hombro y me dice:

—No te preocupes, Sam. No vamos a perder a nadie más.

Espero que tenga razón.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



—**ENTONCES ¿CUÁNDO OS VAIS A FLORIDA?** —**ME PRE**gunta Sarah tranquilamente, como si estuviera hablando de unas vacaciones que hubiera estado planeando.

Estoy destrozado. Sin embargo, se trata de un tipo de cansancio agradable: hoy ha sido un día productivo. No he pasado ni un minuto huyendo, ni escondiéndome, no ha habido ni un segundo perdido. Hemos catalogado el contenido de nuestros cofres, Sam ha conseguido imprimir carnés de identidad falsos bastante pasables y me he pasado un buen rato entrenándome en la recién reequipada sala de entreno.

—Espero que dentro de dos días —le respondo, echándome al suelo para hacer algunas flexiones antes de meterme en la cama—. Mañana quiero reunir a todo el mundo en la sala de entrenamiento, para ver cómo funcionamos como equipo. No creo que tengamos muchos problemas para recuperar el Cofre de Cinco, pero nunca se sabe. Nos vendrá bien tener algo de experiencia juntos. Y luego nos iremos.

Sarah se ha quedado en silencio. Levanto la mirada y la veo sentada en el borde de la cama, de nuestra cama —aún me parece extraño cuando lo pienso

—, con las piernas dobladas. Ya lleva puesto el pijama: una camiseta gris de cuello en V y unos calzoncillos míos. Me está mirando, pero no presta atención a lo que le digo. Me aclaro la garganta, y entonces parpadea y me ofrece una sonrisa torcida.

—Perdona, me has distraído con tus flexiones. ¿De qué estábamos hablando?

Me siento en la cama, a su lado, y paso los dedos por sus cabellos recién cepillados. Me sonrío, y, de pronto, ya no me siento tan cansado. Mentiría si dijera que no he pensado en lo que podría pasar entre nosotros ahora que compartimos cama. Entre las pesadillas de Ella, el mensaje de Cinco y mi insomnio, no hemos tenido ni un momento de tranquilidad desde que llegamos a Chicago. Además, con tanta gente durmiendo en las habitaciones de al lado no me ha parecido correcto.

—De Florida —le recuerdo.

—Ah, sí —repite Sarah—. Viviste allí durante un tiempo, ¿verdad?

—Sí, unos meses. ¿Por qué?

—Nada, trataba de despejar algunas incógnitas. Aún hay muchas cosas que desconozco de ti, John Smith. —Me pone la mano en la mejilla, y desliza los dedos por mi cuello y luego a lo largo del hombro—. Además, hablar me ayuda a distraerme de lo que realmente me apetecería hacer.

Le paso la mano por los cabellos, le acaricio el cuello y, a continuación, recorro lentamente su espalda con los dedos. Sarah se estremece y yo me acerco un poco más a ella e inclino la cabeza para apoyarla en la suya.

—Oye, parece que esta noche la cosa está tranquila... Creo que todos duermen.

Y, justo entonces, alguien llama a nuestra puerta. Sarah abre mucho los ojos y se echa a reír, muy sonrojada.

—¿Acaso uno de vuestros legados es elegir el momento menos oportuno?

Abro la puerta y me encuentro a Seis con el abrigo puesto, como si acabara de llegar de alguna parte. Mira a Sarah por encima de mi hombro y, al ver mi cara de exasperación, insinúa una sonrisa traviesa y me dice:

—Uy, ¿interrumpo algo?

—¡No pasa nada! —respondo, ironizando—. ¿Qué ocurre?

—Tienes que venir al tejado a ver esto. BK se ha vuelto loco.

Nos ponemos algo de ropa encima del pijama y recorremos el pasillo a la carrera, detrás de Seis. Oigo a BK incluso antes de empezar a subir la escalera que conduce al tejado: parece la mezcla de un lobo aullando y un elefante haciendo sonar la trompa. Es un sonido fuerte y conmovedor, nada desagradable, pero que sin duda no pertenece a la Tierra.

—No se calla —protesta Nueve en cuanto pongo los pies en el tejado.

Se frota las sienes, probablemente exhausto de tanto usar la telepatía para tratar de calmar al animal.

BK aún sigue conservando la forma de beagle, pero su contorno se extiende y se agita erráticamente, como si fuera a convertirse en algo distinto en cualquier momento. Tiene el cuerno que sacamos del Cofre de Ocho cogido entre los dientes, pero eso no mitiga en absoluto sus aullidos. La saliva de BK recorre la superficie del asta y acaba goteando en su pelaje. BK está en pie, apoyado en sus patas traseras, con el hocico levantado hacia la luna, mientras sigue emitiendo ese sonido melancólico. Es como si estuviera en una especie de trance.

Ocho se teletransporta desde los pies de la escalera.

—Les he pedido a Sam y a Malcolm que controlen los canales de emergencia, por si algún vecino llama a la policía —anuncia—. No sé qué mosca le ha picado, John, pero creo que tiene algo que ver con ese cuerno.

—¡Mierda! —exclama Seis. Chasquea los dedos justo delante de BK y le grita—: ¡Ya basta, Bernie Kosar!

BK ni siquiera parece oírlo. Veo a Marina en el borde del tejado, sirviéndose de su visión nocturna para controlar que nadie nos vea. Por suerte, estamos muy arriba, y Chicago es tan ruidosa que dudo de que nadie pueda oír a BK. A pesar de ello, no quiero correr ningún riesgo.

—¿Habéis tratado de arrebatarle el cuerno? —pregunto.

—Sí —responde Nueve—. Y no le ha gustado nada. Se ha puesto a gruñirme como un loco y no lo ha soltado. No he querido hacerle daño.

—Esto no es propio de BK —observa Sarah con los ojos muy abiertos; está visiblemente preocupada.

—¿Y si tiene algún tipo de pesadilla de quimera? —sugiere Seis.

Sacudo la cabeza. BK empezó a comportarse de forma extraña cuando cogió el cuerno. Y no parece que nada en el contenido de nuestros cofres pueda perjudicarnos. Incluso mi brazalete, que al principio me dolía a horrores, acabó siendo útil. Tiene que haber una explicación racional para esto.

—¿Dónde está Ella? —pregunta Sarah—. ¿Y si esto es lo mismo que le ocurre a ella, pero para quimeras?

—Está descansando —responde Marina—. Y esto parece totalmente diferente.

Trato de emplear la telepatía (*Bernie Kosar, debes calmarte ahora mismo*), pero no obtengo respuesta. Al no encontrar otra opción salvo la de tratar de arrebatarle el cuerno, doy un primer paso hacia él. Antes de que dé el segundo, Bernie se echa al suelo y suelta su botín. A pesar de que todo ha terminado, sus aullidos siguen resonando en mis oídos durante unos segundos. Cojo el cuerno cubierto de babas recorriendo a la telequinesis y lo sostengo en el aire. BK jadea alegre, mirando a todo el mundo.

Establezco contacto visual con Nueve, y los dos conectamos telepáticamente con BK.

—Es como si no supiera lo que ha pasado —digo.

—¿Has bebido, BK? —pregunta Nueve, desconcertado.

BK se acerca a nosotros corriendo y agitando la cola. Parece tan eufórico como cuando hemos vuelto de alguno de sus mejores paseos.

—Nos has asustado —le digo—. ¿Sabes que estabas aquí soltando todo tipo de ruidos?

BK se sienta a mis pies, y Sarah se agacha para acariciarle las orejas.

—¿Podéis preguntarle qué estaba haciendo? —Nos pide Sarah a mí y a Nueve.

—Puedo intentarlo —respondo. Nueve también asiente, mirando a BK con los ojos entornados—. Empleo un montón de imágenes y sentimientos, ¿sabes? No exactamente palabras.

—Ladridos telepáticos —observa Ocho.

—Algo así —responde Nueve.

—Dice... —Hago una pausa para asegurarme de que interpreto correctamente los pensamientos de BK—. Dice que estaba llamando a los otros. —Sostengo el cuerno en alto—. Supongo que es para lo que debe de servir esto.

—¿A los otros? —pregunta Marina—. ¿Quiere decir las quimeras que vinieron en la nave de Ella?

—Supongo —respondo, mirando a BK—. ¿Crees que te han oído?

BK se echa sobre el lomo con las patas al aire, esperando que Sarah le acaricie la barriga. Supongo que, para una quimera, eso debe de ser como un abrazo.

—No lo sabe —digo.

Nueve sacude la cabeza.

—Bueno, crisis superada —concluye—. Me voy a la cama. ¿Sería mucho pedir una noche sin gritos ni aullidos, por favor?

Todos lo siguen escaleras abajo. Los únicos que nos quedamos en el tejado somos Sarah, BK y yo. El aire nocturno es fresco y, ahora que BK ha dejado de montar tanto escándalo, todo está muy tranquilo. Me arrodillo junto a Sarah y la abrazo.

—¿Tienes frío?

—No mucho —dice, con una sonrisa—. Pero puedes seguir abrazándome. Ya veo por qué te gusta tanto subir aquí.

Nos quedamos así sentados durante un rato: Sarah entre mis brazos, mientras los dos contemplamos la ciudad de Chicago desde lo alto. Es uno de esos momentos perfectos, el tipo de momento que necesito guardar en mi memoria para recordarlo cuando las cosas vayan mal.

Y entonces, tal vez porque Sarah tiene razón y elegir el momento menos oportuno es uno de mis legados, una sombra oscura se descuelga del cielo nocturno y se precipita hacia nosotros.

CAPÍTULO VEINTICINCO



—¿QUÉ ES ESO? —GRITA Sarah.

—No lo sé —respondo dando un salto y plantándome de manera instintiva entre Sarah y la mancha negra que se acerca peligrosamente hacia nosotros desde el aire.

Enciendo mi lumen y el calor me hace sentir cierto consuelo: estoy listo para lo que sea.

La forma oscura reduce la velocidad. No cabe duda de que es una persona. La silueta aterriza graciosamente al otro lado del tejado, levantando los brazos en señal de paz.

—Es Cinco.

—Eh, tíos —grita él—. Estáis despiertos. ¿Os he asustado?

—¿A ti qué te parece? —le espeta Sarah señalando las bolas de fuego que aún tengo en las manos.

Todavía nervioso, dejo por fin que se apaguen. Cinco, que lleva puesta una sudadera y unas medias negras, se quita la capucha y entonces veo aparecer su rostro arrepentido.

—Otras, perdonad. No creía que nadie fuera a darse cuenta.

Por unos segundos, he creído que alguien iba a atacarnos, así que le digo con más dureza de la que pretendo:

—¿Se puede saber qué demonios estabas haciendo?

—Volando por ahí. A veces me gusta comprobar lo alto que puedo llegar.

Trato de encontrar una respuesta que no parezca demasiado autoritaria. Estoy completamente a favor de que nos entrenemos, y cuanto más, mejor, pero volar por la ciudad de Chicago me parece una idea totalmente estúpida. Esconderse de todos es una cosa; esconderse mientras hay adolescentes planeando por el aire cerca de tu base es otra.

—¿No te preocupa que alguien pueda verte? —pregunta Sarah, quitándose las palabras de la boca.

Cinco sacude la cabeza.

—No te ofendas, Sarah, pero te sorprendería saber lo poco que tu gente se molesta en mirar hacia arriba. Además, es de noche y voy vestido de negro. Creedme, chicos, soy muy precavido.

—Aun así, hay que pensar también en las cámaras, los aviones, o qué sé yo que otras cosas —insisto, conteniéndome para no sermonearlo.

Cinco suspira hondo y levanta las manos, como si estuviese harto de discusiones. Después de la pelotera que ha tenido con Nueve, supongo que no quiere más problemas.

—Si me lo pides, pararé de hacerlo —me dice—. Pero tienes que saber que estoy mejorando mucho. Cubro cada vez más distancia en menos tiempo. De hecho, podría plantarme en un abrir y cerrar de ojos en los Everglades, recoger mi Cofre y estar de vuelta antes de la hora del desayuno.

Me gusta esta actitud colaboradora de Cinco; de pronto, no me parece el tipo de chico del que tenga que preocuparnos que prefiera los videojuegos al entrenamiento. A pesar de ello, sacudo la cabeza y le digo:

—No, iremos como un equipo, Cinco. A partir de ahora, nadie tendrá que hacer las cosas solo.

—Estaremos más seguros. Tienes razón. —Cinco bosteza y estira los brazos—. Está bien. Me voy a acostar. Mañana por la mañana, lo primero la sala de entrenos, ¿vale?

—Vale.

En cuanto Cinco ha desaparecido escaleras abajo, me vuelvo hacia Sarah. Está contemplando el cielo nocturno con una sonrisa tímida en los labios. La cojo de la mano.

—¿Qué piensas de esto? —le pregunto.

Sarah se encoge de hombros y me responde:

—Si pudieras volar así, ¿no harías como él?

—Solo si tú volaras conmigo.

Sarah levanta la mirada, dándome un golpecito en las costillas con el hombro.

—Venga, tío cursi. Vámonos a la cama antes de que suceda otra locura.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



—¿ESTÁS SEGURA DE QUE ESTÁS PREPARADA PARA ESTO?

Ella asiente con la cabeza mientras nos dirigimos juntas a la sala de entrenamiento. Está pálida, y bajo esos ojos suyos tan enormes se han formado unas ojeras muy oscuras, como si acabara de pasar por una horrible enfermedad. Esta noche no ha habido ni pesadillas ni gritos, pero, aun así, se la ve muy demacrada.

—Puedo hacerlo —dice Ella, poniéndose bien derecha.

—Nadie pensará mal de ti si no participas —le aseguro.

—No tienes por qué tratarme con guantes de seda —me responde con aspereza—. Puedo entrenar tan duro como todos vosotros.

Asiento, sin discutir. Después de todo, tal vez le venga bien un poco de actividad física. Al menos, la agotará lo suficiente como para que luego pueda descansar de verdad.

Somos las dos últimas en llegar. Todos los demás están de pie, en medio de la habitación, vestidos con la ropa de entreno. Malcolm espera sentado ante la consola de la Lectern, examinando los mandos y los botones relucientes desde detrás de sus gafas.

Nueve nos aplaude al vernos entrar.

—¡Genial! ¡Ya podemos empezar! ¡La prueba definitiva para evaluar el trabajo en equipo y, esto..., la capacidad de patear culos!

Seis mira al techo, exasperada, y Cinco reprime un gruñido. Yo estoy de pie junto a Ocho, que me dedica una sonrisa rápida. Espero que nos pongan en el mismo equipo.

—Las reglas son sencillas —empieza a decir Nueve. Señala ambos extremos de la sala, donde ha instalado un par de banderas improvisadas hechas con viejas camisetas de los Chicago Bulls—. El primer equipo que consiga hacerse con la bandera del oponente y la cuelgue junto a la suya será el ganador. Habrá que emplear solo los medios antiguos: no vale usar telequinesia. Ah, ni tampoco teletransportar la bandera a nuestro terreno... Y eso va por ti, Ocho.

—No te preocupes: me gusta el reto —le responde con una sonrisa.

Amontonados en el suelo hay cuatro rifles mogadorianos de los que me agencié cuando salimos de Arkansas. Pensé que tal vez nos vendrían bien para realizar ejercicios de este tipo. Veo que Sam los observa algo inquieto.

—¿Para qué son? —pregunta.

—Cada equipo tendrá dos armas —aclara John, interviniendo—. Malcolm ha modificado los rifles para que no sean letales; los ha convertido en una especie de pistolas paralizantes. En las batallas, siempre hemos acabado usando las armas de los mogos contra ellos; he pensado que podría ser una buena práctica.

—Además, también queríamos dar la oportunidad de luchar a los que no forman parte de la Guardia —anuncia Nueve mirando a Sam y a Sarah.

Malcolm sale de detrás de la Lectern con las manos en la espalda.

—Voy a usar los sistemas de la sala de entrenamiento para activar algunos obstáculos —anuncia—. Recordad: si alguno de vosotros resulta herido, habrá tiempo muerto para que Marina o John puedan curaros.

Nueve suspira, algo irritado.

—No hay tiempos muertos en las batallas de verdad, así que tratemos de mantener las bajas al mínimo.

John mira alrededor y hace un planteamiento menos arrogante.

—Recordad que todo esto es solo para practicar. Nadie trata de matar a nadie.



John y Nueve son los capitanes y nos dividen a todos en dos equipos. John elige en primer lugar a Seis; luego Nueve selecciona a Ocho. A continuación, John se lleva a Cinco, y Nueve, a Marina. La tercera elección de John es Bernie Kosar, y entonces Nueve sorprende a todo el mundo al elegir a Sarah. Yo esperaba que me seleccionaran en el último turno; no hay por qué avergonzarse por ello

cuando todos los demás tienen superpoderes. John me elige, probablemente para repartir a los humanos de manera equitativa, de modo que Ella se queda en el equipo de Nueve.

Todos nos apiñamos en nuestro lado del gimnasio.

—Me haré invisible enseguida —anuncia Seis—. Vosotros mantened a los demás entretenidos y yo trataré de alcanzar su bandera.

John asiente.

—El que más me preocupa es Ocho. No creo que espere mucho a teletransportarse a nuestro terreno y hacer algún movimiento para conseguir la bandera. Sam, quiero que tú y Bernie Kosar la vigiléis bien.

Acaricio a BK en la cabeza. Su pelaje de beagle se transforma en un suave abrigo de piel de tigre bajo mis dedos.

—Sí. Podremos con esto —digo.

—Cinco, tú y yo nos encargamos de atacar. Mantenlos entretenidos mientras Seis se abre paso hacia la bandera.

Cinco mira por encima del hombro al grupito que ha formado el otro equipo.

—Quiero ir a por Nueve.

John y yo intercambiamos una mirada rápida: ambos tenemos en mente el incidente de ayer. No todos los días alguien se ofrece a enfrentarse cara a cara con el loco de las peleas de la Guardia.

—Claro. Yo te cubro la espalda —accede John, encogiéndose de hombros—. Pero esta vez no te pases con él, ¿ok?

Cinco sonríe y, mirándole con arrogancia, responde:

—No te prometo nada.

Cuando nuestro grupo se dispersa, le digo a Seis con una sonrisa:

—Buena suerte. Seguro que a ti no te verán venir.

¡Qué poca gracia tengo! *Oh, genial, Sam.* Seis me sonríe brevemente, coge una de las armas mogadorianas y me la lanza.

—Gracias, Sam. Cuento contigo: espero que me cubras, ¿vale?



—Me teletransportaré hasta allí, les cogeré la bandera y vendré como un rayo —dice Ocho, haciendo chasquear los dedos—. Ni siquiera nos despeinaremos.

Nueve sacude la cabeza.

—Esto es exactamente lo que esperan que hagamos. Así que adelante, hazlo. Pero solo será una maniobra de distracción.

Sarah levanta la mano e, interrumpiendo la exposición de Nueve, pregunta:

—Disculpa, Nueve, pero es que tengo que saberlo. ¿Por qué me has elegido?

—Eres mi arma secreta, Hart —le responde con una sonrisa—. John no

servirá para nada mientras te vea ponerle morritos.

—¿Morritos? —repite Sarah con frialdad, apuntando a Nueve con el cañón mogadoriano que ha recogido del suelo—. ¿Quieres que apriete el gatillo?

—Yo la he visto disparar —observo—. No va a fallar.

La vi en acción durante el entreno. Me da envidia: ¡tiene tanta puntería! Yo no he sido capaz de adaptarme a las armas de fuego tan deprisa como ella. Me ponen nerviosa.

—Ya lo sé —reconoce Nueve, muy serio—. Por eso será uno de los encargados de pararle los pies a Seis.

—Pero ¡si Seis se hará invisible! —observa Ocho—. ¿Cómo se supone que vamos a enfrentarnos a eso?

—Ahí es donde entra Ella —responde Nueve.

Ella levanta la mirada desde detrás del arma con la que está jugueteando, visiblemente sorprendida de oír su nombre. Creo que le ha sabido mal ser la última en ser elegida.

—¿Yo? —pregunta, sin dar crédito.

—Joder, sí, tú —responde Nueve—. Cuando Seis se haya hecho invisible, utilizarás tus dotes telepáticas para localizarla. Y entonces tú y Sarah iréis a por ella.

—Esto... No sé si sabré hacerlo.

—Pero si la localizaste en esa base descomunal de Nuevo México. Esto no es más que una habitación —le dice Nueve cogiéndola por los hombros con intención de animarla—. Tú confía en mí, ¿vale?

—Y yo ¿qué voy a hacer? —pregunto.

Nueve pone esa mirada orgullosa tan típica de cuando cree que se le acaba de ocurrir algo realmente jugoso (me parece recordar que, en alguna ocasión, John se ha referido a ella como la mirada «comemierda»). Cuando me coge de la mano, se me eriza el vello del brazo y una descarga de corriente me recorre el cuerpo.

—Tú, Marina, eres mi auténtica arma secreta.



—¿Están listas ambas partes? —grita Malcolm desde la Lectern.

Los dos equipos se mantienen a una distancia de unos diez metros el uno del otro, cerca del punto medio de la sala de entrenamiento. Miro alrededor. Todo el mundo parece resuelto. Sam ya ha empezado a sudar un poco y trata de agarrar bien el arma. Enfrente de mí, Sarah me dedica una sonrisa inocente mientras blande su propio cañón mogadoriano. El corazón se me acelera al verla, pero trato de mantener una expresión seria.

—¡Listos! —le grito a Malcolm.

—¡Vamos a patear esos culos! —exclama Nueve.

Malcolm acciona algunos de los botones de la Lectern y la habitación cobra vida. Partes del suelo se levantan y crean zonas tras las que podemos escondernos. Un par de pelotas terapéuticas cuelgan del techo sujetas a unas cadenas. De las paredes surgen boquillas que escupen humo de vez en cuando.

—¡Adelante! —grita Malcolm.

Nadie se mueve durante unos instantes. Luego, de pronto, mi brazalete se activa. Mi escudo rojo se despliega justo a tiempo de protegerme del disparo de uno de los cañones. Miro al otro lado de la habitación y veo a Sarah sonriéndome mientras su arma humea.

—¡Lo siento, cariño! —me grita, antes de desaparecer detrás de uno de los parapetos.

Seis se esfuma a mi derecha, mientras, a mi izquierda, Sam retrocede hacia nuestra bandera. Todo el mundo se mueve de un lado a otro y, de pronto, la sala parece el escenario de una auténtica batalla. Es un caos.

Y ahí está Nueve, acercándose directamente hacia mí.

Es tan rápido que apenas tengo tiempo de disparar mi lumen y arrojar una de mis bolas de fuego en su camino. De pronto, se abalanza hacia delante de un salto y aterriza encima de mí. Yo caigo hacia atrás y mi escudo queda desplegado entre los dos, sujetándome contra el suelo. Nueve golpea el escudo con todas sus fuerzas. El material rojo del que está formado se abolla en algunas partes, pero, aun así, aguanta. Frustrado, Nueve se aleja de mí de un salto y mi escudo se esconde de nuevo en el brazalete. Me pongo en pie tan deprisa como puedo, pero, a pesar de la protección que me ha proporcionado el escudo, el ataque de Nueve me ha dejado sin aliento. Soy más lento de lo que debería.

—Tú y tus malditas joyas, Johnny —gruñe Nueve—. He estado pensando en esa cosa desde la última vez que luchamos. Me solté una descarga cuando traté de arrancártela con la mano, así que me pregunto qué pasará si...

Siento la fuerza de su telequinesia, pero ya es demasiado tarde: no puedo hacer nada para evitarlo. Nueve me arrebata el brazalete y lo arroja a un lado.

—¡Ja! —grita, encantado—. ¿Y ahora qué?

Justo cuando está a punto de cargar contra mí, el brazo elástico de Cinco se enrolla alrededor de su cintura y lo echa a un lado. Nueve enseguida vuelve a ponerse en pie y Cinco se queda plantado delante de él, haciendo girar su bola de goma y la de metal en la palma de la mano. Su piel de caucho adquiere entonces la textura del acero.

—¿Listo para probar de nuevo? —le pregunta Cinco a Nueve.

—Oh, no lo sabes tú bien —responde Nueve con un gruñido.



Ocorre justo lo que ha predicho John. En cuanto voy a cobijarme junto a nuestra bandera, Ocho se teletransporta allí cerca. Tengo presente las normas, es decir, que no está permitido teletransportar la bandera al otro extremo de la habitación, así que espero a que Ocho arranque el trofeo de la pared. En cuanto lo hace, lo rocío con el fuego de mi cañón.

Ocho aúlla, sorprendido, cuando mi primera descarga impacta contra su espalda, y acaba tendido en el suelo. Entonces gira sobre sí mismo y exclama:

—¡Joder, Sam! No está nada bien esto de disparar a alguien por la espalda...

Inclino el arma para apuntarle bien y le grito:

—¡Suelta la bandera!

—Me parece que no —dice, y se pone en pie de un salto.

Descargo un par de disparos más, pero Ocho los esquivo hábilmente, bailando detrás de uno de los parapetos. A pesar de ello, lo tengo acorralado y él lo sabe. No hay modo de que pueda recorrer la habitación y alcanzar el otro lado con nuestra bandera en la mano.

—Vale, Sam, a ver si puedes con esto —me desafía Ocho.

Se mete la bandera en la boca y empieza a transformarse en una extraña criatura de diez brazos con aspecto leonino. Entonces, se acerca con pesadez hacia mí por encima del parapeto y, de un zarpazo, me arranca el cañón mogadoriano de las manos.

—¡Cógelo, BK! —grito.

Antes de que Ocho pueda hacer otro movimiento, Bernie Kosar se estrella contra él. BK ha adoptado la forma de una boa constrictor y envuelve a Ocho con su cuerpo, inmovilizándole los brazos a ambos lados. Cuando Ocho boquea tratando de tomar aire, la bandera se le escapa por la boca. Yo se la arrebató y vuelvo a colgarla en nuestra pared.



Sarah y Ella, ambas agazapadas detrás de un parapeto cercano a nuestra bandera, apuntan sus cañones a un lado y otro de la habitación. Buscan un objetivo que no puedo ver.

—Vamos, Ella —la anima Sarah, esperanzada—. Puedes hacerlo.

Ella está tan concentrada tratando de localizar a Seis telepáticamente que tiene las facciones tensas. Espero que, después de todo lo que sufrió ayer, esto no le suponga un esfuerzo excesivo. De pronto, se le ilumina el rostro y exclama:

—¡Ahí!

Y empieza a disparar el arma hacia la derecha, aparentemente a la nada. Sarah sigue su ejemplo, sin apuntar a ningún lugar concreto, tratando tan solo de cubrir la misma área que Ella.

La mayoría de los disparos van a parar directamente a la pared. Sin embargo, tras algunas descargas, uno de los chorros eléctricos parece detenerse en medio del aire. Después de oírlo crepitar durante unos instantes, distingo la imagen del esqueleto de Seis —casi como en los rayos X— desplomándose en el suelo. Seis se hace visible de nuevo: parece sorprendida y confundida de que la hayan pillado. Tiene que retroceder arrastrándose por el pavimento para evitar otra de las lluvias de disparos de Sarah y Ella.

—¡Buen trabajo! —grito.

Ella y Sarah se toman un momento para hacer chocar los cinco y vuelven a apuntar a Seis.

Me desplazo furtivamente pegada a la pared, observando la acción desde el lateral de la sala. De momento, nadie me presta atención, justo lo que quiere nuestro equipo.

En el centro de la habitación, Nueve se agacha por debajo de uno de los puños metálicos de Cinco, le agarra el brazo que pasa volando por encima de su cabeza y lo retuerce hasta llevarlo a la espalda de su atacante. Luego, empieza a examinarle los dedos.

—Puede que estés hecho de metal —oigo que dice Nueve con un gruñido—, pero sigues siendo menos fuerte que yo.

Nueve lo obliga a abrir la mano y enseguida oigo el ruido metálico del cojinete al impactar contra el suelo. Inmediatamente, la piel de Cinco recupera su aspecto normal. Nueve aprovecha entonces para arrojar a su contrincante contra una de las pelotas medicinales que se balancean, colgadas del techo. La pelota le golpea en la cara, y Cinco cae al suelo con un gruñido y enseguida se lleva la mano a la cabeza.

—Ups —dice Nueve—. Parece que alguien ha perdido sus pelotas...

Me he distraído con la pelea y he estado a punto de pisar el brazalet que Nueve le ha arrancado a John de la muñeca. Se me ocurre que tal vez pueda sernos útil, de modo que lo recojo y me lo pongo. La sensación helada que se apodera de mi brazo me sorprende tanto que poco me falta para arrancarme esa cosa de un tirón. Me obligo a concentrarme, y sigo avanzando pegada a la pared, manteniéndome fuera del alcance de las miradas.

—¡Eh! —Oigo que grita John; tardo unos segundos en darme cuenta de que me está hablando a mí—. ¡Tienes algo que me pertenece!

Veo surgir llamas de sus dos puños, y enseguida me arroja dos bolas de fuego del tamaño de una pelota de básquet.



No le habría lanzado a Marina bolas de fuego tan potentes de no haber estado seguro de que el brazalete iba a detenerlas. El escudo se despliega justo en el momento de absorberlas, pero la fuerza del impacto arroja a Marina contra el muro y la deja medio aturdida. No sé lo que pretende avanzando a hurtadillas por los laterales de la sala, pero estoy convencido de que debe de formar parte de algún plan que ha trazado su equipo.

Vuelvo la cabeza y veo a Cinco en el suelo, retrocediendo, tratando de escaparse del avance acechante de Nueve. Le arrojo a Nueve una bola de fuego y se aleja unos metros. Esto le brinda a Cinco la oportunidad de ponerse en pie y distanciarse un poco de su perseguidor. Por supuesto, en cuanto Cinco se levanta de nuevo, una descarga procedente del arma de Sarah lo devuelve al suelo. Vale, está desarticulando a mi equipo, pero no puedo evitar emocionarme al ver lo bien que se las arregla mi novia.

De momento, Cinco tendrá que espabilarse solo. Debo descubrir qué pretende Marina y recuperar mi brazalete. Me precipito hacia ella justo cuando se ha alejado de la pared. Al verme, abre mucho los ojos y me recibe con una patada en la pierna. Esquivo el golpe y la inmovilizo contra la pared, al tiempo que trato de arrancarle el brazalete de la muñeca.

—¿Qué pretendes, Marina?

—¡No pienso decírtelo! —me grita, y enseguida toma aire y trata de asestarme un golpe con la cabeza.

No cabe duda de que Nueve le ha estado enseñando a jugar sucio.

—¡John! —Oigo que grita Sam desde el otro extremo de la sala—. ¡Cuidado!

Enseguida imagino la que se me viene encima, pero no tengo modo de esquivar el golpe. Ocho se teletransporta junto a mí y me aleja de Marina clavándome un puñetazo en la mandíbula. Cuando me vuelvo para enfrentarme a él, Ocho se teletransporta justo detrás de mí y me patea la espalda con los pies. Me tambaleo y me apoyo en una sola rodilla. ¿Cómo se supone que puedo vencer a alguien con la capacidad de teletransportarse en un combate cara a cara?



Trato de disparar a Ocho, pero se mueve demasiado deprisa. Se teletransporta al lado de John, le atiza un puñetazo rápido y desaparece antes de que su contrincante pueda contraatacar. Junto a mí, Bernie Kosar mantiene aún su aspecto de boa, el mismo que tenía cuando Ocho se ha teletransportado para huir

de su abrazo mortal.

—¡BK, ayuda a John! Ya vigilo yo el frente.

BK se transforma entonces en un enorme halcón y levanta el vuelo para socorrer a John. Eso me deja como único defensor de la bandera.

Nuestra mejor baza para poder ganar sigue siendo Seis. Está atrapada detrás de un parapeto: Sarah y Ella no paran de dispararle para impedir que salga de ahí. La veo claramente desde mi posición. Está agachada, concentrándose, y una brisa suave agita un poco sus cabellos negros.

Un momento. ¿De dónde procede esa brisa?

De pronto, la presión del aire de la habitación cambia. Seis se pone de pie, aún detrás de la barrera, y abre las manos hacia Sarah y Ella. Ella sale disparada hacia atrás y, después de dar varias vueltas en el aire, acaba golpeándose contra la pared. Sarah también cae de espaldas y el arma se le escapa de las manos.

Antes de que las dos hayan aterrizado en el suelo, Seis ya ha echado a correr. Sarah alarga el brazo para recuperar el cañón, pero Seis recurre a la telequinesia para alejarlo por el suelo. Luego, da un salto en el aire, coge la bandera que cuelga de la pared y se vuelve para mirarnos.

—¡Vamos, Seis! —le grito, orgulloso.

Allí nadie debe de hacer esta distinción, pero, para mí, John, Seis y yo somos los originales compitiendo contra los nuevos. ¡Y estamos ganando!

Mientras Seis corre hacia nuestro bando, mantengo el cañón abajo, listo para echarme al suelo y cubrir a nuestra compañera con mis disparos.

Ocho está demasiado ocupado tratando de manejar a John y a BK como para darse cuenta de que Seis se acerca corriendo hacia nosotros. Nueve, sin embargo, ve lo que está ocurriendo, así que arroja al suelo a un Cinco exhausto y entumecido y echa a correr con la intención de interceptar a Seis en medio de la sala. Al darme cuenta de la maniobra, albergo la esperanza de que Seis se vuelva invisible. Pero no lo hace. De hecho, casi parece que quiera enfrentarse a Nueve.

Nueve empieza lanzándole a Seis un buen derechazo a la cabeza, pero ella lo esquivo sin problemas haciéndose a un lado. Seis le golpea entonces un par de veces en la nuca y luego trata de hacerlo caer lanzando su pierna a ras de suelo, directa contra sus pies. Nueve salta por encima de la pantorrilla de Seis y la agarra de la muñeca cuando ella trata de aplastarle la nariz con la palma de la mano. Nueve le arrea un puñetazo con su mano libre, pero Seis bloquea el envite y le retuerce el brazo. Forcejean, cada uno controlando uno de los brazos del otro. Seis se retuerce y lucha con todas sus fuerzas, pero parece que Nueve empieza a ganar terreno.

Por un momento, me quedo paralizado contemplando cómo luchan; supongo que es mi tendencia natural a mantenerme al margen cuando los miembros de la Guardia pelean, tanto si es en contra de los mogadorianos o entre ellos. Pero entonces me doy cuenta de que tengo a Nueve en el punto de mira. Su generosa

espalda es un blanco perfecto. Podría poner fin a este juego ahora mismo. Con solo apretar el gatillo, Nueve se desplomaría en el suelo y Seis llegaría a la meta y podría volver con su equipo.

Apunto bien y disparo.

No sé cómo lo hace, tal vez es que tengo mala suerte, pero Nueve intercambia su posición con Seis justo cuando aprieto el gatillo. La descarga impacta en la espalda de Seis y ella se desploma en el suelo, haciendo movimientos espasmódicos. La bandera se escapa de entre sus dedos y Nueve se hace con ella.

—¡Seis! —grito, desconcertado—. ¡Lo siento!

Ni siquiera veo venir a Marina.



Vamos, Marina, esta es tu oportunidad. ¡Adelante!

Aprovecho que Sam está distraído para correr a arrebatarles la bandera. Se fija en mí cuando empiezo el camino de vuelta hacia nuestro bando, pegada a la pared. Trata de apuntarme, pero le arrebato el arma de las manos recurriendo a la telequinesia. A partir de ahora ya no será un problema. Cinco se encuentra a solo unos pasos, visiblemente aturrido después de forcejear con Nueve. Él tampoco va a ser un problema.

Es de John y de Bernie Kosar de los que tengo que preocuparme.

Los dos se alejan de Ocho cuando me ven corriendo con la bandera en las manos. Ocho se teletransporta inmediatamente para reaparecer en el camino de BK, lo aborda, y se teletransporta con él al otro lado de la habitación. Así solo queda John.

Nueve trata de interceptarlo, pero, a pesar de que Seis aún está ligeramente aturrida por la descarga que ha recibido, se las arregla para estirar rápido la pierna y hacerlo tropezar. Eso le deja a John el camino libre hasta mí. Todavía llevo su brazalete, así que sin duda debe de saber que arrojarme una de sus bolas de fuego no va a servir de nada. En lugar de eso, se me acerca directamente para interceptarme el paso.

Al principio me resulta un poco desconcertante usar el legado antigravedad que Nueve me ha transferido al empezar el combate. Es extraño sentir que el mundo se inclina a un lado mientras me encaramo por la pared, plantando los pies por lugares por los que en otro momento me habría resultado imposible pasearme. John se acerca tan deprisa que no tiene tiempo de frenar y acaba empujándose contra la pared, justo debajo de mí.

Recorro el techo a saltos hasta que alcanzo nuestro lado de la sala y, una vez allí, salto al suelo sosteniendo la bandera en lo alto. Una parte de mí aún no puede

creerlo, ni siquiera cuando Malcolm hace sonar el silbato para señalar el final del juego. Lo he hecho. ¡Hemos ganado!



—¡Mierda! —digo, frotándome la cabeza allí donde me he golpeado contra la pared—. No lo he visto venir.

No puedo evitar sonreír cuando veo a Marina dando saltos de alegría. Ocho se teletransporta desde el otro lado de la habitación para estrecharla en un abrazo y Ella corre hacia allí para reunirse con ellos. Nueve se acerca cojeando, con la mano extendida.

—Buen juego, jefe —me dice.

—Sí, tú también —respondo, estrechándole la mano.

Hace solo unas semanas, la idea de perder ante Nueve me habría sacado de quicio. Ahora, sin embargo, no parece que me importe demasiado. Lo realmente importante es que los dos bandos han trabajado bien como equipo. Se han empleado correctamente los legados y las habilidades para la lucha, y todos han sido capaces de protegerse unos a otros: sé que solo ha sido un juego, pero ahora estoy convencido de que podemos conseguir cualquier cosa.

Nueve se aleja para ayudar a Cinco a ponerse en pie. El chico parece bastante hecho polvo: tiene un lado de la cara lleno de moratones y lleva uno de los brazos colgando flácidamente. Nueve se esfuerza en quitarle importancia.

—Sin resentimientos —le dice, con una sonrisa burlona.

—Claro, claro —responde Cinco, malhumorado.

Sam se arrodilla junto a Seis. Ya hace un rato que ha recibido la descarga eléctrica del cañón, pero su cuerpo aún sigue sacudiéndose. Está claro que Sam se siente culpable.

—Seis —empieza a decirle—. Lo siento, de verdad que no quería...

—Tranquilo, Sam —responde ella moviendo la mano para quitarle importancia—. Ha sido un accidente.

—No del todo —les interrumpe Nueve, al pasar—. Ella me ha avisado telepáticamente de que ibas a disparar. Por eso he puesto a Seis delante.

Todos nos volvemos para mirar a Ella. Su rostro se ilumina de la emoción. Parece más llena de vida que antes de empezar. Y más despierta.

Cuando los demás cruzan la habitación para felicitar a Marina y recibir las curas, Malcolm se me acerca.

—Bien hecho —me dice, dándome una palmadita en la espalda.

—No exactamente. Hemos perdido.

Malcolm sacude la cabeza y añade:

—No me refería a eso. Bien hecho, porque los has reunido a todos. ¿Sabes lo

que he visto durante este juego, John?

Levanto la mirada hacia él a la espera de una respuesta.

—Una fuerza admirable.

CAPÍTULO VEINTISIETE



EN CUANTO SALGO DE LA DUCHA, DESPUÉS DEL ENTREno, Sam me está esperando en el pasillo, junto a la puerta del baño. Frunce el ceño, y veo en sus ojos la misma mirada que ha tenido desde que nos han arrebatado la bandera: en lugar de cometer un error en una práctica de entreno, parece que hubiera perdido una guerra él solito.

—He metido la pata hasta el fondo —dice—. Ahora entiendo por qué no me llevas contigo a los Everglades.

Una vez todos curados, el grupo se ha reunido y ha votado por unanimidad que viajaríamos a los Everglades mañana mismo. El hecho de que Sam se quede no tiene nada que ver con su actuación en la sala de entreno; simplemente resulta más útil que esté con Malcolm en Chicago, pendiente de la tableta, para poder coordinar si debemos separarnos y establecer nuevas transmisiones en caso de que surjan problemas. Se trata de una labor importante, pero no voy a poder convencer a ninguno de los demás de que la haga. Nadie se quiere quedar fuera en nuestra primera misión como grupo completo de la Guardia.

—Ya sabes que no ha sido por eso, Sam.

—Ya, ya —responde, con poco entusiasmo.

—Vamos, no era más que un juego. Olvidalo —le digo, dándole un golpecito en el brazo.

Sam deja escapar un suspiro.

—Ha sido muy embarazoso, tío. Y delante de Seis.

—Oh... —replico, al captar la idea—. Así que has disparado a la chica que te gusta en la espalda. ¡Menudo problema!

—Es un problema —insiste Sam—. He quedado como un idiota que ni siquiera sabe protegerse a sí mismo. O, aún peor, como alguien que acaba haciendo daño a la gente que le importa.

No sé qué decirle. Nunca ha tenido novia, y decidirse a salir con Seis es como querer aprender a escalar y empezar con el Everest.

—Mira, me gustaría poder decirte algo que te ayudara, tío. De verdad. Pero es que Seis me desconcierta la hostia. Si realmente te gusta, simplemente sé sincero con ella. Ella valora la sinceridad. Bueno, la franqueza. La brusquedad.

—La brusquedad me hace pensar en los hombres de las cavernas.

Le doy a Sam una palmadita en la espalda y le digo:

—Mira, sé directo, pero no le des con el garrote en la cabeza ni nada de eso. No sobrevivirías.

Estoy bromeando, pero Sam frunce el ceño, preocupado.

—¿Qué posibilidades tengo, John? Probablemente dentro de nada empezará a salir con Nueve. Al menos él sabe pelear.

—¡¿Nueve?! —No puedo evitar echarme a reír. Le doy con la mano en el hombro y añado—: Vamos, tío, ¡si Seis no lo soporta!

—¿En serio? —Sam me mira fijamente. Ahora me sonrío más relajado, pero aún descubro en su rostro un atisbo de vergüenza—. Siento molestarte con todo esto... Supongo que necesito una inyección de confianza o algo así.

Ahora estamos los dos delante de la puerta de mi habitación. Le planto las manos en los hombros y, mirándole directamente a los ojos, le digo:

—Sam, tú ve a por ello. No tienes nada que perder.

Dejo a Sam en el pasillo para que considere su siguiente movimiento. Espero que le funcione. De hecho, creo que él y Seis pueden entenderse muy bien, pero no quiero invertir más tiempo tratando de hacer de casamentera. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme. Por no hablar de una novia que atender.

Sarah me espera en la habitación, secándose el cabello con una toalla. Me mira con complicidad cuando cierro la puerta detrás de mí, y una sonrisa pícaro le ilumina el rostro.

—Ha sido un buen consejo —me dice.

Vuelvo la cabeza hacia el pasillo y me pregunto cuánto de nuestra conversación habrá escuchado.

—¿Eso crees?

Asiente con la cabeza y añade:

—Sam se ha hecho mayor. A Emily se le rompería el corazón.

Tardo unos instantes en recordar a la amiga que Sarah tenía en Paradise, esa que tanto le gustaba a Sam cuando hicimos juntos ese viaje en camión. Me parece que ha pasado mucho tiempo.

—Espero no haberle preparado el camino para que acaben rompiéndole el corazón. ¿Crees que tiene alguna posibilidad con Seis?

—Es posible —responde Sarah, acercándose a mí—. Debajo de esa coraza tan dura, sigue siendo una chica. Sam es mono y divertido, y está claro que ella le importa. ¿Por qué no iba a gustarle?

Sarah me rodea el cuello con sus brazos y yo la acerco a mí.

—Tal vez podrías darle algún consejo sobre cómo encandilar a los lóricos. Se te da muy bien.

—¿En serio? —responde levantando las cejas.

Me besa en los labios, mientras hunde sus dedos entre mis cabellos. En ese momento, me olvido por completo de Sam y de todos los problemas a los que debemos enfrentarnos. Es asombroso; me gustaría pasarme la vida en ese beso. Sarah se separa de mí lentamente y me mira a los ojos, sonriéndome.

—Esto es por haberte disparado.

—Entonces puedes dispararme cuando quieras.

—Bueno, ¿qué es lo siguiente que toca hacer hoy? —me pregunta, enumerando con los dedos mis tareas habituales—. ¿Más planificación? ¿Trazado de mapas? ¿Salvar el mundo?

Sacudo la cabeza.

—Estaba pensando en que podríamos salir de aquí.



Sarah y yo acabamos paseando por el Lincoln Park Zoo. Me he pasado muchas horas en el tejado del John Hancock Center desde que volvimos a Chicago, de modo que no tengo la sensación de haber estado todo este tiempo enjaulado. De todos modos, es distinto vivir la ciudad desde aquí abajo. A pesar del humo de los coches y el olor a basura que suele haber en todas las grandes ciudades, el aire parece más fresco. Tal vez solo sea que aquí me siento libre, más vivo que cuando estoy en el tejado, absorto en mis problemas. Teniendo a Sarah cogida del brazo, me imagino que somos una pareja normal, disfrutando de una cita.

Con esto no quiero decir que no sea cauteloso. Llevo mi brazalete debajo de la manga de la chaqueta, por si detecto cualquier señal de peligro. Nos detenemos delante de la jaula del león, pero lo único que vemos es el trasero dorado de un felino enorme que duerme la siesta detrás de un neumático

mordisqueado.

—Esto es lo que me molesta de los zoos —dice Sarah—. Los animales se vuelven tan perezosos que están siempre medio dormidos y a veces ni siquiera llegas a verlos.

—Esto no debería ser un problema para nosotros —le aseguro.

Empleo mi telepatía para despertar al león. El animal se pone en pie, sacudiendo su melena, y luego se nos acerca con parsimonia. Levanta la cabeza para mirarnos, plantado junto a su abrevadero. La curiosidad brilla en sus ojos negros.

Le pido que ruja y lo hace: suelta un rugido afable que revoluciona a algunos de los niños que estaban cerca, y todos salen huyendo a la carrera, entre gritos y risas.

—Buen chico —le susurro.

—Eres un auténtico doctor Doolittle —me dice Sarah, estrechándome el brazo—. Si alguna vez tienes que ocultarte de nuevo, el circo sería un lugar perfecto.

Empleo mi telepatía animal en otras jaulas. Animo a una foca de aspecto aburrido a que represente un *show* improvisado con una pelota de playa. Les pido a los monos que se nos acerquen y peguen la cabeza en el cristal para que Sarah pueda chocar con ellos los cinco. Es genial poder practicar un legado que generalmente solo uso para comunicarme con BK.

El zoo cierra sus puertas al anochecer. Cuando nos dirigimos tranquilamente hacia la salida, Sarah apoya la cabeza en mi hombro y deja escapar un suspiro. Está claro que algo le preocupa.

—Necesito pasar contigo más días como este —me dice.

—Lo sé. A mí también me gustaría. Te prometo que en cuanto haya acabado con los mogos tendremos todo el tiempo del mundo.

Veo en sus ojos una mirada distante, como si se imaginara ese futuro y no le emocionara especialmente.

—Pero ¿qué va a pasar luego? Volverás a Lorien, ¿verdad?

—Si todo va bien... Aún tenemos que encontrar el modo de regresar. Y esperemos que Malcolm esté en lo cierto acerca de esas Piedras Fénix que contienen nuestros cofres, que haya suficientes y que realmente puedan recuperar nuestro planeta.

—Y ¿quieres que me vaya contigo?

—¡Por supuesto! —me apresuro a responder—. Sin ti no quiero ir a ninguna parte.

Sarah me sonríe con una tristeza que no me esperaba.

—Eres muy dulce, John, pero esto no será como el viaje en coche que hicimos con Seis. Esto es real. ¿Volveremos alguna vez? —me pregunta—. ¿A la Tierra?

—Sí, claro —respondo; sé que es justo lo que debería decir en una situación así, pero no estoy muy seguro de que sea verdad. Bajo la mirada y añado—: Estoy convencido de que volveremos.

—¿De verdad? Son años de viaje, John. No me malinterpretes, hay una parte de mí que se muere por ir. No es común que una chica tenga un novio que le pida que lo acompañe a otra galaxia. Pero yo tengo una familia aquí, John. Ya sé que no pesa sobre sus espaldas la responsabilidad de devolver a un planeta a su anterior gloria, pero son muy importantes para mí.

Ahora frunzo el ceño: mi buen humor está empezando a transformarse en algo distinto. Es un sentimiento triste, de pérdida.

—No quiero separarte de tu familia, Sarah. Se supone que volver a Lorien es algo bueno: será una situación victoriosa. —Dudo, tratando de encontrar las palabras exactas para expresar lo que siento—. Siempre he pensado en ello como lo que sucedería al final de esta aventura, ¿sabes? Después de tanta lucha, regresaríamos allí y encontraríamos un modo de volver a empezar. Es como el destino, pero nunca he tenido la sensación de que pudiera hacerse realidad... No sé si eso tiene mucho sentido. Nunca he dejado de pensar en los detalles. Tal vez debería hacerlo.

Nos detenemos y Sarah alarga la mano para acariciarme la cara.

—No quiero apartarte de tu destino. Por favor, no creas que es lo que pretendo.

—No, por supuesto que no. Pero no quiero volver a Lorien sin ti.

—Y yo no sé si querría quedarme en la Tierra sin ti —responde ella.

—Entonces ¿dónde nos deja esto?

—No sé lo que nos deparará el futuro —confiesa Sarah—, pero yo te quiero, John. Ahora mismo es lo único que importa. Ya pensaremos el resto cuando llegue el momento.

—Yo también te quiero —respondo, acercándola a mí para besarla.

Y justo entonces el brazalete empieza a activarse.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



—¿QUÉ PASA? —ME PREGUNTA SARAH CUANDO ME SEPARO de ella de repente.

—El brazalete me está avisando. Algo ocurre —respondo, mirando alrededor—. Algo va mal.

—No me digas que ya estamos con lo mismo —dice ella sin dar crédito, refiriéndose al incidente con BK de la noche anterior.

—No, esto es distinto. Peor.

Me toco instintivamente el brazalete al sentir las descargas heladas que me recorren el brazo. Estamos en una calle bastante concurrida de Chicago. Me fijo en las caras de las personas que tenemos alrededor; gente que vuelve a casa del trabajo, parejas que van a cenar, todos ellos humanos. No veo a nadie con cara pálida y ropas oscuras. Pero hasta ahora el brazalete no me ha engañado nunca. El peligro está cerca.

—Deberíamos volver a casa —opina Sarah—. Avisar a los demás.

Niego con la cabeza:

—No. Si nos siguen y no logramos despistarlos, podríamos acabar conduciéndolos hasta los demás.

—Mierda. Tienes razón. Entonces ¿qué hacemos?

—Tenemos que encontrarlos.

Cojo a Sarah de la mano y caminamos algunos pasos calle abajo. El hormigueo que sentía en la muñeca empieza a desvanecerse, lo cual significa que el peligro está en la otra dirección. Me vuelvo y me dirijo hacia allí, aunque la verdad es que no veo nada fuera de lo normal.

—John... —me advierte Sarah, estrechándome la mano entre las suyas.

Trata de esconder el brillo que de repente está despidiendo mi piel. Se ha accionado mi lumen y mis dos manos se han iluminado, listas para luchar. Tomo aire y trato de tranquilizarme con la intención de apagar el brillo. Afortunadamente, nadie parece haberse fijado.

—Allí —digo, y conduzco a Sarah hacia la entrada de un oscuro callejón.

El brazaletes prácticamente me está avisando a gritos, y el intenso hormigueo me ha dejado todo el brazo entumecido: es como si me estuvieran clavando mil agujas. Me deslizo junto a la pared y asomo la cabeza por el callejón.

Veo a tres de ellos. A juzgar por su aspecto, son exploradores mogadorianos. Ni siquiera se han esforzado mucho para pasar por humanos: llevan sus cabezas blanquecinas afeitadas, pero sin tatuajes, y van vestidos con chaquetas oscuras de aspecto militar que asustarían a cualquiera. No sé lo que deben de estar haciendo ahí, pero estoy convencido de que no se esperan que nadie los descubra. Dos de ellos se encargan de vigilar mientras el tercero pasea las manos por debajo de un contenedor. Despega algo de la estructura de metal, una especie de sobre.

—Son tres —le susurro a Sarah. Ella está de pie junto a mí, con la espalda pegada a la pared—. Deben de ser probetas, según dijo Malcolm. Pálidos y feos.

—¿Qué hacemos aquí?

—No lo sé —respondo—. Pero son un blanco muy fácil.

—No se me ha ocurrido coger un arma para salir de paseo contigo —me susurra Sarah—. No me lo esperaba.

—No te preocupes —le digo—. No nos han visto.

Sarah me mira las manos.

—No podemos dejar que sigan haciendo lo que están haciendo, sea lo que sea, ¿no?

—Claro que no —respondo, y entonces me doy cuenta de que tengo los puños apretados. Por una vez, los mogadorianos me lo han puesto en bandeja. Quiero saber qué están tramando. Se acabó salir corriendo, asustado—. Si las cosas van mal, ve a buscar ayuda.

—Las cosas no van a ir mal —responde Sarah con firmeza, y siento crecer en mi interior la seguridad en mí mismo—. Prende fuego a esos gilipollas.

Me meto en el callejón y avanzo hacia los mogos. Sus ojos vacíos enseguida se fijan en mí. Por un instante, esa sensación de escalofrío que tan familiar me resulta, ese sentimiento de fugitivo, me recorre las venas, pero enseguida me la

sacudo de encima; esta vez elijo luchar en lugar de huir.

—¿Os habéis perdido? —les pregunto tranquilamente mientras me acerco a ellos.

—Lárgate de aquí, chaval —sisea uno mostrando sus dientes diminutos.

El mogo que tiene al lado se abre el abrigo y me enseña la empuñadura del cañón que lleva metido en el pantalón. Tratan de asustarme, como si fuera un humano que hubiera tomado un atajo peligroso para volver a casa. No se dan cuenta de lo que soy. Eso significa que no están buscándome a mí.

—Hace un poco de frío —comento, deteniéndome a unos metros—. ¿No os parece?

Sin esperar que me respondan, activo mi lumen. Una bola de fuego se forma en la palma de mi mano y, sin esperar un segundo, se la arrojo al mogo que tengo más cerca. Ni siquiera tiene tiempo de reaccionar: la bola le envuelve el rostro y, por un instante, lo enciende como una cerilla antes de que su cuerpo se desintegre en un montón de ceniza.

El segundo mogadoriano consigue al menos llevarse la mano a la empuñadura del cañón, pero ya no tiene tiempo de nada más. La bola de fuego le alcanza el hombro. Deja escapar un grito tenue y, después de convertirse en una nube de cenizas, se reúne con su compañero en el suelo del callejón.

No ataco al tercer mogo con el lumen: es el que tiene el sobre y no quiero arriesgarme a destruirlo. Quiero saber qué pretenden los mogadorianos, qué misión secreta estaban cumpliendo esos mogos en Chicago. Se me queda mirando fijamente, con el sobre pegado al pecho, como si esperara que acabara con él con la misma facilidad con que lo he hecho con los demás. Cuando se da cuenta de que dudo unos instantes, sale disparado callejón abajo.

Un mogadoriano huyendo de mí. ¡Eso sí que es un cambio!

Levanto el contenedor recurriendo a la telequinesia y se lo arrojo antes de que haya tenido tiempo de llegar muy lejos. El lateral metálico del contenedor chirría al rozar contra la pared del callejón, golpea al mogo y lo deja atrapado: oigo cómo le crujen los huesos.

—Dime qué estás haciendo aquí y terminaré con esto rápidamente —le digo mientras me acerco a él.

Para demostrárselo, empleo la telequinesia para ejercitar presión sobre el contenedor con la intención de que aplaste aún más su cuerpo arruinado. Un hilo de sangre oscura le recorre la barbilla. Su grito de frustración y dolor me hace dudar. Nunca había hecho nada parecido. Siempre que he matado a un mogo lo he hecho en defensa propia y todos han muerto deprisa. Espero no haber ido demasiado lejos.

—Vais... vais a morir todos —escupe el mogo.

Estoy perdiendo el tiempo. Dudo de que vaya a descubrir nada importante de un explorador solitario. Le doy al contenedor otro empujón más y acabo con él.

Luego, aparto el contenedor de la pared y recojo el sobre que yace entre el montón de cenizas mogadorianas. Lo examino: está lleno de papeles.

—¿Qué es? —me pregunta Sarah desde el callejón.

Enciendo una de mis palmas en la oscuridad para ver lo que contienen los papeles. Sostengo entre mis manos tres páginas repletas de una escritura que parece una mezcla de los jeroglíficos egipcios y los caracteres chinos. Por supuesto, está escrito en mogadoriano. Supongo que habría sido tener demasiada suerte pillar a los mogos mandando órdenes secretas en inglés. Sostengo los papeles en alto para que Sarah pueda verlos.

—¿Conoces a algún traductor de mogadoriano? —le pregunto.



De vuelta al ático, reúno a todo el mundo en el comedor para explicarles mi encuentro con los mogadorianos. Nueve me da una palmadita en la espalda cuando llego a la parte en la que mato a los tres mogos.

—Deberías haber traído al tercero aquí —me dice—. Podríamos haberle soscacado algo bajo tortura como ellos hicieron con nosotros.

Niego con la cabeza y me vuelvo hacia Sam, que he empezado a frotarse subrepticamente las cicatrices que tiene en las muñecas.

—Nosotros no actuamos así —recuerdo—. Somos mejores que eso.

—Esto es la guerra, Johnny —replica Nueve.

—Y eso ¿qué significa? —pregunta Marina—. ¿Saben dónde estamos?

—Lo dudo —respondo—. Si hubieran estado aquí en Chicago por nosotros, no solo me habría encontrado a tres. Ni siquiera me han reconocido cuando me he acercado a ellos.

—Ya... Y eso que tú eres un famoso asesino de mogadorianos —dice Ocho—. Qué raro.

—Si hubieran venido por nosotros, ya habrían pasado por aquí —añade Seis—. No destacan precisamente por su sutileza. Tenemos que descubrir qué dicen estos papeles. Podría ser algún plan de invasión.

—Como en mi pesadilla —susurra Ella.

Los papeles en cuestión han pasado de mano en mano, y todo el mundo ha echado un vistazo a los símbolos incomprensibles que llenan las páginas.

Malcolm los coge, frunciendo el ceño.

—He estado mucho tiempo en cautividad, pero nunca he aprendido su lenguaje.

—Seguro que habrá algún programa traductor en el ordenador de Sandor —sugiere Nueve—. Pero no creo que entre las lenguas que traduce esté el mogadoriano.

Malcolm se acaricia la barba con la mano, sin apartar la mirada de los papeles.

—Aquí habrá patrones, como en todos los lenguajes. Podemos descifrarlos. Si me enseñáis ese programa, tal vez pueda usarlo.

Todos los que estamos en la mesa parecemos nerviosos. Es el primer contacto que tenemos con los mogadorianos desde Arkansas.

—Esto no cambia nada —digo—. Haya lo que haya en estos documentos, estoy convencido de que los mogos no quieren que lo sepamos. Eso podemos usarlo en nuestro favor. Pero, hasta que no descubramos exactamente qué contienen, seguiremos con nuestro plan original. Vayamos todos a descansar: mañana por la mañana salimos para Florida.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



ME QUEDO DE PIE JUNTO A MI PADRE MIENTRAS ÉL ESCAnea los documentos en el sistema del ordenador de Sandor. En cuanto ha terminado, papá descarga un *software* traductor junto con un programa pirata que se supone que es capaz de sortear firewalls y cosas así.

—¿Crees que vas a poder traducirlo? —le pregunto.

—El primer paso es ser capaz de identificar el programa adecuado.

—Y tú, ¿lo has identificado? —Veo que mi padre ha abierto y minimizado una copia del iTunes. Señalo en la pantalla y le digo—: ¿Pensabas escuchar algo de música?

—No... No tenían iTunes cuando me encarcelaron. He pensado que tal vez...

—Mi padre se encoge de hombros, poco satisfecho—. Tendré que probar con ensayo y error, ¿vale?

—¿Y ahora qué?

—Lo estoy planteando desde todos los ángulos. Todos los lenguajes (incluso los alienígenas) tienen cosas en común. Solo se trata de aislar una y usarla para descodificar el resto. —Me mira por encima del hombro—. Es un trabajo bastante tedioso, Sam. No hace falta que te quedes aquí haciéndome compañía.

—No, si me gusta —le aseguro—. Quiero quedarme.

—¿En serio? —pregunta, mirándome de arriba abajo—. Creía que tenías otros planes.

Observador, como siempre. Voy vestido con mis mejores galas, teniendo en cuenta que solo dispongo de tres opciones. Llevo un aburrido jersey gris y los tejanos menos cochambrosos. Me he estado preparando mentalmente para hacer lo que me ha aconsejado John: tratar de tener con Seis una conversación acerca de mis sentimientos, *carpe diem* y todo eso. A pesar de que solo involucra papeleo, esta última crisis es una buena excusa para sacar a relucir todo eso.

—Pueden esperar —digo, poco convencido, fingiendo que estudio la pantalla del ordenador mientras van apareciendo las muestras de distintos lenguajes.

—Mmm. —Mi padre sonríe con discreción, volviendo de nuevo la mirada a la pantalla—. Oye, estarán en Florida hasta mañana. Después de eso, probablemente tendrán otra misión. Y vete a saber lo que vamos a sacar de estos documentos. Son muchas cosas.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Puede que tardemos en volver a tener un momento de tranquilidad como este —me dice—. No lo dejes pasar.



Encuentro a Seis en el tejado; al parecer es el lugar que eligen los miembros de la Guardia cuando quieren estar solos. Es de noche y el viento sopla con más fuerza de lo normal, probablemente debido a la influencia de Seis. Tiene las dos manos levantadas y, a medida que las mueve hacia delante y hacia atrás, el cielo responde. Me hace pensar en una clase de arte, en el modo en que creábamos un nuevo tono mezclando las acuarelas: Seis está haciendo lo mismo con las nubes. Si esta noche algún hombre del tiempo se dedica a observar el cielo, probablemente estará alucinando.

Al principio no digo nada; no quiero interrumpir. Me quedo de pie junto a ella, contemplándola: el viento agita sus cabellos negros y azota con ellos su rostro, bañado por las luces rojas intermitentes del borde del tejado. Adivino una sonrisa incipiente en las comisuras de sus labios. Si no la conociera tan bien, diría que se siente satisfecha.

Poco a poco, como si le supiese mal detenerse, Seis va bajando las manos y me mira. El viento deja de soplar de inmediato y las nubes vuelven a surcar el cielo nocturno con su curso perezoso habitual. Tengo la sensación de que estoy interrumpiendo algo.

—Eh, no tenías por qué parar.

—No pasa nada. ¿Qué ocurre? —dice—. ¿Ha descubierto ya tu padre lo que

pone en alguno de los documentos?

—Mmm, no. Aún nada. Solo quería hablar contigo.

—Oh —responde Seis, contemplando el cielo de nuevo—. Claro.

—Aunque tampoco es nada importante —me apresuro a decirle, sintiéndome algo estúpido—. Puedes volver a practicar o lo que sea. Te dejaré sola.

—No, quédate —salta, de pronto—. No me resulta fácil pasarme todo el día encerrada en este piso. Desde que desarrollé este legado, me he sentido conectada con el tiempo. Me gusta seguir vinculada a él... No sé si tiene mucho sentido...

—Sí, claro que sí —respondo, como si lo supiera todo acerca de eso de estar conectado con el tiempo—. Hoy lo hacías genial en el entrenamiento. Siento haberlo fastidiado todo.

—Vamos, Sam —me dice, levantando la mirada hacia el cielo—. Basta ya de disculpas. ¿No me digas que has venido a hablar de eso?

—No —respondo, con un suspiro. A la mierda. Me decido a limitarme a seguir el consejo de John y voy a por ello—. Me preguntaba si... no sé... si algún día podríamos pasar un rato juntos.

Vale, tal vez no sea el modo más romántico de pedirle a alguien para salir. Seis levanta una ceja con aire juguetón.

—¿Pasar un rato juntos? Pero si aquí prácticamente vivimos unos encima de otros. Pasamos todos los ratos juntos.

—Bueno, me refiero a nosotros dos.

—¿Acaso no es lo que estamos haciendo ahora mismo?

—Sí... Bueno... —tartamudeo. Y entonces me doy cuenta de la sonrisa endiablada que tiene Seis en el rostro—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Un poco —confiesa ella, cruzando los brazos—. ¿Así que me estás pidiendo si quiero salir contigo?

—Sí, y lo estoy haciendo de pena.

—Tampoco te ha salido tan mal —me asegura ella, amablemente, acercándose un poco más a mí—. Pero estamos lidiando una guerra, Sam. No tenemos ni un momento libre para salir por ahí. Ya lo sabes.

—Esto..., bueno, hoy John y Sarah han ido al zoo.

—Pero yo no quiero tener contigo la misma relación que mantienen John y Sarah —me suelta Seis, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Oh... —Tengo la sensación de que me han dado un puñetazo en el estómago—. Yo creí... Bueno, cuando volviste de España, John me dijo lo que sentías por mí y, en Arkansas, cuando me diste ese abrazo... Mierda, soy un idiota. Debería haber imaginado que no te interesaría alguien como yo.

—Eh, eh, para... —me ruega Seis cogiéndome de la mano antes de que desaparezca por la puerta—. Lo siento, Sam. No quería decir eso. Tú me gustas.

—Solo que no de ese modo —me apresuro a añadir para completar la clásica

frase.

—Yo no he dicho eso. Si me gustas de ese modo. O podrías gustarme. —Seis levanta las manos y exclama—: ¡No lo sé! Mira, es que John y Sarah creen que su relación les pone las cosas más fáciles, pero no es así. Solo les causa problemas.

—A mí me parece que son felices —opino.

—Sí, ahora sí —dice Seis—. Pero ¿qué me dices cuando ocurra algo? Mira, John es un buen líder y todo eso, pero no es realista. ¿Crees que vamos a luchar contra un ejército entero de mogadorianos sin tener ni una sola baja?

—Dios, qué pensamiento más oscuro.

—Es la verdad. Al final todo acabará mal, Sam. —Alarga la mano y me quita un hilo suelto de la parte de delante de mi jersey—. Me gustaría que pudieses mantenerte alejado de nosotros. Vete a algún lugar en el que estés a salvo. Cuando todo esto termine, tal vez las cosas puedan ser diferentes...

Suelto una carcajada, sin dar crédito.

—¿Hablas en serio? Esto es, no sé, el tipo de mierda que Spider Man le suelta a Mary Jane cuando trata de romper con ella. ¿Te das cuenta de lo embarazoso que resulta que te hablen como si fueras la novia de algún superhéroe?

Seis también se echa a reír, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento. No pretendía que sonara así. Ahora mismo me siento como una hipócrita. Estoy haciendo exactamente lo contrario de lo que le aconsejé a John con respecto a Sarah.

—Tal vez tengas razón y las cosas acaben yendo a peor —digo—. Pero eso no significa que tengas que aislarte, que debas pensar únicamente en la guerra. Eso no puede ser bueno. Tal vez deberías pasar el noventa y cinco por ciento del tiempo siendo Seis y el cinco por ciento restante conmigo, siendo Maren.

No tenía preparado ese pequeño discurso, pero el antiguo nombre humano de Seis me ha venido a la cabeza de repente. Seis abre un poco la boca, sin decir nada: el nombre la ha pillado desprevenida.

—Maren —susurra—. Ni siquiera sé si me acordaré de cómo ser ella.

Veo algo nuevo en su forma mirarme, como si de pronto se hubiera olvidado de la prudencia. No tiene el tipo de mirada despreocupada que me hubiera esperado de ella; en sus ojos, descubro cierta vulnerabilidad, como si hubiera decidido bajar un poco la guardia. Yo no le suelto la mano.

—Prométeme que no vas a morir —me dice, sin rodeos.

En este momento le prometería cualquier cosa.

—Te lo prometo.

Me estrecha la mano con más fuerza y entrelaza los dedos con los míos, acercándose un poco más a mí. De pronto, se levanta algo de viento y, al alargar la mano para apartarle del rostro un mechón de cabello, decido dejarla ahí, en su mejilla.

Y entonces Ocho se teletransporta al tejado.

Seis se aleja de mí de un salto, como si se hubiera quemado. Ahora mismo podría estrangular a Ocho y no sentiría el menor remordimiento. La verdad es que estoy esperando que suelte alguna de sus bromitas, pero al mirarlo me doy cuenta de que tiene el rostro serio y parece preocupado.

—Chicos, ¡os necesitamos abajo! —exclama.

—¿Qué pasa? —pregunta Seis, mirándolo, expectante—. ¿Los mogos?

Ocho niega con la cabeza.

—No, es Ella.

Parece que mi padre se equivocaba al pensar que esta sería una noche tranquila.

Ocho nos coge a los dos de la mano y enseguida tengo la sensación desconcertante de que alguien se ha llevado el mundo de debajo de mis pies. Cierro un momento los ojos y, al abrirlos, me encuentro de pie en medio de la habitación que Marina comparte con Ella.

Ella está echada en la cama, totalmente destapada y rígida como una tabla de madera. Cierra los ojos con fuerza. Tal vez lo más espeluznante sea ese hilito de sangre que se le escapa por la comisura de los labios. Se ha mordido lo bastante fuerte como para sangrar.

Marina está arrodillada junto a la cama, limpiándole la sangre de la cara con un pañuelo. No para de susurrar el nombre de Ella, una y otra vez, tratando de despertarla, pero el miembro más joven de la Guardia no mueve ni un solo músculo del cuerpo, salvo las manos, con las que agarra las sábanas con fuerza.

—¿Cuánto tiempo hace que está así? —pregunta mi padre.

—No lo sé —dice Marina, visiblemente asustada—. Ha ido a acostarse antes que yo; me ha dicho que estaba cansada por el entrenamiento. Luego me la he encontrado así, y ya no ha habido modo de despertarla.

Miro alrededor, sin saber muy bien lo que debería hacer. Diría que los demás comparten conmigo ese mismo sentimiento. Están todos allí: algunos han acudido a la habitación; otros están plantados en el pasillo, delante de la puerta, con una mirada incierta en los ojos.

—¿No le había pasado nunca? —le pregunto a Marina.

—Tú estuviste aquí cuando tuvo el peor episodio, cuando gritó de ese modo —me responde—. Hasta ahora siempre se había despertado.

—Esto no me gusta nada —refunfuña Nueve desde la puerta.

Bernie Kosar parece estar de acuerdo con él: se ha echado a los pies de la cama y olisquea el aire como un perro guardián que ha encontrado un rastro sospechoso.

—Está sudando mucho —advierte Marina.

—¿Tiene fiebre? —pregunta John.

—Nunca ocurrió nada de esto durante mis visiones —observa Ocho—. ¿Y en

las vuestras, chicos?

John y Nueve niegan con la cabeza.

Marina saca una toalla del cajón de la mesilla de noche y empieza a secarle la frente a Ella, pero le tiemblan mucho las manos; tanto, que Sarah acaba replazándola mientras le dice con tono cariñoso:

—Dame, ya lo hago yo.

Marina se aleja de la cama y Ocho la coge del brazo y le acaricia la espalda. Ella se apoya en él, agradecida.

—¿Creéis que deberíamos tratar de curarla? —pregunta Seis—. ¿O tal vez usar una de las piedras sanadoras?

—No hay nada que curar —responde John—. Al menos nada que podamos ver. Y lo de usar la piedra... ¿Quién sabe lo que podría pasar? ¿Y si le empeora el dolor o algo así?

—¿Habéis intentado abrirle los ojos? —sugiere Cinco. Todo el mundo le dedica una mirada extraña, como si fuera una sugerencia insensible, pero lo cierto es que no parece mucho peor que dejar que Ella siga sufriendo con esa pesadilla—. ¿Qué? ¿Acaso tenéis una idea mejor?

Mi padre levanta delicadamente uno de los párpados de Ella: tiene el globo ocular completamente girado hacia dentro; solo le vemos el blanco del ojo. De pronto recuerdo esa vez en clase de gimnasia, cuando Mark James me asestó un golpe y me hizo caer de la cuerda de la que estaba colgado. Tuvieron que someterme a varias pruebas para determinar si tenía una contusión cerebral y me iluminaron los ojos con una linterna.

—John, quizá podrías usar tu lumen —sugiero—. Es muy brillante; tal vez la despierte.

John alarga el brazo, enciende su mano como si fuera una linterna y la acerca al ojo de Ella. Por un instante, la tensión que domina su cuerpo desaparece y Ella parece relajarse.

—Algo está pasando —digo, con un suspiro.

—Ella, despierta —la insta Marina.

De pronto, la mano de Ella se dispara hacia arriba y le agarra a John la muñeca con tanta fuerza que lo sobresalta. Me recuerda a una de esas películas de miedo en las que un espíritu demoníaco posee a una niña. La mano se le ilumina de rojo allí donde está en contacto con la piel de John.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Sarah, sin aliento.

Por un instante, John parece desconcertado. Se dispone a decir algo, pero de pronto se le ponen los ojos en blanco y su cuerpo empieza a contorsionarse, como si todos sus músculos sufrieran un calambre al mismo tiempo... Y entonces toda la tensión se desvanece y John se desploma en el suelo, junto a la cama de Ella, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos que la sostienen.

—¡John! —grita Sarah.

Ella aún tiene la muñeca de nuestro líder agarrada con la mano.

—¡Apartad su mano de él! —se desgañita Nueve, entrando a la carrera en la habitación.

—¡Alto! —grita Marina, barrándole el paso—. ¡No la toquéis!

Sin siquiera escucharla, Sarah se agacha y aparta la mano de Ella de la muñeca de John. Él no se mueve, no reacciona, ni siquiera cuando Sarah lo abraza y lo zarandea. No sé qué le habrá ocurrido, pero el efecto del tacto de Ella en los humanos no parece ser el mismo, porque no ha afectado a Sarah en absoluto.

Seis se acerca unos pasos, y Ella levanta la mano hacia ella, apretando y relajando el puño una y otra vez.

—Cuidado —le advierto a Seis, agarrándola por la camiseta y tirando de ella.

Los demás miembros de la Guardia se percatan también de la mano ávida de Ella y se alejan prudentemente. En cuanto no tiene a ningún miembro al alcance, la mano de la muchacha se desploma sobre las sábanas, sin vida. Tiene el mismo aspecto que al principio, como si estuviera atrapada en una pesadilla. Pero ahora John se ha unido a ella.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pregunta Nueve.

—Ella le ha hecho algo —suspira Cinco.

Sarah acoge la cabeza de John en su regazo, y le acaricia el pelo, mientras mi padre levanta delicadamente las manos de Ella y las mete debajo de las sábanas. Miro a los miembros de la Guardia. Están acostumbrados a huir de un lado a otro, a enfrentarse a amenazas físicas contra las que pueden luchar. Pero ¿cómo se supone que pueden escapar de algo que los ataca desde dentro, cómo vencerlo?

CAPÍTULO TREINTA



ESTA NOCHE NADIE HA CONSEGUIDO PEGAR OJO. BUENO, salvo los dos a los que no logramos despertar, y esos son víctima de un sueño que nadie quiere compartir.

Mi padre y yo hemos acostado a John en la otra cama, al lado de Ella, y ahora están los dos juntos; se han convertido en dos piltrafas. Sarah se niega a abandonar la habitación; le coge a John la mano, estrechándosela delicadamente para animarlo a despertarse. Bernie Kosar también se ha quedado allí; se ha echado a los pies de la cama, hecho un ovillo, gimiendo de vez en cuando, acariciando con el hocico los pies de John y Ella.

Asomo la cabeza por la puerta unas horas después de que John haya entrado en ese trance. Sarah tiene la frente apoyada en el reverso de la mano de John. No sé si está dormida, y no quiero molestarla. John y Ella siguen igual. Tienen los músculos faciales crispados y, de vez en cuando, sus cuerpos se mueven con espasmos, como si hubieran tropezado en sueños y trataran de recuperar el equilibrio. Yo he soñado con cosas parecidas en más de una ocasión: he soñado que trastabillaba o me caía de la bicicleta, y siempre me he despertado antes de llegar al suelo. Está claro que no debe de ser eso lo que les ocurre a John y Ella.

Examino a John más de cerca. No hace más que un par de horas que está en ese estado, pero su piel ya ha adquirido un tono más pálido, parecido al de Ella, y le han aparecido sombras oscuras debajo de los ojos. Es como si le estuvieran chupando la energía o algo así. Ahora que lo pienso, Ella estaba bastante demacrada la mañana después del entreno. Me preocupa que esos sueños tengan una repercusión física, que los estén debilitando, o algo peor.

—¿Sarah? —susurro, y entonces me doy cuenta de que no tiene sentido que trate de ser sigiloso. Lo que queremos es que se despierten. Debería estar aporreando ollas y sartenes—. Todo el mundo se ha reunido en el salón.

Sarah se despierta y sacude un poco la cabeza.

—Yo me quedaré aquí —me dice en voz baja—. No quiero separarme de ellos.

Asiento y no insisto. Salgo de la habitación y me dirijo a la sala de vigilancia, donde mi padre se ha pasado la noche frente al ordenador. Cuando entro, montones de muestras de lenguajes recorren la pantalla, pero no parece que esté más cerca de descifrar esos documentos mogadorianos.

—¿Has encontrado algo? —pregunto.

—Aún no —responde, volviéndose hacia mí. Tiene que parpadear un par de veces, porque las pupilas se le han dilatado después de estar tanto rato pendiente de la pantalla—. He instalado un descodificador automático para no tener que estar aquí gestionando todo el proceso. Es de la vieja escuela. Estoy un poco desfasado en cuanto a *software* se refiere, pero al final será capaz de descifrarlo. Solo espero hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

Me quedo mirando las páginas mogadorianas escaneadas que aparecen en la pantalla.

—¿Crees que algo de esto puede estar relacionado con las pesadillas?

—No lo sé. La verdad es que coinciden en el tiempo.

—Sí. —Me fijo en el teléfono móvil que mi padre tiene en la mesa. Le acerco el dedo y le pregunto a mi padre—: ¿Has tratado de llamar a Adam de nuevo?

No creía que fuera posible, pero el rostro de mi padre se desencaja aún más.

—Sí. Pero tampoco he conseguido nada con eso.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Vamos. Los demás están reunidos y quieren que nosotros nos unamos a ellos.

Los guardianes esperan en el salón. Están hablando sobre la situación que ha provocado esta pesadilla, exactamente lo mismo que hemos estado haciendo durante las dos últimas horas sin llegar a ninguna parte.

—Ella me lo hizo una vez —dice Marina en voz baja—. Me absorbió en su sueño. Debería haber advertido a John, debería haberos advertido a todos. Pero yo la había tocado en otro momento, al tratar de despertarla, y no sucedió nada.

Me asusté tanto...

Ocho, que también está sentado en el sofá, a su lado, rodea a Marina con el brazo.

—No te preocupes —la tranquiliza mientras ella se recuesta en él—. No podías saber que sucedería algo así.

Nueve camina arriba y abajo de la habitación; es un avance importante, teniendo en cuenta que hasta ahora no ha parado de pasearse por el techo. Probablemente aún estaría dando vueltas alrededor de la araña si Seis no le hubiera espetado que estaba molestando. Por una vez, no ha protestado y se ha limitado a buscar un lugar en el que incordie menos. Me mira esperanzado cuando me ve entrar.

—¿Y bien? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Todo sigue igual. Todavía no se han despertado.

Cinco descarga las manos sobre sus piernas, visiblemente frustrado.

—Esto es una mierda. Me siento inútil aquí sentado.

Cuando he entrado en el salón, Seis tenía la frente arrugada, torturada por la preocupación; sin embargo, ahora, al oír las palabras de Cinco, levanta la mirada y asiente lentamente, pensativa.

—Deberíamos hablar de ello.

—¿De qué? —pregunta Marina.

—De seguir adelante con la misión. El Cofre de Cinco no vendrá solo.

Nueve se detiene en seco y sopesa lo que Seis acaba de decir.

—¿Queréis marcharos? —pregunta Marina, horrorizada ante la idea de continuar con la misión—. ¿Os habéis vuelto locos?

—Seis tiene razón —interviene Cinco—. No sirve de nada que sigamos aquí sentados.

—Nuestros amigos están ahí echados, en estado de coma, ¿y vosotros queréis abandonarlos? —susurra Marina.

—Lo dices como si no tuviéramos sentimientos, pero yo solo trato de ser práctica —se defiende Seis.

Pienso en lo que me decía en el tejado, que es reacia a empezar una relación por miedo a que llegue un momento en que las cosas vayan a peor. Parece que ese momento ya ha llegado.

—Puede que sea práctico, pero eso no significa que esté bien —murmuro. No quería decirlo en voz alta, pero ha sido una noche muy larga y tengo muchas cosas en la cabeza.

Una sombra de dolor recorre el rostro de Seis, pero desaparece en cuanto aparta la mirada de mí. Se vuelve hacia Nueve y le pregunta:

—¿Qué piensas tú?

—No lo sé —responde él—. No me gusta abandonar a John y a la

escuchimizada.

—Si incluso Nueve se echa atrás, está claro que es una mala idea seguir adelante con esa misión —suelta Marina, exasperada—. ¿Y si nos necesitan, Seis?

—No los abandonaríamos —dice Cinco con voz inexpresiva—. Al menos, no más que estando aquí sentados mientras mantenemos esta discusión inútil. Los humanos se encargarán de ellos, tal como lo hacen ahora.

—Por supuesto —asegura mi padre—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano.

—Tenemos que descubrir qué está pasando —urge Marina—. Saber qué está provocando las pesadillas o, al menos, qué ha hecho Ella para dejar a John inconsciente.

—¿Os habéis fijado en que la mano se le ha iluminado de rojo cuando lo ha tocado? —pregunto—. Era como un legado, o algo así.

—¿Qué tipo de legado hace eso? —pregunta Nueve, alargando el brazo hacia la habitación.

—John creía que Ella usó algún nuevo legado para asustar a Setrákus Ra, en México —dice Marina, reflexionando—. Nunca tuvimos la oportunidad de comprobarlo.

—O quizá le ha fallado la capacidad telepática. Tal vez entró en la cabeza de Setrákus y perdió el control —sugiere Ocho—. Apenas ha empezado a desarrollar sus legados. Quién sabe de lo que es capaz.

Pienso de nuevo en nuestros días en Paradise, en lo mucho que le costó a John llegar a controlar su lumen durante esas primeras semanas. Yo diría que la telepatía de Ella es un legado aún más difícil de dominar. Cinco asiente lentamente con la cabeza, como si también estuviera recordando algo.

—Cuando desarrollé mi Externa, tuve problemas a la hora de recuperar el estado normal de mi piel —nos explica—. Albert usó esa especie de prisma que tenía en el Cofre y me ayudó; no sé, de algún modo me relajó y conseguí recuperar mi piel.

—Ahí lo tienes —interviene Seis—. Otro argumento para ir a los Everglades y recuperar esa cosa, sea lo que sea.

Nueve asiente y, dirigiéndose a Cinco, dice:

—No me lo puedo creer, pero creo que has dado con algo.

—Bueno, un momento —salta Cinco, levantando las manos—. Ni siquiera sé si funcionaría con Ella. O si funciona.

—Yo sigo pensando que no deberíamos dejarlos así —insiste Marina.

—La verdad es que yo creo que separaros a todos de John y Ella es una buena idea —opina mi padre—. ¿Quién os dice que esto no vaya a propagarse, especialmente si está relacionado con su telepatía? No podemos permitirnos que nadie más acabe en estado catatónico.

—¿Cómo vamos a combatir esto? —pregunta Nueve bruscamente, con el

ceño fruncido, después de haber agotado todos los modos posibles de acabar con las pesadillas—. Quiero decir que, si Setrákus Ra puede sumirnos en una especie de coma, ¿cómo se supone que vamos a luchar contra eso?

—Ya nos ha provocado estos sueños en otras ocasiones —recuerda Ocho—. Y nos hemos despertado sin ningún problema.

—Esta vez es diferente —persiste Marina.

—Johnny se despertó del último sueño —dice Nueve—. Eso significa que esta cosa se ha hecho más fuerte.

—O quizá la diferencia sea Ella —sugiere Seis—. Tal vez Setrákus Ra se ha concentrado en ella, porque sabía que así conseguiría perturbar sus poderes psíquicos.

Me vuelvo hacia Cinco y le pregunto:

—¿Y crees que esa especie de prisma de tu Cofre podría ser la solución?

Me responde encogiéndose de hombros y luego me dice:

—Ni siquiera sé exactamente qué hace, solo que me ayudó. Aunque ir a buscarlo me parece mucho más productivo que quedarnos aquí sentados.

Nueve da una palmada y exclama:

—¡Yo estoy con Cinco! ¡Larguémonos de aquí!

Marina no ha abierto la boca desde que se ha manifestado en contra de ir a los Everglades. Ahora Seis alarga la mano para tocarle el brazo.

—¿Estás de acuerdo con esto? —le pregunta.

Marina asiente lentamente.

—Si creéis que este es el mejor modo de ayudarlos, estoy con vosotros.



Bajo al garaje para despedir a los guardianes. Sarah no se separará de John y mi padre ha vuelto a la sala de vigilancia para comprobar en qué punto se encuentra el traductor mogadoriano. Tengo en la mano una carpeta que contiene los documentos que John me hizo preparar con la ayuda del ordenador de Sandor: carnés de conducir falsos para todos los miembros de la Guardia, algunos papeles que certifican un supuesto viaje escolar y el itinerario de su vuelo directo desde Chicago hasta Orlando. Con todo esto deberían poder viajar sin ser descubiertos.

Saco la documentación de John de la carpeta y me la meto en el bolsillo.

—Supongo que esto ya no lo necesitaréis —digo, entregándole el resto a Seis. Tardo unos segundos más de la cuenta en soltar la carpeta, y Seis acaba arrebatándomela de un tirón—. Lo siento. Es que estoy algo nervioso.

—Es lo correcto, Sam. Todo irá bien.

Nueve me da una palmadita en el hombro y se va a buscar un coche para ir al aeropuerto. Cinco lo sigue sin molestarse en despedirse. Para mi sorpresa,

Marina me envuelve en un abrazo.

—Cuidalos, ¿vale? —me dice.

—Por supuesto —respondo, tratando de tranquilizarla—. Estarán bien. Vosotros apresuraos en volver.

Ocho asiente con la cabeza, y luego él y Marina siguen los pasos de Nueve, así que me quedo a solas con Seis. Parece muy ocupada revisando los documentos que le he entregado, pero enseguida me doy cuenta de que está haciendo tiempo: quiere decirme algo.

—Está todo aquí —le digo.

—Lo sé. Solo lo estaba comprobando —responde, mirándome—. Deberíamos estar de vuelta mañana por la noche, como muy tarde.

—Ten cuidado —le pido.

—Gracias —me dice tocándome el brazo.

Se produce una pausa extraña en la que ninguno de los dos sabe muy bien lo que hacer. Ojalá pudiéramos haber dispuesto de unos quince minutos más en el tejado. Creo que con eso habría bastado para saber lo que hay entre nosotros. Ahora estamos el uno frente al otro, como una pareja que ha vuelto de una primera cita algo rara; ninguno de los dos está seguro de lo que piensa el otro ni tampoco de si este es el momento adecuado para dar un primer paso. Bueno, tal vez Seis intuya exactamente lo que estoy pensando, pero no sepa qué hacer con la información. Yo no tengo ni idea de lo que se le está pasando por la cabeza. Creo que debería decir o hacer algo, pero entonces se pasa el momento, Seis me retira la mano del brazo y me da la espalda para ir a reunirse con los demás. Si hay algo entre nosotros, tendrá que esperar.



El piso de Nueve parece más grande ahora que está casi vacío. Me paseo por los pasillos desiertos y las habitaciones interminables sin estar muy seguro de lo que hacer. Acabo volviendo al dormitorio de Ella justo cuando Sarah sale por la puerta. Es la primera vez que se separa de John desde que lo vio perder el conocimiento.

—Tu padre me ha mandado comer algo —me explica con aire hosco; se ha pasado despierta toda la noche y se la ve agotada.

—Sí, tiene esa manía de impedir que la gente se muera de hambre —respondo.

Sarah esboza una sonrisa, y yo le pongo la mano en la espalda y la acompaño hasta la cocina. Me apoya la cabeza en el hombro mientras caminamos.

—Hemos tenido tantas discusiones acerca de la posibilidad de que uno de los dos acabara resultando herido... Es la pelea más frecuente de nuestra relación.

—Se ríe con amargura y añade—: Lo gracioso es que siempre he pensado que sería yo, no John. Se suponía que él era intocable.

—Por favor, Sarah, hablas como si lo hubieran cortado por la mitad o algo así. Lo más probable es que se despierte dentro de una hora y se ponga como una fiera porque se han ido a la misión sin él. —Trato de parecer optimista. Sarah está demasiado cansada para detectar la incertidumbre de mi voz.

—Si lo hubieran cortado por la mitad, lo más seguro es que pudieran curarlo —dice—. Esto es algo distinto. Veo el dolor en su rostro. Es como si lo estuvieran torturando delante de mis narices y, sin embargo, no puedo hacer nada para evitarlo.

Le sirvo a Sarah un vaso de agua y saco de la nevera algunas sobras de comida china. No me molesto en calentarlas. Comemos en silencio, picando arroz frito frío y costillas sin hueso directamente de la caja de cartón. Repito mentalmente la frase «estará bien» una y otra vez, como un mantra, hasta que estoy seguro de que podré decirla con convicción, aunque tenga mis dudas de que sea cierta.

—Estará bien —le digo a Sarah con firmeza.



Mientras Sarah vuelve junto a John y Ella, yo trato de descansar un poco en el salón. Supongo que cuando acabas de ver que tu mejor amigo ha caído en un estado de sueño perpetuo, echar una siesta puede ser un poco estresante. A pesar de ello, el cansancio de mi cuerpo es mayor que la fortaleza de mi ansiedad, y acabo durmiendo durante al menos unas cuantas horas.

Lo primero que hago al despertarme es ir a ver a John y a Ella: todo sigue igual.

Me dirijo a la sala de entrenamiento pensando que tal vez me venga bien entrenarme un poco. Quizá si hago puntería con el arma más ruidosa del arsenal de Nueve consiga interrumpir el sueño de John y Ella.

Me paro en la sala de vigilancia de camino. Está vacía. Mi padre debe de haber ido a su habitación a descansar un poco.

La tableta aún está enchufada. Cinco puntos azules se dirigen a Florida; en este momento, se mueven lentamente por el extremo sur. Eso está bien: significa que Seis y los demás no han tenido problemas al presentar su documentación falsa en el aeropuerto y que no había exploradores mogadorianos esperando para recogerlos. Todo parece que está yendo tal como había planeado John. ¡Ojalá estuviera despierto para verlo!

Algo parpadea en un rincón de una de las pantallas del ordenador. Es el programa traductor que mi padre ha instalado. Debe de haber estado trabajando

con el piloto automático hasta ahora. Restauro la página y se abre una ventana.

« TRADUCCIÓN COMPLETADA. ¿IMPRIMIR AHORA?» .

Trago saliva. No estoy seguro de que me corresponda ser el primero en ver estas traducciones mogadorianas, pero aun así decido hacer clic en « SÍ » . Una impresora que hay debajo del escritorio cobra vida y escupe un documento. Cojo la primera página antes de que el resto haya terminado de imprimirse.

Algunas de las palabras son confusas o están mezcladas, lo cual demuestra que el programa no es preciso al cien por cien. Pero, a pesar de algunas palabras mal colocadas, reconozco el documento de inmediato: ya lo había visto antes.

Contengo el aliento y mis dedos agarran los papeles con tanta fuerza que acaban arrugándolos. Me he quedado petrificado: el miedo y el descrédito bloquean mis funciones motoras.

Tengo en mis manos una copia de las notas que mi padre tomó acerca de la herencia de la Guardia. Añadido al final aparece la dirección del John Hancock Center.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



SALGO CORRIENDO DE LA SALA DE VIGILANCIA Y OIGO EL sonido metálico de la puerta al cerrarse detrás de mí. Me sudan las palmas de las manos, como si los documentos estuvieran ardiendo, y la mente me va a mil.

¿Qué estarían haciendo los mogadorianos con las notas de mi padre? ¿Cómo las habrán conseguido?

Pienso en esa cena en la que mi padre desveló los detalles de su largo encarcelamiento mogadoriano. Recuerdo que alguno de los miembros de la Guardia parecía receloso, sobre todo cuando papá habló sobre lo que los mogos le hicieron en la mente. Nueve enseguida saltó y dijo que podía ser una trampa.

No era posible. Se trataba de mi padre. Podíamos confiar en él.

Recorro a la carrera el pasillo hasta llegar a la habitación de papá. Ni siquiera estoy seguro de lo que haré cuando lo encuentre. ¿Enfrentarme a él? ¿Decirle que tenemos que salir corriendo de aquí?

Su dormitorio está vacío. Echo un vistazo rápido alrededor, sin estar siquiera seguro de lo que estoy buscando. ¿Algún tipo de comunicador mogadoriano? ¿Un diccionario mogo-inglés? Nada parece fuera de lo normal.

Tiene que haber una explicación racional para esto, ¿no?

¿Acaso no he presenciado con mis propios ojos el tipo de juegos mentales de los que son capaces los mogadorianos? He visto a Adam usando un legado que, aparentemente, era un efecto secundario de una operación consistente en arrancarle los recuerdos a un guardián muerto. Incluso ahora, John y Ella están en estado de coma por culpa de una agresión telepática perpetuada por Setrákus Ra. Los mogadorianos retuvieron a mi padre durante años y llevaron a cabo experimentos atroces en su mente.

¿Queda realmente fuera del reino de la posibilidad que los mogos le lavaran el cerebro?

Tal vez mi padre ni siquiera era consciente de que le estaban controlando la mente. Quizá le hicieron algo en el cerebro y luego lo dejaron escapar a propósito, conscientes de que iba a serles más útil fuera, en el mundo, investigando. Quizá los mogos lo programaron para que los informara secretamente mientras dormía... Recuerdo haber leído algo acerca de que los dobles agentes podían ser hipnotizados para que olvidaran sus propias tretas. ¿Era un artículo serio o un cómic? No me acuerdo.

Salgo al pasillo y grito:

—¿Papá? ¿Dónde estás?

Trato de controlar mi voz, de emplear un tono inalterable. Porque ¿y si es un espía mogadoriano? No quiero levantar la liebre.

—Estoy aquí —grita mi padre desde la habitación de John y Ella.

¿Papá un espía de los alienígenas? Vamos. Ya vale, Sam. Es el tipo de teoría conspiratoria que podría haber encontrado en *Están entre nosotros*. Es ridículo. Y, lo que es más importante: en el fondo de mi corazón sé que no es verdad.

Entonces ¿por qué estoy tan nervioso?

Me detengo en la puerta de la habitación de Ella, agarrando con fuerza los documentos traducidos. Sarah se ha ido a su dormitorio para descansar un poco, así que los únicos que vigilan a John y Ella son mi padre y Bernie Kosar. BK está hecho un ovillo, dormido, mientras papá le rasca perezosamente detrás de las orejas.

—¿Qué pasa, Sam? —me pregunta.

Debo de haberlo mirado con los ojos muy abiertos, porque enseguida se ha dado cuenta de que algo va mal. Deja a BK y se me acerca; yo doy un paso hacia atrás instintivamente, sin apenas percatarme. Me mantengo a una distancia prudencial de mi querido padre, el mismo que me rescató de la celda en la que estaba encerrado. Genial.

Le planto los documentos delante de las narices.

—¿Por qué tienen esto los mogadorianos?

Mi padre hojea los papeles, pasando las páginas más deprisa en cuanto reconoce el documento.

—Esto... esto son mis notas.

—Lo sé. ¿Cómo han llegado a manos mogadorianas?

Debe de haber captado las implicaciones de mi pregunta, porque una expresión de dolor ensombrece su rostro por un momento.

—Sam, esto no es cosa mía —me asegura, tratando de parecer convincente; pero detecto una nota de incerteza en su voz.

—¿Estás seguro? ¿Y si...? ¿Y si te hicieron algo, papá? ¿Algo de lo que no te acuerdes?

—No. Imposible —responde, sacudiendo la cabeza, como si tratara de autoconvencerse. A juzgar por el tono de su voz, está claro que no cree que sea imposible. De hecho, me temo que el pensamiento lo ha asustado—. ¿Están los originales aún en mi cuarto?

Los dos volvemos a su habitación a toda prisa. La libreta de notas se encuentra en su escritorio, justo donde se supone que debía estar. Mi padre la hojea, como si buscara algo que demostrara que es una falsificación. Su rostro se tensa, como cada vez que trata de recordar algo. Creo que se está dando cuenta de que no puede confiar en sí mismo, de que los mogadorianos pueden haberle hecho algo.

Se vuelve hacia mí con una sonrisa triste en el rostro.

—Si mis notas han llegado a manos mogadorianas, debemos dar por sentado que este lugar está comprometido. Deberías coger un arma, Sam. Y Sarah también.

—Y ¿qué me dices de ti? —pregunto, con el estómago en un puño.

—No... no se puede confiar en mí —tartamudea—. Deberías encerrarme aquí hasta que vuelvan los guardianes.

—Tiene que haber otra explicación —digo con la voz rota.

No estoy seguro de si lo creo realmente o de si solo deseo que sea verdad.

—No recuerdo haberme marchado —murmura—. Pero supongo que ahora mismo mi memoria no es muy fiable.

Se deja caer con todo su peso en la cama, apoya las manos en el regazo y se las queda mirando. Parece derrotado, abandonado tanto por su mente como por su hijo.

Cuando me dispongo a dirigirme a la puerta, le digo:

—Mira, voy a buscar a Sarah y algunas armas, pero no pienso encerrarte. Tú quédate aquí, ¿vale?

—Un momento —me pide, cogiéndome de la mano—. ¿Qué es esto?

Yo también lo oigo. Un runrún sordo procedente del cajón de su mesilla de noche. Me planto allí de un salto y abro el cajón.

Es el teléfono que usaba mi padre para comunicarse con Adam. La pantalla está iluminada: una llamada de un número bloqueado y, en una esquina, la señal de que el teléfono ha recibido diecinueve llamadas perdidas. Lo sostengo en alto para que mi padre lo vea. Se le ilumina el rostro, pero yo me siento cada vez más

nervioso. Están ocurriendo demasiadas cosas al mismo tiempo. Es como si poco a poco las paredes fueran acercándose a mí para encerrarme.

Aprieto el botón y me acerco el teléfono al oído.

—¿Diga? —Me tiembla la voz.

—¿Malcolm? —grita alguien sin aliento—. ¿Dónde te habías metido?

—Soy Sam —corrijo; el miedo se apodera de mi estómago al reconocer la voz—. ¿Adam, eres tú?

Mi padre se pone en pie de un salto y me estrecha los hombros con las manos, emocionado al descubrir que Adam aún sigue con vida. Me habría gustado sentirme aliviado, pero, a juzgar por el tono de su voz, nos esperan más malas noticias.

—¿Sam? ¡Sam! ¿Dónde está tu padre?

—Es... está...

—¡Da igual! ¡No importa! —grita—. Escúchame, Sam. Estáis en Chicago, ¿verdad? ¿En el John Hancock Center?

—Cómo... ¿cómo lo sabes?

—¡Lo saben, Sam! —grita Adam—. ¡Lo saben y vienen a por vosotros!

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



—¡AGARRAOS!

Todos nos precipitamos a un lado cuando, de repente, Nueve hace girar de un tirón el timón de nuestro bote —una pequeña embarcación propulsada por un ventilador gigante instalado en la parte trasera— para esquivar un tronco que flota en las turbias aguas del pantano. Ocho está a punto de perder el equilibrio y se me agarra del brazo para sostenerse en pie. Luego, me sonríe con timidez y me suelta para aplastar un mosquito de una palmada. El aire es denso y húmedo, plagado de insectos cuyo zumbido no queda silenciado ni por el ruido del propulsor del bote. Este lugar huele a tierra fértil y a vegetación profusa.

—¡Fijaos en eso! —grita Ocho para que todos lo oigamos. Algo que avanza a la deriva por el agua ha agitado un grupo de lirios. Al principio creo que es otro tronco, pero entonces distingo las escamas ásperas de una cola que se mece por la superficie: es un caimán—. ¡Apartad las manos del agua! —exclama Ocho.

El caimán desaparece entre unos árboles, a nuestra izquierda. Ahora entiendo por qué Cinco pensó que los Everglades serían un lugar seguro donde esconder su herencia; son un laberinto de hierbas altas y aguas embarradas en el que no hay más que insectos y animales al acecho.

Descendemos pantano abajo, como por una carretera de agua, el lugar en el que la frondosidad de la hierba y los árboles se abren ligeramente para dejar paso a las embarcaciones. No es que haya nadie más por aquí: no hemos visto ni un solo ser humano desde que alquilamos el bote hace más de una hora. Incluso la oficina de alquiler de barcos no era más que una cabaña destartalada en la que moría una carretera rural, junto a la orilla del pantano. Hemos tenido que elegir entre los tres botes oxidados propulsados por ventilador que había amarrados en ese muelle desvencijado. El hombre solitario que vivía allí, un tipo que estaba muy moreno y que olía a una combinación de alcohol y gasoil, nos ha explicado entre hipos cómo manejar el bote, y luego ha aceptado el dinero que le hemos entregado a cambio de un mapa de la zona que se caía a pedazos y las llaves del bote. No nos ha hecho preguntas, cosa que todos le hemos agradecido.

Seis está preocupada por el mapa que nos ha vendido ese hombre. No para de compararlo con el mapa de los Everglades que imprimimos de Internet, aquel en el que Cinco marcó la localización de su Cofre. No se cansa de examinar uno y otro; primero el nuestro y luego el malogrado, que, sin embargo, refleja con más detalle los afluentes locales y los brazos pantanosos. Seis arroja ambos mapas al otro extremo del bote, enfadada.

—¡Aquí no hay quien se aclare! —gruñe.

—No te preocupes —la tranquiliza Nueve, guiándonos hacia la puesta de sol—. Cinco dijo que sabía adónde íbamos. ¡A ver si es útil, para variar!

Miro al cielo, en busca de Cinco. Hace quince minutos que ha emprendido el vuelo, después de asegurarnos que le resultaría más fácil localizar el Cofre desde las alturas. El cielo está empezando a teñirse de ese tono rosáceo que por lo general me parece hermoso, pero que aquí me da mala espina.

—No querría parecer gallina —digo con cautela, colocándome un mechón de cabello empapado detrás de la oreja—, pero os aseguro que no quiero estar aquí en cuanto hay a anochecido.

—Yo tampoco —comenta Ocho y, golpeando con el dedo el mapa que Seis sostiene en las manos, añade—: Especialmente si nuestra estimada guía no sabe cómo devolvernos a la civilización.

Seis mira a Ocho con los ojos entornados, pero no se digna responderle. Nueve se echa a reír. Tiene la camiseta cubierta de enormes manchas de sudor, y los insectos zumban incansablemente a su alrededor sin que él parezca notarlo. De hecho, yo diría que está disfrutando de todo esto: la humedad, la sensación de que todo se pega, el peligro acechante. Está en su elemento.

—Estaba pensando que después podríamos ir de camping —propone.

Ocho y yo soltamos un gruñido. Si no hubiera caimanes surcando el agua, habría aprovechado la oportunidad para echar a Nueve por la borda. Vuelvo a mirar al cielo tratando de localizar a Cinco y concluyo:

—Seguro que estará de vuelta enseguida.

No hay razón para no ser optimista. Hasta ahora, la misión se ha desarrollado sin problemas. Aún no me siento bien por haber dejado a John y a Ella en ese estado, pero los demás tenían razón. No podíamos hacer nada por ellos allí en Chicago. No he llegado a los niveles de entusiasmo de Nueve, pero la verdad es que estoy mejor haciendo algo, buscando un modo de ayudar a nuestros amigos y de ganar esta guerra.

Siempre y cuando no nos perdamos en este pantano. No creo que eso nos trajera nada bueno.

Una sombra surca el cielo. Es Cinco. Se cierne unos instantes sobre el bote y luego baja suavemente para posarse a nuestro lado. Está sudando profusamente y tiene la camiseta empapada.

Nueve suelta una risita.

—Si nos quedamos por aquí mucho más tiempo, vas a acabar perdiendo peso, ¿eh, grandullón?

Cinco hace rechinar los dientes, mientras se despega la camiseta mojada del cuerpo con timidez. Todos estamos sudados y desaseados, pero, por alguna razón, Nueve no puede evitar meterse precisamente con Cinco. Yo esperaba que la sesión de entreno de la bandera les habría ayudado a solventar algunos de sus problemas, pero sigue habiendo tensión entre ellos.

—No le hagas caso —le digo a Cinco—. ¿Has encontrado tu Cofre?

Cinco asiente con la cabeza y señala justo hacia donde nos dirigimos.

—Hay una pequeña extensión de tierra firme un kilómetro más adelante. Es ahí.

Nueve deja escapar un suspiro.

—¿Y se puede saber por qué no has cogido el Cofre y lo has traído hasta aquí?

Cinco le sonríe burlonamente y responde:

—No escuchaste cuál era el plan, ¿verdad? Votamos que tú te encargarías del trabajo de machaca.

—¿Qué? —Nueve mira a Ocho, confundido, y le pregunta—: ¿Lo dice en serio?

Ocho se encoge de hombros, siguiéndole a Cinco la corriente.

—Tú límitate a pilotar el puto bote, Nueve —le espeta Seis tras chasquear la lengua, exasperada.

—Vale, vale, capitán —responde él, agitando los dedos—. ¡Marchando un Cofre!

Seis se vuelve hacia Cinco. Ha estado más callada de lo habitual.

—¿Por qué no te has traído el Cofre contigo? —le pregunta con aspereza.

Cinco se encoge de hombros.

—Está oscureciendo y es un buen lugar en el que pasar la noche si necesitamos hacerlo.

—¿Lo ves? —grita Nueve, encantado—. ¡A acampar!

—De eso nada —zanja Ocho, sacudiendo la cabeza con vehemencia—. Dale caña a este trasto para que podamos salir de aquí cuanto antes.

Nueve acelera, e inmediatamente el bote levanta espuma a ambos lados.

Supongo que el lugar al que nos conduce Cinco podría describirse generosamente como una isla. En realidad, no es más que un montón de barro en medio del pantano sobre el que se levanta un árbol enorme y retorcido que parece que haya estado creciendo desde el principio de los tiempos. Sus raíces son tan gigantescas, alcanzan hasta tan lejos, que Nueve tiene que guiar el bote con cautela para no quedarse atrapado en alguna de ellas. Desembarcamos. Nuestros pies se hunden en el barro y resbalan al pisar las protuberancias desiguales de las raíces. Estamos rodeados por un anillo de hierba alta que crece en el agua, y son tantas las ramas que nos cubren la cabeza que toda la isla ha quedado en la sombra en cuanto hemos desembarcado. De hecho, aquí estamos a cinco grados menos que en el agua.

—La verdad es que este lugar es genial —le digo a Cinco.

Veo que se le hincha un poco el pecho al oír el halago: no está acostumbrado.

—Sí. Pasé aquí una noche. Este viejo árbol es asombroso. Pensé que no me costaría encontrarlo de nuevo.

—Felicidades —refunfuña Nueve, aplastando de una palmada un bicho que tenía en el cuello—. A ver, ¿y dónde está ese dichoso Cofre?

Cinco nos conduce a la base del árbol. Bajo nuestros pies, se extiende un entramado de raíces; es como si el árbol fuera un puño hundido en la tierra y las raíces, sus dedos, que estrujan el barro con fuerza. Cinco se arrodilla bajo un nudo de raíces, una zona en la que se apiñan un poco, casi como un nudillo. Mete la mano bajo las raíces, donde espera una suave bolsa de barro.

—Está aquí debajo —dice Cinco, rebuscando con la mano—. Casi lo tengo.

El barro hace un ruido de ventosa cuando Cinco tira del Cofre, como si fuera reacio a soltar su presa. Su dueño se arrodilla delante de él y aparta el fango que recubre la superficie de madera.

Ocho me toca el hombro y señala un lugar donde el anillo de hierba se abre. Veo aparecer la cabeza plana y los ojos amarillos de un caimán, tal vez el mismo con el que nos hemos cruzado antes.

—Parece que alguien tiene hambre —comenta Ocho en tono de guasa.

—¿Nos están siguiendo? —pregunto medio en broma, pero también un poco asustada.

Me acerco un poco a Ocho.

—Aquí hay muchos caimanes —observa Cinco con aire distraído, levantando su Cofre.

—Tú hablas con los animales, ¿verdad? —le pregunto a Nueve—. Dile a ese bicho que no queremos problemas.

—Igual me lo quedo como mascota. O me hago un abriguito con él —

responde Nueve, entornando los ojos al centrar la mirada en el animal, que cada vez está más cerca. De pronto, algo cambia en su rostro—. Esperad...

La cabeza de un segundo caimán aparece al lado del primero y, al cabo de unos segundos, una tercera cabeza emerge también del barro. Al principio, creo que un grupo de caimanes ha venido a acecharnos, suponiendo que algo así sea posible. Pero entonces tres cabezas surgen del agua como una sola, conectadas a un único cuerpo por un cuello grueso y cubierto de escamas. Las escamas desaparecen bajo un abrigo de piel negra y aceitosa que recubre la parte del torso del animal. De pronto, el bicho despliega un par de alas de murciélago y se sacude el agua de encima violentamente. Al final, acaba poniéndose en pie sobre un par de piernas casi humanoides: debe de medir unos cuatro metros y medio. Se inclina hacia delante y, con sus seis ojos amarillentos, nos mira, hambriento.

—¡Cuidado! —grita Seis cuando la criatura bate sus alas y se eleva hacia el cielo.

El animal se acerca hacia mí. Es curioso las cosas en las que uno se fija en momentos como este. El monstruo tiene unos pies enormes, y garras curvadas tanto en cada uno de los tres dedos de cada pie como en los talones. Las plantas de los pies, sin embargo, parecen suaves y tienen un par de cicatrices en forma de S marcadas en la piel, como si un científico mogadoriano hubiera firmado su obra.

Me fijo en todo eso mientras se abalanza sobre mí.

—¡Cuidado!

Ocho me agarra de la cintura y los dos nos teletransportamos unos metros atrás. Las garras del caimán mutante cercenan un pedazo de la raíz en la que yo tenía puestos los pies.

—¿Cómo demonios nos han encontrado? —gruñe Nueve, extendiendo su vara plateada.

—Yo no veo a ningún mogadoriano —grito yo, girando sobre mí misma para echarle un vistazo a todo el pantano—. ¿Crees que puede estar solo?

—Se lo preguntaré.

Nueve entra a la carga. La bestia hace chasquear una de sus tres bocas tratando de pillarle, pero Nueve extiende su bastón, lo introduce en la boca que le queda más cerca y le arranca un par de colmillos amarillentos. Mientras una de sus cabezas ruge de dolor, el monstruo arremete contra Nueve con el ala, y este salta hacia atrás.

Cinco suelta su Cofre en el suelo y lo abre.

—Pero, bueno, ¿no has visto esta cosa cuando has explorado el terreno? —le grita Seis, agarrándolo del hombro.

—Ha salido de debajo del agua. ¿Cómo querías que la viera? —Cinco habla con voz calmada; parece muy tranquilo, nada que ver con la actitud de la que John fue testigo en la última batalla—. No os preocupéis —prosigue—. Tengo la

cosa aquí dentro.

—¡Necesitas ayuda?! —grita Nueve retrocediendo de un salto para librarse de la dentellada de una de las bocas del monstruo.

Ocho se teletransporta justo encima de las tres cabezas de la criatura. Le asesta una patada a uno de los hocicos y se teletransporta de nuevo junto a Nueve. El bicho deja escapar un rugido de frustración mientras agita las alas para elevarse del suelo. Nueve y Ocho se separan tratando de flanquear a la bestia.

Mientras Cinco rebusca en su Cofre, Seis lanza las manos al aire.

—Marina, cúbreme mientras hago esto.

Oigo las primeras gotas de una lluvia tormentosa abriéndose paso a través del follaje.

Cinco extrae una especie de manga de piel de su Cofre e introduce dentro el antebrazo. Al flexionar la muñeca, una brillante hoja de unos treinta centímetros aparece por la parte inferior del brazo. Cinco sonríe de oreja a oreja.

—Te he echado de menos —le dice a su artilingio-manga mientras flexiona el brazo de nuevo para que la hoja vuelva a esconderse.

—¡A ver si cae ya ese rayo, Seis! —grita Nueve.

El monstruo se abalanza sobre él. Todo lo que puede hacer es mantener su vara en el aire, esquivando las dentelladas del trío de bocas repletas de colmillos. Nueve retrocede ciegamente, tropieza con una rama y acaba aterrizando de culo en el suelo. Justo cuando la bestia se dispone a saltarle encima, Ocho cambia de forma y adopta el aspecto de una criatura enorme, medio hombre, medio jabalí, que supongo que debe de ser uno de los avatares de Visnú. Agarra al monstruo por su cola de caimán y tira de él hacia atrás para evitar que acabe devorando a Nueve.

La bestia rodea a Ocho y le hunde los dientes en el hombro. Su hocico de cerdo brama estrepitosamente y su forma empieza a desdibujarse. La mordedura le ha dolido tanto que le resulta difícil mantener la concentración.

—¡Ocho! —grito.

Quiero correr hacia él para curarlo, pero no puedo dejar a Seis mientras está absorbiendo una tormenta.

—¡Ve a ayudarlo! —me grita con los dientes apretados—. Esto ya está.

Salgo a la carrera, decidida a alcanzar a Ocho. Antes de que el caimán volador pueda hincarle el diente de nuevo, un rayo baja del cielo directo hacia él y lo deja extendido en el suelo. El bicho echa humo y se agita con espasmos. Ahora llueve aún con más fuerza: Seis ha intensificado la tormenta.

Nueve se ha puesto en pie de nuevo. Sale disparado mientras la bestia lucha por levantarse del suelo, y apalea a la criatura con su vara con todas sus fuerzas. Los golpes, no obstante, apenas consiguen hacer mella en su piel cubierta de escamas.

Ahora que Nueve ha vuelto a la lucha, Ocho se aleja del monstruo a trompicones, conservando aún su forma de Visnú. Cuando por fin llego hasta él, recupera su aspecto normal y veo las profundas laceraciones dentadas que cubren su hombro derecho. Deposito mis manos sobre las heridas y presiono, dejando que la sensación helada fluya de mí hacia él. Las heridas enseguida se cierran ante mis ojos.

—Ahora mismo te besaría —me dice Ocho.

—Quizá después de que acabemos con esa cosa —respondo yo.

El monstruo se encabrita y derriba a Nueve descargando contra él una de sus alas de piel. En cuanto Nueve queda fuera de combate, Seis se apresura a crear dos rayos más y los dirige de nuevo contra el bicho. Los rayos le agujerean la membrana de una de las alas, pero la criatura se limita a trastabillar hacia atrás y soltar uno de sus rugidos poco amistosos. Parece que lo único que estamos consiguiendo es ponerla más furiosa.

—¿Qué se necesita para pararle los pies a este hijo de puta? —grita Nueve.

Un pitido se adueña del aire. Suena tan fuerte y tan agudo que me pone la piel de gallina, como cuando alguien pasa las uñas por la superficie de una pizarra. Al volverme, veo a Cinco con una intrincada flauta en los labios, un instrumento tallado en piedra obsidiana. Cuando esa nota estridente se apodera del ambiente, Cinco mira fijamente al monstruo, sin siquiera parpadear.

Y, de pronto, es como si se le hubieran pasado todas las ganas de pelear. Pliega sus enormes alas junto al cuerpo y se inclina hacia el suelo, con sus tres cabezas pegadas al pecho, como si estuviese haciendo una reverencia.

—Oh —suspira Ocho.

—¿Lo ves? —dice Cinco mirando alrededor con la flauta en las manos—. Fácil.

—Si tenías esta cosa, ¿por qué no la has usado desde el principio? —Le suelta Nueve.

—He pensado que querías entrenarte un poco —le responde, sonriéndole friamente.

Seis sacude la cabeza y dice:

—¿Podría alguno de vosotros matar a esa cosa para que podamos salir de aquí?

—¡Con mucho gusto! —exclama Cinco, y su piel adquiere la textura metálica del hierro. Avanza unos pasos hacia la bestia arrodillada, pero se detiene junto a Seis y dice con aire distraído—: Yo he creado el bicho... Lo menos que puedo hacer es sacrificarlo.

—¿Que tú qué? —pregunto, sin dar crédito.

Cinco lanza su puño metálico con una fuerza que no había visto en él hasta ahora, y le asesta a Seis un buen gancho.

El impacto levanta en el aire todo el cuerpo de Seis, que acaba aterrizando

justo a mis pies; tiene los ojos en blanco y un par de hilos de sangre le salen de los agujeros de la nariz. En el mejor de los casos, tendrá una conmoción cerebral; en el peor, se habrá fracturado el cráneo. Me acerco de manera instintiva hacia ella para curarla, pero, cuando trato de agacharme, algo me golpea en el pecho, aunque no con demasiada fuerza, ni siquiera la suficiente para dejarme sin aliento: es telequinesia. Cinco me está manteniendo a raya. Levanto la mirada hacia él, mientras lágrimas de confusión me empañan los ojos.

Ocho rompe ese momento de desconcierto silencioso.

—¿Por qué has hecho esto? —exclama.

Pero el grito de Nueve ahoga sus palabras.

El cuerpo de Cinco ha adquirido la consistencia del caucho y su brazo se ha alargado como un tentáculo y ha dado dos vueltas alrededor del cuello de Nueve. Él trata de liberarse, pero Cinco lo levanta del suelo sin el menor esfuerzo. Su brazo se extiende aún más y, en cuanto ha elevado a su víctima unos tres metros del suelo, vuelve a arrojarla con fuerza contra él. Luego, la hunde en el barro y la mantiene ahí, con la intención de ahogarla.

Tanto Ocho como yo nos quedamos petrificados al ver que Cinco se vuelve hacia nosotros. La expresión de su rostro es, para nuestro desconcierto, afable, teniendo en cuenta que su interminable apéndice mantiene a Nueve bajo el barro y que Seis yace inconsciente a mis pies por culpa del puñetazo descomunal que le ha dado. El brazo de Cinco está vibrando: es probable que Nueve lo esté golpeando en un intento de liberarse. Sus golpes, sin embargo, no deben de causarle a Cinco ningún dolor, porque apenas parece notarlos.

Se sienta en su Cofre y nos mira.

—Creo que los tres deberíamos tener una charla —dice con toda tranquilidad.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



DE REPENTE LA COMUNICACIÓN CON ADAM SE CORTA. Enseguida me fijo en la pantalla del teléfono: número privado. No hay modo de devolverle la llamada. No sé dónde estaba, pero se movía a toda prisa y gritaba para que el aullido del viento no ahogara su voz. No cabe duda de que estaba huyendo y parecía muy exaltado. Yo me encuentro en la situación opuesta: encerrado en un ático y como anestesiado.

¿Qué haría John en una situación así? Mover el culo, eso es lo que haría. Me meto el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y me dispongo a dirigirme al vestíbulo.

—Ha dicho que los mogos saben dónde estamos y que ya están en camino. Tenemos que salir de aquí ahora mismo —le grito a mi padre al pasar junto a él, camino de la puerta.

Al volver la cabeza, lo veo aún de pie al lado de la cama.

—Vamos —lo insto—. ¿A qué estás esperando?

—¿Y si...? —Mi padre se lleva los dedos al puente de la nariz—. ¿Y si no soy de fiar?

Vale, de acuerdo. Cabe la posibilidad de que papá sea una especie de doble

agente que trabaja para los mogadorianos sin siquiera saberlo. Pero no, tiene que haber una explicación mejor: no puede ser esa la razón de que sus notas estén en manos de los mogos. Vale, tal vez no esté seguro de poder fiarse de sí mismo y quizá le preocupe que le falle la memoria. Pero no me importa, así que tomo la decisión: voy a confiar en él.

—¿Recuerdas cuando estábamos en la base Dulce y yo quería volver dentro para ayudar a los miembros de la Guardia? Me dijiste que llegaría el día en que podría ser útil a los lóricos. Pues bien, creo que ese día es hoy. Confío en ti, papá. No puedo hacer esto si tú no estás a mi lado.

Mi padre asiente, con aire solemne. Sin decir nada más, se agacha, saca de debajo de la cama el rifle que usó para tumbar a ese monstruo en Arkansas y lo carga.

—¿Te ha dicho Adam de cuánto tiempo disponemos? —pregunta.

El edificio sufre una sacudida y todas las luces parpadean. Parece que ya tenemos la respuesta. En el exterior, por encima de nuestras cabezas, se oye el rugido de un motor que se acerca peligrosamente al edificio y luego un chirrido metálico: algo acaba de aterrizar en el tejado.

—Por lo que parece, de muy poco.

Corremos al pasillo y nos encontramos a Sarah, que acaba de salir del su dormitorio. Abre los ojos como platos al ver que mi padre lleva un rifle.

—¿Qué ha sido ese ruido? —pregunta—. ¿Qué ocurre?

—Los mogos están aquí —respondo.

—¡Oh, no! —exclama, saliendo como una flecha hacia la habitación donde Ella y John yacen indefensos.

Desde el corredor, tengo una visión inmejorable de los enormes ventanales del salón del ático. Una media docena de cuerdas se descuelgan desde el tejado y los mogadorianos las emplean para deslizarse por el exterior del edificio.

—¡Tengo que llevarme a John! —grita Sarah.

La cojo de la muñeca y le digo, muy serio:

—Sin armas, no tendremos ninguna oportunidad. Tenemos que ir a buscarlas.

Los cristales de las ventanas estallan en mil pedazos al recibir el impacto de las descargas sincronizadas de los cañones mogadorianos. Una corriente de aire frío recorre el ático. Los mogos saltan dentro, se desenganchan de las cuerdas y empiezan a examinar el lugar en busca de algún blanco. Están en el salón, justo entre nosotros y el ascensor del ático, nuestra única salida. Me sorprende que sean tan pocos. Si yo tuviera que atacar la guarida de la Guardia, mandaría a un ejército entero. Es como si no esperaran encontrar mucha resistencia.

Los tres volvemos de puntillas a la habitación de mi padre.

—Yo me encargo de John y Ella —dice papá—. Vosotros id a la sala de entrenamiento.

Oigo a los mogos saliendo el salón, camino del corredor.

—Ya vienen. A la de tres. Una...

Antes de que diga dos, un rugido violento hace retumbar el pasillo y los cañones mogadorianos responden con una descarga interminable. Asomo la cabeza justo a tiempo de ver a Bernie Kosar: está atacando a un par de mogos transformado en un oso grizzly. ¡Me había olvidado de BK! Tal vez la situación no sea tan desesperada como parecía.

—¡Vamos! —grita mi padre echando a correr hacia la habitación de Ella—. Coged las armas y les pararemos los pies aquí.

BK arremete contra lo mogos, uno tras otro, desmembrándolos con sus garras, destrozando de un zarpazo los muebles tras los que tratan de esconderse. Algunos de los disparos de los cañones le han rozado en el costado y ahora el aire huele a pelo quemado; pero al parecer solo han conseguido alterarlo más. Mi padre, agazapado en el quicio de la puerta de la habitación de Ella, apunta con el arma y empieza a cargarse a los mogos.

Sarah y yo tomamos la dirección opuesta y nos encaminamos hacia la sala de entreno y la armería. Detrás de mí, oigo las descargas de los cañones impactando en las paredes, y luego la respuesta del rifle de mi padre. Tenemos que darnos prisa. No creo que el segundo grupo de mogos tarde mucho en descolgarse del tejado, y papá y BK no podrán mantenerlos a raya para siempre.

De pronto, la puerta del dormitorio que queda a mi derecha se abre. Noto el aire frío que se cuela por una ventana rota y, al cabo de menos de un segundo, ya tengo a un mogadoriano encima. Me embiste con el hombro y me inmoviliza contra la pared. Me clava el antebrazo bajo el cuello y pega su cara paliducha a la mía: lo único que veo son sus ojos negros, sin vida.

—Humano —sisea—, dime dónde está la muchacha y te mataré deprisa.

Antes de que pueda preguntarle a qué muchacha se refiere, Sarah le rompe un jarrón vacío en la cabeza. Después del porrazo, el mogo se sacude y se vuelve hacia ella. Siento que me invade una oleada de rabia, por todo el tiempo que me tuvieron cautivo, por lo que le han hecho a John y a Ella. Así que agarro la empuñadura de la espada del mogo, extraigo el arma de la funda y, soltando un grito, se la clavo en el pecho: en solo un abrir y cerrar de ojos, se ha convertido en un cúmulo de cenizas.

—¡Oh! —exclama Sarah.

Se oye ruido de cristales rotos por todo el ático. Las puertas de todas las habitaciones que dan al pasillo se abren violentamente y los mogos aparecen ante nosotros separándonos a mí y a Sarah de mi padre y Bernie Kosar. El piso de Nueve siempre me ha intranquilizado un poco, pero ahora resulta espeluznante. Ya no veo a papá, que está al otro lado del salón, pero aún oigo los disparos de su rifle, que cada vez son más frecuentes. De pronto, oigo un gran estruendo: algo se ha volcado en la habitación de Ella.

—¿Buscáis a la chica? —les grito, tratando de captar su atención y liberar así a mi padre de tanta presión—. ¡Es por ahí!

Sarah y yo salimos corriendo y nos metemos en el taller, mientras unos diez mogos nos persiguen por el pasillo.

Juntos, arrastramos el montón de viejos aparatos y pedazos de motores que hay junto a la puerta: al final, la chatarra que había acumulado Sandor nos va a ser útil. Un mogo trata de abrir la puerta, pero ha quedado bloqueada por la pila de desperdicios electrónicos.

—Esto los detendrá un segundo —digo.

—¿Crees que piensan que soy la chica que buscan? —pregunta Sarah, sin aliento—. ¿O están aquí por Ella?

Un pedazo de la puerta del taller explota tras recibir la descarga de uno de los cañones. Varias astillas calientes me salpican la mejilla y alguna casi se me clava en el ojo. Me temo que nuestro segundo ya ha pasado. Sarah me agarra del brazo y los dos cruzamos a tropicónes el taller, mientras los mogos pulverizan la puerta que dejamos a nuestras espaldas.

Una descarga aislada impacta en el suelo, entre los dos, y Sarah acaba cayendo al otro lado de una mesa. Ahora los disparos se intensifican. Me agacho y consigo cogerla de nuevo de la mano para ayudarla a levantarse.

—¡Estoy bien! —me grita, y los dos echamos a correr hacia la sala de entreno, tratando de mantener la cabeza gacha.

Los disparos de los mogadorianos han convertido la puerta del taller de Sandor en un agujero humeante. Entran a empujones, trastabillando por el montón de chatarra que hemos derribado, pero aun así consiguen avanzar. El monitor que indicaba la posición de los miembros de la Guardia explota junto a mí, soltando una lluvia de chispas: el cañón mogadoriano que me apuntaba ha errado el tiro por poco.

—¿Cómo vamos a luchar contra tantos? —grita Sarah cuando irrumpimos a la carrera en la sala de entreno—. He hecho prácticas de tiro, pero ¡no para enfrentarme a diez objetivos a la vez!

—Tenemos la ventaja de que están en nuestro terreno.

Una vez en la sala de entrenamiento, Sarah se dirige a toda prisa al expositor de armas y yo me instalo en la Lectern. El primer mogo entra en la sala justo cuando pongo en marcha el programa de entreno y activo una de las viejas rutinas de Sandor: aquella cuyo nivel de dificultad está marcado como «de locura». Estoy sentado detrás de la consola metálica, presionando botones, pero, de momento, los mogos ni siquiera se han fijado en mí. Están más pendientes de Sarah. Ya se han dado cuenta de que no es la chica a la que andan buscando, pero los está apuntando con una pistola en cada mano y eso la convierte en la amenaza más evidente. La amenaza más evidente, y también el blanco más fácil.

—¡Sarah! ¡A tu izquierda! —le grito, levantando un parapeto del suelo para protegerla.

Sarah se lanza detrás justo cuando los mogadorianos abren fuego.

El humo que escupen las boquillas instaladas a lo largo de las paredes empieza a invadir la sala. Algunos de los mogos parecen desconcertados, pero la mayoría de ellos están más interesados en acabar con Sarah. Algunos disparos rebotan en el frontal de la Lectern, y yo me escurro en el asiento, tratando de encogerme todo lo que puedo. Espero que esta cosa sea lo bastante resistente como para soportar el fuego de los cañones. A pesar del ruido de los disparos, oigo un zumbido familiar: la sala de entreno está cobrando vida.

Media docena de paneles instalados en las cuatro paredes se deslizan a un lado para dejar al descubierto torretas cargadas con bolitas metálicas parecidas a los cojinetes.

—¡Agáchate bien! —le grito a Sarah—. ¡Ya empieza!

Un fuego cruzado invade la sala y pilla a los mogos justo en medio. Este ejercicio no está pensado para lisiar a nadie, sino para ayudar a los miembros de la Guardia a trabajar con la telequinesia, así que las bolitas metálicas que salen disparadas de las paredes no viajan lo bastante rápido como para matar a los mogos. A pesar de ello, el impacto debe de doler lo suyo. Entre esto y las pelotas terapéuticas que aparecen colgando del techo cuando menos te lo esperas, me temo que los mogos no dan abasto.

Salgo de la Lectern, y, antes de que haya tenido tiempo de echarme al suelo, una de esas pelotas gigantes me da un buen golpe en el hombro. Tengo el brazo dolorido, pero consigo pegarme por completo al pavimento, mientras contemplo la paliza que están recibiendo los mogos. Al verme, Sarah me lanza una de sus armas por el suelo. La cojo y me escondo con ella detrás de la Lectern. Sarah y yo tenemos ocupados los dos únicos parapetos de la sala.

Abrimos fuego. No importa que no seamos ases de la puntería: los mogadorianos son una presa fácil. Los disparos incesantes que reciben desde las paredes están empezando a aterrorizarlos. Algunos han acabado arrodillados en el suelo, derribados por las canicas metálicas o las pelotas terapéuticas, y entonces Sarah y yo hemos aprovechado para cargárnoslos. Otros han preferido huir hacia la puerta, pero lo único que consiguen los que se las arreglan para llegar tan lejos es recibir una bala en la espalda.

Cuando no ha pasado ni un minuto de la rutina de entreno, no queda en la sala ni un solo mogo. Los miembros de la Guardia tienen que aguantar siete minutos antes de poder hacer un descanso en el entreno. Claro que no tienen a nadie disparándoles con balas de verdad. Me levanto y les doy a los controles de la Lectern hasta que el sistema se detiene.

—¡Ha funcionado! —exclama Sarah, casi sorprendida—. ¡Les hemos machacado, Sam!

Cuando se pone en pie, me fijo en la quemadura que tiene en la parte externa de la pierna izquierda. Se le han rasgado los tejanos y tiene la piel de debajo muy roja.

—¡Te han disparado! —le grito.

Sarah baja la mirada.

—Mierda. Ni siquiera lo he notado. Solo deben de haberme rozado.

Sin embargo, cuando le baja el subidón de adrenalina, se acerca a mí, cojeando. Tengo que agarrarla de la cintura para ayudarla a caminar, porque hay que salir de esa sala de entreno lo antes posible. Cogemos más armas de camino a la salida, y me meto una segunda pistola en la parte de detrás de mis tejanos, por si se nos termina la munición. Sarah tira su revólver, que ya no tiene balas, y coge una ametralladora impresionante, el tipo de arma que yo creía que solo existía en las películas de acción.

—¿Ya sabes cómo usarla? —le pregunto.

—Todas funcionan más o menos igual —responde—. Solo hay que apuntar y disparar.

De no haber estado tan preocupado por mi padre y el estado comatoso de John y Ella, me habría echado a reír. Atravesamos el taller malogrado de Sandor, caminando por encima de la chatarra que hemos derribado, vigilando en todo momento dónde ponemos los pies. Ya no se oyen disparos: en el ático reina un silencio siniestro. ¿Es eso buena o mala señal?

Asomo la cabeza por el pasillo. No se ve a nadie. Un lecho de cenizas mogadorianas recubre el suelo, pero, aparte de eso, todo está tranquilo. Lo único que se oye es el silbido del viento, que se pasea por el piso desde que los mogos han roto todas las ventanas para poder entrar.

—¿Crees que nos los hemos cargado a todos? —susurra Sarah.

Y entonces oímos ruido procedente del tejado: parecen botas corriendo de un extremo a otro. Todo indica que hay más mogadorianos ahí arriba, y deben de estar preparándose para mandar a otro grupo en cualquier momento, en cuanto se den cuenta de que el primero ha fracasado.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —le digo a Sarah ayudándola a caminar.

Recorremos el pasillo tan deprisa como podemos, y entonces el Bernie Kosar de aspecto de oso aparece ante nosotros, moviéndose con pesadez. Creo que está herido: debe de haber recibido la descarga de un cañón, porque le humea la parte derecha del cuerpo. Me mira como si tratara de decirme algo. Ojalá tuviera la capacidad de hablar telepáticamente con los animales, como John. No sé por qué, pero creo que está triste. Triste, pero decidido.

—¿Te encuentras bien, Bernie? —le pregunta Sarah.

El animal suelta un gruñido y se transforma en un halcón. Luego, planea hasta la ventana y, una vez fuera, se eleva verticalmente. Debe de querer

entreteener a los mogadorianos del tejado para darnos tiempo a evacuar a John y a Ella. Ahora entiendo lo que BK quería decirnos con esa mirada; se estaba despidiendo, por si era la última vez que lo veíamos. Dejo escapar un profundo suspiro.

—Vamos, tenemos que irnos —digo en un susurro.

Una librería volcada está bloqueando la puerta de la habitación de Ella. La han acribillado a balazos: seguro que mi padre la ha utilizado para ponerse a cubierto.

—¿Papá? —digo con un hilo de voz—. Está todo despejado. Vámonos.

No responde.

—¿Papá? —repito un poco más fuerte. Me tiembla la voz.

Nada. Arremeto contra la librería con el hombro, pero está atrancada. Empiezo a sentir náuseas: estoy desesperado. ¿Por qué no me contesta?

—¡Por ahí! —exclama Sarah, señalando hacia arriba.

Hay un hueco lo bastante grande entre el estante de arriba y el límite superior del marco de la puerta. Trepo por la estantería y, después de que las maderas sobresalientes de los estantes me hayan dejado las rodillas llenas de arañazos, me arrastro como puedo al otro lado y acabo aterrizando torpemente en el suelo. He tardado solo unos segundos, pero me han bastado para imaginarme a mi padre, acribillado por las descargas de los cañones, y a John y a Ella, asesinados mientras dormían.

—¿Papá? —Me quedo sin aliento. Tengo la sensación de que el tiempo transcurre más despacio. Me acerco a la cama, tambaleándome: no me responden las piernas—. ¿Papá?

John y Ella parecen estar bien, aunque siguen en estado de coma, totalmente ajenos al caos que los rodea. Y totalmente ajenos al detalle de que el cuerpo de mi padre yace encima de ellos.

Tiene los ojos cerrados y, en el abdomen, una herida considerable que le sangra profusamente. Sus dos manos están ahí, como si tratara de resistir al máximo. Su rifle yace en el suelo, sin munición, y la empuñadura está manchada con sus huellas ensangrentadas. Me pregunto cuánto tiempo habrá aguantado hasta que lo han disparado.

Sarah ahoga un grito al aparecer por la parte de arriba de la estantería.

—Oh, no. Sam...

No sé qué hacer, salvo cogerle la mano. La tiene muy fría. Enseguida se me empañan los ojos, y de pronto me doy cuenta de que en una de las últimas conversaciones que mantuve con él básicamente lo llamé « traidor » .

—Lo siento —susurro.

Casi me muero del susto cuando mi padre me estrecha la mano.

Ahora tiene los ojos abiertos. Es evidente que le cuesta enfocar la visión. Acabo de fijarme en que no lleva las gafas: deben de haber acabado hechas

añicos en algún rincón, durante el tiroteo.

—Los he protegido todo lo que he podido —me dice papá con la voz ahogada; oigo el borboteo de la sangre, que se le escapa por la comisura de los labios.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —le respondo, arrodillándome junto a él.

Una sombra de dolor se instala en su rostro. Y entonces me estrecha la mano con más fuerza y me dice:

—Yo no, Sam. Tendrás que irte tú solo.

Un aullido llena el aire, procedente de la lucha que está teniendo lugar en el tejado. Bernie Kosar está desesperado, sufriendo.

Sarah me acerca la mano al hombro y me dice, con cariño:

—Sam, lo siento, pero no tenemos mucho tiempo.

Yo me zafo de ella y miro a mi padre, negando con la cabeza. Ahora las lágrimas recorren libremente mis mejillas.

—No —le digo, entre dientes, muy enfadado—; no vas a abandonarme otra vez.

Sarah trata de tirar del cuerpo de Ella para sacarlo de debajo de mi padre. No la ayudo. Sé que estoy siendo un idiota y un egoísta, pero no puedo abandonarlo así como así. Me he pasado toda la vida buscándolo y ahora todo se ha ido a la mierda.

—Sam..., vete —susurra.

—Sam —me suplica Sarah, sosteniendo a Ella entre sus brazos—. Tienes que coger a John, y luego debemos irnos.

Me quedo mirando a mi padre. Él asiente lentamente, mientras la sangre sigue escapándose por la comisura de sus labios.

—Vete, Sam —insiste.

—No —respondo yo, negando con la cabeza. Soy consciente de que no es lo que debería hacer, pero no me importa—. No si tú no te vienes conmigo.

Y ahora ya es demasiado tarde. La cuerda que cuelga delante de la ventana se tensa, y un mogadoriano se desliza por ella hasta plantarse en la habitación. Nos hemos demorado demasiado y Bernie Kosar no ha podido detenerlos. Ya tenemos encima al segundo grupo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



LA SUPERFICIE DEL PANTANO SE LLENA DE BURBUJAS JUSTO

DONde Nueve sigue sumergido. Lleva atrapado allí más de un minuto. Trato de acercarme a la orilla, con la intención de hundirme en el agua y salvar a Nueve, pero no estoy segura de que Cinco me lo permita. Me está vigilando como un halcón. Tiene una ceja levantada, como si tratara de adivinar cómo reaccionaremos Ocho y yo.

—¿Dónde está el auténtico número Cinco? —le pregunta Ocho, en voz baja—. ¿Qué has hecho con él?

Cinco frunce el ceño, confundido, y luego sonríe.

—¡Ah, crees que soy Setrákus Ra! —exclama, sacudiendo la cabeza—. Tranquilo, Ocho. Soy el auténtico. No ha habido ningún truquito de esos de cambio de forma.

Para demostrarlo, Cinco alarga el brazo que tiene libre y abre el cerrojo de su Cofre, lo cierra de nuevo y se vuelve hacia nosotros.

—¿Lo veis?

Ocho y yo nos quedamos paralizados, sin saber qué hacer.

—Saca a Nueve de debajo del agua, Cinco —le insto, tratando de evitar que

el pánico se refleje en mi voz.

—Enseguida —responde—. Quiero hablar con vosotros sin que Seis y Nueve nos interrumpán.

—¿Por qué...? ¿Por qué has tenido que atacarnos? —pregunta Ocho, enfadado, sin dar crédito—. Somos tus amigos.

Cinco levanta la mirada hacia el cielo, con exasperación.

—¡Por favor! Somos de la misma especie —responde—, pero esto no nos convierte en amigos.

—Vamos, deja que Nueve salga de debajo del agua y hablamos —le suplico.

Cinco suspira profundamente y sube a Nueve a la superficie. El pobre boquea tratando de tomar aire, echando chispas por los ojos, aún atrapado en el abrazo mortífero de Cinco. Por mucho que lo intenta, no consigue liberarse.

—Ahora ya no pareces tan fuerte, ¿verdad? —se burla Cinco—. Vale, inspira hondo, tío.

Y vuelve a hundir a Nueve en el agua.

Mientras, Seis está inmóvil. Tiene la cabeza dispuesta en un ángulo casi imposible, se le está formando un moratón considerable en la mandíbula y respira con dificultad. Me dispongo a acercarme a ella para curarla, pero la telequinesia de Cinco me lo impide.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le grito, con lágrimas en los ojos.

Se queda de piedra cuando me oye gritarle.

—Porque vosotros dos habéis sido amables conmigo —dice, como si fuera obvio—. Porque, a diferencia de Nueve y de Seis, no creo que vuestros cêpan os hayan lavado el cerebro hasta el punto de haceros creer que la fuerza es el único modo de actuación aceptable. Ocho, tú lo demostraste en la India, cuando dejaste que esos soldados murieran por ti.

—No permito que tú me hables de eso —sisea Ocho—. Nunca pretendí que nadie resultara herido.

—¿Que nos han lavado el cerebro? —exclamo—. ¿Has dicho que nos han lavado el cerebro?

—Tranquilos, no pasa nada —nos apacigua Cinco—. El Querido Líder es indulgente. Os recibirá con los brazos abiertos. Aún estáis a tiempo de uniros al equipo ganador.

¿Al equipo ganador? No puedo creer lo que estoy oyendo. Se me revuelve el estómago; creo que voy a vomitar. No puede ser verdad...

—¿Trabajas para ellos?

—Lo siento. Os he mentado sobre eso, pero es que no me quedó otro remedio. Me encontraron cuando llevaba seis meses en este planeta —explica Cinco, con nostalgia—. Mi cêpan ya había muerto, víctima de alguna repugnante enfermedad humana (esta parte era verdad, solo que no ocurrió cuando dije). Los mogadorianos se me llevaron y me ayudaron. En cuanto leáis el Buen Libro,

comprenderéis que no deberíamos estar combatiendo contra ellos. Este planeta... el universo entero puede ser nuestro.

—Te hicieron algo, Cinco —le digo, casi en un susurro. Me da pena y, al mismo tiempo, me aterroriza—. No te preocupes, te ayudaremos.

—Vamos, deja libre a Nueve —añade Ocho—. No queremos hacerte daño.

—¿Hacerme daño? —repite Cinco, con una carcajada—. ¡Esta sí que es buena!

Saca a Nueve fuera del agua y arroja su cuerpo contra la superficie nudosa del árbol. Trato de recurrir a la telequinesia para interrumpir la trayectoria de Nueve, pero todo sucede muy deprisa y Cinco es demasiado poderoso. La columna vertebral de nuestro guardián más duro impacta contra el tronco con fuerza suficiente para sacudir las ramas del árbol. Nueve suelta un grito y se retuerce de dolor: creo que se ha roto varias costillas, e incluso tal vez la espalda.

—¿Sabéis lo aburrido que ha resultado fingir que era débil? —pregunta Cinco, devolviendo su brazo de goma a su estado normal—. A vosotros os entrenaron unos cêpan de pena, esto los que tuvisteis suerte. Siempre arriba y abajo, en la sombra, haciendo el payaso con vuestros legados y vuestros cofres. A mí, en cambio, me entrenó la fuerza más poderosa del universo... Y ¿todavía os atrevéis a amenazarme?

—Pues sí —responde Ocho.

Y entonces se transforma en un león de diez brazos, mucho más alto que Cinco. Pero, antes de que el felino tenga tiempo de atacar, su contrincante hace sonar su flauta, y el caimán mutante, que hasta ahora ha estado esperando pacientemente, salta de pronto en el aire y se abalanza sobre Ocho. Lo ataca con sus alas mortíferas y sus mandíbulas, y el león responde dando zarpazos, hasta que las dos bestias gigantescas acaban precipitándose en el barro y revolcándose una con otra. Con una mirada divertida, Cinco se vuelve para contemplar la lucha de Ocho y su mascota monstruosa.

—Vamos, no os lastiméis —les grita—. Aún podemos ser amigos.

No sé si bromea o si está como una cabra. Lo importante es que la pelea lo tiene distraído. Nueve gime, a los pies del árbol. Hace todo lo que puede para ponerse en pie, pero las piernas no le responden. Mientras, Seis sigue sin moverse. No estoy segura de cuál de los dos necesita más urgentemente mi ayuda, pero Seis está más cerca, así que corro hacia ella, me arrodillo a su lado y deposito mis manos en su cráneo herido.

De pronto, algo me levanta del suelo: me cuelgan los pies. Es Cinco, que me sostiene en el aire con su telequinesia.

—¡Basta! —le grito—. ¡Déjame que la cure!

Cinco sacude la cabeza, decepcionado.

—No quiero que la cures. Es como Nueve... Nunca lo entenderá. No luches contra mí, Marina.

Y entonces una rama golpea a Cinco en la nuca y le hace perder la concentración: yo me desplomo sobre el barro. Cinco se vuelve rápidamente justo a tiempo de descubrir a Nueve arrancando otra rama del árbol con la ayuda de la telequinesia.

—¡Genial! —exclama Cinco, esquivando sin problemas la nueva descarga de su adversario.

—¡Vamos! —ruge Nueve, que ha conseguido apoyar la espalda contra el árbol—. No necesito las piernas para patearte ese culo gordo que tienes.

—Diciendo chorradas hasta el último momento —suspira Cinco—. ¿Sabes lo que está pasando ahora mismo en Chicago? Los mogadorianos han asaltado tu elegante piso. Quiero que mueras sabiendo que tu palacio de mierda está en llamas, Nueve.

—¿Les hablaste de Chicago? —grito. Estoy realmente conmocionada, pero, cuando Cinco se vuelve para mirarme, veo una oportunidad: le gusta oír el sonido de su propia voz. Pues bien, puedo usar eso para distraerlo. Nueve no está en condiciones de luchar, y yo necesito ganar algo de tiempo—. ¿Cómo pudiste? Y ¿qué ha pasado con Ella y los demás?

—Ella estará bien —asegura Cinco—. Nuestro Querido Líder la quiere viva.

—¿La quiere viva? ¿Para qué? Creía que nos quería a todos muertos.

Cinco insinúa una sonrisa y se vuelve hacia Nueve.

—¿Qué quiere de ella, Cinco? —le grito, presa del pánico.

Me ignora, dispuesto a seguir con la pelea. Solo espero que Nueve sea capaz de entretenerlo el tiempo suficiente para que yo pueda curar a Seis. Vuelvo con ella corriendo y sostengo su cabeza en mi regazo. Tiene el cráneo agrietado y la nariz y la mandíbula, rotas. Trato de concentrarme y enviarle la energía helada de mi legado.

Me distrae un grito salvaje: Ocho ha conseguido inmovilizar el monstruo en el barro. Dos de sus cabezas cuelgan sin vida. La del medio, sin embargo, aún se mueve, y hace chasquear violentamente los dientes con la intención de clavarle a Ocho una de sus dentelladas. Él se las arregla para agarrarle las mandíbulas con seis de sus garras y abrirle la boca hasta que cede. La cabeza del animal casi queda partida en dos; sus alas monstruosas se agitan una vez más y, por fin, dejan de moverse. Al cabo de un segundo, la bestia empieza a desintegrarse poco a poco.

Cinco se ha vuelto para contemplar la escena.

—¡Bien hecho! —le grita a Ocho—. Pero créeme, hay muchas más como esta.

Ocho se ha quedado arrodillado en el suelo. Ha recuperado su forma habitual, incapaz de seguir manteniendo su aspecto de avatar por más tiempo, y está herido: tiene marcas de mordiscos por todo el pecho, los brazos e incluso las palmas de las manos. Se ha entregado al máximo para derrotar a ese bicho, pero

aún hace un último esfuerzo para ponerse en pie.

Cinco se aproxima entonces a Nueve con actitud acechante, mientras su piel metálica brilla bajo los últimos rayos del sol.

—¿Vas a atacar a un hombre desarmado, traidor de mierda? —le pregunta Nueve con aire desafiante y burlón.

Antes de obtener respuesta, recurre a la telequinesia para recuperar su vara, que ha debido de dejar caer cuando Cinco lo ha atrapado por primera vez. La vara sale del barro y se dirige a él a toda velocidad.

Pero Cinco la atrapa al vuelo. La ha cogido con la mano derecha, lo cual significa que debe de tener las bolas que le proporcionan el poder de su legado en la izquierda.

Cinco levanta entonces la vara, la golpea contra su rodilla metálica y la parte en dos, como si fuera una ramita.

—Pues sí —responde.

Trato de estar pendiente de la escena que se está desarrollando junto al árbol al tiempo que me concentro en curar a Seis. La fisura de su cráneo está empezando a desaparecer y la hinchazón de su cara va remitiendo. Espero trabajar lo bastante deprisa. La necesitamos.

—Vamos, Seis... —le susurro—. Despierta.

Cinco se encuentra a Ocho plantado enfrente de él, y titubea.

—Apártate de mi camino, Ocho. La oferta que te he hecho aún sigue en pie, pero solo si me dejas acabar con ese imbécil deslenguado.

—Dale una oportunidad, tío —grita Nueve desde el suelo.

—¡Cállate! —le espeta Ocho por encima del hombro. Luego, con las manos levantadas, le dice a Cinco—: No piensas como es debido. Te han hecho algo. En el fondo de tu corazón, sabes que esto no está bien.

Cinco hace una mueca burlona.

—¿Quieres que hablemos de lo que está bien? ¿A ti te parece bien mandar a un puñado de niños a un planeta desconocido para que libren una guerra que ni siquiera entienden? ¿Te parece bien que les den números en lugar de nombres? Es una locura.

—Y también lo es invadir otro planeta —replica Ocho—. Eliminar a todo un pueblo.

—¡No! No entendedís nada —responde Cinco, soltando una risita—. La Gran Expansión es necesaria.

—¿El genocidio es necesario? Eso sí es una locura.

Seis se revuelve en mi regazo. Aún no está despierta, pero parece que mi cura ha funcionado. La deposito con cuidado en el suelo y me levanto para acercarme un poco a los demás. Cinco ni siquiera se da cuenta de mi presencia; ahora está gritando como un poseso, como si hubiera perdido la cabeza.

—¡Lucháis porque vuestros cêpan os aseguraron que era eso lo que querían

los Ancianos! ¿Alguna vez os habéis preguntado por qué? ¿O quiénes eran realmente esos Ancianos? No, ¡por supuesto que no! Os limitáis a obedecer las órdenes de unos viejos que ya están muertos sin siquiera cuestionárolas. ¿Y el loco soy yo?

—¡Sí! —gruñe Nueve—. Pero ¿tú te estás oyendo?

—Estás confundido. Has sido su prisionero durante años sin siquiera darte cuenta de ello. Vamos, tranquilízate y podremos hablar de todo esto —le aconseja Ocho—. No deberíamos luchar entre nosotros.

Pero Cinco ya no lo escucha. Por un momento, me ha parecido que Ocho podía conseguir comunicarse con él, pero ese último comentario de Nueve ha bastado para ponerlo en contra de nuevo. Cinco deja caer los hombros y trata de embestir a Ocho.

Yo le agarro la mano izquierda sirviéndome de la telequinesia y trato de abrirle los dedos para que deje caer esas dos bolas. Se aparta de Ocho de un tirón, visiblemente sorprendido, y forcejea conmigo.

—¡Su mano izquierda! —grito—. ¡Ayudadme a que la abra!

A juzgar por la expresión de Ocho y Nueve, ambos han captado la idea. Cinco grita presa del dolor y la frustración. Por un momento, casi me sabe mal; ¡todos juntos contra él! Así es como debe de haberse sentido desde que se ha unido a nosotros: como un extraño. Está perdido y confundido y enfadado. Pero ya nos preocuparemos más tarde de reconciliarnos y cambiar esa visión penosa del mundo que tiene. Ahora mismo hay que pararle los pies.

—Por favor, no te enfrentes a nosotros —le grito—. Solo estás empeorando las cosas.

Cinco vuelve a soltar un grito cuando oye el chasquido de sus nudillos. Probablemente, nuestro ataque telequinésico a tres bandas ha dejado los huesecillos de su mano hechos pedazos. Las dos bolas que tenía sujetas caen al suelo y ruedan hasta acabar debajo de las raíces del árbol. Cinco se agarra la mano y se desploma sobre sus rodillas. Me está mirando, como si supiera que he sido la primera en tratar de abrirle los dedos y esto hiciera la derrota aún más amarga.

—Vamos, todo irá bien —le digo; mis palabras suenan vacías.

Trato de convencerlo, pero, cuando lo miro, me invade la misma sensación de repulsión que me provocan los mogos. Iba a matar a Nueve... Uno de los miembros de su pueblo, uno de los nuestros. ¿Cómo vamos a pasarle eso por alto?

Ocho da un paso adelante y le pone la mano en el hombro. Es como si las ganas de pelea lo hubieran abandonado.

Cinco se echa a llorar, meneando la cabeza.

—Se suponía que no tenía que haber ido así —susurra.

Y entonces la expresión de su rostro se ensombrece. Antes de que podamos detenerlo, le da un empujón a Ocho, que tropieza y cae al suelo. Y Cinco

aprovecha ese instante para levantar el vuelo.

—¡No! —le grito, pero ya es demasiado tarde.

Cinco arremete contra Nueve, y esa especie de artilugio-manga que ha sacado de su Cofre se despliega soltando un agudo chirrido metálico; la hoja tiene treinta centímetros de largo y es afilada, mortal y precisa.

Nueve trata de hacerse a un lado, pero está gravemente herido y apenas puede moverse. La hierba que lo rodea está aplastada contra el suelo, y entonces me doy cuenta de que Cinco está descargando sobre él el peso de su telequinesia para impedir que se levante.

Trato de recurrir también a la mía para acercar a Nueve hacia mí, pero no lo consigo: la fuerza telequinésica de Cinco es muy poderosa.

Todo ocurre muy deprisa.

Cinco se deja caer desde el cielo con la hoja desplegada mientras Nueve contempla su descenso mortal apretando los dientes, incapaz de moverse.

De pronto, Ocho aparece justo delante de él: se ha teletransportado.

—¡No! —grita Nueve.

Y la afilada hoja de Cinco se hunde en el corazón de Ocho.

Cinco trastabilla hacia atrás, estupefacto, al darse cuenta de lo que acaba de hacer. Ocho tiene los ojos muy abiertos y, en su pecho, se extiende poco a poco una mancha de sangre. Se aleja de Cinco, tambaleándose, acercándose a mí con las manos extendidas. Trata de decir algo, pero no consigue articular palabra. Y entonces se desploma en el suelo.

Suelto un grito desgarrado cuando la reciente cicatriz me abrasa el tobillo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



CAMINO POR UNA CIUDAD DESTRUIDA. ESTOY EN MEDIO de la calle, pero no hay tráfico. Coches destrozados se amontonan en las aceras, la mayoría con la carrocería calcinada. Los edificios cercanos (los que aún siguen en pie) se están desmoronando y tienen las paredes recubiertas de marcas de disparos y explosiones, y mis zapatillas deportivas caminan por encima de una alfombra de cristales rotos.

La ciudad no me resulta familiar. No es Chicago. Estoy en otra parte. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Lo último que recuerdo es que Ella me tenía cogido del brazo, y luego... este lugar. Un olor acre, a quemado, se apodera del aire inexorablemente. Me escuecen los ojos por culpa de las nubes de cenizas que flotan en las calles vacías. Oigo chisporroteos en la distancia; en algún lugar aún arde algún fuego.

Sigo caminando a través de esta zona de guerra abandonada. Al principio, creo que no hay nadie. Luego, distingo un puñado de hombres y mujeres mugrientos apiñados en el interior de las ruinas de un complejo de apartamentos. Están de pie alrededor de un fuego que arde en el interior de un cubo de basura, calentándose. Levanto la mano a modo de saludo y grito:

—¡Eh! ¿Qué ha pasado?

Al verme, los humanos retroceden, asustados. Uno a uno, se sumergen en las sombras del edificio. Supongo que yo también sería receloso con los extranjeros si hubiera vivido en mis carnes lo que sea que ha pasado aquí. Sigo andando.

El viento aúlla al filtrarse por las ventanas rotas y las puertas combadas. Aguzo el oído; casi oigo una voz que trae la brisa.

John... Ayúdame, John...

Es una voz apenas audible y distante, pero aun así la reconozco: Ella.

De pronto, me doy cuenta de dónde estoy... Bueno, no dónde estoy geográficamente, sino dónde está mi mente. De algún modo, he acabado en la pesadilla de Ella. Parece tan real..., pero también lo eran esas horribles visiones en las que Setrákus Ra solía sumirme. Cierro los ojos, me concentro y trato de despertar. No funciona. Cuando vuelvo a abrirlos, sigo plantado en esta ciudad ruínosa.

—¿Ella? —digo. Me siento un poco estúpido hablando solo en medio de la nada—. ¿Dónde estás? ¿Cómo podemos salir de aquí?

No obtengo respuesta.

Una página rota de periódico se cruza volando en mi camino y yo me agacho para recogerla. Es la primera página de un *Washington Post*, así que supongo que esta debe de ser la ciudad en la que me encuentro. La fecha que lleva impresa me sitúa un par de años más adelante. Por tanto, esta es una visión de futuro que espero que nunca se haga realidad. Me recuerdo a mí mismo que este es precisamente el modo que tiene Setrákus de jugar con nosotros. Todo lo que hay aquí es creación suya.

Incluso sabiendo eso, la foto que aparece en la portada me deja sin aliento. Una armada de naves mogadorianas emerge del cielo nublado de Washington cerniéndose sobre la Casa Blanca. El titular contiene solo una palabra, en mayúsculas y negrita.

«INVASIÓN».

Oigo retumbar algo delante de mí, así que arrojo el periódico al suelo y empiezo a correr. Veo pasar un camión militar oscuro por un cruce; avanza despacio, flanqueado por mogadorianos. Enseguida me detengo y considero la posibilidad de meterme en alguno de los callejones cercanos para ponerme a salvo, pero no parece que los mogos se hayan siquiera fijado en mí.

Una multitud de personas camina detrás del camión, arrastrando los pies. Son humanos; demacrados y pálidos, vestidos con harapos, todos sucios y hambrientos, y algunos también heridos. Avanzan a regañadientes con la cabeza gacha y una expresión triste en el rostro. Soldados mogadorianos armados marchan junto a ellos, exhibiendo con orgullo los tatuajes oscuros que cubren sus cabezas sin pelo. A diferencia de los humanos, todos los mogos sonríen. Algo está ocurriendo, algún acontecimiento de importancia del que los mogos quieren que

los humanos sean testigos.

Vuelve a levantarse viento. *John... Por aquí...*

Me mezclo entre la multitud y camino con los humanos, inclinando la cabeza. Me atrevo a echar algún que otro vistazo alrededor. El Monumento a Washington sobresale en el horizonte, pero la mitad superior del obelisco ha sido cercenada. El miedo me atenaza el estómago: así será el futuro si perdemos.

La multitud es conducida a las escaleras del Monumento a Lincoln. Allí otra gente ya está esperando a que empiece la dichosa atracción de feria mogadoriana. Las banderas de Estados Unidos que acostumbran a colgar en el monumento han sido sustituidas por pendones negros que exhiben el símbolo mogadoriano. Y aún peores son los pedazos de piedras amontonados a ambos lados de la calle... Bueno, al principio creo que simplemente son piedras. Cuando me fijo mejor, reconozco el rostro esculpido de Lincoln con una enorme grieta en la frente. Los mogadorianos han destruido la estatua y la han arrojado fuera del monumento.

Me abro paso hacia el frente de la multitud. Ninguno de los humanos parece orgulloso de ocupar las primeras filas, así que enseguida me dejan pasar. Una hilera de soldados mogadorianos monta guardia en la base de la escalera: vigila a estas gentes desanimadas apuntándolas con los cañones.

Setrákus Ra está sentado en un trono, en lo alto del Monumento a Lincoln. Su cuerpo imponente lleva un uniforme negro, recubierto de medallas y charreteras, y una interminable espada mogadoriana protegida por una funda decorativa descansa en su regazo. Adornando su cuello, seis colgantes lóricos cuyas piedras de cobalto brillan bajo la luz del atardecer. Setrákus escruta la multitud con sus ojos negros. Cuando posa en mí la mirada, me encojo, listo para huir, pero enseguida me doy cuenta de que no se ha percatado de mi presencia.

John... ¿Me ves?

Tengo que reprimir un grito ahogado. Ella está sentada junto a él, en un trono más pequeño. Se la ve mayor y más pálida. Lleva el cabello teñido de negro azabache, recogido en una trenza muy tirante que le cae por encima del hombro, y va vestida con un traje muy elegante, tanto que parece especialmente elegido para burlarse de los humanos harapientos que la contemplan, extasiados. Su rostro es hierático, como si hiciera tiempo que se hubiera vuelto inmune a escenas desgarradoras como esta.

Setrákus Ra la tiene cogida de la mano.

Estoy a punto de echar a correr hasta las escaleras para tratar de matarlo, pero me contengo al recordar que nada de esto es real. Y, aunque lo fuera, no tendría ninguna posibilidad de conseguirlo. Hay apostado todo un ejército de mogadorianos entre él y yo.

La multitud se separa para que el camión militar que he visto antes pueda llegar hasta los escalones del Monumento a Lincoln. La parte trasera del camión

está abierta, y veo a dos prisioneros en cuclillas dentro, con las cabezas gachas y grilletes en las manos. Algo en ellos me resulta familiar.

Setrákus Ra se pone en pie cuando el camión se detiene. El silencio se impone entre la multitud.

—Traedlos aquí —grita.

Un soldado mogadoriano robusto da un paso adelante. No es como los demás; no es tan pálido, y los tatuajes que tiene en la cabeza son muy recientes. Lleva un parche en el ojo, y, en el que aún tiene intacto, no veo la típica mirada fría y oscura de los mogadorianos. Retrocedo un paso al darme cuenta de que no es un mogo.

Es Cinco. ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Por qué lleva su uniforme?

Cinco hace bajar al primer prisionero del camión. Es un poco mayor que él y una cicatriz interminable le recorre horizontalmente la nariz y las mejillas. Sin embargo, a pesar del corte, enseguida reconozco a Sam. Lleva la cabeza gacha y evita establecer contacto visual con Cinco; tiene aspecto cansado y derrotado. Me parece que cojea, algo que resulta más que evidente cuando se ve obligado a subir los escalones del Monumento a Lincoln. Tropieza, casi se cae, y algunos de los espectadores mogadorianos se echan a reír ante ese espectáculo humillante. Siento que la rabia bulle en mi interior y tengo que inspirar profundamente para acallar mi lumen, que empieza a activarse.

La actitud del segundo prisionero no es tan sumisa como la de Sam. A pesar de tener las manos y los pies encadenados, Seis avanza con la espalda totalmente derecha. En lugar de su larga cabellera rubia lleva ahora el pelo corto y en punta, y su rostro exhibe en todo momento la máscara de la rabia; aun así, sigue siendo increíblemente guapa. Pasea la mirada por la multitud de humanos y muchos de ellos responden agachando la cabeza, avergonzados. Cinco le dice algo que no consigo oír, pero su expresión es casi de arrepentimiento. Seis, sin embargo, le contesta escupiéndole en la cara. Cuando Cinco se limpia el escupitajo, un grupo de soldados mogadorianos agarran a Seis y la arrastran escalones arriba. No ha dejado de luchar hasta el final.

Seis y Sam se ven obligados a arrodillarse delante de Setrákus Ra. Él los fulmina con la mirada y luego se vuelve hacia la multitud.

—Mirad —grita, levantando la voz por encima de las masas silenciosas—. ¡Los últimos miembros de la resistencia lórica! Hoy nuestra sociedad celebra una gran victoria contra aquellos que se han interpuesto en el camino del progreso mogadoriano.

Todos los mogos lo aclaman. Los humanos, en cambio, siguen en silencio.

La cabeza me va a mil. Si Seis y Sam son los últimos supervivientes, eso significa que, en este futuro, tanto yo como los demás ya estamos muertos. Uno de esos colgantes que adornan el cuello de Setrákus es mío. Vuelvo a recordarme que nada de esto es real, pero, a pesar de ello, estoy aterrado.

Cinco sube los escalones y se queda de pie al lado de Setrákus Ra. Sostiene la funda decorativa mientras Setrákus extrae su brillante espada y la blande para que todo el mundo pueda verla. Luego, la agita por encima de la cabeza de Sam a modo de prueba. Alguien grita entre la multitud y enseguida es silenciado.

—Hoy sentiremos los cimientos de una paz duradera entre humanos y mogadorianos —prosigue Setrákus—. Al final, hemos acabado con la última amenaza a nuestra gloriosa existencia.

A mí no me parece nada gloriosa. Los humanos han acabado sin sangre en las venas después de meses y meses de ocupación mogadoriana. Me pregunto cuántos de ellos se unirían a mí si tratase de cargarme a Setrákus Ra. Probablemente ninguno. No estoy enfadado con ellos, sino conmigo mismo. Debería haberlos salvado, debería haberlos preparado mejor para lo que se avecinaba.

Setrákus aún no ha terminado su discurso.

—En esta jornada histórica, he decidido otorgar el honor de dictar sentencia a la que un día me sucederá como vuestro Querido Líder. —Con un gesto ampuloso, Setrákus Ra señala a Ella—. ¿Heredera? ¿Qué has decidido?

¿Heredera? Eso no tiene ningún sentido. Ella no es mogadoriana, es una de nosotros.

No tengo tiempo para sacar en claro el significado de todo esto. Ella se levanta temblorosa de su trono, como si estuviera drogada. Mira a Seis y a Sam con sus ojos oscuros e impasibles y luego contempla a la multitud, posando en mí su mirada.

—Ejecutadlos —resuelve.

—Muy bien —responde Setrákus.

Hace una reverencia y, con un movimiento fluido, le corta a Seis la cabeza con la espada. La multitud se sume en un silencio sepulcral cuando el cuerpo de Seis se desploma en el suelo, un silencio tan profundo que oigo los sollozos de Sam al arrojarse sobre el cuerpo de Seis.

Enseguida siento ese dolor abrasador en el tobillo: se está formando una nueva cicatriz. Cierro los ojos cuando Cinco levanta a Sam del suelo y lo dirige hacia el filo de la espada de Setrákus Ra. No quiero ver lo que pasará a continuación, hasta qué punto les he fallado. No es real, me repito a mí mismo.

No es real, no es real, no es real...

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



SÉ QUE SE HA IDO. AÚN SIENTO EL DOLOR DE LA NUEVA CICATRIZ en la pierna. Puede que nunca deje de sentirlo, que me acompañe el resto de mi vida.

Pero aun así tengo que intentarlo.

Me arrodillo en el barro, junto al cuerpo de Ocho. La herida no parece tan grave. No tiene tanta sangre como la de Nuevo México, y en esa ocasión Ocho sobrevivió. Tendría que ser capaz de curarlo, ¿no? Debería funcionar. Tiene que funcionar. Pero esta herida le ha llegado al corazón: se lo ha atravesado. La presiono con las manos y le ordeno a mi legado que empiece a trabajar. Ya lo he hecho en otras ocasiones. Puedo hacerlo de nuevo. Tengo que hacerlo.

Sin embargo, no ocurre nada. Siento frío por todas partes, pero no es la sensación helada que produce mi legado.

Desearía poder echarme en el barro, al lado de Ocho, e ignorar todo lo que está pasando. Ni siquiera estoy llorando: es como si las lágrimas me hubieran abandonado, como si me hubiera quedado vacía.

A unos cuantos metros de mí, Cinco está gritando, pero mi cabeza no puede procesar lo que dice. La hoja que ha usado para matar a Ocho se ha escondido

de nuevo en la funda que lleva sujeta en la muñeca. Tiene las manos en la cabeza, como si no pudiera creer lo que acaba de hacer. Al pie del árbol, Nueve se ha quedado sin habla: está conmocionado. Si se hubiera callado, si no hubiera incitado a Cinco... Seis por fin está tratando de ponerse en pie. Se la ve algo mareada y desconcertada: intenta comprender el porqué de la nueva cicatriz que le abrasa el tobillo. Todo se ha estropeado.

—¡Ha sido un accidente! —balbucea Cinco—. ¡No quería hacerlo! Marina, lo siento, ¡yo no quería!

—Calla —siseo.

Y entonces oigo el temible zumbido del motor de una nave mogadoriana. La hierba alta que nos rodea empieza a agitarse violentamente cuando la nave plateada desciende poco a poco del cielo. Todo esto ha sido una trampa de Cinco, así que, por supuesto, tenía preparado un plan B para cubrirse las espaldas.

Me inclino hacia delante y beso a Ocho en la mejilla. Quiero decir unas palabras, hacerle saber que era una persona asombrosa, que hacía mucho mejor esta vida terrorífica que estamos obligados a llevar.

—Nunca te olvidaré —susurro.

Y entonces siento una mano en el hombro. Al volverme, veo a Cinco de pie, detrás de mí.

—No tiene por qué ser así —me dice, suplicándome—. Ha sido un error terrible, lo sé. Pero todo lo que he dicho es verdad.

Está loco. ¿Cómo se atreve a tocarme? No puedo creer que tenga la osadía de ponerme la mano encima después de lo que acaba de hacer.

—¡Cállate! —le advierto.

—¡No puedes ganar, Marina! —prosigue—. Lo mejor será que te unas a mí. Tú... tú... —Cinco empieza a tartamudear al ver que su aliento se convierte en vaho: la humedad que nos rodeaba ha sido sustituida por un frío repentino. Le castañetean los dientes—. ¿Qué estás haciendo?

Algo se quiebra en mi interior. Nunca había sentido tanta rabia hasta ahora y casi me parece reconfortante. La sensación helada de mi legado sanador se propaga más allá de mi cuerpo, pero en cierto sentido es distinta: helada, amarga, mortífera. Irradio frío. El agua fangosa del pantano que nos rodea empieza a crujiir cuando la superficie se convierte en hielo. Las plantas que se encuentran en mi radio de acción se marchitan, desfallecen bajo la brisa repentina.

—¿Ma..., Marina? Para...

Cinco retrocede unos pasos, frotándose los brazos para entrar en calor. Sus pies resbalan en el hielo y está a punto de caerse.

Un nuevo legado fluye en mi interior, y dejo llevarme por el instinto, por la rabia. Levanto la mano con furia y el hielo toma forma bajo los pies de Cinco: un carámbano puntiagudo surge del suelo y se eleva con fuerza. Cinco no es lo bastante rápido para hacerse a un lado y la daga de hielo le atraviesa el pie y lo

deja allí clavado. Lo oigo gritar de dolor, pero no me importa.

Cinco se inclina entonces hacia delante para agarrarse el pie que tiene inmovilizado en el suelo, y justo entonces otro carámbano sale disparado del suelo y le da en la cara. Si el carámbano hubiera sido más largo, probablemente lo hubiera matado, pero solo le saca un ojo.

Cinco sigue teniendo el pie sujeto en el suelo y se desploma torpemente sobre el hielo, agarrándose la cara mientras grita:

—¡Para! ¡Por favor, para!

Es un monstruo y se lo merece. Pero no. No puedo hacerlo. No soy como él. No voy a matar a uno de los nuestros a sangre fría, a pesar de lo que ha hecho.

—¡Marina! —me grita Seis—. ¡Vamos!

La nave mogadoriana ya ha aterrizado y ha empezado a abrir sus compuertas. Seis se ha echado a Nueve al hombro y me tiende la mano desde encima del árbol, cuyas ramas empiezan a ceder bajo el peso del hielo.

Le echo una última mirada a Cinco. Tiene las dos manos en la cara, agarrándose el ojo maltrecho. Está llorando y las lágrimas se hielan al rodar por sus mejillas.

—Si vuelvo a verte alguna vez, traidor de mierda —le grito—, ¡te voy a sacar el otro ojo!

Cinco suelta un ruido parecido a un borboteo. Patético.

Estoy a punto de salir corriendo para reunirme con Seis, pero me detengo. A mis pies, atrapado en el hielo, yace el cuerpo de Ocho. Cuando me doy cuenta de lo que he hecho, el aire que me rodea empieza a calentarse. Me arrodillo y deposito las manos sobre la superficie de hielo que me separa de Ocho. Ya ha empezado a derretirse. Quiero llevármelo con nosotros, lejos de los mogadorianos, y darle la sepultura que se merece, pero no tenemos tiempo de esperar a que el hielo se funda. Seis me está llamando y los mogos se acercan.

—Lo siento —le susurro, como entumecida.

Corro hacia Seis y, al agarrar la mano que tiene tendida, nos volvemos invisibles.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



ME DESPIERTO Y ME INCORPORO DE GOLPE EN UNA CAMA que no es la mía. Enseguida sé que he vuelto a la realidad: el dolor agudo de una nueva cicatriz abrasándome el tobillo ha bastado para despertarme. Pero, un momento... Si esa pesadilla no hubiera sido real, no tendría la cicatriz. Y, sin embargo, siento la quemadura en la piel, punzante, como en carne viva; no es algo superficial.

Entonces esa parte de la pesadilla era real: hemos perdido a alguien.

No tengo tiempo para comprender lo que ha ocurrido, ni siquiera lo tengo para evaluar la situación en la que me encuentro. Sam me grita:

—¡John! ¡Échate!

Hay un mogadoriano plantado delante de la ventana de la habitación, una ventana rota a través de la que entra el aire frío del exterior. ¿Cuándo ha ocurrido todo esto? Me está apuntando con un cañón. Mi instinto se despierta y me aparto hacia la izquierda, justo cuando el mogo lanza una descarga en el lugar en el que yo yacía en estado comatoso hace solo unos segundos. Recorro a la telequinesia para empujar al mogo con fuerza, y sale disparado a través de la ventana para acabar aterrizando en la calle de abajo.

Esto es un desastre: el caos en el mundo real supera el de la vívida pesadilla de Setrákus Ra. La habitación ha quedado totalmente destrizada por las descargas de los cañones mogadorianos. Sarah está de pie en la puerta, protegiéndose detrás de una estantería rota. Con un brazo, sostiene el cuerpo aún inconsciente de Ella y, con el otro, dispara al pasillo con una metralleta. A pesar del estruendo, mi superoído detecta a varios mogadorianos corriendo por el piso. Hay muchos, pero, por alguna razón, Sarah no recibe descargas enemigas.

Me doy cuenta de que la razón es que está sosteniendo a Ella. Setrákus Ra quiere a su heredera con vida (no puedo creer que esté pensando esto; ni siquiera he tenido tiempo de descubrir lo que significa). Por eso los mogos no le disparan a Sarah; no quieren herir a Ella.

Sam está en el suelo, a mi lado. Tiene a Malcolm en sus brazos, que ha recibido una descarga mogadoriana en plena barriga. Respira con dificultad y apenas está consciente; no creo que vaya a aguantar demasiado.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —le grito a Sam.

—Nos han encontrado —me responde—. Alguien nos ha traicionado.

Recuerdo a Cinco, vestido con ese uniforme mogadoriano, y enseguida me doy cuenta de la verdad.

—¿Dónde están los demás?

—Se fueron a los Everglades, a cumplir con la misión. —Sam me señala la pierna, con los ojos muy abiertos, y me dice, asustado—. He visto que se te iluminaba el tobillo. ¿Qué... qué significa?

Antes de que pueda contestar, oigo gritar a Sarah: su arma emite un ruido seco cuando intenta disparar; los mogadorianos se han dado cuenta de que se le ha terminado la munición y se le están acercando. Uno de ellos alarga la mano a través de la puerta y le clava una daga en el brazo. Sarah se desploma en el suelo y se lleva la mano a la herida mientras otro mogo corre hacia ella y le arrebatla violentamente a Ella.

Enciendo mi lumen, pero resulta demasiado peligroso arrojarle al mogo una bola de fuego mientras tiene a Ella. Enseguida quedan fuera de mi alcance: se baten en retirada y desaparecen por el pasillo. Empleo la telequinesia para acercar a Sarah hacia nosotros.

—¿Estás bien? —le pregunto, examinándole la herida del hombro.

No tiene muy buena pinta, pero creo que no es mortal. Sarah parece sorprendida y al mismo tiempo aliviada de verme despierto.

—¡John! —exclama, y me acerca a ella con su brazo intacto. El abrazo, sin embargo, no dura ni medio segundo; al darse cuenta del peligro, Sarah se aparta de mí enseguida y me grita: ¡Ve! ¡Tienes que detenerlos!

Me pongo en pie de un salto, dispuesto a ir detrás de los mogadorianos que se han llevado a Ella, pero me detengo al ver a Sam y a su padre. El modo en que Sam le coge la mano me recuerda esa noche en el instituto de Paradise, cuando

no pude hacer nada para impedir que Henri muriera. Ahora, sin embargo, podría salvar a Malcolm.

Curarlo significaría dejar que los mogos escaparan con Ella. Sería permitir que Setrákus Ra estuviera un paso más cerca de lo que desea: un futuro que aún no acabo de comprender, pero en el que Ella gobierna la humanidad a su lado.

Sam levanta la mirada hacia mí, con lágrimas en las mejillas.

—¡John! ¿A qué estás esperando? ¡Ve a ayudar a Ella! —me grita.

Pienso en ese Sam que he visto en la pesadilla, en lo cansado y derrotado que se veía, como si le hubieran robado el alma. Pienso en lo mucho que me duele haber perdido a Henri. No puedo permitir que mi amigo pase por eso, y menos ahora que Malcolm y él acaban de encontrarse de nuevo.

Abandonar a Ella sería condenarla a ese futuro... No, habrá tiempo para impedirlo después, me digo. Ahora tengo que ayudar a Malcolm.

Me arrodillo y, al presionarle el estómago con las manos, la herida empieza a cerrarse bajo mis dedos. Al cabo de unos instantes, sus mejillas recuperan el color y Malcolm abre los ojos.

Sam me está mirando fijamente.

—Has dejado que se la lleven.

—He hecho una elección —respondo—. No le harán ningún daño.

—¿Có... cómo lo sabes? —me pregunta Sarah.

—Porque Ella... —Sacudo la cabeza y aseguro—: La salvaremos. Les pararemos los pies. Todos juntos, lo juro.

Sam me pone la mano en el hombro y me dice:

—Gracias, John.

En cuanto he terminado con Malcolm, me vuelvo para curar a Sarah. La herida que tiene en el hombro es un corte limpio. Me acaricia la mejilla con los dedos mientras mi legado está actuando.

—¿Qué te pasó? —pregunta—. ¿Qué has visto?

Niego con la cabeza: no quiero hablar acerca de la visión hasta que no hayamos tenido tiempo de descubrir lo que ha pasado. Dudo que Sarah se haya fijado en la nueva cicatriz que me ha aparecido en el tobillo, y tampoco quiero sacar a relucir el tema. Ahora todo está en calma (los mogos se han retirado con Ella), pero aún debemos salir de aquí: la policía ya habrá tenido noticia de esta batalla, y quiero acabar de curar a Sarah y buscar un lugar seguro para todos.

—Parece que te has cargado a más de uno mientras estaba inconsciente —le digo.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —responde.

En cuanto la herida de Sarah se ha cerrado, miro alrededor y les digo a todos:

—Tenemos que salir de aquí. ¿Dónde está BK?

Sarah y Sam intercambian una mirada, visiblemente abatidos. Se me parte el corazón.

—Subió al tejado para retenerlos —dice Sam—. Y todavía no ha vuelto.

—Es fuerte. Puede que aún esté vivo —opina Sarah.

—Sí, seguro que sí —responde Sam, no muy convencido.

Al pensar en BK y el miembro de la Guardia que ha muerto en los Everglades, casi me vengo abajo. Me muerdo con fuerza la parte interna de la mejilla y me concentro en el dolor. Luego me pongo en pie: ya habrá tiempo de llorar más tarde. Ahora mismo tenemos que salir de aquí antes de que los mogos decidan volver para matarnos.

—Tenemos que irnos —insisto, ayudando a Malcolm a levantarse.

—Gracias por salvarme la vida, John —dice—. Ahora pirémonos de aquí.

Sam ayuda a su padre a caminar, y los cuatro salimos a toda prisa de la habitación. Las luces no van: probablemente uno de los circuitos eléctricos ha quedado dañado durante el salto. No hay ningún mogadoriano esperándonos en el salón, pero, a juzgar por el estado deplorable de la habitación, se han aplicado a fondo redecorando. Por un momento, pienso en lo furioso que se pondrá Nueve cuando vuelva. Si es que sigue con vida. Y entonces me doy cuenta de que nunca regresaremos a este lugar. Fue un buen hogar durante un tiempo, pero ahora ya no existe; los mogadorianos lo han destruido, como tantas otras cosas.

A través de las ventanas rotas, oigo sirenas procedentes de la calle de abajo. Este ataque mogo ha sido más escandaloso de lo habitual. Lo más seguro es que vaya a resultar difícil salir de aquí sin ser vistos.

Me sorprende que el ascensor aún funcione. Meto rápidamente a Sarah, Sam y Malcolm dentro y aprieto el botón para que baje hasta el parking, pero yo no me subo con ellos.

—¿Qué haces? —me grita Sarah, agarrándome del brazo.

—Ya no podremos volver aquí. Estará lleno de policías, y probablemente también de federales que trabajan para los mogos. Tengo que recoger nuestros cofres y ver si puedo encontrar a BK.

Sam da un paso hacia delante y me dice:

—Yo puedo ayudarte.

—No —respondo—. Vete con Sarah y con tu padre. Con la ayuda de la telequinesia, podré cargar con todos los cofres yo solo.

—Prometiste que estaríamos juntos —se lamenta Sarah con voz temblorosa.

—Eres mi chófer para las escapadas —le digo, acercándola a mí—. Coge el coche más rápido de Nueve y reúneme conmigo en el zoo. Vosotros no deberíais tener ningún problema para salir de aquí; probablemente me buscarán a mí. Intentaré saltar al tejado del edificio de al lado y bajar por allí. —Salgo del ascensor, y luego vuelvo a lanzarme dentro para darle a Sarah un último beso—. Te quiero —le digo.

—Yo también a ti —me responde.

Las puertas del ascensor se cierran. Recorro a la carrera el ático destrozado

hasta llegar al viejo taller de Sandor. También lo han destruido... Tanto trabajo, y la sala de entrenamiento ya no volverá a usarse nunca más. Trato de tener solo pensamientos prácticos. ¿Qué debería llevarme? Lo primero que cojo es la tableta que indica nuestra localización. Aún hay cuatro puntos en Florida... Mierda, falta uno. Todavía no estoy listo para concentrarme en la identidad del miembro que hemos perdido, o en lo que debo hacer para salvar a Ella, o en el hecho de que Setrákus Ra podría ser un lórico.

Cojo un petate que encuentro debajo de una mesa tumbada en el suelo y voy a la sala de entrenamiento para llenarlo de armas. Meto también dentro la tableta y me cuelgo el petate a la espalda. Quiero tener las dos manos libres, por si todavía hay algún mogo rondando por ahí, así que levanto del suelo todos los cofres con la ayuda de la telequinesia. Al estar rotos todos los cristales de las ventanas, oigo las sirenas a la perfección. Ya no podré llevar nada más. Ha llegado el momento de huir de nuevo.

Salgo corriendo del taller con las herencias flotando detrás de mí, y recorro de nuevo el piso. Tengo que ir al tejado para ver si BK ha conseguido salir con vida.

Antes de que empiece a subir las escaleras, oigo el timbre de la puerta del ascensor. Mierda: he ido demasiado despacio.

Miro por encima del hombro, convencido de que me encontraré a los mejores hombres de Chicago apuntándome con el arma, pero, en lugar de eso, veo a un mogadoriano solitario. Está más pálido de lo que es habitual y los cabellos negros le caen encima del rostro; es más joven de lo esperado y parece distinto de los demás mogos que he visto, más humano. Lleva un arma en la mano... y me apunta a mí.

Todos los cofres caen al suelo cuando recurro a la telequinesia para arrebatarme la pistola.

—¡Eh! —me grita, y, si dice algo más, la verdad es que no le escucho.

Pienso en los amigos que he perdido esta noche, en el oscuro futuro al que tendré que enfrentarme. Matar a este mogo rezagado no cambiará nada de eso, pero es un comienzo.

Le lanzo una bola de fuego, pero él se aparta de un salto y se esconde detrás del armazón de lo que había sido un sofá. Aparto toda la estructura con la ayuda de la telequinesia y la arrojo a un lado. Él levanta las manos para indicarme que se rinde. Si pensara un poco, seguramente me habría dado cuenta de que esta reacción es algo rara. Pero no estoy pensando.

—Demasiado tarde para eso —gruño.

Justo cuando me dispongo a arrojarle otra bola de fuego, el mogo descarga el pie sobre el suelo y toda la habitación se echa a temblar; los muebles se tambalean y en la alfombra se forman ondas, como si una ola le pasara por debajo. Y entonces una sacudida sísmica me empuja hacia atrás, trastabillo, y

siento los dedos helados del aire arañándome la espalda. Qué estúpido soy: estaba justo delante de una de las ventanas rotas. Agito los brazos, tratando desesperadamente de recuperar el equilibrio. Pero no me caigo. Me tiene: el mogadoriano me ha agarrado de la camiseta.

—¡No quiero pelear contigo! —me grita en la cara—. ¡Deja ya de atacarme!

En cuanto me ha metido dentro del edificio, le doy un empujón. No me lo devuelve, pero se agacha ligeramente, listo para esquivar cualquier cosa que le arroje.

—Eres Cuatro —me dice.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Saben qué aspecto tienes, John Smith. Saben cómo sois todos. Y yo también lo sé... —Duda unos instantes y añade—: Salvo que yo te recuerdo de niño. Corriendo para subir a una nave mientras nosotros asesinábamos a vuestra gente.

—Tú eres aquel del que nos hablaron Malcolm y Sam —pronuncio esas palabras con los dientes apretados.

No puedo sacarme de encima la sensación de que, cuando te enfrentas a los que son como él, las únicas opciones son luchar o huir. Lo llevo grabado dentro, pero trato de mantenerlo bajo control.

—Adamus Sutekh —se presenta el mogo—. Pero prefiero que me llamen Adam.

—Esta noche los tuyos han matado a un amigo mío, Adam —le escupo, consciente de que mi rabia no es razonable y al mismo tiempo incapaz de contenerla—. Y han secuestrado a otra.

—Lo siento —dice—. He venido lo antes que he podido. ¿Malcolm y Sam están bien?

—Pues... —Bueno, la verdad es que no sé cómo responder ante esta reacción. Un mogo mostrando compasión. Ya sé que Sam y Malcolm dijeron que era verdad, pero no me lo acabé de creer—. Sí, están bien.

—Genial —responde Adam. Su voz, sin embargo, conserva la típica aspereza mogadoriana—. Tenemos que salir de aquí.

—¿Tenemos?

—Estás herido y enfadado —me dice, acercándose con cautela, como si pudiera asestarle un puñetazo en cualquier momento—. Lo entiendo. Pero, si quieres vengarte, yo puedo ayudarte.

—Te escucho.

Adam extiende el brazo hacia mí y me dice:

—Sé dónde viven.

Algo se revuelve en mi interior al ver esa pálida mano tendida, esperando a la mía. Pero si lo que vi en esa pesadilla era verdad, si Cinco está trabajando para los mogos, entonces ¿por qué no tener a uno de ellos trabajando para nosotros?

Estrecho la mano de Adam, con fuerza, pero él no se encoge lo más mínimo; se limita a mirarme directamente a los ojos.

—Muy bien, Adam —le digo—. Me ayudarás a ganar esta guerra.

LEGADOS DE LORIEN
LOS ARCHIVOS PERDIDOS

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LORIEN

CAPÍTULO UNO

Esto es Lorien. Aquí todo es « perfecto » . O al menos eso dicen.

Tal vez tengan razón. A lo largo de los años, la Agencia de Lorien para la Exploración Interplanetaria ha mandado misiones de reconocimiento a casi todos los planetas habitables del universo, y todos parecen horribles.

Tomemos por ejemplo ese lugar llamado Tierra: está contaminado, superpoblado y demasiado caliente, y cada día se calienta aún más. Según cuentan los exploradores, allí todo el mundo es desgraciado. Los terrícolas invierten un montón de tiempo tratando de matarse unos a otros por nada; y las horas que les quedan libres se las pasan intentando evitar que los maten.

Si echáis un vistazo a alguno de sus libros de historia (tenemos muchos en el Gran Depósito de Información de Lorien), veréis que ha habido una guerra inútil tras otra. Es para decirles: ¡terrícolas, a ver si pensáis un poco!

El caso es que, aparte de Lorien, la Tierra es el mejor lugar que hay en el universo. Ni siquiera me molestaré en mencionar Mogadore, un auténtico vertedero.

Aquí en Lorien no hay guerras. Nunca. El clima es siempre ideal, y hay suficientes ecosistemas como para que cada uno encuentre su versión climática predilecta. La mayoría de la superficie del planeta son bosques impolutos, playas impecables, montañas con vistas increíbles. Incluso en las pocas ciudades que tenemos hay espacio suficiente para moverse con holgura y en ninguna de ellas se sabe lo que es el crimen.

En realidad, la gente ni siquiera discute demasiado.

¿De qué iban a discutir? Como el lugar es perfecto, nadie está triste... Nunca. Cuando paseas por las calles de Capital City, ves a todo el mundo sonriendo, como un hatajo de zombis felices.

Pero tanta perfección no es posible, ¿verdad? Y, aunque lo fuera, yo diría: lo « perfecto » resulta bastante aburrido.

Yo no soporto aburrirme. Por eso siempre me esfuerzo en encontrar las imperfecciones, que es donde está la diversión.

Aunque, ahora que lo pienso, en opinión de mucha gente, los primeros, mis padres, la mayor de las imperfecciones soy yo.

Algo totalmente no-lórico.

El Quimera estaba a reventar la noche que por fin me pillaron. La música sonaba a todo volumen, el sudor flotaba en el aire, y (¡sorpresa!) todos estaban contentos y sonrientes mientras brincaban dando tumbos y chocando unos con otros.

Esa noche yo también estaba feliz. Me había pasado horas bailando, casi siempre solo, pero, de vez en cuando, topaba con alguna chica y acabábamos moviéndonos juntos encima de la pista durante unos minutos, los dos sonriendo, o riendo con ganas, pero sin tomarnos nada demasiado en serio. Y luego nos dejábamos atrapar por la música y seguíamos bailando cada uno por nuestro lado. No pasaba nada.

Vale, todo indicaba que sería una gran noche.

Casi estaba amaneciendo cuando me quedé sin aliento, listo para hacer una pausa. Después de horas de no parar, me apoyé en una hilera de columnas cerca del límite de la pista de baile y, al levantar la mirada, vi que tenía a Paxton y Teev al lado. No los conocía muy bien, pero eran habituales del Quimera y yo había acudido al bar lo bastante a menudo para que nos hubieran presentado un par de veces.

—¡Eh! —les dije, asintiendo con la cabeza, sin estar muy seguro de que fueran a acordarse de mí.

—Hombre, Sandor —repuso Paxton, dándome una palmadita en el hombro—. ¿No deberías estar ya en la camita?

Tendría que haberme molestado que se rieran de mí, pero la verdad es que me alegró que me reconocieran. A Paxton le parecía curioso que siempre me las arreglara para entrar en el local, a pesar de no tener la edad exigida.

El caso es que yo no veía que fuera tan importante eso de no tener la edad; al fin y al cabo, el Quimera solo era un lugar para bailar y escuchar música. Pero, en Lorien, las normas son las normas.

Paxton era solo algunos años mayor que yo y estudiaba en la Universidad de Lorien, mientras que Teev, su novia, trabajaba en una tienda de moda en East Crescent. Esos dos llevaban el tipo de vida que no me hubiera importado llevar en el futuro. Pasar el rato en cafés durante el día, bailar en sitios como el Quimera por las noches, y todo eso sin que nadie los criticara por ello.

Ya no me faltaba mucho... Pero tenía la sensación de que llevaba esperando ese momento toda la vida. Estaba cansado de ser un adolescente, cansado de ir a la escuela y obedecer a los profesores, y aún más de actuar conforme a las normas de mis padres. Muy pronto podría dejar de fingir que era un adulto: sería uno de ellos, y viviría mi vida tal como me viniera en gana.

Por el momento, el Quimera era el único lugar en el que podía ser yo mismo.

En realidad, allí todo el mundo era un poco como yo. Llevaban ropas alocadas y peinados estrafalarios, e iban a la suya. Incluso en un planeta como Lorien, hay personas que no acaban de encajar del todo. Y esas personas iban al Quimera.

A veces (no a menudo, pero sí a veces), incluso podías pillar a alguien frunciendo el ceño. No porque fuera infeliz ni nada de eso, sino por diversión. Supongo que solo para ver qué se sentía.

Teev me miraba con una expresión divertida, y Paxton señaló la pulsera identificativa que llevaba en la muñeca y me preguntó, con una sonrisita de suficiencia:

—¿No se supone que estas cosas son a prueba de tontos? Cada vez que te veo te has inventado otro modo de colarte por la puerta principal.

Los escáneres instalados en las puertas del Quimera registran en la entrada a todos los clientes habituales, principalmente para evitar que se cuelen lóricos menores de edad como yo. En el pasado, en alguna ocasión me había colado por la puerta trasera y otras había entrado mezclado entre la multitud. Esa noche, sin embargo, fui un paso más allá: modifiqué la edad que aparecía en mi pulsera identificativa para que creyeran que era mayor. La verdad es que estaba bastante orgulloso de mí mismo, pero no pensaba ventilar mis secretos, así que lo único que hice fue encogerme de hombros con timidez.

—Ese soy yo. Sandor, mago de la tecnología y hombre misterioso.

—¡Olvidate del escáner de la puerta, Paxton! —exclamó Teev—. ¿Qué me dices del Registro de asistencia de la escuela? Porque aún vas al colegio, ¿no? Más vale que te des prisa o te van a pillar. Ya es un poco tarde.

—Dirás «temprano» —la corregí.

El sol saldría en cualquier momento. Pero llevaba razón. O la habría llevado.

Teev tenía un lunar encima del labio y una marca de nacimiento colorada en la mejilla, cerca de la raíz del cabello. Un tatuaje muy fino rodeaba el lunar y luego se prolongaba hacia arriba para terminar en una flecha que señalaba la marca de nacimiento. Era más bien bajita y bastante mona; había algo diferente en ella. Era quien era, y no pensaba esconderlo. La admiraba por ello.

Estuve tentado de contarle cómo había solucionado el problema del Registro de asistencia. En realidad era más fácil de solventar que el del escáner de la puerta... O tal vez es que yo era muy bueno. Todo lo que hice fue pedirle prestada a mi amigo Rax su pulsera identificativa e insertar en ella una copia de mi biofirma digital. Ahora, cuando me salto una clase, el escáner me detecta como «presente» siempre que Rax esté allí.

Esta solución se me ocurrió después de haberme metido en problemas hacía unos meses. Como castigo, tuve que pasar un tiempo trabajando en dirección y allí descubrí el fallo del sistema del Registro de asistencia: no detectaba las repeticiones. Así que cuando Rax y yo asistíamos a clase no saltaba la alarma. Era perfecto.

—No puedo desvelarte mis secretos —le dije insinuando una sonrisa.

—Bien hecho —respondió Paxton en un tono de admiración que viraba ligeramente hacia el desdén. Me sonrojé.

—Gracias —le dije, actuando como si no me importara.

Pero, antes de que se me ocurriera nada más que decir, me quedé paralizado. Al otro lado de la entrada, vi a alguien conocido. Alguien que hubiera preferido no conocer.

Era Endym, mi profesor de culturas interplanetarias en la Academia de Lorien.

Vale, Endym solía ser un tío guay, probablemente el único de los profesores que tenía que me caía bien. Pero, guay o no, si me veía en ese club, no le quedaría más remedio que dar parte: por un lado, todavía no tenía la edad, y, por otro, no iba a llegar a tiempo a clase.

Sonreí a la pareja con la que estaba hablando.

—Teev, Paxton, ha sido un placer —les dije, apartándome del campo de visión de Endym y mezclándome entre la gente que aún seguía bailando.

Protegido por la multitud de la pista de baile, me volví para echar un vistazo a la entrada y vi a Endym dirigiéndose a uno de los chicos de la barra. Luego, cogió la bebida que le sirvieron y se la llevó a los labios, mientras examinaba el interior del club. Entonces avanzó unos pasos, hasta la pista de baile. Estaba bastante seguro de que no me había visto (aún), pero venía directo hacia mí.

Mierda. Me oculté detrás de una columna.

El Quimera es grande, pero no lo suficiente. Si me quedaba allí, me pasaría el rato tratando de evitar a Endym, y la verdad es que las probabilidades de que acabara descubriéndome eran muchas.

Tenía que salir de allí, y tenía que aprovechar ese momento: Endym estaba distraído. Acababa de entablar conversación con una mujer en medio de la pista de baile, y flirteaba con ella descaradamente mientras bailaban. Levanté la mirada hacia el cielo, sin dar crédito. Ver a mi profesor en el Quimera lo hacía de pronto mucho menos guay.

El único modo de salir de allí era adentrarme aún más en el local. Nunca había estado en los camerinos de debajo del escenario, pero los artistas tenían que entrar por alguna parte. El problema era que Endym se había colocado en el peor lugar, teniendo en cuenta mis propósitos: no me quedaba más remedio que pasar por delante de él si quería salir por la entrada, y, encima, la escalera trasera quedaba dentro de su ángulo de visión.

Le eché un vistazo al local con la esperanza de encontrar una solución a mi dilema, tratando de no parecer demasiado desesperado para no llamar la atención. Y entonces caí en la cuenta: Teev y Paxton seguían ahí, a pocos pasos de mí, y tal vez podrían ayudarme. Al menos, esperaba que estuviesen dispuestos a hacerlo.

—¿Qué me diríais... —empecé a proponerles acercándome a ellos con una sonrisa conspiratoria plantada en la cara—, si os dijera que ese tipo de ahí es uno de mis profesores?

Los dos miraron a Endym y luego se volvieron hacia mí.

—Supongo que diría que este sitio ya no es lo que era —respondió Teev—. ¿Ahora dejan entrar a profesores?

—¡Mala suerte, tío! —exclamó Paxton, soltando una carcajada—. Tantos quebraderos de cabeza para entrar y ahora te van a echar.

—Vamos, tíos, no os ríais. ¿Y si me ayudáis a salir? —Cuando los vi mirándose con escepticismo, me encogí de hombros con timidez y les supliqué —: Por favor...

Teev se echó la cabellera hacia atrás y, tras levantar la mirada hacia el techo, algo exasperada por mi petición, accedió.

—Vale, está bien. De acuerdo, pequeñín —me dijo, dándome una palmadita en la mejilla. Fue un poco humillante, pero ¿qué otra cosa podía hacer?—. Cuidaremos de ti —me prometió—. Vamos, saca tu culo fuera de aquí.

Me quedé un instante contemplando a Teev y a Paxton, mientras se acercaban a Endym y la mujer con la que estaba bailando. Los dos se plantaron en medio de la pareja: Teev se puso a bailar con Endym, y Paxton, con la mujer.

Cuando vi claro que ya habían captado por completo la atención de mi profesor, hice de tripas corazón y me mezclé entre la multitud con la cabeza bien gacha.

Ya creía que estaba fuera de peligro, cuando alguien me gritó:

—¡Eh!

Me volví, desconcertado, y vi el rostro furioso de un chico que se acercaba a mí. Al parecer, al pasar junto a él, le había tirado al suelo la botella que sostenía con la mano, y el muchacho no estaba nada contento.

Lo último que necesitaba era que me pillaran en medio de una pelea en la pista de baile. Así que eché a correr como un loco hacia la base del escenario, donde, en un rincón oscuro, encontré a tientas una puertecita.

Naturalmente, estaba cerrada con llave.

—¡Eh! ¡Tú! —gritaba el tío cuya bebida había echado a perder. Se me estaba acercando—. ¡Vas a tener que pagarme otra!

Zarandé el pomo violentamente. Al ver que no se movía, dejé de andarme con tonterías y me arrojé contra la puerta, con la esperanza de que, con la fuerza suficiente (y un poco de suerte), acabara cediendo.

El tío estaba cada vez más cerca y no paraba de gritar. Menudo imbécil, ¡montar todo ese circo por una bebida de nada! La gente que llenaba la sala empezó a volverse hacia mí. Iban a pillarme de un momento a otro.

Un último intento. Me lancé de nuevo contra la puerta con todas mis fuerzas.

Esta vez, cedió.

CAPÍTULO DOS

La fuerza de todo mi peso me mandó a trompicones a la habitación que había al otro lado de la puerta. Tropecé con algo y acabé chocando con un montón de capas de tela. Di un traspié, caí y me di contra el suelo con la cabeza.

Y entonces oí una voz. Una voz de chica.

—Vaya, ¡qué gracioso!

Echado ahí en el suelo, me di cuenta de que aquello contra lo que había chocado era un perchero cargado de vestidos. Vestidos de mujer. Y ahora estaba allí, encima del montón de trajes. Es como si una explosión de brillantes y lentejuelas me hubiera pillado en medio.

De pie junto a mí, un chico vestido con unos pantalones de un negro metalizado y una camisa sin cuello trataba de cerrar la puerta que yo acababa de abrir a golpes.

—Sí, sí, muy gracioso —iba repitiendo con sarcasmo—. Me encanta que niños pelagatos irrumpen en el camerino.

Me puse en pie, rojo de vergüenza, y traté de recoger todos los vestidos que había tirado por el suelo. No era así como creía que iba a evolucionar la noche.

—Vaya, muy, muy gracioso.

Me volví y vi a una chica con el pelo de color platino, en un rincón de la habitación. Llevaba unos *shorts* diminutos y estaba como en cuclillas, sentada en un taburete bajo. Se estaba adornando las pantorrillas desnudas con una especie de bolígrafo, dibujando elaborados estampados de florituras y arabescos.

—No —dije.

Probablemente debería haberme disculpado. O al menos debería haber dado alguna explicación. Pero no pude. Estaba demasiado deslumbrado. Y todo lo que pude decir fue: «No».

—Oh, sí —insistió ella, aún con el bolígrafo en la mano.

Se inclinó un poco más para acercarse a los arabescos y, frunciendo los labios, se sopló la pierna de arriba abajo para secar la tinta.

No podía ser. Pero era.

Era Devektra.

La gran mayoría de la gente de Lorien no sabía quién era. Pero yo no formo parte de la gran mayoría y llevaba meses escuchando su música. Para las personas que estaban al tanto, ella era la artista de la Guardia más genial de Lorien. Con su belleza deslumbrante, la sabiduría de sus letras —asombrosas para su edad (porque casi era una niña, solo un poco mayor que yo)— y ese legado tan poco usual que le permitía crear juegos de luces hipnóticos y deslumbrantes, no cabía duda de que iba a convertirse en una gran estrella en poco tiempo. Ya estaba en camino.

—¿Qué pasa? ¿No habías visto nunca a una chica maquillándose las piernas? —me preguntó, guiñándome un ojo.

Traté de mantener la compostura.

—Debes de ser la artista top-secret —conseguí articular finalmente, no sin tropezar en casi cada palabra—. Yo soy ... esto... un gran fan tuyo.

Me encogí al decirlo y creo que parecí un auténtico perdedor.

Devektra evaluó sus piernas, se puso en pie, y luego me miró, como si no supiera muy bien si enfadarse o echarse a reír. Al final, se quedó a medio camino de ambas cosas y me dijo:

—Gracias. Pero ¿sabes una cosa? Cierran esa puerta por una razón: dejar fuera a los fans.

Dio un paso hacia delante y, después de echarme teatralmente los brazos a los hombros, me tiró de la oreja para acercarla a sus labios y me susurró:

—¿Vas a decirme qué haces en mi camerino? No me obligarás a avisar a seguridad, ¿verdad?

—Esto... —tartamudeé—. Bueno, mira es que...

Rebusqué en mi mente alguna explicación, pero no encontré ninguna. Supongo que soy mucho mejor pirateando *softwares* que hablando con chicas. Sobre todo si están buenas y son famosas.

Devektra dio un paso atrás y me miró de arriba abajo con un brillo travieso en los ojos.

—¿Sabes lo que creo, Mirk? —preguntó.

—¿Qué? —repuso apáticamente el tipo del que casi me había olvidado. La verdad es que parecía algo harto de ella.

—Creo —empezó a decir con parsimonia— que este muchachito es demasiado joven para estar aquí. Me da que estaban a punto de echarle a patadas del local por no tener la edad requerida y se ha colado aquí en busca de un escondite. Tenemos a un delincuente entre nosotros. Y ya sabes lo que pienso de los delincuentes...

Miré al suelo. Ahora sí que me habían pillado. No era la primera vez que me metía en problemas por algo así. Ni la segunda. Sin embargo, en esta ocasión, las

consecuencias iban a ser graves.

Pero Devektra me sorprendió.

Me mostró una sonrisa de oreja a oreja y se echó a reír. Estaba empezando a sospechar que esa chica estaba un poco loca.

—¡Me encanta! —exclamó. Entornó los ojos y meneó un dedo amonestador delante de mí. Sus uñas brillaban con todos los colores del arcoíris—. ¡Qué cêpan más travieso!

Por segunda vez en pocos segundos, me pilló por sorpresa.

—¿Cómo sabes que soy un cêpan? —le pregunté.

Como la mayoría de los personajes públicos de Lorien (atletas, artistas, soldados), Devektra era una guardiana. Yo, en cambio, era un cêpan. De entre todos los cêpan, había un grupo electo que se dedicaba a educar a los guardianes, pero la mayoría éramos burócratas, profesores, hombres de negocios, tenderos, granjeros... No sabía en qué tipo de cêpan iba a convertirme en cuanto terminara los estudios, pero no creía que ninguna de mis opciones fuera a ser muy memorable. ¿Por qué no había nacido siendo un guardián? ¡Así podría haber invertido mi tiempo en hacer algo divertido!

Devektra me sonrió con suficiencia y me dijo:

—Mi tercer legado. El aburrido, ese del que no me gusta hablar. Sé detectar quién es guardián y quién cêpan.

Como todos los guardianes, Devektra tenía el poder de la telequinesia, así como la habilidad de doblar y manipular las ondas sonoras y lumínicas, capacidades que usaba en sus actuaciones y que la habían convertido en la estrella en alza que era. La verdad es que se trataba de un poder muy poco común, pero el de ser capaz de detectar la diferencia entre guardián y cêpan no lo había oído en mi vida.

Por alguna razón, estaba cohibido. No sé por qué: no hay nada malo en ser un cêpan, y, aunque a menudo pensaba que la vida de los guardianes debía de ser mucho más divertida, hasta entonces nunca me había sentido inseguro por lo que era.

En primer lugar, no soy una persona insegura. Y, en segundo lugar, las cosas no funcionaban así por aquí. A pesar de que los guardianes eran un colectivo venerado (un regalo muy preciado para nuestro planeta), en Lorien había la convicción, bastante extendida y compartida tanto por los cêpan como por los guardianes, de que las habilidades asombrosas de los guardianes no les pertenecían solo a ellos, sino que eran un bien de todos.

Pero estando ahí de pie, delante de la chica más hermosa que había visto jamás, una chica que estaba a punto de subir al escenario para demostrar sus asombrosos talentos a todos los clientes del Quimera, de pronto me sentí vulgar. Y ella se dio cuenta. Era Devektra, y yo no era más que un cêpan estúpido y menor de edad que no tenía nada que valiera la pena. Ni siquiera sabía por qué estaba

ella perdiendo el tiempo conmigo.

Me volví, dispuesto a marcharme. Esa situación no tenía sentido. Pero entonces Devektra me agarró del hombro.

—Vamos, ámate —me dijo—. No me importa que seas un cêpan. Además, gracias a los Ancianos, estaba bromeando. ¡Menudo tercer legado más aburrido sería ese! Mi auténtico tercer legado es mucho más emocionante.

—¿Qué es? —le pregunté con recelo.

Estaba empezando a tener la sensación de que Devektra me estaba atolondrando.

Le brillaban los ojos.

—¿No te resulta obvio? Hago que los hombres se enamoren de mí.

Esta vez, supe que me estaba tomando el pelo. Me sonrojé, y entonces de pronto me di cuenta de cuál era la verdad.

—Lees la mente de los demás —respondí.

Devektra sonrió, impresionada, e, inclinándose hacia Mirkł, que no parecía nada satisfecho, dijo:

—Creo que ya ha empezado a pillarlo.

LA BÚSQUEDA DE SAM

CAPÍTULO UNO

No sé si puedo.

Estoy demasiado débil, así que no lo digo en voz alta. Simplemente lo pienso. Pero Uno puede oírme. Ella siempre me oye.

—Tienes que hacerlo —me dice—. Tienes que despertarte. Tienes que luchar.

Estoy en el fondo de un barranco, con las piernas retorcidas bajo mi cuerpo, y una roca se me clava entre los omóplatos, mientras algún arroyo me lame el muslo. No veo nada, porque tengo los ojos cerrados, y estoy demasiado débil para abrirlos.

Aunque la verdad es que tampoco me apetece hacerlo. Quiero tirar la toalla.

Abrir los ojos significa enfrentarme a la verdad.

Significa darme cuenta de que he acabado en el margen de un río seco. De que la humedad que siento en las piernas no es agua. Es sangre, sangre procedente de la fractura abierta que tengo en la pierna derecha, allí donde el hueso de la pantorrilla ha atravesado la piel.

Significa saber que estoy a más de diez kilómetros de casa y que mi propio padre me ha dado por muerto. Ivanick, lo más parecido que tengo a un hermano, es quien ha tratado de matarme, arrojándome brutalmente por un escarpado barranco.

Significa enfrentarme al hecho de que soy un mogadoriano, un miembro de una raza alienígena decidida a exterminar al pueblo lórico y acabar dominando la Tierra.

Cierro los ojos con fuerza, en un intento desesperado de esconderme de la verdad.

Con los ojos cerrados, puedo perderme en algún lugar más agradable: estoy en una playa californiana, con los pies descalzos hundidos en la arena, y Uno se ha sentado junto a mí y me mira con una sonrisa en el rostro. En realidad, este es el recuerdo que Uno tiene de California, un lugar en el que no he estado nunca. Pero lo hemos compartido durante tanto tiempo a lo largo de ese crepúsculo de

tres años que ya me parece tan mío como suyo.

—Podría quedarme aquí todo el día —digo, sintiendo el calor del sol en la piel.

Uno me mira insinuando una sonrisa, como si no pudiera estar más de acuerdo. Pero, cuando abre la boca para hablar, sus palabras no encajan con su expresión: son duras, severas, imponentes.

—No puedes quedarte —me dice—. Tienes que levantarte. Ahora mismo.



Tengo los ojos abiertos. Estoy en mi cama, en los barracones-dormitorio del campamento humanitario. Hay alguien mirándome desde los pies de la cama.

Como en el sueño, Uno me sonríe, pero no se trata de una sonrisa dulce, sino más bien burlona.

—Dios mío —dice, levantando la mirada al cielo, sin dar crédito—, ¡hay que ver lo que has dormido!

Me río y me incorporo en la cama. Últimamente duermo mucho. Hace siete semanas que conseguí salir de ese barranco y, salvo cierta debilidad residual en la pierna derecha, prácticamente me he recuperado del todo. Pero mis horarios de sueño aún no se han regularizado: todavía duermo diez horas cada noche.

Miro alrededor y veo que las demás camas están vacías. Mis compañeros cooperantes ya se han levantado para ocuparse de las tareas matutinas. Me pongo en pie y me tambaleo un poco al apoyar la pierna derecha. Otra risita dedicada a mi torpeza.

No le hago caso; me pongo las sandalias y una camiseta, y salgo del barracón.

Fuera, el sol y la humedad me azotan como si hubiera chocado contra una pared. Aún estoy sudoroso y mataría por darme una ducha, pero Marco y los otros trabajadores ya hace rato que están cumpliendo con sus tareas. He perdido la oportunidad.

La primera hora del día se dedica a los quehaceres domésticos del campamento: preparar el desayuno, hacer la colada, lavar los platos. Después, un *jeep* nos recoge a algunos de nosotros y nos lleva al centro del pueblo. Allí trabajamos en un proyecto dedicado al agua, modernizando el pozo. Los demás se quedarán en el aula que hay junto al campamento, dando clases a los niños del lugar. He estado tratando de aprender swahili, pero todavía me falta mucho para poder emplearlo para enseñar.

Me rompo el culo en este campamento. Me produce una gran satisfacción ayudar a la gente del pueblo, pero si trabajo tan duro es sobre todo por gratitud.

Después de haber arrastrado mi cuerpo maltrecho fuera del barranco y a lo

largo de unos cuatrocientos metros de jungla, me encontró una anciana del pueblo. Me confundió con uno de los cooperantes del campamento, mi tapadera mientras estaba tratando de localizar a Hannu, Número Tres. Fue al campamento y volvió al cabo de una hora con Marco y un médico. Me llevaron hasta el campamento en una camilla improvisada; el médico me recolocó la pierna, me dio unos puntos y me puso una escayola que no me han retirado hasta hace poco.

Marco me acogió aquí, primero para que me recuperara y luego como voluntario, sin hacerme preguntas. Todo lo que espera a cambio es que haga mis quehaceres y que cumpla con las mismas exigencias que los demás.

No sé qué historia se habrá montado para explicarse el estado en que llegué. Supongo que habrá supuesto correctamente que el responsable de lo que me ocurrió fue Ivan; al fin y al cabo, desapareció del campamento un día después de mi accidente, sin decirle nada a nadie. Tal vez la generosidad de Marco sea fruto de la lástima. Tal vez no sepa exactamente qué pasó, pero sí que mi familia me abandonó. Y, como de algún modo Marco está en lo cierto, no me importa que me tenga lástima.

Además, ¿sabéis lo más gracioso del hecho de que mi familia me haya abandonado, de que toda mi raza lo haya hecho?

Que nunca había sido tan feliz como ahora.



Renovar el pozo del pueblo es un trabajo tedioso, que te hace sudar la gota gorda, pero yo tengo una ventaja de la que los demás cooperantes carecen. Tengo a Uno. Hablo con ella mientras trabajo y, aunque me duela la espalda y tenga los músculos doloridos, las horas vuelan.

Casi siempre me motiva, riéndose de mí: « Esto lo haces mal », « ¿a eso lo llamas trabajar? », « si yo tuviera un cuerpo, a estas alturas ya habría terminado ». Se burla de mis esfuerzos, recostándose como una veraneante que se dedica a tomar el sol mientras yo trabajo.

¿Quieres probarlo?, le ladro mentalmente.

—No puedo —me dice—. No quiero romperme las uñas.

Por supuesto, tengo que ser precavido y no hablar con ella mientras trabajo, o al menos no delante de los demás. Ya me gané la reputación de rarito por hablar solo durante las primeras semanas que estuve aquí. Luego aprendí a silenciar mi parte de la conversación con Uno y limitarme a pensar en ella, en lugar de hablar realmente. Por suerte, mi reputación ha mejorado y los demás ya no me miran como si fuera un lunático sin remedio.



Esta noche me toca estar en la cocina con Elswit, el último que se ha incorporado al campamento. Estamos preparando *githeri*, un plato sencillo a base de judías y maíz. Elswit pela y limpia las mazorcas mientras yo me encargo de poner en remojo las judías y de enjuagarlas.

Elswit me cae bien. Hace un montón de preguntas acerca de mi procedencia y lo que me trajo aquí, preguntas que he aprendido a no contestar con la verdad. Afortunadamente, no parece importarle demasiado que mis respuestas sean vagas o incluso inexistentes. Es un gran hablador y me acribilla a preguntas sin siquiera percibir mis silencios, intercalando algún chismorreo acerca de su vida y su educación siempre que puede. Por lo que me ha dicho, es hijo de un banquero americano muy rico, un hombre que no aprueba las actividades humanitarias de su hijo.

Vivir a la altura de las expectativas de mi padre ya era difícil cuando era un niño, pero, después de mis experiencias en la mente de Uno, acabó siendo imposible. Me volví blando, y empecé a tener simpatías y preocupaciones que mi padre nunca habría entendido, y aún menos tolerado. Elswit y yo tenemos bastantes cosas en común. Los dos hemos decepcionado a nuestros padres.

Pero enseguida me di cuenta de que nuestras similitudes tampoco iban tan lejos. A pesar de sus reivindicaciones de querer vivir alejado de su familia, todavía está en contacto con sus acaudalados padres y sigue teniendo acceso a su riqueza. Al parecer, su padre incluso ha dispuesto un avión privado para recogerlo en Nairobi dentro de unas semanas, solo para que Elswit pueda estar en casa el día de su cumpleaños. Mientras, mi padre piensa que estoy muerto y supongo que la idea le satisface.

Después de cenar, me doy una merecida ducha y me meto en la cama. Uno está sentada hecha un ovillo en una silla de ratán, en un rincón.

—¿Ya te acuestas? —bromea.

Le echo un vistazo a la habitación. No hay nadie, así que puedo hablar con ella normalmente, siempre que no levante demasiado la voz. Hablar en voz alta me resulta más natural que comunicarme en silencio con ella.

—A partir de ahora quiero levantarme con los demás.

Uno me fulmina con la mirada.

—¿Qué? Ya no llevo la escayola y apenas cojeo... Me he recuperado. Ya va siendo hora de que trabaje como los demás.

Uno frunce el ceño y empieza a jugar con la camiseta. Sé muy bien lo que le molesta.

Su gente está ahí fuera, condenada a acabar extinguida en manos de mi raza. Y ahí está ella: atrapada en Kenia. Y, lo que es peor, atrapada además en mi

conciencia, desprovista de cuerpo, sin voluntad ni medios propios. Si dependiera de ella, sé muy bien que estaría en otro lugar, donde fuera, emprendiendo la lucha.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —me pregunta, con aire sombrío.

Me hago el tonto, como si no supiera cómo se siente, y me encojo de hombros mientras me tapo con la sábana y me acuesto de lado.

—No tengo otro lugar adonde ir.



Estoy soñando.

Es la noche en la que he tratado de salvar a Hannu. He salido del campamento y corro hacia la jungla, hacia la cabaña de Hannu, desesperado por llegar allí antes que Ivan y mi padre. Sé muy bien cómo termina esto (con Hannu, muerto, y conmigo, dado por muerto), pero en este sueño recupero la impaciencia ingenua de esa noche, que me empuja a través de la maleza, las sombras y los gritos de los animales.

El comunicador que he robado del barracón crepita sujeto a mi cintura: este sonido no augura nada bueno. Sé que los mogadorianos se están acercando.

Tengo que llegar antes. Tengo que hacerlo.

Se abre un claro en la jungla. La cabaña en la que vivían Hannu y su cêpan está justo donde recordaba. Mis ojos se esfuerzan para acostumbrarse a la oscuridad.

La maleza y el follaje se han adueñado de la cabaña y el claro. La mitad de la fachada ha desaparecido y el tejado se ha hundido pesadamente, incapaz de sostenerse sin la pared. La carrera de obstáculos que Hannu empleaba para entrenarse está tan cubierta de vegetación que apenas distingo dónde se encuentra.

—Lo siento —dice una voz desde la jungla.

—¿Quién es? —pregunto al volverme.

Uno emerge entre los árboles.

—¿Qué es lo que sientes?

Estoy confundido, sin aliento. Y me duelen los pies de haber corrido tanto.

Y entonces se me enciende la bombilla de pronto.

—No estoy soñando —digo.

—No —responde Uno, sacudiendo la cabeza.

—Has tomado el mando. —Las palabras se me escapan de los labios incluso antes de comprender lo que estoy diciendo. Pero, a juzgar por la cara de Uno, he dado en el clavo: se ha apoderado de mi conciencia mientras dormía y me ha sacado fuera del campamento para conducirme hasta el lugar donde Hannu

murió. No lo había hecho nunca hasta ahora. Ni siquiera sabía que podía hacer algo así. Pero a estas alturas su ser está tan enmarañado con el mío que no debería sorprenderme—. Me has secuestrado.

—Lo siento, Adam —dice—. Pero necesitaba que vinieras hasta aquí para que recordaras...

—¡Vale, pues no ha funcionado!

Estoy confundido, enfadado con Uno por haber manipulado mi voluntad. Pero, en cuanto lo he dicho, me doy cuenta de que es mentira. Sí ha funcionado.

Me ha subido la adrenalina y el corazón me va a mil: siento en mi interior la importancia demoledora de lo que traté de hacer sin éxito unos meses atrás, y la amenaza que supone mi gente para los guardianes y para el resto del mundo.

Alguien tiene que detenerlos.

Me vuelvo de espaldas para que Uno no pueda ver la duda en mis ojos.

Pero compartimos la mente. No tengo modo de esconderme de ella.

—Sé que tú también lo sientes —me dice.

Tiene razón, pero trato de ahogar ese sentimiento irritante de que hago oídos sordos a una llamada que me llega desde fuera de Kenia. Todo había empezado a ir bien. Me gusta mi vida en Kenia, me gusta poder cambiar las cosas a mejor y, hasta que Uno me ha arrastrado fuera del campamento para enfrentarme con el lugar donde fue asesinado Hannu, me había resultado fácil olvidar la guerra que se nos viene encima.

Sacudo la cabeza.

—Estoy haciendo algo bueno, Uno. Estoy ayudando a la gente.

—Sí —dice—. Y ¿qué me dices de hacer algo genial? ¡Podrías estar ayudando a los guardianes a salvar el planeta! Además, ¿de verdad crees que los mogadorianos perdonarán este lugar cuando pongan en práctica su plan definitivo? ¿No te das cuenta de que, hasta que no les paremos los pies a los mogos, todo lo que hagas en este pueblo será como construir sobre arenas movedizas?

Al ver que me está llegando al corazón, Uno da un paso adelante y añade:

—Adam, podrías hacer mucho más.

—¡No soy un héroe! —le grito, con la voz ahogada—. Soy débil. ¡Un desertor!

—Adam —me ruega, también con la voz ahogada—. Ya sabes que me gusta tomarte el pelo, y no querría que te volvieras engreído, ni nada de eso. Pero eres uno entre un millón. Uno entre diez millones. Eres el único mogadoriano que ha desafiado la autoridad de su pueblo. No tienes ni idea de lo especial que eres, de lo útil que podrías resultar a la causa.

Lo único que he querido siempre es que Uno me viera como alguien especial, como un héroe. Y me gustaría poder creerla ahora. Pero sé que está equivocada.

—No. Lo único que tengo de especial eres tú. Si el doctor Anu no me hubiera

conectado a tu cerebro, si no hubiera pasado tres años viviendo en tus recuerdos... Habría sido el que hubiera matado a Hannu. Y probablemente hubiera estado orgulloso de ello.

Veo que Uno se encoge.

« Bien» , pienso. Me estoy comunicando con ella.

—Tú eras un miembro de la Guardia. Tenías poderes —le digo—. Yo no soy más que un exmogadoriano esquelético e inepto. Lo único que puedo hacer es sobrevivir. Lo siento.

Doy media vuelta y emprendo mi camino de regreso al campamento.

Uno no me sigue.

CAPÍTULO DOS

A pesar de mi carrera nocturna hasta la cabaña de Hannu, consigo levantarme con los demás cooperantes a la mañana siguiente.

—Vaya, mírate; ¡qué temprano te has levantado! —exclama Elswit, bromeando—. ¿Estás seguro de que quieres interrumpir tu sueño reparador?

Estoy a punto de contraatacar y llamarle « príncipe », como hacen los demás a veces para tomarle el pelo. Se ganó el apodo cuando llegó aquí con un montón de cosas caras y prescindibles, como un par de lujosos pijamas de seda brillante. Aunque nadie se ríe de él en su cara; también se llevó un ordenador de primera, con conexión inalámbrica, un ordenador que nos deja usar a todos y al que nadie quiere renunciar.

Mientras me visto, me doy cuenta de que Uno está en alguna parte donde no puedo verla. Acostumbra a levantarse antes que yo, y se queda paseándose por ahí. Supongo que estará enfurruñada por la pelea que tuvimos en la jungla.

Claro que también es posible que haya desaparecido durante una temporada. A veces lo hace. Una vez le pregunté por ello.

—¿Adónde vas cuando no estás aquí?

Me dedicó una mirada críptica.

—A ninguna parte.

Eso fue todo lo que me dijo.

Cuando salimos fuera para cumplir con nuestras tareas, empieza a caer una lluvia fina. Es bueno para el pueblo, pero significa que hoy las labores de renovación del pozo tendrán que suspenderse: es demasiado difícil trabajar la tierra cuando llueve. Así que, después de terminar nuestros quehaceres, Marco, Elswit y yo estamos libres para holgazanear un rato, leer o escribir cartas.

Le pregunto a Elswit si puedo usar su ordenador durante una hora. Enseguida me responde que sí. Puede que sea un príncipe consentido, pero también es generoso.

Me llevo el portátil al barracón y empiezo a hojear las páginas de las noticias. Cuando tengo un rato el ordenador de Elswit, siempre busco posibles actividades

lóricas o mogadorianas. Puede que me haya retirado de la lucha, pero aún me pica la curiosidad saber cuál será el destino de la Guardia.

Hoy no hay muchas noticias. Vuelvo a comprobar que estoy solo y pongo en marcha un programa que creé y que instalé en el portátil de Elswit. He *hackeado* las señales inalámbricas de Ashwood States, mi antiguo hogar, y he creado un directorio oculto que guarda los mensajes instantáneos de Ashwood y las conversaciones de *e-mail*.

Me gustaría decir que mi objetivo era llevar a cabo algún plan heroico, pero la verdad es que el motivo es tan patético que preferiría morir antes que confesárselo a Uno: solo quiero saber si mi familia me echa de menos.

Mi familia. Creen que estoy muerto. Y la verdad es que probablemente estarían encantados de que así fuera.

Me he pasado la mayor parte de mi vida en la Tierra encerrado en una comunidad de Virginia llamada Ashwood States, donde los mogadorianos tienen casas normales en barrios residenciales normales, visten ropa americana normal, y viven bajo nombres americanos normales, escondiéndose a la vista de todos. Pero debajo de las encimeras de granito y los suelos de mármol de imitación, al otro lado de los armarios, lejos de la vista de los mortales de la Tierra, se extiende una red de laboratorios e instalaciones en la que probetas y auténticos trabajan y conspiran juntos para conseguir la destrucción y la subyugación de todo el universo.

Como hijo del legendario guerrero mogadoriano Andrakkus Sutekh, se esperaba de mí que fuera un soldado fiel de su guerra sombría. Me reclutaron como conejillo de indias para un experimento destinado a extraer los recuerdos del primer lórico que cayó, una chica llamada Uno. El plan era usar la información de esos recuerdos en contra de su gente, para encontrar y exterminar a los demás miembros de su raza.

El problema fue que el experimento de transferencia mental funcionó demasiado bien: estuve tres años en coma, atrapado en los recuerdos de una lórica sin vida, experimentando como si fueran míos tanto sus momentos más felices como los más dolorosos.

Al final me desperté del coma. Pero volví a mi vida mogadoriana siendo distinto: sentía una repugnancia permanente por el derramamiento de sangre, una nauseabunda pero inevitable simpatía por los lóricos perseguidos y la compañía constante del fantasma de Uno.

La primera de mis traiciones fue mentir a mi gente: les aseguré que el experimento no había funcionado y que no tenía ningún recuerdo de mi encuentro con la conciencia de Uno. Traté de ser como antes, un mogadoriano normal y sanguinario. Pero, como Uno siempre me acompañaba, ya fuera como una voz en mi cabeza o como una visión, me resultó imposible ayudar a mi gente en sus ataques contra los lóricos.

Como llevado por alguna fuerza inexorable, me convertí en un traidor que trabajaba en contra de los esfuerzos de los míos y traté de salvar al tercer lórico condenado a muerte.

El muchacho, sin embargo, murió de todos modos, asesinado alegremente por mi padre justo delante de mis ojos. A pesar de mis patéticos esfuerzos, no conseguí salvarlo. Al descubrir que era un traidor, Ivanick me arrojó por un barranco y me abandonó ahí, convencido de que había muerto.

LOS OLVIDADOS

CAPÍTULO UNO

Tengo los ojos abiertos de par en par, pero no veo nada. Solo oscuridad. Me cuesta mucho respirar, como si tuviera los pulmones recubiertos por una capa de mugre; cuando toso, se levanta una nube de polvo alrededor, y eso me hace toser aún más. Tanto que acabo teniendo la sensación de que voy a echar los pulmones por la boca. Me estalla la cabeza. No puedo moverla y tampoco pensar con claridad, y tengo los brazos inmovilizados a ambos lados.

¿Dónde estoy?

Cuando el polvo se posa en el suelo, la tos finalmente remite y empiezo a recordar.

Nuevo México. Dulce. Un momento... ¿Realmente sucedió todo eso?

Quiero creer que no fue más que un sueño. Pero a estas alturas ya sé lo suficiente como para haber descubierto que no hay nada que sea «solo un sueño». Y eso tampoco lo es. Fui yo quien hundió este lugar. Sin siquiera saber cómo, empleé el poder que Uno me entregó y acabé reduciendo toda una base del Gobierno a sus cimientos.

La próxima vez que emplee una artimaña de estas, será mejor que espere a haber salido del lugar antes de echarlo abajo. En ese momento me pareció lo más adecuado. Supongo que aún me quedan muchas cosas por aprender sobre tener un legado.

Ahora me rodea un silencio absoluto. Me lo tomaré como una buena señal. Significa que ya no hay nadie tratando de matarme. Cosa que, a su vez, significa que, o bien están todos bajo tierra como yo, o ya no respiran. De momento, estoy solo. Uno ha muerto. Malcolm y Sam se han marchado... Y probablemente me creen muerto a mí también. En cuanto a los miembros de mi familia, preferirían que lo estuviera.

Si ahora mismo decidiera tirar la toalla, nadie lo sabría, y la verdad es que hay una parte de mí que lo está deseando. He luchado con todas mis fuerzas. ¿Acaso no basta con que haya llegado tan lejos?

Sería tan sencillo dejar de luchar, seguir aquí enterrado para siempre.

Olvidado.

Si Uno aún estuviera conmigo, se echaría la cabellera hacia atrás, presa de la impaciencia, y me gritaría que espabilara, que me repusiera. Me diría que apenas he empezado el trabajo que me tiene reservado y que hay cosas de las que preocuparse más importantes que uno mismo. Me recordaría que no es solo mi vida la que está en juego.

Pero Uno ya no está aquí, y soy yo el único que puede decirse esas cosas.

Estoy vivo. Lo cual es asombroso. Cuando he accionado los explosivos del depósito de armas, estaba convencido de que sería lo último que haría. Lo he hecho para que Malcolm Goode, el hombre que se ha convertido en una especie de padre para mí, pudiera escapar con su auténtico hijo, Sam. He pensado que, si conseguían salir de aquí, al menos habría muerto por una buena causa.

Pero no he muerto. Al menos, de momento. Y supongo que sí, a pesar de todo lo ocurrido, aún sigo vivo, debe de haber alguna razón para que así sea. Todavía hay algo que me queda por hacer.

Así que trato de ralentizar los latidos de mi corazón, respirar hondo y evaluar la situación. Estoy enterrado bajo un montón de escombros, vale. Pero tengo oxígeno y puedo mover la cabeza, los hombros e incluso un poco los brazos. Bien. Al respirar levanto polvo, y esto me indica hacia dónde es arriba y hacia dónde abajo, y también que se filtra un poco de luz por alguna parte. Y si hay luz, señal de que no estoy muy lejos de la superficie.

No tengo espacio suficiente para mover los brazos, pero lo intento de todos modos, ejerciendo presión contra los pedazos de piedras y cemento bajo los que estoy sepultado. Por supuesto, no sirve de nada. No soy un probeta con fuerza mejorada genéticamente, ni dispongo de electricidad natural como mi hermano adoptivo, Ivan. Soy alto, pero delgado, tengo la constitución de un hombre normal, y una capacidad física solo moderadamente superior. Ni siquiera estoy seguro de que los probetas mejor entrenados fuesen capaces de abrirse paso a través de estos escombros; está claro que yo no tengo ninguna posibilidad de hacerlo.

Pero entonces el rostro de Uno se filtra de nuevo en mi mente... Su mirada irónica y al mismo tiempo cariñosa, la expresión que me dedicaría, como diciéndome: «¿En serio?, ¿eso es todo lo que puedes hacer?». Y entonces se me ocurre. No es todo. Ya no. Puede que carezca de fuerza, pero tengo poder.

Me concentro en las rocas que me rodean, consciente de que, con mi legado (el legado que me dio Uno), puedo sacarme de encima estos escombros. Cierro los ojos y me concentro, imaginándome que los cascotes empiezan a agitarse, a desmenuzarse y a alejarse de mí hasta dejarme libre.

Pero no pasa nada. Nada se mueve. «Moveos», pienso, y entonces me doy cuenta de que he dicho las palabras en voz alta sin querer. En cualquier caso, las rocas no prestan atención.

De pronto, empiezo a enfadarme. Primero me enfado conmigo mismo: por ser estúpido, por ser tan débil, por no saber dominar el don que Uno me concedió. Por haber acabado allí enterrado.

Pero no ha sido culpa mía. Solo trataba de hacer lo correcto. No debería estar enfadado conmigo: han sido los mogadorianos, mi gente, los que me han metido aquí. Los mogadorianos, que veneran la fuerza bruta y creen que la guerra es un modo de vivir.

No tardo en empezar a notar la rabia recorriendo mi cuerpo. En mi vida todo ha sido injusto. Nunca he tenido una oportunidad. Pienso en Ivan, que fue uno de mis mejores amigos. Crecimos juntos, y entonces me traicionó. Trató de matarme... más de una vez.

Pienso en mi padre, que no se lo pensó dos veces antes de dejar que los científicos mogadorianos experimentasen conmigo con máquinas que aún no se habían probado y que estuvieron a punto de achicharrarme el cerebro. No le costó nada arriesgarse a sacrificarme por la causa.

Y ¿qué causa era esa? La causa de crear más destrucción, de matar a más gente y acumular más poder para él. Pero ¿poder sobre qué? Cuando conquistamos Lorien, dejamos a nuestro paso una cáscara sin vida, un planeta destruido. No quedó en Lorien nada en pie. ¿Es eso lo que vamos a hacer también con la Tierra?

Para personas como mi padre, esa no es la cuestión. La cuestión es empezar una guerra. La cuestión es ganar. Para él, yo no era más que otra arma potencial para usar y tirar. Eso es para lo que sirve todo el mundo a su modo de ver.

Cuanto más pienso en ello, mayor es la rabia que siento. Le odio. Odio a Ivan. Odio a Setrákus Ra y el Buen Libro por haberles enseñado a todos que ese es el modo correcto de vivir. Los odio a todos.

Un hormigueo empieza a recorrerme los dedos de los pies y las manos. Siento que las rocas que me rodean comienzan a temblar. Lo estoy haciendo. Mi legado está funcionando. Puedes dejar que tu rabia te destruya o puedes emplearla para algo útil. Cierro los ojos de nuevo, aprieto los puños y grito con todas mis fuerzas para soltar toda la rabia fuera. Y, con un estruendo descomunal, las piedras y los escombros empiezan a vibrar y a desmoronarse. Mi cuerpo también se agita, así como el suelo. Al cabo de nada, todos los escombros se han retirado y vuelvo a estar libre. Es como si una pala gigante me hubiera sacado de allí.

Pero hay alguien que no tiene tanta suerte como yo. A unos tres metros de mí, un soldado mogadoriano está atrapado debajo de lo que parece parte del marco metálico de una puerta.

Ahora que tiene menos peso encima, suelta un gemido.

Está tan vivo como yo. Genial.

CAPÍTULO DOS

Me pongo en pie, tambaleándome un poco. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran metido en un torno gigante, pero no creo que tenga nada roto. Estoy cubierto de polvo, tierra y sudor y, sí, también de un poco de sangre, pero tampoco mucha. La verdad es que me las he arreglado para salir de allí sin ninguna herida de gravedad. No sé cómo lo he hecho, y tampoco me importa.

El otro mogadoriano no ha tenido tanta suerte. Cuando me pongo en pie, él suelta un gemido, pero ni me mira ni tampoco se mueve. Ha quedado tan malparado que diría que no se da cuenta de que ya no está bajo tierra. Creo que ni siquiera sabe que estoy aquí.

Debe de haber recibido un buen golpe, porque no parece el tipo de tío que resulta fácil de eliminar. Es tan alto como Ivan y tiene la constitución de un defensa del fútbol americano, con el cuello grueso y los músculos marcados, pero no es un probeta: sus rasgos faciales son demasiado limpios y regulares para ser uno de los guerreros alterados genéticamente que integran las filas de la mayoría de los ejércitos mogadorianos.

Este es un auténtico, como yo. Como mi padre. Y el tatuaje que tiene en la frente me dice que es un oficial, no un simple soldado. Parece lógico. Los probetas se crean para ser carne de cañón, mientras que los auténticos dan las órdenes. Tal vez por eso no recuerdo haberlo visto mientras estaba reteniendo a las tropas. A diferencia de Ivan, que cargó contra mí y acabó muerto, este tipo debe de haber estado dirigiendo la lucha desde detrás.

Siento una puñalada de repugnancia al pensarlo. Un buen comandante lidera con el ejemplo, no encogiéndose detrás de sus hombres. Claro que tampoco parece que lo haya hecho muy bien. En cualquier caso, no importa demasiado. La cuestión es que ahora debo decidir lo que hacer con él.

Lo primero es lo primero: lo registro para ver si lleva alguna arma. Gime un poco mientras le paso la mano por el cuerpo y mueve ligeramente los ojos, pero no se resiste. No encuentro nada útil; si iba armado con un cañón mogo, ya hace tiempo que lo ha perdido y tampoco parece llevar ninguna navaja. En sus

bolsillos, solo encuentro caramelos para el mal aliento; claro que, a juzgar por el hedor nauseabundo que se escapa ruidosamente de su boca, me parece que ahora mismo le serían de más utilidad que un arma.

Lo que salta a la vista es la sangre: está por todas partes. Incluso ha empapado la capa de polvo y suciedad que recubre su piel pálida y ha manchado la ropa maltrecha que todavía lleva puesta. No veo ninguna herida importante, pero no cabe duda de que está grave.

Una vez he comprobado que no va a ponerse en pie de un salto y abalanzarse sobre mí en cuanto le dé la espalda, echo un vistazo alrededor y trato de descubrir dónde estoy. La mayor parte de la base Dulce estaba construida bajo tierra para mantenerla a salvo de los fisgones, pero supongo que mi actuación ha cambiado todo eso. Estoy de pie en un cráter gigante de al menos unos treinta metros de ancho, y sobre mi cabeza se abre el cielo azul. El único problema es que me encuentro al menos seis metros por debajo del lugar en que acaba la roca y empieza el cielo.

Hay escombros por todas partes: rocas, cemento, columnas derrumbadas, ordenadores estropeados y equipamiento con los cables eléctricos expuestos y echando chispas peligrosamente. Cuando noto el olor familiar de la gasolina, me doy cuenta de que estoy en medio de un enorme polvorín. Este lugar podría incendiarse en cualquier momento. Es un milagro que aún no se haya producido otra explosión.

Tengo que salir de aquí cuanto antes. Afortunadamente, a pesar de que estamos muy abajo, hay tantos escombros amontonados por todas partes que no creo que vaya a ser difícil escalar hasta la superficie.

Trato de decidir qué camino será el más fácil de recorrer y me pongo en marcha... Y entonces me detengo. Me doy la vuelta para echarle un vistazo al tipo que yace allí, sobre los escombros: el mogadoriano que, de momento, se ha limitado a gemir.

Podría dejarlo aquí para que muera solo. Bastante tengo con preocuparme de mí mismo y, además, un mogadoriano muerto siempre es algo positivo. Pero algo me detiene.

No es solo que quiera ser bueno. Ya es un poco tarde para empezar a tener escrúpulos morales. Al fin y al cabo, he matado a un montón de mogadorianos desde que todo esto empezó.

Por un momento, me pregunto si mi padre se habría imaginado alguna vez que iba a ser capaz de algo así. Me gustaría saber si se sentiría, aunque solo fuera un poco, orgulloso de mí si lo supiera.

Naturalmente, lo último que busco ahora es satisfacer el orgullo de mi padre. En cualquier caso, no es esa la razón por la que vuelvo atrás. La cuestión es que un oficial mogadoriano solo y desarmado puede serme más útil vivo que muerto. Para empezar, si estaba destinado aquí, conocerá los alrededores e incluso los

pueblos cercanos. Y cuando estás en pleno desierto, sin siquiera una brújula para guiarte, este tipo de detalles son importantes si quieres salir con vida.

Así que me dirijo hacia el tipo, lo cojo por debajo de los brazos y empiezo a arrastrarlo conmigo.

Este mogo es realmente pesado, pero no veo que pueda hacer otra cosa aparte de llevarlo a rastras por encima de los montones escarpados de desechos y rocas, tratando de cruzar la vasta extensión de ruinas en que se ha convertido la base, camino del límite del cráter. El sol se ha elevado en el cielo y casi estamos totalmente expuestos a sus rayos. La frente se me llena de gotitas de sudor que, poco a poco, descienden hasta mi rostro, así que, al rato, sin apenas darme cuenta, estoy completamente empapado. Trato de despejar el camino a medida que avanzo, apartando con el pie viejos monitores, tuberías de aluminio aplastadas y todo lo que me bloquea el paso.

No es que sirva de mucho. Al cabo de solo unos minutos, me fallan los brazos, me duelen las piernas y la espalda me está matando. Ni siquiera hemos recorrido la mitad del camino. Esto no funciona. Finalmente, cuando suelto al mogadoriano en el suelo para tomar aliento, se despierta.

—Eh —le digo—. ¿Puedes oírme?

—Aghhh —responde. Bueno, no es que sirva de mucho, pero supongo que es mejor que nada.

—Eh, escucha —intento de nuevo—. Tenemos que salir de aquí. ¿Puedes andar?

Levanta la mirada hacia mí, frunciendo el ceño, y me figuro por qué. Está tratando de entender quién soy y qué estoy haciendo aquí. Voy cubierto de porquería, así que probablemente no debe de poder distinguir si llevo en el cráneo el tatuaje indicador del rango mogadoriano; me mira algo confuso.

No tengo tiempo de que esté confuso, ni tampoco de que recupere la conciencia, suponiendo que llegue a recuperarla. Tenemos que salir de aquí ya. No sé si hay más supervivientes en la base, ni tampoco si los refuerzos están de camino. Además, me temo que este lugar será pasto de las llamas en cualquier momento. Eso sí no me muerdo de sed antes.

Pruebo con una táctica distinta. Le hablo en nuestra lengua mogadoriana materna, un lenguaje que ahora solo se usa con propósitos ceremoniales. Cito el Buen Libro. «La fuerza es sagrada», le digo. Es uno de los principios más importantes de la sociedad mogadoriana. Trata de enfocar la mirada.

—¡Levántate, soldado! —Le suelto.

Me quedo algo sorprendido cuando veo que el truco funciona: el mogo empieza a apoyarse poco a poco en una rodilla y acaba poniéndose en pie. Típico de los mogadorianos: no hay nada ante lo que mi gente responda con más entusiasmo que la pura autoridad. Se balancea un poco, y el brazo izquierdo le cuelga en una posición curiosa; está muy pálido, y las gotas de sudor le recorren

la frente y el labio superior, pero sigue en pie. De momento.

—Vamos —le digo, señalando el camino hacia la salida—. En marcha.

Sin decir una palabra, avanza cojeando delante de mí.

Yo lo sigo, consciente de que no estoy en mejor forma que él. Mientras caminamos por los montones de escombros, me pongo a pensar en Sam y en Malcolm. Espero que hayan podido salir de aquí con vida. Mi móvil ha quedado aplastado cuando los escombros me han sepultado, así que no he podido llamar a Malcolm para saber qué ha pasado, decidir dónde encontrarnos o pedir ayuda. Lo único que puedo hacer es tener algo de esperanza.